VALERIO MÁXIMO

HECHOS Y DICHOS MEMORABLES

LIBROS I-VI

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 311

VALERIO MÁXIMO

HECHOS Y DICHOS MEMORABLES

LIBROS I-VI

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

SANTIAGO LÓPEZ MOREDA, M.ª LUISA HARTO TRUJILLO
Y JOAQUÍN VILLALBA ÁLVAREZ



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Eugenio Lázaro García.



Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2003.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 27251-2003.
ISBN 84-249-2388-X. Obra completa.
ISBN 84-249-2389-8. Tomo I.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2003.
Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. LA LITERATURA Y LA HISTORIOGRAFÍA JULIO-CLAUDIA

Se ha dicho a propósito de la transmisión y la conservación de la literatura latina que el peor enemigo de lo bueno es lo mejor. Este aserto puede resumir muy bien la valoración hecha de la literatura del siglo primero del Imperio si tomamos como referente el clasicismo del siglo anterior; pero no podemos olvidar que de este siglo son Séneca y Lucano, Juvenal y Marcial, Plinio y Quintiliano, por poner sólo algunos ejemplos de cuya vigencia e influjo la posteridad da sobrada cuenta.

Afortunadamente, al menos en los últimos años, ya no se acepta sin más el calificativo de «edad argéntea», con lo que de peyorativo lleva consigo el término, para caracterizar la literatura del siglo primero del Imperio. Y es que si la literatura es el mejor reflejo de la realidad social, las obras que van apareciendo a lo largo de este período, por lo demás, bastante heterogéneo, hemos de contemplarlas desde la nueva realidad social y no desde la perspectiva del clasicismo anterior [1].

---

[1] Cf. F. CUPAIUOLO, *Itinerario della poesia latina nel I secolo dell' impero,* Nápoles, 1978.

Para una valoración política y literaria ha pesado en exceso la opinión de Tácito: «Después de la batalla de Accio y de que la paz exigiera que todo el poder se concentrara en uno solo, faltaron aquellos floridos ingenios, y al tiempo, la verdad se vio quebrantada de muchas maneras»[2]. Este juicio, que puede tener algún valor en lo concerniente a la historiografía, es menos válido si analizamos otros géneros literarios que tuvieron su apogeo precisamente en esta época; es el caso de la fábula de Fedro, la sátira de Juvenal, las tragedias de Séneca, la renovación épica de Lucano, los epigramas de Marcial y el desarrollo de la literatura científica y técnica con Celso, Vitrubio, Séneca, Manilio, Frontino, Plinio y otros, por poner sólo algunos ejemplos.

No faltaron, pues, esos ingenios que Tácito echa de menos. En realidad, lo que de veras se produjo en toda la literatura del siglo fue una nueva concepción más universal y, aunque Roma continuó siendo el centro de interés político y literario, comenzaron a proliferar en el mundo de las letras los hombres nacidos en provincias.

Ésta fue tal vez una de las causas por las que cobró auge un nuevo ideal de hombres proclive a la cultura universal que fomenta la escuela. Ya no se trata de formar al hombre político al servicio de la república, sino al hombre de miras culturales más amplias: la *urbanitas*, entendida en el sentido de urbe de Roma, da paso a la *romanitas* como manifestación de lo romano en todo el orbe.

El papel de la enciclopedia, entendida como saber amplio, al igual que en el Renacimiento, propicia el ansia de viajar y conocer otros horizontes, y se manifiesta en una cultura cada vez más bilingüe. Emperadores y literatos escriben también en griego; un barniz de desasosiegos cultu-

---

[2] TÁCITO, *Historias* I 1, 1.

rales alimenta los espíritus más inquietos y se manifiesta no sólo en el arte y los nuevos gustos, sino también en la preocupación por lo transcendente, como se pone de relieve con la entrada de nuevos cultos y, andando el tiempo, el celo místico de paganos y cristianos.

La «inmensa majestad de la paz romana» de que habla Plinio[3] no da lugar a la decadencia, sino a frecuentes conflictos entre *ius* y *humanitas*, entre el individuo y la colectividad, entre la libertad individual y la seguridad del Estado. De todo ello dan cumplida muestra las tragedias y la filosofía de Séneca, la nueva concepción del héroe en la épica de finales del siglo y también la historiografía, tanto la conservada como aquella otra de la que sólo poseemos referencias indirectas.

La paz de Augusto había propiciado una guerra de los espíritus que se manifiesta especialmente con Tiberio (14-37 d. C.). Sobre la literatura y la libertad en general, escribe Fedro: «Al cambiar de príncipe frecuentemente los ciudadanos pobres nada cambian, salvo el dueño»[4]. Era una forma de transformar la fábula esópica en panfleto. Séneca, echando una ojeada al régimen de Tiberio, señala: «Bajo Tiberio eran frecuentes las acusaciones [...] se perseguían las conversaciones de los borrachos, la simpleza de los chistes; nada había seguro; cualquier pretexto era bueno para tomar represalias»[5]. Si damos crédito a Tácito, y no hay por qué dudar de sus afirmaciones, fueron numerosos los escritores que, en esa dialéctica entre libertad individual y razón de estado, pagaron con sus vidas el absolutismo creciente cuando ya el régimen se siente consolidado y no necesita de pro-

---

[3] Plinio, *Historia Natural* XXVII 1.

[4] Fedro, *Fábulas* I 15.

[5] Séneca, *Sobre los beneficios* 3, 26.

pagandistas oficiales: Elio Saturnino pereció el 23 d. C. por haber recitado unos versos injuriosos contra Tiberio en presencia del emperador mismo; Sextio Paconiano fue estrangulado por haber compuesto, ya en la cárcel, poesías contra el emperador[6], y antes, T. Labieno, un caballero romano más conocido con el sobrenombre de Rabieno, vio quemada su *Historia* el 12 d. C. por orden del senado. Parecida suerte corrió Cremucio Cordo: fue víctima de un proceso el año 25. Su delito había consistido en deplorar las guerras civiles en unos *Anales*, que había compuesto años antes. En ellos elogiaba a Bruto y llamaba a Casio «el último romano». Se dejó morir de hambre[7].

No faltaron historiadores; los hubo, y además eminentes. Higino, en el prefacio a su *Astronomía,* elogia las cualidades historiográficas de Fabio Rústico; Plinio el Viejo narró en veinte libros las guerras de Germania y en otros tantos una historia de Roma que continuaba el relato de Aufidio Baso; Brutedio Nigro, delator ambicioso, pero preocupado también por las letras, si damos crédito a Séneca el rétor, escribía con elegancia y buen estilo y dejó entrever las preocupaciones de sus contemporáneos. Cuando recuerda la muerte de Cicerón, dice: «al menos hizo este bien al Estado demorando desde Catilina hasta Antonio la esclavitud de esta época tan lamentable»[8]. El tono es muy semejante al del mismo relato de la muerte de Cicerón, transmitido por el propio Séneca, recogiendo un fragmento de Cremucio Cordo[9].

Pero de todos estos historiadores, aunque sólo las obras de Valerio Máximo, Veleyo Patérculo y Quinto Curcio han

---

[6] TÁCITO, *Anales* VI 39; DIÓN CASIO, *Historia romana* LVII 22.

[7] TÁCITO, *Anales* IV 35; SUETONIO, *Tiberio* 61.

[8] SÉNECA, *Suasorias* 6, 20-21.

[9] SÉNECA, *Suasorias* 19.

llegado a nuestros días, y de manera fragmentaria, fue sin duda Aufidio Baso el más conocido y citado por los escritores del siglo hasta la aparición de Tácito. Séneca, Quintiliano y el propio Tácito hablan de él y lo hacen de manera encomiástica; sirvió también de fuente a Dión Casio para un período tan importante como la dinastía Julio-Claudia, pero, más que nada, es un claro exponente de la oposición al régimen, como lo fueron también otra serie de historiadores de tiempos de Claudio y Nerón[10].

De las manifestaciones posibles del género historiográfico, fue la biografía la que mereció más atención o al menos la más favorecida en el proceso de transmisión y conservación: Séneca escribió una vida de su padre y Plinio hizo lo propio con Pomponio Segundo; Trásea, uno de los más genuinos representantes del estoicismo, escribió elogiosamente de Catón de Útica[11] cuando ya este personaje se había convertido en paradigma de la libertad, tal como se observa también en Lucano y en el propio Valerio Máximo. No hay duda de que las biografías panfletarias, especialmente de los emperadores anteriores, estaban a la orden del día y no hay que descartar la posibilidad de que en este ambiente, al menos en los círculos estoicos, la víctima del panfleto fuera el propio emperador. Es así cómo se explica que primero Sejano y después Nevio Sutorio Macrón, su sucesor en el cargo, aniquilaran a todos los que eran sospechosos de ir contra el régimen o añorar los tiempos de la república; así ocurrió con Asinio Galo, hijo de Polión, y con Emilio Escauro, un orador de talento. Los autores de atelanas y los histriones fueron desterrados el año 23: la licencia del teatro

[10] Sería prolijo enumerar a todos ellos, por lo que remito a H. BARDON, *La littérature latine inconnue*, Klincksieck, París, 1956, 167-175.

[11] A juzgar por lo que dice PLUTARCO *(Catón el Menor* 25), en una biografía.

quedó totalmente abolida. Pese a todo, Tácito recuerda que, persiguiendo a los escritores, Tiberio no hacía sino incrementar la influencia de éstos[12].

La personalidad de Tiberio y su actitud respecto a las letras ha sido muy controvertida y diversamente valorada[13]. A su condición de hombre docto, arcaizante, purista riguroso e incluso de gustos alejandrinos[14], se añade una actitud por lo general negativa hacia los hombres de letras, especialmente si lo comparamos con Augusto. Las razones son diversas; apuntamos sólo algunas.

La primera tiene que ver con el proceso evolutivo lógico de la nueva forma de gobierno: la monarquía se va consolidando y no precisa ya de poetas oficiales, como Virgilio y Horacio, ni de historiadores que, como Livio, vean la necesidad de cantar la grandeza del pueblo romano abocado a concluir el proceso republicano con la nueva forma de gobierno que garantice la paz y el orden. Veleyo Patérculo y Valerio Máximo celebran ya las virtudes del príncipe más que el proceso mismo que lleva al principado.

La segunda razón, al menos en lo que concierne a la historiografía, puede ser la ausencia de grandes talentos, lo que también Tácito lamentaba. Nunca sabremos si esta falta es fruto de las pérdidas en los avatares de transmisión de la literatura latina o fruto de la represión y la censura (pensa-

---

[12] TÁCITO, *Anales* IV 35.

[13] Un buen exponente de lo que decimos podemos observarlo en H. BARDON, *Les Empereurs et les lettres latines d' Auguste à Hadrien*, París, 1968.

[14] Suetonio dice de Tiberio que cultivó con ardor las letras griegas y latinas, eligió por modelo entre los oradores de Roma a Mesala Corvino, era de un estilo afectado y oscuro y escribió poesías en griego imitando a Euforión, Riano y Partenio. Entre sus aficiones preferidas estaba la de proponer a los gramáticos cuestiones absurdas para experimentar sus conocimientos. Hablaba correctamente el griego.

mos que Cremucio Cordo tuvo una influencia enorme en los historiadores que le siguieron, pero se nos escapa el alcance de su obra). En cualquier caso, sí es manifiesta la falta de historiadores de prestigio hasta el advenimiento de Tácito.

Como tercera causa no hemos de descartar el deseo del príncipe de dominar y controlar al escritor más que exaltarlo. Este hecho es evidente en los proemios de las obras contemporáneas: Germánico le dedica sus *Aratea* porque era su sobrino y lo había adoptado el 4 d. C.; Veleyo Patérculo elogia la adopción y el paso del poder de Augusto a Tiberio; Valerio Máximo, como veremos más adelante, elogia no ya el principado como forma de gobierno, sino las virtudes que adornan al príncipe. La lectura de estos simples detalles nos llevan a la conclusión general de que sólo el escritor domesticado puede desarrollar su trabajo y al historiador no le cabe otro camino que elogiar al príncipe vivo o escribir sobre temas no comprometidos, lo que explica, junto a otros factores, el amplio desarrollo de la literatura científica y técnica de este siglo.

En lo que concierne a la historiografía, los juicios negativos de Tácito, Suetonio y Dión Casio sobre la figura de Tiberio han pesado en exceso sobre la credibilidad y la valoración de las obras de Veleyo Patérculo y Valerio Máximo, especialmente cuando la figura de Tiberio, allí donde aparece, está adornada con las virtudes más destacables. Pero no podemos olvidar que, sobre todo a partir de Salustio, la historiografía romana, Tácito incluido, es cada vez más la historia de los hombres juzgados por su valía personal y sometidos a los parámetros de la virtud y el vicio, o lo que es lo mismo, una historia básicamente moralista y ejemplar, conceptos que la retórica, la escuela y la propaganda encuentran sumamente rentables y que, según parece, Veleyo Patérculo no supo ver, al admitir, sin más, una decadencia

general de las letras y las artes en la época de Tiberio, comparada con la época precedente: «Cualquiera que se detenga en las características de cada período encontrará que esto mismo le ha ocurrido a los gramáticos, escultores, pintores, grabadores, que el apogeo de cada género está circunscrito a períodos muy breves. Por eso no dejo de buscar siempre las causas de esta convergencia y reunión de ingenios semejantes en una misma época, con las mismas tendencias y resultados, pero nunca las encuentro que me parezcan suficientemente fiables, sino tal vez verosímiles. Entre ellas sobre todo las siguientes. La emulación alimenta los ingenios y, unas veces la envidia, otras la admiración, encienden la imitación, lo que oportunamente con mucho esfuerzo se ha buscado tiende a alcanzar lo más alto, pero es difícil mantenerse en la perfección. De manera natural, lo que no puede avanzar, retrocede. Y al igual que al principio nos vemos impulsados a alcanzar a los que estimamos que nos preceden, así, cuando desesperamos de poder dejarlos atrás o igualarlos, el esfuerzo decae junto con la esperanza; lo que no se puede alcanzar se deja de perseguir, y dejando la materia como si estuviera ya tratada se busca una nueva, y apartando aquello en lo que no podemos sobresalir perseguimos algo en que destaquemos. Se sigue que la frecuencia e inestabilidad del cambio es el mayor obstáculo para la realización de una obra perfecta»[15].

Esta desesperación y sentido de inferioridad se percibe también en Séneca[16] y se deja sentir hasta en fechas relativamente recientes[17], pero no es sino una forma sesgada de

---

[15] VELEYO PATÉRCULO, *Historia romana* I 17, 4-7. Traducción de M.ª ASUNCIÓN SÁNCHEZ MANZANO, Madrid, Gredos, 2001.

[16] SÉNECA, *Epístolas* 100, 12.

[17] A. D. LEEMAN, *Orationis ratio*, Bologna, 1974, pág. 339.

afrontar la historiografía, sólo desde la perspectiva del clasicismo.

Si se acepta la teoría de la sucesión de los imperios universales, las obras de Pompeyo Trogo y de Veleyo Patérculo tienen razón de ser como exponentes de un momento del ciclo histórico, pero los *Hechos y dichos memorables* persiguen objetivos distintos y temáticamente son diferentes a las obras de los historiadores anteriores. No dan pie a aceptar, sin más, una crisis de identidad del mundo romano en el siglo primero del Imperio, sino una mera secuencia, un episodio más de los males que aquejan al pueblo romano desde finales de la República. Salustio en numerosas ocasiones, especialmente en el discurso revolucionario de Catilina, en la carta a Mitridates y en los motivos de la guerra contra Boco[18], señalaba ya la pérdida de virtudes y los vicios de los gobernantes para proponer soluciones morales. Livio advertía en el prefacio de su obra que «Roma ya no podía soportar ni los males ni los remedios» y Tácito, en la *Vida de Julio Agrícola,* a propósito de la revuelta de los britanos, dice otro tanto[19]. En dos siglos, pues, poco había cambiado.

Es en esta trayectoria de reflexión moral donde hemos de encuadrar la obra de Valerio Máximo y donde los retratos de todos los personajes históricos, especialmente los más relevantes y los más recientes como Escipión Emiliano, Sila, Catón de Útica, César, Pompeyo y Augusto, entre los

---

[18] Salustio, *Conjuración de Catilina* 20 y *Guerra de Jugurta* 81, 1, alude reiteradamente a la avaricia de los gobernantes, a la injusticia con el pueblo y a la pasión por mandar, entre otros vicios.

[19] En el capítulo 15 alude a toda suerte de tropelías de los romanos, que practicaban de manera asidua la *lubido* y la *cupiditas.* Oportunamente señala que los motivos de la guerra para los britanos eran la patria, las esposas y los hijos, mientras que para los romanos eran la lujuria y la avaricia.

romanos, y Alejandro y Aníbal, entre los extranjeros, sirven para extraer consecuencias morales, propugnar valores educativos y formar un modelo de ciudadano ideal, que no distaba mucho del modelo de Virgilio, Horacio o Livio, propuesto en el siglo anterior. Desde esta perspectiva, pues, la obra histórica de Valerio Máximo, más que una ruptura supone una continuidad.

II. VALERIO MÁXIMO

1. *Aproximación biográfica*

Aunque en mayor medida que la épica, pero también de manera insuficiente, la historiografía es un género escasamente proclive a dejar noticias sobre el autor; si exceptuamos el caso de Julio César, por razones obvias, sólo en los proemios de carácter programático (Salustio) o en pasajes esporádicos a lo largo del relato encontramos noticias relativas a la biografía y actividad literaria del historiador. En el caso de Valerio Máximo se confirma una vez más el hecho de que un escritor, que ha tenido tanta fortuna en la difusión de su obra, nos resulta muy poco conocido en sus aspectos biográficos. Desconocemos la fecha de su nacimiento, su lugar de origen, su pertenencia a una clase social u otra, la trayectoria política y literaria, el círculo de amistades, su capacidad de intervenir en el régimen de Tiberio y la fecha de su muerte[20].

---

[20] La información facilitada por Vosio en su *De historicis latinis* no merece crédito alguno ya que lo sitúa en el siglo III d. C.; pero del análisis interno de numerosos pasajes de la obra y especialmente del prefacio tenemos la certeza total de que vivió en tiempos de Tiberio y de que, al

Su vinculación a la *gens Valeria,* que es segura, podría orientarnos a la hora de relacionarlo con una de las estirpes más ilustres de Roma, pero no nos dice mucho, ya que este linaje desapareció de los Fastos en el siglo III a. C. El último Valerio Máximo del que tenemos noticia que desempeñara la más alta magistratura romana fue un cónsul del año 226 a. C. Y en lo que atañe a su lugar de origen, referencia frecuente en la obra de muchos escritores latinos, en el presente caso tampoco nos sirve. Si por la naturaleza de la obra podría haber aludido o destacado algún lugar relacionado con su origen o el de su familia, lo cierto es que, pese a las numerosas referencias geográficas, no hay ninguna que nos ilustre al respecto.

Dada la ausencia de noticias en los numerosos *De viris illustribus* que proliferan a lo largo de la literatura latina, no nos queda más remedio que acudir a la propia obra para detectar alguna información, por escasa que ésta sea.

En II 6, 8 dice hallarse en la isla de Ceos acompañando a Sexto Pompeyo en su viaje a Asia. De este cónsul sabemos que compartió el cargo con Sexto Apuleyo el año 14 d. C., tras la muerte de Augusto, tal como relata Tácito: «Sexto Pompeyo y Sexto Apuleyo fueron los primeros cónsules en jurar fidelidad a Tiberio y junto a ellos Seyo Estrabón y Gayo Turranio, el primero, prefecto de las cohortes pretorianas, y el segundo, prefecto de la anona; a continuación, el senado, el ejército y el pueblo»[21].

De este amigo del historiador sabemos también que diez años más tarde, transcurrido el tiempo legalmente establecido para ello, desempeñó el proconsulado en la provincia de

---

menos el libro IX, publicó su obra tras la muerte de Sejano, por lo tanto, después de los últimos meses del año 31.

[21] TÁCITO, *Anales* I 7, 2.

Asia y que fue amigo y protector de Ovidio, como se deduce de las cuatro cartas que el poeta le envía desde su destierro en el Ponto[22]. Todos estos datos no reflejan otra cosa que la vinculación de nuestro historiador con los círculos del poder, vinculación que ponen de manifiesto al menos los dos siguientes pasajes de su obra: en IV 7, ext. 2, hablando de la amistad entre Alejandro y Hefestión, menciona nuevamente a su protector para celebrar la amistad que los une: «Personalmente, yo venero la generosidad, porque he experimentado también el buen trato del más ilustre y elocuente de los hombres. Y no tengo miedo de considerar a este Pompeyo mío como un Alejandro resucitado para mí, pues Alejandro fue para Hefestión como su otro 'yo'. Por eso, que recaiga sobre mi persona el peor de los castigos si, al citar ejemplos de amistad constante y fiel, no hago mención de aquel que, cual padre de corazón amantísimo, con sus atenciones hizo florecer mi vida y le dio tranquilidad en los malos momentos, aquel de quien he recibido generosos dones, la persona que me ha ayudado a afrontar adversidades y quien, con sus consejos y auspicios, consiguió que mis palabras fueran más vivas y brillantes.

No es extraño, pues, que, tras la pérdida de este gran amigo, haya temido la envidia de algunos...»[23].

En IX 11, ext. 4 elogia con vehemencia la ejecución de Sejano, que tuvo lugar el año 31, y lo condena, ¡sin nom-

---

[22] Son las *Pónticas* IV 1, 4, 5 y 15.

[23] Si la pérdida *(iactura)* la entendemos como la muerte de Sexto Pompeyo, la referencia podría servirnos para datar la fecha de composición de este libro al menos; pero el término latino puede también entenderse como «ruptura» de la amistad, ya que el capítulo exalta únicamente las amistades que permanecían fieles incluso en las desgracias. La mayor parte de los editores y comentaristas se inclinan por el significado de «muerte».

brarlo! El retrato del todopoderoso hombre de Tiberio es la mejor antítesis literaria al elogio que del mismo personaje hizo Veleyo Patérculo (II 127 y 128). Desde el punto de vista cronológico no hace sino confirmar que la publicación de la obra, al menos del libro IX, es posterior a esta fecha y que hasta el último momento se mantuvo firme en la adulación a Tiberio. Pero de esto hablaremos en las páginas siguientes.

2. *Los nueve libros de «Hechos y dichos memorables». El sentido de los «exempla»*

Los especialistas en literatura latina han olvidado, cuando no despreciado, la obra de Valerio Máximo, «ese rétor sin valor científico en el que una retórica vulgar de exclamaciones e interrogaciones suplen al talento», dice J. Bayet[24]. Siete líneas más, todas ellas negativas, recogen el interés que merece nuestro historiador al filólogo francés. Y otro tanto cabe decir de los manuales de literatura latina de uso corriente en nuestras bibliotecas, especialmente parcos, cuando no despectivos, en el espacio dedicado a la historiografía del momento en general y de Valerio Máximo en particular. Como botón de muestra, los cinco amplios volúmenes que forman *Lo Spazio letterario di Roma Antica* no pasan de unas breves líneas o meras referencias[25].

Los filólogos que le dedicaron mayor atención, por lo general no pasaron de rastrear las fuentes posibles, sobre todo en los abundantes trabajos del siglo XIX, fuertemente

---

[24] J. BAYET, *Littérature Latine,* París, 1965, pág. 314.

[25] G. CAVALLO, P. FEDELI, A. GIARDINA, *Lo Spazio letterario di Roma Antica,* 5 vols., Roma, Salerno Editrice, 1991. Valerio Máximo sólo está presente en II 60-61, 135, 228, 434 n. 36, 561; IV 289, 291, 293, 295. En alguna ocasión, sólo para citar ejemplos.

marcado por las tendencias historicistas y comparativistas. De ello daremos cuenta unas páginas más adelante al hablar de las fuentes de la obra.

B. Kytzler, en cambio, reconoce que «pese a sus múltiples y evidentes deficiencias en el terreno histórico, este libro de ejemplos constituye para el investigador moderno no sólo una importante fuente de hechos y de expresiones muy interesantes, sino que muestra también la luz bajo la que estuvieron los diferentes personajes, la valoración que se les otorgó en un determinado momento de la tradición». Y concluye: «Podría extraerse de esta obra mucho más de lo que se ha hecho hasta el momento»[26].

A nuestro entender, dos son los aspectos que deben guiar el estudio de los *Hechos y dichos memorables:* el análisis y la funcionalidad de los ejemplos a la luz de la tradición retórica en el mundo escolar, por un lado, y el juicio histórico que en los tiempos de Tiberio merecieron personajes y acontecimientos nacionales y foráneos, por otro. De ambos, especialmente del segundo, podremos extraer conclusiones sobre el pensamiento del historiador, su forma de entender la historia y en qué medida se cumple el ideal ciceroniano de la misma como *magistra vitae.*

El primero de estos aspectos nos arrojará luz sobre si este siglo del imperio fue certeramente calificado como «edad de la retórica». El segundo nos aportará datos de sumo interés para contrastarlos con otros historiadores y, sobre todo, para discernir qué pensaba un hombre de letras, afín al nuevo régimen, sobre los grandes personajes de la historia. No en vano, y a grandes rasgos, la historiografía romana fue básicamente biográfica; así ocurrió en Salustio y más tarde en

---

[26] B. KYTZLER, «La prosa postclásica de Roma», en M. FUHRMANN, *Literatura Universal,* tomo 3, *Literatura Romana,* Madrid, Gredos, 1982, pág. 384.

Tácito, y así lo entendió también Plutarco cuando, a propósito de la vida de Alejandro, se expresaba de la siguiente manera: «La virtud y el vicio no se revelan solamente en las empresas brillantes. Frecuentemente una acción insignificante, una palabra o una actitud del espíritu descubren el carácter de un hombre mejor que una batalla conducida con decenas de millares de soldados»[27]. Son palabras que responden al pensamiento ciceroniano sobre la historia como *magistra vitae, testis temporum,* y al del propio Valerio Máximo: «Los hombres ilustres se hacen merecedores de grandes e importantes elogios gracias a hechos o palabras de peso, que son recordadas eternamente por todos»[28].

En el prefacio, verdadero programa de su forma de entender la historia y la utilidad de la misma, el autor justifica los *Hechos y dichos memorables* con el argumento de librar al lector de la ardua tarea de tener que buscar directamente el material que otros muchos autores han suministrado y que él dice haber consultado. Escribe «para estudiantes y alumnos de declamación», en palabras de M. Bloomer[29]. Pero esta opinión, sustancialmente acertada, no es del todo suficiente ni ofrece una visión completa de los objetivos de la obra, porque, además de cumplir con esa finalidad, la colección de ejemplos responde también a una tendencia dominante en el siglo I del Imperio, la del enciclopedismo, entendido no sólo como la aparición de numerosas obras relacionadas con distintos campos del saber (astronomía, arquitectura, geografía, ciencias naturales, medicina, etc.), sino también con el contenido mismo de la enseñanza practicada en las escuelas de retórica. Los numerosos trabajos sobre el parti-

---

[27] Se trata de la misma idea que VALERIO MÁXIMO expone en VI 4.

[28] VALERIO MÁXIMO, VI 4, 4.

[29] M. BLOOMER, *Valerius Maximus and the Rhetoric of the new Nobility,* Univ. of North Carolina Press, 1992, pág. 151.

cular así lo confirman. El advenimiento del nuevo régimen trajo consigo la conciencia de un imperio territorialmente desconocido y de vivir un momento histórico que requería un inventario etnográfico, geográfico y también de personas e instituciones que, a modo de símbolo, dieran cohesión y estabilidad al régimen basándose en la grandeza del pasado y del rico y variado presente. El culto a la imagen, incluso física, se impone: arquitectura, pintura y escultura adquieren unas dimensiones hasta entonces desconocidas y, mediante la visualización en centros de arte y en lugares públicos, llegan a un amplio sector social que normalmente no tenía acceso a la obra literaria. Pocas veces en la historia se asiste a un momento como el presente en lo que a construcción de templos, teatros, anfiteatros, pórticos, museos y bibliotecas se refiere. Existe un verdadero fervor por el culto a la imagen, ya sea literaria *(Imagines* de Varrón), o bien escultórica (las imágenes que Augusto había colocado en el foro que lleva su nombre)[30].

En este sentido, la obra de Valerio Máximo aporta a los rétores un *corpus* de noticias literarias, geográficas, históricas y morales del pasado de Roma y de los pueblos foráneos aplicables a las argumentaciones retóricas, pero también nos ofrece un cuadro de los contenidos doctrinales en el mundo escolar y del interés social por conocer las figuras y hechos más relevantes de la historia en cuanto pueden servir de cohesión y estabilidad al nuevo régimen. En otras palabras, los *Hechos y dichos memorables* son fruto de la nueva moda de las imágenes y de la práctica escolar y se escriben pa-

---

[30] Estos aspectos han sido bien estudiados por P. ZANKER, *Augusto y el poder de las imágenes,* Madrid, 1987; W. MARTIN BLOOMER, *Latinity and Literary Society at Rome,* Filadelfia, 1997; C. NICOLET, *L' inventario del mondo. Geografia e politica alle origini del Impero Romano,* Bari, 1989.

ra la enseñanza y para satisfacer los nuevos gustos a la vez que proporcionan estabilidad al Imperio.

Si aceptamos que la obra es un tratado técnico destinado a facilitar la labor de los declamadores y escritores, el orden expositivo ha de ser claro para que resulte sencillo el hallazgo de la información requerida; por eso cada libro está dividido en dos grandes secciones: ejemplos romanos y no romanos y, a su vez, en cada uno de los libros hay una virtud o un vicio que por su recurrencia confieren unidad al relato. En consecuencia, la razón de ser de la obra, vista en su totalidad, no es otra que la subordinación de toda acción humana a una serie discreta de anécdotas (morales e inmorales) bajo el denominador común que aparece en el título del correspondiente capítulo.

Las ventajas de una obra así estructurada, si la comparamos con las monografías históricas convencionales, son múltiples.

En primer lugar, es más fácil acceder a un personaje, anécdota o suceso, sobre todo cuando los copistas y editores de Valerio Máximo encabezaron los diferentes libros y capítulos con un título que confiere unidad a los relatos. En este sentido los sucesivos encabezamientos cumplen la misma función que los índices con que solemos concluir hoy nuestros trabajos.

En segundo lugar, como certeramente señala M. Bloomer, esta sucesión de escenas y personajes históricos da ya una interpretación histórica, obtenida de Cicerón y Livio, pero enfocada con un sentido aristocrático de la cultura[31]. Valerio Máximo representaría así la nueva cultura del Principado, que tiene que ver más con la nobleza de origen italiano y provincial que con la aristocracia tradicional roma-

[31] W. Martin Bloomer, *op. cit.*, 1992.

na, cuyo canon de valores morales, políticos y sociales no era coincidente con la nueva propuesta imperial. Se observa de esta manera la formación de un nuevo orden social que aflorará definitivamente en la administración del emperador Claudio, donde se ponen de manifiesto unos valores e intereses más ecuménicos en detrimento de los valores familiares de la nobleza de sangre.

En tercer lugar, y en consonancia con lo anterior, la colección de ejemplos propicia la educación de una *Romanitas* que trasciende los límites físicos y políticos de Roma para hacerse más universal, en un proceso que se aprecia, mejor que en nada, en la doctrina moral de Séneca y a final de siglo en Plinio para continuar en el siglo siguiente en la dinastía de los Antoninos, especialmente con Trajano y Adriano.

En cuarto lugar, el historiador, en su labor propagandística, como se observa en la dedicatoria a Tiberio, prosigue la labor iniciada en tiempos de Augusto, pero ahora con un nuevo matiz. Si Augusto pretendía rescatar los valores militares que hicieron posible la grandeza de Roma y, consecuentemente, proponía una regeneración moral que implicaba la desconfianza del *otium* en la medida que podía dar lugar a la *luxuria* y a la desidia, ahora con Tiberio, como se aprecia en Veleyo Patérculo y en Valerio Máximo, asistimos también al rechazo del *otium luxuriosum,* pero, por encima de él, la aspiración última es la *tranquillitas* y la *securitas* que garantiza el emperador[32]. Así se explica la conclusión del prefacio en que invoca la celestial providencia de Tiberio, pero sin olvidar la semejanza con sus predecesores, Julio César y Augusto.

---

[32] Así se aprecia en VELEYO PATÉRCULO, II 89, 4, y en VALERIO MÁXIMO, II 7. Sobre el ideal de *otium,* cf. J. ANDRÉ, «L'*otium* chez Valère Maxime et Velléius Paterculus ou la réaction morale au début du Principat», *Revue des Études Latines,* XLIII (1965), 294-314.

Desde esta múltiple perspectiva es como entendemos que debe abordarse la obra y la selección de hechos y dichos nacionales y extranjeros. Por estas razones también, no podemos esperar un relato diacrónico que podría empañar y oscurecer el objetivo del conjunto: la figura histórica de Tiberio como paradigma del príncipe que sabe favorecer la virtud y castigar los vicios, además de asegurar la paz y el orden. De hecho, la relevancia que el emperador alcanza, incluso desde el punto de vista literario, es semejante a la de Júpiter para los oradores y los diferentes dioses para los poetas: «Que si los antiguos oradores tuvieron la suerte de comenzar por Júpiter Óptimo Máximo y los más ilustres vates se inspiraron en alguna divinidad, mi insignificante persona acude a tu patronazgo, porque si las otras divinidades son objeto de veneración, tu divinidad, como atestigua el momento presente, brilla con la misma luz que la de tu padre y tu abuelo».

Que el emperador sustituya a las musas no es nuevo; recuerda el comienzo de las *Geórgicas* y comparte el tópico de la inspiración con Manilio, Germánico, Lucano y Estacio, a la vez que confiere a la obra una dignidad avalada por la autoridad del inspirador. Se repiten inspiración y alabanza, pero no ya del pasado, sino del presente, siguiendo la costumbre de Virgilio y Horacio, y arraigarán a lo largo del siglo, aunque no lo hagan de manera sistemática. De hecho, Marcial lamenta todavía que se regatee la gloria a los que aún están vivos[33] y Tácito dice que «[Arminio es] desconocido por los historiadores griegos, que sólo admiran sus propias cosas, y no demasiado célebre entre los romanos

[33] Horacio, *Odas* III 1. Marcial, *Epigramas* V 10.

que, por ensalzar lo antiguo, descuidamos los acontecimientos recientes»[34].

La gradación de divinidades enunciadas en la dedicatoria, con Tiberio al lado de Júpiter, implica también la conciencia de escribir algo importante: un tratado técnico útil para oradores y poetas, que sirva para apoyar la argumentación, tal como aconsejaba la retórica[35]. Los *Hechos y dichos memorables* hemos de juzgarlos, pues, no como una obra histórica convencional, a la manera de las monografías o de las historias generales de Livio, Pompeyo Trogo o Veleyo Patérculo, sino como un tratado técnico que ofrece una exhaustiva colección de *exempla:* 931, aunque algunos en realidad son dobles[36]. Y si bien es verdad que no hay un criterio selectivo claro que explique las razones de la elección, todos tienen en común la referencia a los grandes personajes de la historia romana circunscritos temporalmente entre Rómulo y el emperador Tiberio, como cerrando el círculo histórico, en una concepción cíclica del devenir que comparte también Veleyo Patérculo.

Entendida, por tanto, la obra como un tratado técnico, desde el punto de vista retórico, los *Hechos y dichos memorables* deberían someterse a dos principios, el de la *inventio* y el de la *dispositio;* pero el texto no ofrece esta doble distinción. El término empleado por Valerio Máximo no es el de *invenire* o el de *disponere,* sino el de *digerere* («distri-

---

[34] TÁCITO, *Anales* II 88 (traducción de J. L. Moralejo, Madrid, Gredos, 2001, págs. 154-55).

[35] La *Retórica a Herennio* (IV 62) dice a propósito: «Un ejemplo es la exposición de un hecho o un dicho pasado acompañado del nombre de un autor conocido».

[36] La última edición realizada de nuestro historiador, ROBERT COMBÈS, Les Belles Lettres, París, 1995, ofrece un total de 989 distribuidos en 663 romanos y 326 extranjeros.

buir y ordenar»), tal como aconseja Cicerón[37] y tal como hacen los juristas cuando dan nombre a los *Digesta.* Y así lo entendió Julio Paris al titular los diferentes capítulos recogiendo expresiones del propio Valerio Máximo. Para nosotros, por tanto, *digerere* no es otra cosa que «clasificar» el *corpus* de ejemplos dentro del marco de una serie de virtudes.

En efecto, de manera global, Valerio Máximo propone un cuadro de las virtudes cardinales tal como las entendía la filosofía. Éstas eran básicamente cuatro, las que corresponden a otros tantos dominios de la vida, y cuya denominación viene a ser coincidente en la doctrina moral y en los tratados de retórica, como podemos observar en el siguiente esquema comparativo:

	Valerio Máximo	Cicerón
1.	*sapientia* (sabiduría)	*prudentia*
2.	*iustitia* (justicia)	*iustitia*
3.	*fortitudo* (fortaleza)	*fortitudo*
4.	*temperantia* (templanza)	*temperantia*

La única novedad consiste en que Cicerón denomina *prudentia* a la *sapientia*[38] y que más tarde, con el paso del tiempo, el Arpinate termina reduciendo estas cuatro virtudes a sólo dos: la *scientia,* que comprende la *sapientia,* y la *temperantia,* que comprende a las otras tres. A manera de colofón, la moderación *(verecundia)* es el guardián de todas ellas[39].

[37] Cicerón, *La invención retórica* I 49.

[38] Cicerón, *La invención retórica* II 159; pero en II 160 la define de manera equivalente: «ciencia o conocimiento de lo que es bueno, lo que es malo y lo que no es ni bueno ni malo».

[39] Cicerón, *Divisiones de la oratoria* 77-79. En el caso de *verecundia,* hemos preferido traducirla por «moderación» antes que por «pudor»,

Tal disposición no hace sino confirmar que, al igual que Cicerón trata de estas virtudes en los *loci communes* para los discursos políticos y los elogios, Valerio Máximo concibe su obra como un tratado técnico que sirve para el *genus demonstrativum,* tanto con el significado de «sacar a la luz» y «elogiar» a determinados personajes y acontecimientos históricos, como en el sentido de «demostrar» una serie de argumentaciones.

En efecto, si analizamos la mayoría de ejemplos seleccionados, podemos observar las dos intenciones de que hablábamos páginas atrás: la operatividad de los mismos, más allá de la práctica recopilatoria, como vademécum de rétores y alumnos, y el juicio histórico que en tiempos de Tiberio merecieron los acontecimientos y personajes más importantes de la Historia.

En el cuadro general de las virtudes romanas, siguiendo las normas retóricas de la invención y la disposición, hay una jerarquía claramente establecida que se corresponde con el orden expositivo: la virtud más relevante es la justicia, porque radica en la propia naturaleza humana[40] y porque regula las relaciones entre los dioses y los hombres *(religio)* y las de los hombres entre sí. Su importancia explica que esté presente en los libros I, II, VI y IX. Y como quiera que los dioses se manifiestan mediante presagios, prodigios, sueños y milagros, a todas estas manifestaciones dedica el libro I.

---

ya que así es como recogemos la doctrina política y moral juntas y no sólo la que implicaría la *pudicitia,* entendida más bien como decoro femenino.

[40] Cicerón, *La invención retórica* II 160: «Su naturaleza radica en que no nace de la opinión, sino que está inserta en la propia naturaleza humana».

El libro II, mediante la *amplificatio,* desarrolla el contenido del libro I porque la justicia se asienta en la costumbre *(mos),* que a su vez hace nacer la ley *(lex);* de ahí la importancia que tiene la tradición moral y social. La intencionalidad política del tratamiento de esta virtud es evidente y de ella sacará partido a efectos propagandísticos, como veremos más adelante en los casos de personajes y comportamientos «revolucionarios y conservadores».

La fortaleza *(fortitudo),* que ocupa el lugar siguiente a la justicia en el cuadro general de las virtudes, da contenido al libro III y justifica el IV y V, ya que el posible exceso de la misma debe evitarse mediante la moderación. La fortaleza se manifiesta en la naturaleza individual *(natura)* y en las disposiciones naturales *(indoles),* lo que justifica la presencia en el relato de los más legendarios héroes romanos (Horacio Cocles, Porsenna, Emilio Lépido, Catón el Viejo, Catón de Útica) y extranjeros (Leónidas), así como la de aquellos que demostraron una gran confianza en sí mismos o hicieron alarde de la constancia.

El antídoto ante los posibles riesgos de la excesiva fortaleza lo constituye la moderación. Y si bien es cierto que cabría incluir esta virtud dentro de la templanza, Valerio Máximo le dedica nada menos que dos libros, lo que cuantitativamente significa un interés que supera al de las otras virtudes.

A nuestro entender hay al menos dos razones importantísimas para ello. La primera tiene que ver con la doctrina retórica: la moderación es la cuarta de las virtudes en la *Retórica a Herennio*[41]; la segunda razón apunta claramente hacia la intencionalidad política de la obra: la invitación a la

---

[41] *Retórica a Herennio* III 2: «La templanza *(modestia)* es la moderación y continencia de las pasiones del alma».

moderación del príncipe y de los ciudadanos, el elogio de la paz y la tranquilidad, la *beatitudo* y la *tranquillitas*.

Valerio Máximo destaca los beneficios de esta virtud al contraponerla a los vicios en dos pares antitéticos: la abstinencia, que se opone a la pasión de marcado carácter sexual *(libido)*, y la continencia, que se opone al deseo desmedido de todo tipo de bienes y placeres *(cupiditas)*. La moderación, además, se manifiesta en la *humanitas*, en la *pietas* y en la clemencia, que son las virtudes singulares del buen gobernante (Tiberio) en contraposición a quienes no han sabido ser moderados (Sejano) y han sumado además el vicio de la ingratitud.

En cualquier caso, los ejemplos de quienes han hecho gala de esta virtud, tales como los de los antiguos nobles o de Catón de Útica, por citar algún caso, crean cierta tensión entre éstos y los que han obtenido el poder tras una serie de guerras civiles que propicia la llegada de los Julio-Claudios. Valerio Máximo resuelve esta tensión mediante el consenso de dioses y hombres de que habla en el prefacio, porque los Césares traen la regeneración moral (Augusto y Tiberio) y, sobre todo, la felicidad *(beatitudo)* y la tranquilidad *(tranquillitas)* de nuestro siglo, que Sejano quiso cortar con la conjuración del año 31 excediéndose en su poder *(fortitudo)*. Ésta es la razón por la que su ejemplo está expuesto en relación con los sucesos más desgraciados de la historia de Roma (Flavio Fimbria, Catilina) y de la historia foránea (dos hijos de un rey que se disputan la sucesión como vulgares gladiadores y Mitridates, que disputó la corona a su propio padre). De esta manera, mediante la antítesis habitual, contrapone los efectos de un poder desmedido a los beneficios que reporta el emperador, «artífice y defensor de nuestra incolumidad, que con su sabiduría divina impidió que se perdieran y desaparecieran, a la vez que todo el uni-

verso, los beneficios a nosotros concedidos»[42]. El resultado no puede ser más brillante ni más explícito: «Permanece sólida la paz, siguen en vigor las leyes, se salvaguarda la santa religión de los deberes públicos y privados».

Nos parece igualmente sintomático que Valerio Máximo, a manera de epílogo, cierre toda la obra con las consideraciones anteriores que, por haber sido tratadas en el libro IV, podían quedar olvidadas por el transcurso del relato. En dicho libro, al lado de la moderación, había tratado de la amistad y la liberalidad, y a ambas virtudes se refiere en el elaborado ejemplo de la deslealtad de Sejano. De esta manera, el historiador sintoniza con las ideas morales y políticas de Cicerón y Salustio.

El Arpinate había definido la amistad como *mutua benevolentia*[43], Salustio como *idem velle idem nolle*[44]. Esta idea, que en el caso de Cicerón recorre los tratados *Sobre la amistad* y *Sobre los deberes,* y que a efectos políticos le sirve para cerrar las heridas de las guerras civiles e invitar a la concordia civil, está presente de manera reiterada en Valerio Máximo porque le sirve, además, para consolidar el nuevo régimen[45], ya que «no era conveniente que mantuviesen sus diferencias por rencillas privadas quienes estaban unidos por la más alta potestad»[46].

---

[42] IX 11, ext. 4. Es muy llamativo que el ejemplo de Sejano, al que además no nombra, esté inserto entre los ejemplos extranjeros, lo que acentúa aún más el contraste.

[43] Cicerón, *Sobre la amistad* 7, 22.

[44] Salustio, *Conjuración de Catilina* 20, 4.

[45] Valerio Máximo, IV 7 ext. 1; IV 7, 4; ext. 1-2; V 5 prefacio.

[46] Y cita como ejemplos relevantes de concordia los de Marco Emilio Lépido y Fulvio Flaco, por un lado, y los de Livio Salinátor y C. Claudio Nerón, por otro: IV 2, 1 y 2 respectivamente.

En el libro VI, al tratar de la templanza, la cuarta de las virtudes, sigue también las pautas marcadas por Cicerón[47] y lo hace desde las múltiples manifestaciones de esta virtud, la modestia, que engendra el pudor, y las tres partes de que consta la templanza: continencia, clemencia y modestia, para abundar en la *fides* como fruto de la justicia, que había sido objeto de los primeros libros.

También en este caso Valerio Máximo se sirve del recurso de la antítesis para exponer con más claridad su doctrina; de ahí que contraponga la libertad a la obediencia, la fidelidad a la perfidia, la fortaleza a la indolencia, la justicia a la injusticia y la perseverancia a la pertinacia u obstinación. Todo el cuadro de contrastes para concluir con el fruto que acarrea la práctica de las virtudes: la felicidad, representada en la persona de Cecilio Metelo Macedónico, el más feliz entre los hombres y prototipo del nuevo canon de valores nobiliarios: «Quiso la Fortuna que Metelo naciese en la capital del mundo, le otorgó los padres más nobles, le confirió además unas excepcionales cualidades espirituales y una fortaleza física capaz de soportar las fatigas, le procuró una esposa célebre por su honestidad y fecundidad, le brindó el honor del consulado, la potestad del generalato y el lustre de un grandioso triunfo, le permitió ver al mismo tiempo a tres de sus hijos cónsules (uno de ellos también había sido censor y había recibido los honores del *triunfo*) y a un cuarto pretor; hizo que casara a sus tres hijas y acogiera en su mismo regazo a la descendencia de éstas... En definitiva, tantos y tantos motivos de alegría; y en todo este tiempo, ningún duelo, ningún llanto, ningún motivo de tristeza. Con-

[47] En *La invención retórica* II 163 y 164.

templa las moradas celestiales y difícilmente podrás encontrar allí un estado de dicha semejante»[48].

La segunda intención buscada con el *corpus* de ejemplos es la de emitir un juicio histórico, el que en tiempos de Tiberio merecen los personajes y acontecimientos más importantes de la historia.

Valerio Máximo, a nuestro entender, de manera muy soterrada, al extraer sólo determinados rasgos del carácter de los personajes más relevantes, los verdaderos artífices de la historia según la concepción biográfica romana, a diferencia del análisis global que efectuaron Salustio o Tácito, más que hacer verdadera historia —aunque hay personajes que aparecen por doquier y que podrían conferir unidad biográfica al relato; al ser incompleto el retrato de éstos y repetir anécdotas con frecuencia—, lo que de verdad busca es celebrar la virtud y censurar el vicio supeditando los intereses particulares al bien público.

En las actuaciones políticas de los personajes parcialmente biografiados observamos la propuesta de un ideal de vida que responde básicamente a los objetivos heredados de Augusto y ratificados en la nueva literatura propagandística: la *aurea mediocritas* y la paz que garantiza Tiberio. *Tranquillitas, pax* y *quies* son los tres soportes sobre los que Valerio Máximo sustenta el reinado de Tiberio, y los tres están presentes en todos los momentos de la obra[49].

Los hechos y dichos de todos los personajes son juzgados y valorados según los principios de la paz y la estabili-

---

[48] VII 1, 1.

[49] Para no hacer prolija la lista, pueden observarse los siguientes pasajes: I 1, 10 y 11; 6, 11 y 12; II 7, 5; III 1, 2; 2, 17 y 18; 8, 5; V 3, 2b; VI 3, 1c y 1d; 4, 1; 8, 3; VII 3, 9; 4, 3; 6, 1, 4 y 5; VIII 6, 2; 9, 1 y 2; IX 2 1 y 2; 5, 3 y 4; 7, 1-4; 11, 4 y 5.

dad. Así se explican los constantes alegatos contra la guerra, hasta el punto de que muchos personajes son considerados exclusivamente en función de su comportamiento para con la paz y el orden. Los casos de Mario, Sila, Pompeyo, César y Sejano son bien elocuentes. En realidad, Valerio Máximo no hace otra cosa que confirmar los sentimientos de toda una generación. Ovidio, lamentando la situación de la humanidad en la Edad de Hierro, se expresaba en estos términos: «Se vive de la rapiña; ni un huésped puede tener seguridad de su huésped, ni un suegro de su yerno; incluso entre hermanos es rara la avenencia»[50]. Otro contemporáneo del historiador, Lucano, reiteradamente habla de la *cognata acies* para referirse a la guerra civil entre César y Pompeyo[51]; un poco más tarde, las *fraternas acies* de Estacio en la *Tebaida* recordaban el enfrentamiento entre Eteocles y Polinices, pero evocaban al suegro y al yerno de la guerra civil todavía reciente. Incluso a principios del siglo siguiente, Tácito, aunque lamentaba que en aras de la paz el poder hubiera pasado a manos de uno solo, encontraba cierto consuelo al afirmar que «tras la muerte de Bruto y Casio ya no hubo ejército republicano»[52].

Estaba claro que se imponía una gradación de los valores ciudadanos a la vez que un nuevo concepto de libertad. Al respecto, Séneca postulaba una libertad siempre al alcance de todos, la libertad interior, aquella que se podía alcanzar incluso con el suicidio para verse libre de la tiranía; en una jerarquía de valores, pensamos que Valerio Máximo otorga el lugar preeminente a la *tranquillitas* que sólo el emperador puede garantizar. Naturalmente, esta actitud doc-

---

50 OVIDIO, *Metamorfosis* I 144-45.

51 LUCANO, *Farsalia* I 680, 694; VI 591-93; VII 872; IX 271.

52 TÁCITO, *Anales* I 2.

trinal le lleva forzosamente a un planteamiento político: cuál es el papel que corresponde al príncipe y cuál debe ser la actitud de los ciudadanos para con el príncipe.

La respuesta viene dada por una sucesión de contrastes y una solución final. Los ejemplos que aluden a desastres y al pasado turbulento de Roma, en una visión sesgada y parcial de la historia nacional, son los más significativos. Al historiador sólo le interesan los ejemplos de inestabilidad y desorden, como los movimientos de los tribunos revolucionarios o de los Gracos, para que sirvan de contraste con la paz de Augusto y de Tiberio y para que los ciudadanos velen por el príncipe que les ha traído la paz. El pueblo, o mejor la plebe, y los líderes que, como Mario, Sila, Casio y Bruto, promovieron contiendas y enfrentamientos civiles, son las figuras negativas por excelencia. De los republicanos de tiempos recientes sólo se salva Catón de Útica por tratarse de una figura ya estereotipada en los manuales de retórica. Mario, de quien reconoce y admira el *rusticus rigor*[53], sólo es salvable en la medida en que viene a atenuar la crueldad de Sila: «con vil crueldad descuartizó el cuerpo de Gayo César, que había sido cónsul y censor... sólo le faltaba esa desgracia a la república, por entonces en la peor de las situaciones, que César cayera como chivo expiatorio en honor de Vario. Todas sus victorias apenas valieron tanto como este crimen»[54].

No es otra la opinión de Veleyo Patérculo, para quien Mario fue «tan inmejorable en la guerra como pésimo para la paz»[55], y Sila, que se había hecho acreedor a toda clase de elogios hasta su victoria, mereció idénticas desaproba-

[53] II 2, 3.
[54] IX 2, 2.
[55] *Historia romana* II 11, 1.

ciones después de ésta «porque mostró una crueldad inaudita»[56].

Aunque Carney sostiene que Valerio Máximo, a diferencia de Tito Livio o Tácito, denota cierta inconsistencia al tratar los personajes[57], en nuestra opinión no es así. En aras de la fidelidad histórica, Valerio Máximo reconoce virtudes en los personajes de los que extrae ejemplos, al menos en algunas de sus actuaciones, pero el juicio último es coherente si lo analizamos desde los principios de la estabilidad y el orden. Si ocasionalmente trata bien a Mario[58], es sólo porque ordenó encarcelar a Lucio Equicio que, despreciando las leyes, se presentaba como candidato al tribunado, o porque, comportándose como un buen ciudadano, fue útil a la república al reprimir las tentativas de Lucio Saturnino[59]; pero, «en medio de un banquete sostuvo entre sus manos, alegremente, la cabeza cortada de Marco Antonio. Sus victorias apenas tuvieron tanto valor, pues olvidándose de ellas mereció más reprobación en tiempos de paz que gloria en tiempos de guerra»[60]. Por encima de la valoración general está el ejemplo concreto que, a costa del rigor histórico, confiere más provecho moral y político.

Tras muchas alternativas y visiones parciales de los protagonistas de la primera guerra civil, en el libro noveno, el que supone un epílogo a su obra, es taxativo también a propósito de Sila: «Lucio Sila, a quien nadie puede alabar o vituperar suficientemente, porque, a los ojos del pueblo, fue un nuevo Escipión si contamos sus victorias, y un Aníbal a

---

56 *Historia romana* II 25, 3.

57 T. F. Carney, «The Picture of Marius in Valerius Maximus», *RhM* 105 (1962), 289-337.

58 Como en IX 7, 1.

59 VIII 6, 2.

60 IX 2, 2.

la hora de ejercer la venganza»[61], para concluir con uno de los más crueles retratos que hayan podido hacerse en el ámbito de la historiografía.

Especialmente controvertido puede resultar el juicio que le merecieron los protagonistas de la segunda guerra civil, César y Pompeyo. A ambos les asistían razones: «Un hombre severo —dice Veleyo Patérculo— alabaría más el partido de Pompeyo; un hombre prudente seguiría el de César»[62].

Valerio Máximo es menos ambiguo que Veleyo Patérculo y, si bien reconoce los grandes méritos políticos de ambos contendientes, ya desde el comienzo mismo de la obra[63] manifiesta que el predestinado de los dioses era César: «Con todos estos prodigios quedaba claro que la voluntad de los dioses quería dar a entender que era favorable a la gloria de César a la vez que quería evitar el error de Pompeyo», así como la ceguera de Pompeyo que «durante la guerra civil, por una resolución tan funesta para sí mismo como inútil para la república, había roto su alianza con César».

Y es que la razón de Estado que roza el nacionalismo patriótico se impone siempre de manera constante a lo largo de los sucesivos ejemplos. Así se observa en las frecuentes antítesis como familia / Estado, bienes privados / interés público: padres que matan a sus hijos para hacer respetar las leyes (Bruto, Postumio Tuberto, el padre de Espurio Casio)[64]; legisladores que se suicidan por el mismo motivo (Carondas), o se mutilan (Seleuco); ejecuciones de traidores

61 IX 2, 1.

62 *Historia romana* II 49, 3.

63 I 6, 12.

64 II 7; V 7 y 8; VI 3.

o de aspirantes a la tiranía (Marco Manilio, Espurio Melio, Espurio Casio, Publio Municio).

El amor a la patria como base de la reconciliación iniciada por Augusto era un concepto político ya ampliamente difundido en la cultura griega y después por Cicerón como «el mayor sentimiento común de voluntades en toda empresa y en el que radica toda la fuerza de la amistad»[65]. Pero esta amistad y amor, en el sentido aristocrático de la nueva cultura a la que aludíamos páginas atrás, sólo podía darse *inter bonos,* tal como ya había puesto de manifiesto Salustio: «Desear lo mismo, odiar lo mismo, temer lo mismo es la base de la amistad. Pero se llama 'amistad' entre los buenos, 'facción' entre los malos»[66].

El amor a la patria se manifiesta de manera taxativa en los ejemplos de Bruto y Espurio Casio entre otros, y especialmente en toda una serie de estamentos sociales durante la Segunda Guerra Púnica[67] en la línea de la doctrina ciceroniana: «Las muertes por la patria no sólo son gloriosas a los ojos de los rétores, sino que además suelen ser tenidas como felices»[68].

Concluimos, pues, negando la inconsistencia de que habla Carney y, si hemos de hacer alguna concesión a esta forma de ver la obra histórica de Valerio Máximo, es sólo en la medida en que la sucesión de claroscuros de muchos personajes responde a la técnica retórica de las controversias, como se puede apreciar en algunos ejemplos que recuerdan las famosas *quaestiones rhetoricae* de *Córace* y Tisias[69].

---

[65] CICERÓN, *Sobre la amistad* 4, 15.

[66] SALUSTIO, *Guerra de Jugurta* 31, 14-15.

[67] V 6, 8.

[68] CICERÓN, *Tusculanas* I 48, 116.

[69] III 7, 8.

Valor educativo de los *exempla*

El ejemplo, en su aparente simplicidad, encuentra su razón de ser en un intrincado problema de lógica, comunicación y psicología social en que se implican mutuamente mensaje y destinatario.

En la cultura latina aparece como una expresión típica de las costumbres romanas *(mores)* en la educación de los primeros tiempos y como forma de transmitir un sistema de valores independientemente de la filosofía y de la retórica griegas, cuando éstas aún no habían hecho acto de presencia en Roma[70].

Con el desarrollo de los conflictos políticos y los procesos judiciales, especialmente en los dos últimos siglos de la República, la aceptación de la retórica de procedencia helénica fue una auténtica necesidad que afectó a la práctica totalidad de la literatura romana, y si bien el ejemplo se mantuvo en el ámbito escolar como medio de transmitir valores educativos, se incorporó también a los procedimientos retóricos para la persuasión. Cuando Aristóteles habla de ésta en su *Retórica,* distingue bien entre los argumentos puramente técnicos, las pruebas *(písteis)* y los procedimientos persuasivos pensados para los jueces; en otras palabras, entre la retórica entimemática y la retórica del *páthos.* En términos actuales, podríamos decir que Aristóteles hablaba ya claramente del proceso de comunicación al distinguir la presencia del emisor, el mensaje y el receptor. En función de este proceso establecía los procedimientos que podían influir en

---

[70] Recuérdese la costumbre de los *grassatores* y de los *carmina convivalia,* en que se propagaban gestas y ejemplos de antepasados ilustres, como nos dice Catón, para despertar el sentido de emulación entre los jóvenes romanos.

la recepción; de ahí que las pruebas que no pertenecen a los hechos y que se presentan fundamentalmente para persuadir, correspondan sobre todo al discurso deliberativo[71]. Por eso señala: «Se deben usar los ejemplos cuando no se tienen entimemas para la demostración o bien colocarlos tras los entimemas utilizándolos como testimonios»[72].

La anónima *Retórica a Alejandro* da un paso más. En ella se proponen siete tipos de pruebas, entre las que se incluyen la probabilidad y el ejemplo, acercando así la importancia de éste a la mentalidad arcaica romana y destacando la retórica de la recepción sobre la del mensaje, es decir, la retórica del *páthos* sobre la retórica del silogismo. Es tal vez ésta la razón por la que ya en la *Retórica a Herennio* el ejemplo encuentra su sitio en la *elocutio* y no en la *inventio* o en la *dispositio*[73]. Cicerón terminará por aceptar que los ejemplos son los que otorgan credibilidad a una argumentación[74]. La categoría del *éthos (mos)* adquiere rango de *tópos* (lugar común) y la autoridad del emisor pasa al receptor precisamente por el aval de dicho *éthos*. Las *laudationes* fúnebres y los *carmina* eran las manifestaciones más claras de lo que decimos, cuya consecuencia más inmediata fue la concepción de una historia pragmática de la ejemplaridad, tal como la enunció Cicerón y puso en práctica Tito Livio.

El ejemplo, pues, se introduce en la historiografía bajo la forma de biografía, pero acotando aún más el contenido, ya que se trata de una pequeña historia, corta, que se refiere al pasado de la vida de un gran personaje, por lo general,

---

[71] Aristóteles, *Retórica* I 1, 10-11.

[72] Aristóteles, *Retórica* II 20, 9.

[73] *Retórica a Herennio* IV 49.

[74] La expresión *exempla fidem faciunt* se convierte ya desde él en proverbial *(El orador,* 120).

para justificar una doctrina o un principio moral, que en el caso de Valerio Máximo es el propuesto en el encabezamiento del libro o capítulo correspondiente.

Éste fue ya el propósito apuntado por la tradición retórica griega y continuado por Cicerón; de hecho, las dos ocasiones en que más claramente alude al ejemplo así lo demuestran[75]. La primera de ellas pertenece, además, al capítulo que trata de la *confirmatio;* y, si bien podría objetarse que se trata de una obra de juventud, lo cierto es que incluso cuando escribe el *De oratore,* evoca también su uso como elemento del ornato: «La plasmación de las costumbres y de la vida, tanto valiéndose de personas como sin ellas, es un gran procedimiento ornamental del discurso, y sirve para disponer a favor los ánimos y, a menudo, incluso para conmoverlos. Hacer aparecer a un personaje supuesto es la figura más adecuada para la amplificación»[76].

Pero, es más, cuando a Valerio Máximo se le reprocha la posible falta de rigor histórico, no se hace otra cosa que ignorar la doctrina ciceroniana al respecto. «A los rétores —dice el Arpinate— les está permitido mentir en las historias para poder decir algo con más expresividad»[77]. Y sólo unos años después de nuestro historiador, Quintiliano destacará también que el ejemplo viene a ser no sólo un medio de prueba por comparación, sino también una emoción seductora[78].

---

[75] CICERÓN, *La invención retórica* I 49 y *Tópicos* 41-45.

[76] CICERÓN, *Sobre el orador* III 204-205.

[77] CICERÓN, *Bruto* 42. Se había marcado ya una clara distancia entre esta propuesta ciceroniana y la de Aristóteles cuando en la *Poética* establecía la diferencia entre poesía e historia precisamente en la ausencia o no de veracidad.

[78] QUINTILIANO, *Inst. orat.* V 11, 5.

Deleite, autoridad y credibilidad constituyen en esencia las tres razones de ser del ejemplo en el ámbito de la retórica y las tres son igualmente válidas para la historia desde que Cicerón la dotó teóricamente de un determinado estilo y la consideró «labor propia sobre todo de oradores» *(opus oratorium maxime)*[79].

Lo peculiar del ejemplo en Valerio Máximo es que sigue un esquema narrativo simple que lo hace a la vez sumamente propicio para la labor educadora. En su esencia, el ejemplo consta de tres elementos: presentación del personaje o anécdota, relato de un hecho y reflexión cònclusiva. Su valor convincente, por la claridad, es superior al de la fábula y la parábola, formas estrechamente ligadas ya en Aristóteles. No en vano, el ejemplo se basa en hechos tenidos por ciertos, mientras que la parábola y la fábula se mueven en el terreno de la ficción.

El ejemplo, además, es sumamente fructífero y conveniente para el conocimiento de los hechos, siempre que reúna las siguientes propiedades: *univocidad,* para imponer al lector una verdad moral exenta de interpretaciones múltiples; *brevedad,* para ser más fácilmente aprehensible; *autenticidad,* que se logra por la autoridad del personaje de quien se extrae; *verosimilitud,* para ser creído; *placer,* tal como señalaba ya Cicerón («pues los ejemplos relativos a los tiempos primitivos, recuerdos literarios y tradición escrita confieren más autoridad a la prueba y más placer al oyente»[80]); la capacidad de *perdurar en la memoria,* por el valor que la imagen formada evoca.

---

79 Cicerón, *Sobre las leyes* I 1, 5.

80 Cicerón, *Verrinas* 2.ª S., III 209. También Livio en I 46, 3, pref. 10, y recientemente S. Suleiman, «Le Récit exemplaire. Parabole, fable, roman à thèse», en *Poétique* 32 (1997), 475.

Sin duda, fueron éstas las propiedades que hicieron penetrar el ejemplo y la imagen en otros campos artísticos sobrepasando la retórica y la historia. Plinio habla de estatuaria histórica, mitológica y de pintura[81] y el propio Valerio Máximo recuerda la escultura de Lucio Escipión vestido con clámide y calzando sandalias porque había introducido esas modas poco adecuadas a las costumbres romanas[82]. La descripción de Quinto Metelo recuerda perfectamente lo que eran los *tituli imaginum* al repasar toda la biografía del noble «desde el primer día de su nacimiento hasta el momento mismo de morir»[83]. Más adelante volveremos sobre ello al tratar de la pervivencia de Valerio Máximo; ahora baste sólo con añadir que la rentabilidad de esta práctica del ejemplo penetró de tal manera en los programas educativos que las artes predicatorias medievales toman los ejemplos, reales o ficticios, de la vida de los santos padres, de los mártires y de los santos a modo y semejanza de los grandes personajes romanos[84]. De hecho, la historiografía medieval y las artes predicatorias se limitaron a seguir la senda trazada por la biografía pagana, de la que Valerio Máximo es una muestra más, así como la doctrina gramatical, y por lo tanto escolar, relativa a la utilidad de los ejemplos. La única novedad consistió en cambiar el *corpus* del que surtirse.

Por lo demás, las posibles objeciones que pudieran plantearse, tales como la memoria colectiva frente al consenso moral, la narración de algo pasado frente a la respuesta

---

[81] Plinio, *Historia Natural* XXXIII 26-29.

[82] III 6, 2.

[83] VII 1, 1.

[84] Cf. Jacques Berlioz, «L'*exemplum* au service de la prédication», en J. Berlioz et J. M. David, *Rhétorique et Histoire. L' exemplum et le modèle de comportement dans le discours antique et médiéval,* Ménages de l'École Française de Rome, París, 1980, págs. 113-146.

emocional de los lectores y oyentes vivos, o la personalidad y credibilidad del historiador frente a la receptividad del lector, se solventaban con la autoridad moral del pasado y la pervivencia de las virtudes o el rechazo de los vicios, tanto en el momento de producirse el ejemplo como en el momento de difundirse el mismo, es decir, con la pervivencia de un código de valores morales, tales como los deberes para con los dioses y para con los hombres.

Los ejemplos de Valerio Máximo se insertan, pues, en la línea moralista que recorre toda la historiografía latina desde Salustio y que la escuela, siempre, y el Cristianismo, tras su aparición, se encargaron de mantener y propagar. Valerio Máximo, además, como buen analista de la condición humana, abrió el espectro de las fuentes y supo ver también virtudes en los esclavos, las mujeres y hasta en los niños[85]. Que muchos de estos ejemplos puedan ser sospechosos de faltar al rigor histórico importa poco si consideramos la historiografía antigua como un género literario y no como una ciencia. Tal vez sea también ésta la razón por la que la categoría del tiempo no cuenta; el relato histórico no viene dado por la sucesión cronológica, es atemporal, como ocurría en Varrón, y hay una especie de fuga del presente, por lo triste de la situación, para rememorar épocas más gloriosas y ejemplares.

Fuentes

El estudio sobre las fuentes literarias *(Quellenforschung)* se convirtió en el objetivo de la mayor parte de los trabajos de investigación sobre Valerio Máximo del siglo XIX y la primera mitad del XX. El resultado fue una copiosa biblio-

[85] Respectivamente, en VI 8; V 1, ext. 2; VI 1, ext. 1; VI 7, 3; III 1, 2 y ext. 1.

grafía, por lo que nuestro propósito no es otro que reflejar brevemente el fruto de esa investigación, a la que añadimos algunas consideraciones propias entresacadas de la lectura detenida de la obra.

Como apuntábamos en páginas anteriores, es habitual que Valerio Máximo no muestre excesiva preocupación por mencionar las fuentes que, como todo historiador, debe manejar. Se nos escapa qué clase de *excerpta* eran los manuales escolares sobre los que trabajaban rétores y maestros y que pudieron servir de base documental para determinadas virtudes y personajes; otro tanto cabe decir de los documentos originales, públicos y privados, que pudo tener a su alcance sirviéndose de la labor bibliotecaria de Higino; tal vez por eso, como apunta Maslakov, en no pocas ocasiones Valerio Máximo es la única fuente de un acontecimiento histórico[86]. Como es natural, ese suceso histórico puede muy bien haberlo extraído, por ejemplo, de los discursos fúnebres que la tradición y la educación retórica alimentaron, especialmente en los banquetes, como el propio autor recuerda[87], compartiendo una actitud semejante a la de Catón en sus *Orígenes*.

También la contemplación de las imágenes del Foro de Augusto pudo servirle para caracterizar imágenes propias. Así ocurrió con Cornelio Nepote y antes con Ático. En esta línea, cuando menos sugerente, han trabajado una serie de filólogos; como A. Klotz, que postuló que Valerio Máximo se sirvió de una vieja colección de imágenes de época de

---

[86] G. MASLAKOV, «Valerius Maximus and Roman Historiography. A Study of the *Exempla* Tradition», *ANRW* 2, 32, 1, Berlín, Nueva York, 1984, pág. 457.

[87] Especialmente en II 1, 10 y en el prefacio al libro VIII.

Augusto[88]; C. Bosch, que retrotrae la colección a tiempos de Cicerón[89] y sostiene que Valerio Máximo ha hecho una recopilación de ejemplos a partir de dos compilaciones previas, una de época de Cicerón y la otra atribuida a C. Julio Higino. R. Helm y A. Ramelli incluso apuntan la dependencia directa de Cicerón, el primero, y de Cicerón y Varrón, el segundo[90].

Más atrevidas, si cabe, son las hipótesis de F. R. Bliss y M. Fleck, especialmente las de este último[91], que no ve la necesidad de fuentes próximas previas. Valerio Máximo, en su opinión, habría podido consultar las fuentes originales y, a partir del análisis comparativo entre Valerio Máximo y los autores que más frecuentemente se citan como fuentes posibles (Cicerón y Livio), llega a la conclusión de que nuestro historiador es en ocasiones imitador consciente del estilo de ambos. Algo, por otra parte, evidente si, como hemos demostrado en páginas anteriores, la doctrina ciceroniana de los *exempla,* la concepción pragmática y educadora de la historia y el nacionalismo de Livio se aprecian de manera constante.

Pero, si nos centramos en las fuentes más seguras, porque el propio historiador deja constancia de ellas, tenemos al menos las siguientes:

---

[88] A. Klotz, «Zur Litteratur der Exempla und zur Epitoma Livii», *Hermes* 44 (1909), 198-214.

[89] C. Bosch, *Die Quellen des Valerius Maximus,* Stuttgart, 1929.

[90] R. Helm, «Valerius, Seneca und die *Exemplasammlung*», *Hermes* 74 (1939), 198-214; A. Ramelli, «Le fonti di Valerio Massimo», *Athenaeum* 14 (1936), 117-125.

[91] F. R. Bliss, *Valerius Maximus and his Sources: A stylistic Approach to the Problem,* Univ. of North Carolina, 1951. M. Fleck, *Untersuchungen zu den Exempla des Valerius Maximus,* tesis, Marburg, 1974.

Tito Livio, al que directamente cita a propósito de la enorme serpiente del río Bagrada[92], curiosidad que también reflejan otros autores. Da la impresión de que nuestro historiador, ante la difícil credibilidad del suceso, se siente obligado a citar la procedencia literaria del relato. Pero es que Livio está tan presente en su obra que Bliss, basándose sobre todo en el léxico y la sintaxis, ha llegado a rastrear nada menos que 148 pasajes del historiador paduano que guardan correspondencia directa con 146 de Valerio Máximo[93].

Celio Antípatro es recordado de manera explícita en I 7, 6 y, como es lógico, no debemos descartar los analistas del último período (Sisena, Rutilio, Claudio Cuadrigario y Valerio Anciate). Con este último, Fleck ve incluso una relación directa, a la vez que con Varrón.

M. Escauro, autor del siglo II a. C., del que nos ha llegado poco más que el nombre y que escribió tres libros sobre su vida, es recordado al menos en tres ocasiones[94].

Catón y sus *Orígenes* son mencionados en VIII 1, 2, así como Asinio Polión y C. Graco[95]. Del primero sabemos que, tras el año 35, relató las guerras civiles en sus *Historias,* tal como cuenta Valerio Máximo en el pasaje aludido, en el que incluso hace una valoración muy positiva de su importancia en las letras latinas. Del segundo se nos escapa cuál fue su labor historiográfica.

Para los ejemplos extranjeros son perceptibles también una serie de autores consagrados, griegos y romanos, de los que Valerio Máximo nos da cuenta de manera directa[96]. Se trata de Heródoto, Teopompo, Helánico de Mitilene, Da-

---

92 I 8, ext. 19.

93 F. R. Bliss, *op. cit.*

94 III 7, 8; IV 4, 11; VIII 6, 4.

95 VIII 13, ext. 4, y IX 5, ext. 4, respectivamente.

96 VIII 13, ext. 4-7.

mastes de Sigeo, Cornelio Alejandro Polihístor, el maestro de Higino, y Jenofonte.

Las huellas de la obra filosófica de Cicerón, especialmente de los tratados *Sobre la vejez* y *Sobre la amistad,* así como el *Sobre el orador* en la recomendación hecha sobre la conveniencia de extraer «innumerables ejemplos de nuestra ciudad y de otras»[97], aparecen por doquier; pero, al lado de estas fuentes, de las que tenemos constancia indudable, interesa destacar otras que el sentido común y la enseñanza difundida en la escuela sugieren igualmente que deben estar presentes en la obra de Valerio Máximo. Así se deduce de un pasaje de Aulo Gelio[98].

Como Valerio Máximo, también Higino estuvo vinculado a la casa imperial. Este liberto de Augusto dirigió la biblioteca palatina además de destacar como escritor técnico en el ámbito de la filología y la historia, entre otras materias. De entre sus obras perdidas figuran un *Sobre la vida y obras de hombres ilustres (De vita rebusque inlustrium virorum), Exempla, Sobre el territorio troyano (De finibus Troianis)* y un más que sugerente *Sobre el origen y emplazamiento de ciudades itálicas (De origine et situ urbium Italicarum)*[99]. Esto demuestra que las inquietudes de historiadores y anticuarios son coincidentes y que, en el caso de los primeros, el recurso a este tipo de actividad literaria era además una forma de evadirse de los peligros y riesgos que acarreaba escribir historia de sucesos recientes.

Muy próximo en el tiempo, y en razón de la temática de su actividad literaria, Varrón es uno de los anticuarios que sin ningún género de dudas está presente en nuestro histo-

---

[97] CICERÓN, *Sobre el orador* I 211.

[98] *Noches Áticas* X 18, 7.

[99] Cf. H. BARDON, *La litterature latine inconnue,* vol. II, pág. 92.

riador. De este ilustre polígrafo sabemos, por un catálogo que nos transmite san Jerónimo, que escribió *Libros de antigüedades, Libros de imágenes, Antigüedades de cosas humanas y divinas* y *Sobre el linaje del pueblo latino.* Es verdad que nada de ello nos ha llegado, pero, habida cuenta de su labor bibliotecaria, nada tiene de extraño que Valerio Máximo tuviera acceso a esta fuente de la que pudo extraer ejemplos para su obra.

Menos conocida en nuestros días, pero igualmente presente en el amplio catálogo de fuentes, es la figura de otro anticuario, Pomponio Rufo, del que Valerio Máximo menciona al menos dos obras, el *Libro de recapitulaciones* y los *Libros de cosas dignas de recordarse.*

Todo un amplio catálogo, pues, de anticuarios sobre los que no vale la pena extendernos más y del que da sobrada cuenta H. Bardon[100]. Pero no quisiéramos concluir sin unas consideraciones sobre la presencia de Salustio, al menos en dos aspectos fundamentales: la concepción de la obra historiográfica y la técnica de los retratos.

Las primeras palabras del proemio de Valerio Máximo, «he decidido *(constitui)* exponer ordenadamente los hechos y dichos memorables tanto de Roma como de los pueblos extranjeros», recuerdan, o mejor, casi transcriben las de Salustio[101], con la única salvedad de que al «narrar detalladamente» *(perscribere)* de Salustio, Valerio Máximo contrapone «exponer ordenadamente» *(digerere)* tras hacer una selección, como no podía ser menos, dadas las diferencias entre las obras de ambos. Y, como en los proemios de Salustio, también en el proemio de Valerio Máximo observamos que es la ambición *(cupido)* el determinante moral que

[100] *Op. cit.*, vol. II, págs. 90 y ss.

[101] SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 4.

explica gran número de malos ejemplos. La época de Tiberio, por lo demás, tenía en Salustio a la mayor autoridad en el campo de la historiografía y los numerosos personajes que desfilan por los *Hechos y dichos memorables* son juzgados siempre con el parámetro común de la moralidad, tal como hemos visto en las páginas precedentes.

También la técnica del retrato recuerda a Salustio. La temática general basada en la moralidad, *de luxuria et libidine,* presenta muchos puntos de contacto, incluso en el léxico, cuando trata, por ejemplo, de la vida licenciosa de Metelo Pío o del mismísimo Catilina, cuyo retrato[102] recuerda en todo, e incluso de manera más extensa, la descripción salustiana de Catilina enamorado de Aurelia Orestila[103].

El diseño compositivo es evidente, como pone de manifiesto Guerrini[104]. La lujuria y el placer *(luxuria et libido)* dan incluso título a un capítulo de Valerio Máximo[105]. En este caso, contrariamente a la tendencia dominante en el resto de la obra, que es la de exaltar la grandeza de la patria atenuando en la medida de lo posible los aspectos negativos, el cuadro de la sociedad romana sólo es equiparable a las sátiras de Juvenal y a algunas escenas de Tácito. Predominan la decadencia, la crisis, la disolución de los antiguos valores... y todo ello referido a los últimos extertores de la República. Valerio Máximo comparte con su contemporáneo Veleyo Patérculo una cierta fascinación por el moralismo salustiano, actitud también aceptada por Tito Livio al

---

[102] IX 1, 9.

[103] SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 15, 2.

[104] R. GUERRINI, *Studi su Valerio Massimo,* Pisa, 1981, pág. 37.

[105] IX 1.

explicar la celeridad con que se produjo la caída por culpa de la *luxuria*[106].

III. LENGUA Y ESTILO

Para entender y enjuiciar la lengua y el estilo de Valerio Máximo, o de cualquier otro escritor contemporáneo, de manera ineludible hemos de acudir a Quintiliano y, sobre todo, al *Diálogo sobre los oradores* de Tácito. Es sabido que, aunque Tácito lo escribe a finales de siglo, el ambiente y el contexto del diálogo se sitúa en torno al año 75 d. C., unos cuarenta después de la aparición de los *Hechos y dichos memorables,* tiempo suficiente como para contar con una perspectiva clara y ponderada de las reflexiones que sobre la oratoria y el estilo hacen los principales interlocutores, Mesala y Marco Apro. El primero es partidario de los antiguos valores mientras que el segundo, modernista, defiende que el estilo y la oratoria cambian con el tiempo.

A partir de esta doble y tan dispar valoración es como entendemos que ha sido siempre enjuiciada la obra de Valerio Máximo.

Aquellos filólogos y escritores que no gustan del *splendor* y sencillamente lo aceptan como el exponente más eximio de las escuelas de retórica, valoran de manera negativa la obra de nuestro historiador. Así ocurrió ya con su epitomista Nepociano; para él Valerio Máximo «es ostentoso en las sentencias, se recrea en los lugares comunes y se pasa en los excesos». Opinión semejante comparte E. Norden al incluir a Valerio Máximo en la «serie de escritores en lengua

[106] Véase la correspondencia entre VELEYO PATÉRCULO (II 1, 1), VALERIO MÁXIMO (IX 1, 5) y TITO LIVIO (I, pref. 9).

latina insoportables hasta la desesperación por su falta de naturalidad»; este juicio recuerda la opinión que le merecían a Séneca el Rétor los oradores modernos que buscaban la aprobación más que la causa en sí misma[107].

Pero de todos los juicios negativos, la primacía corresponde a Erasmo. En su *Ciceronianus,* en el diálogo mantenido entre Buléforo y Nosópono, a la pregunta del primero sobre qué opinión le merece el estilo de Valerio Máximo, responde Nosópono: «Valerio Máximo se parece a Cicerón como un mulo a un hombre; hasta el punto de que difícilmente podrías creer que es itálico tal escritor o que vivió en el tiempo que parece que vivió: su estilo es tan diferente que se diría que era africano y que no hay poesía alguna más elaborada que su prosa»[108].

Una opinión más moderada es la de Bernhard Kytzler, que advierte que «la tendencia expositiva apunta hacia un desvío de lo común y usual, hacia una acentuación de los giros de ingenio; se utiliza constantemente el apóstrofe, se aspira a la gradación y al recargamiento»... «oscuridad, ampulosidad, manierismo hacen acto de presencia»[109]. En esta línea, A. Leeman pone como modelo de manierismo retórico la escena en que, hablando de la fortaleza, Valerio Máximo celebra la figura de Catón en el momento de suicidarse junto con el sacrificio de algunos caballos bellísimos[110].

---

[107] Cf. E. Norden, *Die antike Kunstprosa,* Darmstadt, 1961 (reimpr.), págs. 303 ss. W. Martin Bloomer, *op. cit.;* E. J. Kenney-W. v. Clausen (eds.), *Historia de la Literatura Clásica,* tomo II, *Literatura Latina,* Madrid, Gredos, 1989, pág. 552.

[108] Erasmo, *Ciceronianus* 2826-2832, A. Gambaro (ed.), Brescia, 1965, pág. 198.

[109] B. Kytzler, «La prosa postclásica de Roma», en M. Fuhrmann, *Literatura Universal,* tomo 3, *Literatura Romana,* Madrid, Gredos, 1982, pág. 384.

[110] La escena a la que A. Leeman alude *(op. cit.,* pág. 347) se encuentra en III 2, 14.

A nuestro entender, los *Hechos y dichos memorables* han de ser juzgados desde la perspectiva de la nueva moda literaria y no desde el clasicismo precedente. Valerio Máximo persigue en todo momento una doble finalidad bien clara, «ser útil y agradar» *(prodesse et delectare)*. En este sentido la alternancia sucesiva de ejemplos extranjeros y nacionales hace más ameno un relato que procede por acumulación más que por desarrollo[111], de ahí que en ocasiones, como en el retrato de Metelo (VII 1, 1), los hechos aludidos sean más que los explicados: procede como retratista más que como historiador.

La técnica de la transición recuerda las *Metamorfosis* de Ovidio, lo que en cierta medida va en detrimento de la finalidad práctica expuesta en el prefacio, a saber, facilitar la labor de consulta. Es ésta la razón por la que observamos también grandes diferencias en el léxico, mucho más selecto en las explicaciones que en la narración, algo consecuente también con la doctrina retórica sobre la *narratio*. También por esta razón, las mayores pretensiones literarias las encontramos en los prólogos y en las observaciones comentadas del autor. Es en estos lugares donde más sobresale el gusto por los *colores* y la redundancia que comparten igualmente sus contemporáneos Lucano y Séneca y que se ponen de manifiesto en una serie de recursos tales como la antítesis, las personificaciones, sentencias, apóstrofes, interrogaciones retóricas, exclamaciones, abstracciones y juegos de palabras.

En los ejemplos prevalecen el énfasis o el carácter maravilloso, en perfecta consonancia con el léxico del que se sirve; así, es frecuente encontrar cadenas cuasi-sinonímicas

---

[111] El propio historiador es consciente de ello y por eso dice: «Hay que evitar el hastío con la moderación oportuna» (III 8, ext. 1).

del tipo de *miror, mirus, mirificus, admirabilis, admiratio, veneratio, spectandus, caelestis*. Muestra verdadero deleite en determinados campos semánticos, como el de lo maravilloso, del horror *(horror, atrox, horridus, tristis, trux, vesanus, saevus, tragicus)* y también de lo excepcional, insólito y grandioso *(vetustissimus, splendidissimus, humanissimus, indignissimus...)*.

Las antítesis, tipo hombre / mujer, joven / viejo, poderoso / humilde, como procedimiento expositivo son el recurso más utilizado en la presentación de ejemplos porque, siguiendo los principios morales expuestos por Séneca[112], están articulados conforme a la bien conocida alternativa *laus / reprehensio, petenda / vitanda, sequi / fugere*.

Como es propio de la prosa del momento, la abundancia de abstractos dice mucho de su planteamiento, más filosófico e incluso moral que histórico. Ocurre también en Séneca, y contiene reminiscencias ciceronianas, especialmente del tratado *Sobre los deberes*. Que, en consecuencia, Cicerón y Valerio Máximo sean las fuentes más frecuentadas por los escultores y pintores del Renacimiento a la hora de trazar alegorías es completamente lógico[113]. Estamos ante el tratamiento del retrato histórico salustiano y del *exemplum* como *effigies*, que tomará forma definitiva en las manifestaciones del arte; de una concepción de la historia acentuadamente dramática, con pasajes que recuerdan algunas escenas de Séneca, y que culmina en Tácito; de un pintoresquismo y gusto por lo maravilloso y exótico equiparable a los relatos de Lucano. En suma, de una forma de entender la historia que, contrariamente a lo que piensan los detractores del his-

[112] SÉNECA, *Controversias* 9, 2, 27: *quid imitandum et quid vitandum sit, docemur exemplo*. Y en Séneca, hijo, en el tratado *Sobre la ira: et haec cogitanda sunt exempla quae vites et illa ex contrario quae sequeris*.

[113] Cf. R. GUERRINI, *op. cit.*, págs. 61-136.

toriador, cumple sin ambages, como ya se ha dicho más arriba, la máxima horaciana *ut pictura poesis*.

IV. PERVIVENCIA

Ya en la Antigüedad, pero de manera especial en la Edad Media y en el Renacimiento, Valerio Máximo, Salustio y Livio se convirtieron en los historiadores favoritos, llamados a tener un gran éxito. En el ámbito escolar, los *excerpta,* aparte de otros servicios, ofrecían la posibilidad de aislar episodios de las figuras más relevantes de la historia romana para emplearlos en el uso retórico de las prácticas escolares[114].

La materia histórica dividida por secciones, como si de los temas de un programa de estudio escolar se tratara, va desarrollándose en una serie de virtudes cívicas, retratos ilustres y dichos famosos, en sintonía con la concepción retórico moralista de la escuela. Valerio Máximo, en palabras de M. Bloomer, «escribe para estudiantes y alumnos de declamación, a quienes proporciona un *stock* de ilustraciones retóricas»[115]. Ésta era ya la práctica habitual en M. Porcio Latrón y Séneca el Rétor; el primero, incluso conservaba en la memoria un prodigioso *corpus* de artificios tales como los epifonemas, entimemas, lugares comunes y sentencias[116].

Pocos años después de estos ilustres profesores de retórica, Plinio el Viejo menciona a Valerio Máximo como

---

[114] G. F. Gianoti, «I testi nella scuola», en *Lo spazio letterario di Roma Antica,* G. Cavallo, P. Fedeli, A. Giardina (dir.), vol. II, Padua, 1989, pág. 461.

[115] M. Bloomer, *op. cit.*, pág. 151.

[116] Séneca, *Controversias* 1, pref. 23.

fuente para los libros VII y XXXIII, y Plinio el Joven, cuando escribe el *Panegírico de Trajano*, al menos en la figura del noble ideal simbolizada por Metelo, repite las mismas virtudes que en su momento había señalado Valerio Máximo para este mismo personaje. También Frontino en sus *Strategemata*, Gelio en XII 7, Frontón y Plutarco (en los relatos del suicidio de Porcia y de los funerales de Marcelo)[117].

La aparición de la literatura latina cristiana propició el aprovechamiento de nuestro historiador por parte de los predicadores, especialmente para la refutación de la religión pagana y la demostración de la verdad cristiana, naturalmente, de manera sesgada según conviniera resaltar virtudes o censurar vicios. Se nos escapa el posible servicio que pudo proporcionar a los primeros apologetas, como Minucio Félix y Tertuliano, porque las referencias indirectas que aparecen en ambos escritores tienen que ver más con la doctrina general sobre vicios paganos o tradiciones romanas que con detalles particulares, como ocurre con la aparición de Cástor y Pólux, la institución de juegos en honor de Júpiter, el tratado de paz de Hostilio Mancino que el senado no aceptó, o el argumento político-religioso de justificar el Imperio romano por el apoyo prestado por los dioses[118]. Pero dos siglos más tarde la presencia de Valerio Máximo, especialmente de su libro primero, es evidente en el caso de

---

[117] La equivalencia viene dada en PLUTARCO, *Bruto* 53, 5-6 y VALERIO MÁXIMO, IV 6, 5, para el primer relato. Y en PLUTARCO, *Marcelo* 30, 5 y VALERIO MÁXIMO, V 1, ext. 6, para el segundo.

[118] Existen equivalencias en VALERIO MÁXIMO, I 8, 1 y 7, 4 y MINUCIO FÉLIX, *Octavio* 7, 3; VAL. MÁX., VII 3, 2 y MIN. FÉL., 18, 6, VAL. MÁX., I 6, 7 y MIN. FÉL., 26, 3; VAL. MÁX., I 1, 3 y MIN. FÉL., 34, 12; VAL. MÁX., IV 4 pref. y MIN. FÉL., 36, 5. Y entre VALERIO MÁXIMO, I 8 y TERTULIANO, *Apologética* XXV 2.

Lactancio y sus *Instituciones divinas,* lo que demuestra la utilización como manual técnico destinado a historiadores y oradores. Y aunque Nepociano afirma que los libros de Valerio Máximo eran casi desconocidos en la latinidad tardía, tal aserto resulta poco creíble y suena más a excusa para justificar su labor compendiadora ante Víctor, el destinatario de su epítome.

Para los autores de *collectanea* medievales, predicadores y novelistas, autores de tratados de hechos memorables *(rerum memorandarum)* y de hombres ilustres *(de viris illustribus),* y también para la iconografía, especialmente «por la misma naturaleza de la obra, dada la tendencia a recordar lo abstracto (virtud y vicio) y lo concreto (personajes históricos y mitológicos)» [119], la visualización narrativa de Valerio Máximo resulta de suma facilidad en la posterior elaboración artística. De hecho, así lo apunta el propio autor al hacer uso frecuente del término *imago*: «Una vez puesta la imagen de la Justicia ante los ojos...» [120]. La *imago,* correspondiente al griego *eikón* en la retórica postaristotélica, ocupa un lugar bien preciso en la subdivisión en que se articula el *genus simile:* «Las partes de lo comparable son tres: imagen *(imago),* comparación *(collatio)* y ejemplo *(exemplum)»* [121].

1. *Tradición manuscrita y pervivencia en la Edad Media*

Sin duda, por las dimensiones de la obra, además de otras muchas razones, como sucedió con varios escritores clásicos, en el siglo v aparece el primer epítome, hecho por

---

[119] GUERRINI, *op. cit.*, pág. 61.

[120] VI 6 pref.; 8, 7; IX 11. En todos estos lugares y otros muchos recurre al término visual.

[121] CICERÓN, *La invención retórica* I 49. Esta subdivisión es aceptada también por M. VICTORINO, pág. 228 HALM.

Julio Paris. Se trata de un autor bien conocido que, ya en la carta dedicatoria a L. Ciriaco, deja claros los dos motivos que le llevan a compendiar los «diez» libros de Valerio Máximo: «para que fuesen útiles, no tanto a los que mantienen posturas contrarias *(disputationes)* cuanto a los declamadores» y «para encontrar fácilmente y poder disponer de ejemplos apropiados a las distintas materias».

En efecto, sobre el esquema habitual de Valerio Máximo, consistente en la presentación, narración y conclusión moral de los ejemplos narrados, el epítome de Julio Paris prescinde de los elementos primero y tercero para ceñirse sólo a la narración. Obedece, pues, a los planes de la *inventio* retórica y los ejemplos cuadran en la *dispositio* de una declamación escolar.

El segundo epitomista, de finales del siglo V y comienzos del VI, nos es menos conocido. Probablemente se trate del Nepociano gramático y rétor, profesor en Burdeos, del que habla Ausonio en su *Commemoratio* y cuyo resumen fue utilizado por Paulo Diácono en su *Historia Miscella.* A juzgar por la dedicatoria de la obra, a Víctor, comparte con Paris las razones de escribir un epítome, si bien introduce algunos juicios que merecen un breve comentario. En primer lugar, destaca la utilidad de la obra de Valerio Máximo «a condición de que sea breve»; en segundo lugar, se pronuncia sobre el contenido y el estilo: «incluye hechos que merecen ser conocidos, pero alarga aquellos que deberían ser resumidos, mostrándose ostentoso en las sentencias, alardeando del uso de figuras y extendiéndose en las digresiones. Y si es poco conocido, tal vez sea porque su misma lentitud aburre al lector». En tercer lugar, afirma que el texto de Valerio Máximo es prácticamente desconocido.

Esta última afirmación nos parece poco creíble, sobre todo cuando él mismo habla de otros epítomes ya realiza-

dos, y suena a justificación de su resumen para Víctor, resumen al que, por cierto, añade ejemplos de cosecha propia, más que a un verdadero desconocimiento del historiador romano en el mundo cultural del momento. En cualquier caso, los dos epítomes aportan su contribución a la reconstrucción y transmisión del texto, aunque se nos escapa si ambos son de cosecha propia o recogen una tradición escolar y compendiadora anterior.

En 1960, D. M. Schullian nos proporcionó una abundante relación de manuscritos que habla por sí sola de la amplia difusión y tradición de nuestro autor. De ellos, los más importantes son el *B, Codex Bernensis 366,* del siglo IX, perteneciente a Lupo de Ferrières y el *L, Laurentianus Ashburnhamensis 1899,* del mismo siglo, que se remontan a la misma fuente y con sólo dos omisiones sobre el anterior: IX 5, 3 y IX 13, 2. El *B* fue corregido y anotado por Lupo de Ferrières con la ayuda del epítome de Julio Paris, con notas marginales señaladas con las abreviaturas *IP (Iulius Paris)* o con las siglas *br (breviator)* o *u (uetus)*. Lupo de Ferrières atribuye a la misma fuente el comienzo de un tratado *De praenominibus* así como el resumen del libro I de los *Hechos y dichos memorables* que faltaba en el manuscrito. Estos resúmenes, copiados también en epítome de Julio Paris, fueron editados por vez primera por Aldo Manuzio en 1502.

Al manuscrito *B* le faltan los parágrafos I 1, ext. 5 y I 4, ext. 1, laguna que comparten todos los manuscritos, salvo el *Berolinensis D*. Éste, clasificado como *Berolinensis Lat. 1007*, del siglo XV, pertenece a la Öffentliche Wissenschaftliche Bibliothek de Berlín y completa la laguna del libro I sirviéndose del epítome de Julio Paris a la vez que ofrece también la misma parte del tratado sobre los pronombres.

Estos manuscritos, así como el epítome de Paris, dan ya una lista de capítulos al comienzo de la obra que sirvieron a las ediciones de Kempf, Faranda y Combès y que nosostros hemos seguido en la nuestra.

El manuscrito del carolingio Lupo de Ferrières sirvió a su discípulo Heirico de Auxerre para elaborar extractos de Valerio Máximo tomados al dictado y publicados junto con fragmentos de Suetonio. Su discípulo, Remigio, a comienzos del siglo x, confeccionó un índice de Valerio Máximo.

Hay, pues, una corriente docente que desde Alcuino de York, pasando por Rabano Mauro, Lupo de Ferrières y Heirico de Auxerre, a través de una copia del siglo xii, la contenida en el *Vaticanus Lat. 4929*, llegó a Petrarca y aseguró así una amplia difusión en el Renacimiento[122].

También en el siglo ix, el irlandés Sedulio Escoto, teólogo y versificador, compilador de *collectanea* de varios autores, seleccionó a nuestro historiador al lado de Cicerón, Frontino, Macrobio y otros. Labor semejante a la desempeñada por Hodoardo, bibliotecario de Corbie, coleccionista de máximas morales despojadas de nombres y referencias históricas.

En el siglo xii, Juan de Salisbury, educado en Chartres y París, cita entre sus lecturas favoritas los *exempla* de Valerio Máximo en el *Policraticus,* manual de política, y probablemente lo traduce y difunde por el norte de Europa. Guillermo, el autor de los *Gesta Regum* y *Gesta Pontificum,* lo emplea a la vez que sirve de modelo al *Speculum Maius* de Vicente de Beauvais, ya en el siglo xiii. No es descabellado, pues, pensar que en la Escolástica de los siglos xii y xiii los clásicos sirvieran como cantera de anécdotas morales para

[122] Cf. Reynolds-Wilson, *Copistas y filólogos,* Madrid, Gredos, 1986, págs. 135-150.

proporcionar información y sobre todo para reutilizar los *exempla*. Esto puede explicar muy bien que ya desde principios del siglo XII Valerio Máximo gozara de una enorme popularidad y que Rodolfo Tortario, un monje de la abadía de Fleury, escribiese su *De memorabilibus,* poema de nueve libros, inspirándose en la obra de Valerio Máximo para facilitar su aprendizaje[123].

2. *Desde el Renacimiento a nuestros días*

A través de una hoja suelta de un manuscrito de París (el *Lat. 2201*) conservamos el catálogo de las lecturas preferidas por Petrarca. Abre la lista Cicerón, le sigue Séneca, y en tercer lugar está la historiografía encabezada por Valerio Máximo, del que se sirvió para su *De viris illustribus.* Para Giovanni de Andrea, contemporáneo de Petrarca, Valerio Máximo era nada menos que el «príncipe de los moralistas». En el siglo XIV, Coluccio Salutati (1331-1406) colacionó manuscritos e hizo notables contribuciones a la crítica textual corrigiendo, por ejemplo, *Scipio Nasica* por *Scipio Asina* (V. M., VI 9, 11). De finales de este mismo siglo es una polémica famosa en torno a las artes del *trivium* y el *quadrivium,* así como de varios aspectos de la historiografía. Se trata del famoso *Paradiso degli Alberti* de Giovanni da Prato, en que se polemiza sobre el número de libros que escribió Tito Livio, las razones de por qué no se encuentran todos, cuáles son los errores de la historiografía y, lo que resulta sumamente curioso, se afirma que Valerio Máximo es demasiado breve[124] .También en este siglo, Dionigi da Bor-

---

[123] *Rodulfi Tortarii Carmina,* ed. M. B. OGLE y D. M. SCHULLIAN (American Academy in Rome, 1933).

[124] GIOVANNI DA PRATO, *Paradiso degli Alberti,* ed. ALESSANDRO WESSELOSFKY, 1867; reimpr. Bolonia, 1968, vol. I, parte II, págs. 306-311.

go San Sepulcro, amigo y consejero de Petrarca, nos deja el primer comentario conservado, y a partir de él proliferan comentarios en los humanistas de todas las naciones, como los del jurista napolitano Luca de Penna, Benvenuto da Imola, Simon de Hesdin y Nicolás de Gonesse, ya con traducción, a la que le siguen una serie considerable de las mismas en diferentes lenguas vernáculas, catalán, castellano, italiano...[125]. Consideramos, pues, innecesario proporcionar un catálogo de los humanistas que citan a nuestro autor, algo, por lo demás, lógico una vez que se empieza a editar, como veremos en el apartado correspondiente.

El siglo XV contempla el nacimiento de estados cada vez más implicados en la política internacional. Este hecho, que responde a un sentimiento análogo al del Imperio romano desde Augusto, por sus dimensiones internacionales y por la grandeza de su pasado, favorece el patronazgo de escritores y humanistas por parte de los diferentes estados. El caso de la Corona de Aragón es bien elocuente. No importa recurrir incluso a eruditos foráneos, como Lorenzo Valla en tiempos de Alfonso V el Magnánimo, encargado de escribir la biografía de su padre, Fernando de Aragón, o Marineo Sículo en la corte de los Reyes Católicos, cuyo trabajo más notable al respecto fue el *De Hispaniae laudibus.* Estos autores foráneos, sin duda, podían garantizar obras de interés mucho más amplio que las escritas por los historiadores locales, aunque sólo fuera por su mejor conocimiento del latín y de los historiadores y geógrafos de la Antigüedad. La presencia de Valerio Máximo en la obra histórica de Lorenzo Valla, así como en sus «Elegancias», es de sobra conocida. «Fue

[125] Cf. G. DI STEFANO, «Per la fortuna di Valerio Massimo nel Trecento», *Accademia delle Scienze di Torino, Classe di scienze morali, storiche e filologiche. Atti* 96 (1961-2), 777-790.

precisamente en esta época cuando se reconoció la importancia política de la historiografía», señala R. B. Tate[126].

Pero no quisiéramos concluir este breve apartado sin proporcionar al lector una visión particular de la valoración que merece Valerio Máximo en el siglo xv en dos manifestaciones estrechamente hermanadas: la poesía y la pintura. En las enciclopedias de este siglo se advierte la tendencia a identificar la poesía con el discurso poético como perteneciente al género epidíctico; así, en el tercer libro de la *Margarita philosophica* de Gregor Reisch vemos una representación alegórica de la oratoria como figura femenina que sostiene en la mano derecha la poesía de Virgilio y en la izquierda la historia de Salustio. Ambas disciplinas son consideradas como ramas de la retórica. Pero es más, en la *Polyanthea nova* de Domenico Nanni Mirabelli, bajo la voz «poeta», se encuentra una apología de la poética realizada por retóricos: a Cicerón le siguen Quintiliano, Aulo Gelio, Aristóteles, Valerio Máximo y Séneca. ¡Sólo al final se incluyen los poetas! Los compañeros de viaje de Valerio Máximo excluyen cualquier comentario nuestro sobre cómo era juzgado en este siglo nuestro historiador. Erasmo sí lo hizo, pero de ello ya hemos dado cuenta un poco más arriba, al tratar de la lengua y el estilo[127].

En el ámbito de la iconografía fue Maturanzio el humanista que realizó los bocetos sobre los que el Perugino pintó el Colegio del Cambio en Perugia. Pues bien, la Fortaleza es pintada tal como la describe Valerio Máximo: la virtud colocada en lo alto, y debajo, tres ejemplos ilustrativos, los

---

[126] R. B. Tate, *Ensayos sobre historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos, 1970, pág. 194.

[127] Cf. William Melczer, «Poetica e Retorica nelle enciclopedie italiane e tedesche del Quattrocento», *Retorica e Poetica. Atti del III Convegno italo-tedesco*, Padua, 1979, págs. 233-242.

mismos que narra Valerio Máximo: Lucio Sicinio, Horacio Cocles y Rómulo. Entre Sicinio y Horacio Cocles añade un personaje extranjero, el espartano Leónidas.

Otro tanto ocurre con la Templanza, que se opone a la *Luxuria* y a la *Libido*. La templanza es básicamente la capacidad de dominar las pasiones, coincidiendo, por tanto, con la abstinencia y la continencia, pero asume también la variante de la modestia y la moderación, sobre todo en el poder y el dinero. Esta significación tan compleja está en Valerio Máximo, que dedica sendos capítulos a la abstinencia y la sobriedad, por un lado (IV 3), y a la moderación, por otro (IV 1). Pues bien, en el Palacio, como en Valerio Máximo, los personajes que ejemplifican esta virtud son Escipión, Pericles y Quinto Cincinato[128].

Beccafumi, en el trabajo más importante de su carrera de pintor, la decoración de la Sala del Consistorio de Siena, se inspira igualmente en Valerio Máximo para los personajes y episodios de la historia antigua. Así ocurre con la alegoría de la Justicia, íntimamente ligada a la *severitas* (VI 3 y 5), a las que se le une el amor a la patria[129].

3. *Valerio Máximo en España*

La gran cantidad de manuscritos, ediciones, traducciones y comentarios conservados en toda España, de los que daremos cuenta más adelante, no se corresponden con la escasa atención prestada a la obra de Valerio Máximo, al menos en los últimos años. Pero no fue así a lo largo del Rena-

---

[128] No nos extendemos sobre el particular, pero para más información puede verse GUERRINI, *op. cit.*, págs. 68-136.

[129] Valerio Máximo, por su parte, toma como referencia a Cicerón, que vincula la justicia a la beneficencia bajo la doble denominación de «benignidad» y «liberalidad», en un funcionamiento cuasisinonímico (CICERÓN, *Sobre los deberes* I 7, 20).

cimiento y los dos siglos que le siguieron, como se desprende de los testimonios de Menéndez Pelayo[130], José Vallejo[131] y Lisardo Rubio[132].

La literatura medieval, por la gran importancia que dio al género paremiológico, fructificó en los albores del siglo XV en una serie de colecciones de máximas sacadas de autores de renombre, tanto clásicos como medievales. Así nació el *Libro de los exemplos por a.b.c.* de Clemente Sánchez de Vercial al tiempo que gozaba de gran difusión, a modo de epítome, el *De remediis utriusque Fortunae* de Petrarca.

A finales del siglo XV, señala Gómez Moreno, «comenzó a llegar a España la adaptación humanística de las distintas áreas del saber de un nuevo triple patrón: Poética, Historia y Filosofía Moral»[133]. En su doble condición de historiador y moralista, Valerio Máximo se convirtió en lectura de moda, lo que explica tanto la versión de Hugo de Urríes, como la de Fray Antonio Canals, por un lado, y la impresión en Murcia, en 1487, del *Valerio de Historias Eclesiásticas y de España* de Diego Rodríguez de Almela, por otro.

Bien es verdad que el primer acercamiento a los clásicos fue mediante *excerpta* y florilegios y que los humanistas veían en ellos un sucedáneo de la lectura completa de las obras que se habían recuperado ya. Pero no es menos cierto que los lectores eruditos sabían sacar provecho mediante

---

130 M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Bibliografía hispano-latina clásica,* E. SÁNCHEZ REYES (ed.), Santander, 1950-1953, vol. VIII, págs. 178-187.

131 JOSÉ VALLEJO, *Papeletas de bibliografía hispano-latina clásica,* Madrid, 1967, págs. 24-25.

132 LISARDO RUBIO FERNÁNDEZ, *Catálogo de los manuscritos clásicos latinos existentes en España,* Madrid, 1984.

133 A. GÓMEZ MORENO, *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos,* Madrid, Gredos, 1994, pág. 153.

comentarios; como el de don Jaime de Aragón a la versión de Valerio Máximo realizada por Fray Antonio Canals, o la presencia de nuestro historiador en los elogios de ciudades y biografías de hombres ilustres que proliferaron a lo largo de los siglos XV y XVI. Esto ocurrió con la versión castellana de Valerio Máximo realizada por Juan Alfonso de Zamora, escribano real.

Hasta qué punto Valerio Máximo se convirtió en lectura obligada en los planes de estudio universitarios lo demuestran abundantes pruebas. M. Menéndez Pelayo recoge el juicio que nuestro historiador y gran parte de la literatura del siglo I del imperio merecen a B. Barrientos con las siguientes palabras: «Pasma que habiendo puesto en la segunda clase a los dos Plinios, a Quintiliano, a Suetonio y aun a Valerio Máximo, relegue a la tercera a otros escritores de la edad de plata, evidentemente superiores a ésos en talento de estilo, y no inferiores en pureza de dicción: así Tácito, Séneca, Pomponio Mela, Columela, Veleyo Patérculo» [134]. En la Salamanca de finales del siglo XVI, Valerio Máximo y Virgilio desplazaron a Terencio y Ovidio, como se desprende de las investigaciones realizadas por Luis Gil [135]. Y Juan de Valdés, en concordancia con lo anterior, menciona como autores dignos de lectura a los historiadores T. Livio, César, Valerio Máximo, Quinto Curcio y otros [136].

Sobre la presencia en las escuelas y universidades en el siglo XVII hablan por sí solas las siguientes palabras de Diego López: «Se prueba la ventaja que lleva Valerio Máximo

---

[134] M. Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, vol. X, Miscelánea, 75.

[135] Luis Gil Fernández, *Panorama social del humanismo español (1500-1800),* Alhambra, Madrid, 1981, pág. 536.

[136] Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua,* ed. de J. F. Montesinos, Madrid, 1928.

a todos los historiadores gentiles»[137]. La ventaja no era otra que, el historiador, con la mera cita de los personajes *(commemoratio)* en los casos históricos bien conocidos, podía alcanzar los mismos resultados que el orador convencional exponiendo y desarrollando el ejemplo con vistas a la persuasión.

En 1648 el padre Escardó daba instrucciones sobre cómo habían de contarse los ejemplos en los sermones y fuera de ellos[138]. Anunciaba la utilidad que tenían los *progymnasmata* para el conocimiento de los recursos narrativos y, al lado de los *narratiuncula*, incluía el *exemplum* tal como había sido difundido en la *Retórica a Herennio* y cuyo representante más genuino era Valerio Máximo. Era normal que en las escuelas de gramática figuraran como lecturas obligadas la obra de Aftonio, la colección de fábulas de Esopo y la compilación de la obra de Valerio Máximo[139]. Sólo desde el momento en que la historia comenzó a ser considerada como ciencia y se puso en tela de juicio la obra de nuestro historiador es cuando se marginó su estudio, salvo el concerniente a las fuentes, por aquello de compararlo con otros autores más fiables.

---

[137] DIEGO LÓPEZ en su Prólogo a los *Nueve libros de los exemplos y virtudes morales de Valerio Máximo.* Sevilla, Francisco de Lyra, 1612 (Bibl. Univ. de Zaragoza, G-13-174).

[138] JUAN BAUTISTA ESCARDÓ, *Rhetórica Christiana e Idea de los que desean predicar con espíritu y fruto de las almas,* Mallorca, Herederos de Gaspar Guasp, 1647 fol. 105r. Para más información, véase J. ARAGÜÉS ALDAZ, «*Ars dilatandi exempla.* Teorías sobre la amplificación narrativa del *exemplum* en los siglos XVI y XVII», *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Luis Gil,* II, 2, Cádiz, 1997, págs. 721 ss.

[139] Cf. J. C. MARGOLIN, «La rhétorique d'Aphtonius et son influence au XVI^e. siécle», R. CHEVALIER (ed.), *Colloque sur la Rhétorique Calliope* I. Les Belles Lettres, París, 1979, págs. 254 ss.

Era, pues, un autor bien conocido en los ámbitos escolares y, desde luego, mucho más de lo que dan a entender en sus introducciones los modernos editores y traductores.

Enumeramos a continuación el amplio catálogo de códices manuscritos conocidos y las respectivas bibliotecas donde se hallan o se hallaron:

—Biblioteca del Príncipe de Viana: uno, del siglo XV.

—Biblioteca del Duque de Calabria: cuatro (núms., 411, 412, 413 y 414), de los que sólo sobrevive uno, el 412 ó 413. A ellos hay que añadir el nº 223 del catálogo de Valencia, del siglo XV.

—Biblioteca del Rey de Portugal, Don Duarte: uno, el *núm. 61:* «Valerio Máximo em Aragoez».

—Biblioteca del Condestable de Portugal: uno, siglo XV, además de una traducción francesa.

A éstos, citados por Menéndez Pelayo[140], hay que añadir los catorce relacionados por José Vallejo[141] y los que siguen, recogidos por Lisardo Rubio:

—Biblioteca de El Escorial: ocho (e.III.17, siglos XIII-XIV; g.III.13, siglo XV; M.II.15, siglo XIV; M.II.21, siglos XIV-XV; N.II.14, siglo XV, con anotaciones de Zurita; N.II.15, siglo XV; N.III.9, año 1412; S.III.4, año 1469).

—Biblioteca Nacional de Madrid: tres (ms. 7540, siglo XIV; ms. 8815, siglo XV; ms. 8834, año 1406).

— Fundación Lázaro Galdiano: uno (núm. 15393, siglo XV, el décimo libro corresponde al epítome de J. Paris).

---

140 M. MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía hispano-latina Clásica,* vol. VIII, Santander, 1953.

141 Cf. JOSÉ VALLEJO, *op. cit.,* págs. 24-25.

—Biblioteca Universitaria de Salamanca: uno (ms. 2361, siglo XIII, perteneció al Colegio Mayor de San Bartolomé. A cada libro precede el índice de capítulos).

—Biblioteca Colombina: dos (ms. 5-7-2, siglo XV, con un comentario de autor desconocido; ms. 7-4-14, siglo XV, con comentario de Fray Dionisio de Burgos).

—Biblioteca del Cabildo de la Catedral de Toledo: uno (ms. 100-31, siglo XV, comienza a partir de IV 8, 5).

—Biblioteca Universitaria de Valencia: uno (ms. 612, siglo XV).

—Biblioteca del Real Seminario de San Carlos: uno (ms. B-4-8, siglo XIV).

—Archivo Capitular de la Seo: uno (ms. 11-46, siglo XV, con comentario de Fray Dionisio de Burgos).

Excerpta:

—Biblioteca de El Escorial: dos, (O.III.21, año 1469, sólo del libro V; O.III.23, siglo XV, sólo del libro IV).

—Archivo Episcopal de Vich: uno (ms. 187, siglo XV).

Comentarios:

—Biblioteca de El Escorial: tres (N.II.13, siglo XV, comentario a los cuatro primeros libros; N.II.14, siglo XV, lleva el autógrafo de Zurita, quien anotó marginalmente variantes del texto; N.II.15, siglo XV).

—Biblioteca Nacional: uno (ms. 7540, siglo XIV. La disposición material de los comentarios forma a veces los dibujos más caprichosos).

—Biblioteca Colombina: dos (ms. 5-7-2, siglo XV; las citas objeto de comentario van subrayadas; ms. 7-4-14; siglo XV, también subrayadas las citas objeto de comentario).

—Archivo Capitular de la Seo: uno (ms. 11-46, siglo XV, comentario de Fray Dionisio de Burgos).

Ediciones y traducciones:

Menéndez Pelayo recoge solamente dos ediciones impresas en España; la de Esteban Pighio, Valladolid, 1676, y otra, de autor anónimo, en Madrid, 1790. A ellas hay que añadir las cuatro recogidas por José Vallejo, dos en Valladolid (1627 y 1742), dos en Madrid (1643 y 1665) y una quinta en Lerma, probablemente la primera impresa en España (1620)[142].

La primera traducción de la que tenemos constancia data del siglo XV, «en vulgar castella», correspondiente al nº 74 de la biblioteca del condestable de Portugal, Don Pedro.

En 1467 Mosén Hugo de Urriés realizó una traducción a partir de un códice francés que el Duque Carlos de Borgoña prestó a Urriés, pero, como quiera que Urriés no estuvo de embajador hasta el año 1474, Menéndez Pelayo concluye que la fecha de la traducción ha de ser 1477 y que en la fecha de impresión se habría omitido una *C*.

Una segunda traducción aparece en Sevilla, en 1514, a la que siguió la tercera y última, en Alcalá en 1529.

De 1495 tenemos una traducción más de Urriés, aparecida en Zaragoza, y realizada a partir de una traducción francesa del maestro Simón de Hedin.

Diego López, el discípulo del Brocense y maestro de Latinidad y Letras Humanas en Mérida, nos deja dos traducciones. La primera fechada en 1632 en Sevilla, la segunda en Madrid en 1647, en cuyo prólogo apunta *la ven-*

---

[142] De ella da fe F. Martín Acera, que dice haberla consultado en la Biblioteca del Seminario Mayor de Valladolid. Cf. F. Martín Acera, *op. cit.*, págs. 37-38.

taja que lleva Valerio Maximo a todos los Istoriadores Gentiles, y del provecho que se saca desta obra.

José Vallejo habla también de otras tres ediciones de la traducción de Diego López, todas ellas en Madrid, en los años 1654, 1655 y 1672, si bien la primera de ellas apunta más a un comentario, muy amplio sí, pero sólo comentario.

El dominico Fray Antonio Canals realizó en el siglo XIV la primera traducción al catalán, editada en 1914 por Miquel i Planas en Barcelona. Nicolás Antonio, en su BHV, nos dice que Fray Antonio Canals realizó también una traducción del catalán al castellano por orden de Juan I, rey de Castilla. De ser así, la primera traducción al castellano sería del siglo XIV.

Nicolás Antonio también nos habla de una traducción al castellano de autor anónimo, publicada en Sevilla en 1434, cuyo manuscrito se guarda en la Biblioteca del Sr. Marqués de Mondéjar[143].

En 1926, José Velasco y García, catedrático de la Universidad de Valladolid, dejó sin concluir seis libros de la traducción iniciada de nuestro autor, «imposible de entender», en opinión de Martín Acera[144], al que le debemos la última traducción en lengua española hasta el día de hoy.

V. NUESTRA TRADUCCIÓN

De entre las ediciones aparecidas en los últimos años, hemos optado por la de Rino Faranda (Turín, 1971), no en vano ésta recoge las lecturas y variantes analizadas previa-

[143] Cf. NICOLÁS ANTONIO, *Bibliotheca Hispana Vetus,* vol. II, pág. 362.

[144] F. MARTÍN ACERA, *op. cit.,* pág. 43.

mente por Halm y Kempf. Por ser la última en el tiempo, hemos tenido también presente la de Combès para los seis primeros libros, especialmente en lo que concierne al enunciado temático de las virtudes que trata y el análisis de las mismas. Ésta ha sido la razón que nos ha llevado a traducir al final los epítomes de Julio Paris y de Nepociano, como entidad autónoma, y no a introducirlos rellenando las lagunas correspondientes a lo largo del relato.

Cualquier traductor de textos del siglo primero del Imperio sabe de la dificultad que encierra el creciente barroquismo de la lengua latina, especialmente cuando los períodos sintácticos son excesivamente largos. De ahí que en ocasiones, para hacer más amena la labor de lectura, hayamos puntuado de manera diferente a como lo hace el texto latino. En otras ocasiones hemos roto la monotonía de los elementos de enlace entre relatos o de escenas diferentes del mismo relato, especialmente cuando abundan los relativos o participios. No obstante, en la medida de lo posible, procuramos mantener el tono declamatorio del autor e incluso la excesiva abundancia de abstractos de la que hace gala, así como los frecuentes términos que, procedentes del lenguaje poético, introduce en la prosa histórica *(carbasus, latratus, sputum, alienigenus, roboreus, decenter, potenter,* etc.).

BIBLIOGRAFÍA

EDICIONES Y TRADUCCIONES

Editio princeps	Maguncia, 1471.
Ald.	Aldus Manutius, Venecia, 1502.
Pighius	S. Pighius, Bruselas, 1567 (ed. común con C. Miltalerius).
Lipsius	Justo Lipsio, Amberes, 1585.
Colerus	C. Colerus, Heidelberg, 1601.
Vorstius	J. Vorst, Berlín, 1672.
Torrenius	Abr. Torrenius, Leyden, 1726 (ed. anotada por varios autores).
Kappius	J. Kapp, Londres, 1772.
Haasius	C. B. Hase (ed. Didit), París, 1822.
Kempf	*Valerii Maximi factorum et dictorum memorabilium libri nouem cum Iulii Paridis et Ianuarii Nepotiani epitomis* (ed. C. Kempf), Berlín, 1854 (Leipzig, 1888, reimp. 1982).

C. Halm, *Valerii Maximi factorum et dictorum memorabilium libri nouem* (ed. Teubner), Stuttgart, 1865.

R. Faranda, *Detti e fatti Memorabili di Valerio Massimo,* Unione tipografica, Torino, 1971.

H. Siegfried, *Facta et dicta memorabilia,* Múnich, 1975.

J. Briscoe, *Valeri Maximi Facta et dicta memorabilia.* Vol. I: *Libri I-VI;* vol. II: *Libri VII-IX. Iuli Paridis Epitome, fragmentum de praenominibus. Ianuari Nepotiani Epitome,* Stuttgart, Teubner, 1988.

D. Wardle, *Valerius Maximus, Memorable deeds and sayings,* Book I, transl. with Introd. and commentary, Oxford, Clarendon Press, 1998.

V. von Blank-Sangmeister, *Facta et dicta memorabilia* (Denkwündige Taten und Wörte), Stuttgart, 1991.

D. R. Shackleton Bailey, *Valerius Maximus. Memorable doings and sayings,* 2 vols., Cambridge, 2000.

R. Combès, *Valère Maxime, Faits et dits mémorables.* Tome I: *Livres I-III;* tome II*: Livres IV-VI,* Les Belles Lettres, París, 1995-2000.

Primera edición impresa en España, PIGHIO, con notas de Pighio y Lipsio, Lerma, 1620.

Traducciones completas

Catalana del siglo xiv de Fray Antonio Canals, O.P.

Castellana del mismo autor al final del siglo xiv.

La primera traducción en lengua española es de 1477, editada en Sevilla en 1514 y reeditada en Alcalá en 1529 con el título siguiente: «Valerio Máximo noble philosopho y orador romano, cronista de los notables dichos y hechos de romanos y griegos» (Biblioteca de la Universidad de Salamanca). Para las ediciones y traducciones de Valerio Máximo, véase Pellicer y Saforcada, *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles,* Madrid, 1778, 88.

Mosén Hugo de Urriés hizo una traducción castellana *c.* 1467, a partir de la traducción francesa de Simón de Hedin. Aparecida en 1495 en Zaragoza, vio nuevas ediciones al menos en 1514 y 1529.

Diego López, profesor de gramática y traductor de clásicos, entre ellos Valerio Máximo en 1631, 1647, 1654, 1655 y 1672.

Martín Acera, en Akal, Madrid, 1988.

Italiana de B. DATI, 1539 (reimpresa en 1839 con comentario de P. CANAL y continuada por F. BRUNETTI).
Inglesa de W. SPEAD, 1678.
Alemana de F. HOFFMANN, 1828-29.
Francesa de P. CONSTANT, 2 vols., 1935 (con texto latino).

ESTUDIOS

AA. VV., *Valeurs et mémoire à Rome: Valère Maxime ou la mémoire recomposée.* Sous la direction de J.-M. DAVID, París, De Boccard, 1998.

L. ALFONSI, «Caratteristiche della letteratura giulio-claudia», *Aufstieg und Niedergang der Römische Welt,* II, 32, 1 (1984), Berlín y Nueva York, 3-39.

J. M. ANDRÉ, «L'otium chez Valère-Maxime et Velléius Paterculus où la réaction morale au début du principat», *Revue des Études Latines* 43 (1965), 294-315.

—, *L'otium dans la vie morale et intellectuelle romaine, dès origines à l'époque Augustéenne,* París, 1966.

J. ARAGÜÉS ALDAZ, «El modelo de Valerio Máximo y la configuración de los ejemplos renacentistas», *Actas del I Simposio sobre Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico,* Cádiz, 1994, págs. 267-282.

—, «Sobre las fuentes del libro de los exemplos por a.b.c. El caso de Valerio Máximo», *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica Medieval,* II, Alcalá, 1997.

D. R. S. BAILEY, «On Valerius Maximus», *Rivista di Filologia e Instruzione Classica* 124 (1996), 175-184.

H. BARDON, *La littérature latine inconnue,* 1-2, París, 1952-56.

—, *Les empereurs et les lettres latines: D'Auguste à Hadrien,* París, 1968.

J. BERLIOZ, J. M. DAVID, *Rhétorique et Histoire. L'exemplum et le modèle de comportement dans le discours antique et médiéval.*

Mélanges de l'École Française de Rome, Moyen-Age et Temps modernes 92, París, 1980, pág. 1.

F. R. Bliss, *Valerius Maximus and his Sources: A stylistic Approach to the Problem,* Univ. of North Carolina, 1951.

E. Bolaffi, «Tre storiografi latini del I sec. D. C.», *Giornale Italiano di Filologia* (1960), 336-345.

C. Bosch, *Die Quellen des Valerius Maximus,* Stuttgart, 1929.

S. Bramming Hansen, «Iulius Paris, an epitomator at work or The importance of an epitome of Valerius Maximus' *Memorable Deeds and Words», Classica et Medievalia* 49 (1998), 238-274.

F. Cairns, *Generic Composition in Greek and Roman Poetry,* Edimburgo, 1972.

T. F. Carney, «The Picture of Marius in Valerius Maximus», *Rheinisches Museum* 105 (1962), 289-337.

J. P. Chausserie Laprée, *L'expression narrative chez les historiens latins, histoire d'un style,* París, 1969.

G. Comes, *Valerio Massimo,* Roma, 1950.

M. P. Cuartero Sancho, *Fuentes clásicas de la literatura paremiológica española del siglo XVI,* Zaragoza, 1981.

F. Cupaiuolo, «Caso, fato e fortuna nel pensiero di alcuni storici latini: spunti e appunti», *Bull. Stud. Lat.* 14 (1984), 33-48.

O. Dardle, «Valerius Maximus on the *Domus Augusta,* Augustus and Tiberius», *Classical Quarterly* 50, 2 (2000), 472-478.

G. Delvaux, «Valère Maxime, cité par Plutarque, via Paetus Thraséa», *Latomus* 52 (1993), 617-622.

J.-M. David, *Valeurs et mémoire à Rome. Valère Maxime ou la vertu recomposée,* París, De Brocard, 1998.

G. Downey, *Tiberiana, Aufstieg und Niedergang der Römische Welt,* II, 2, Berlín, Nueva York, 1975, págs. 95-130.

H. Drexler, «Die moralische Geschichtsauffassung der Römer», *Gymnasium* 61 (1954), 168-190.

D. Fausti, «Giustizia di Cambise: fortuna di un motivo fra testo e imagine», *Filologia Antica e Moderna* 8 (1995), 9-34.

M. Fleck, *Untersuchungen zu den Exempla des Valerius Maximus,* tesis, Marburg, 1974.

R. GUERRINI, *Studi su Valerio Massimo,* Pisa, 1981.

—, «Tipologia di fatti e detti memorabili. Dalla storia all' exemplum», *Materiali e Discussioni per l'analisi dei testi classici* IV (1980), 77-96.

T. HAMPTON, *Writing from History: The Rhetoric of Exemplarity in Renaissance Literature,* Ithaca, 1990.

R. HELM, «Valerius Maximus, Seneca und die Exemplasammlung», *Hermes* 74 (1939), 130-154.

J. HELLEGOUARC'H, *Le Vocabulaire Latin des Relations et des Partis Politiques sous la République,* París, 1963, págs. 122-125.

—, «La figure de Tibère chez Tacite et Velléius Paterculus», *Mélanges de littérature et d'épigraphie latines, d'histoire ancienne et d'archeologie. Hommages à la mémoire de Pierre Wuilleumier,* París, 1980, págs. 167-183.

G. HINOJO ANDRÉS, «El léxico de grupos políticos en latín: problemas y métodos», *Faventia* 5 (1983), 47-58.

—, «Juicio de los historiadores imperiales sobre los Gracos (Val. Máximo, V. Patérculo y Floro)», *Helmantica* XXXIV (1983), 293-308.

—, «El léxico de grupos políticos en Veleyo Patérculo y Valerio Máximo», *Faventia* 8 (1986), 41-56.

A. D. LEEMAN, «Le genre et le style historique à Rome: Théorie et pratique», *Revue des Études Latines* XXXIII (1955), 183-208.

W. MARTIN BLOOMER, *Valerius Maximus and the Rhetoric of the New Nobility,* University of North Carolina Press, 1992.

—, *Latinity and Literary Society at Rome,* Filadelfia, 1997.

G. MASLAKOV, «Valerius Maximus and Roman Historiography. A Study of the *Exempla* Tradition», *Aufstieg und Niedergang der Römische Welt* 2, 32, 1, Berlín, Nueva York, 1984, págs. 437-496.

H. F. MUELLER, «*Vita, pudicitia, libertas:* Juno, Gender, and Religious Politics in Valerius Maximus», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 128 (1998), 221-263.

D. MUSTI, «Il pensiero storico romano», en *Lo spazo letterario di Roma antica,* vol. I. G. CAVALLO, P. FEDELI, A. GIARDINA (eds.), Roma, Salerno Editrice, 1989, págs. 177-240.

C. NICOLET, *L'inventaire du monde, géographie et politique aux origines de l'Empire Romain,* París, 1988.

E. OTÓN SOBRINO, *Léxico de Valerio Máximo,* 4 vols., Madrid, 1977-1991.

M. L. PALADINI, «Rapporti tra Velleio Patercolo e Valerio Massimo», *Latomus* 16 (1957), 232-251.

LA PENNA, *Aspetti del pensiero storico latino,* Turín, 1978.

M. RAMBAUD, «Les prologues de Salluste et la démonstration morale dans son oeuvre», *Revue des Études Latines* 24 (1947), 115-130.

—, «Recherches sur le portrait dans l'historiographie romaine», *Les Études Classiques* 38 (1979), 417-447.

L. D. REYNOLDS, N. G. WILSON, *Copistas y filólogos,* Madrid, Gredos, 1986.

M.ª A. SÁNCHEZ MANZANO, «El empleo de las perífrasis de participio de perfecto con *fuit, fuerat, fuerit, fuisset* y *foret* en Valerio Máximo», *Studia Zamorensia* VII (1986), 371-378.

C. SANTINI, «Su due nuove edizione critiche di Valerio Massimo», *Giornale Italiano di Filologia* 51 (1999), 26-29.

M. SCHANZ, C. HOSIUS, *Geschichte der römischen Literatur,* 2 vols., 4.ª ed., Múnich, 1935.

D. M. SCHULLIAN, «A preliminary list of Valerius Maximus», *Studies in honor of B. L. Ullmann,* 1960, págs. 81-95.

—, «A revised list of manuscripts of Valerius Maximus», *Misc. Augusto Campana, Medioevo e Humanesimo,* XLIV-XLV, Padua, 1981, págs. 695-728.

B. W. SINCLAIR, *Valerius Maximus and the Evolution of Silver Latin,* Univ. of Cincinnati, 1980.

—, «Declamatory *Sententiae* in Valerius Maximus», *Prometheus* 10 (1984), 141-146.

C. SKIDMORE, *Teaching by examples. Valerius Maximus and the exempla tradition* (tesis en microfilm), Exeter, 1988.

—, *Practical ethics for Roman gentlemen. The work of Valerius Maximus,* Exeter, 1996.

K. Stierle, «L'Histoire comme exemple, l'exemple comme histoire. Contribution à la pragmatique et à la poétique des textes narratifs», *Poétique,* 1972, págs. 176-198.

R. Syme, *The Augustan Aristocraty,* Oxford, *1986.*

Ch. Taddei, «Per un studio sulla lingua di Valerio Massimo», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università di Siena* 9 (1998), 241-245.

C. A. van Rooy, «Livy, 7, 2 and Valerius Maximus 2, 4, 4, two notes», *Mnemosyne,* 4.ª ser., V (1952), 236-42.

D. Wardle, «The preface to Valerius Maximus: a note», *Athenaeum* 87. 2 (1999), 523-525.

—, «Valerius Maximus on the *Domus Augusta,* Augustus and Tiberius», *Classical Quarterly* 50 (2000), 479-493.

W. S. Watt, «Notes on Valerius Maximus», *Eikasmós* 10 (1999), 241-246.

A. Weileder, *Valerius Maximus. Spiegel Kaiserlicher Selbstdarstellung. Zugl,* Múnich, 1998.

A. J. Woodman, *Rhetoric in Classical Historiography,* Londres-Sidney, 1988.

P. Zanker, *Augusto y el poder de las imágenes,* Madrid, 1987.

SINOPSIS*

LIBRO I

1. Sobre la religión. Sobre el desprecio a la religión.
5. Sobre los presagios.
6. Sobre los prodigios.
7. Sobre los sueños.
8. Sobre los milagros.

LIBRO II

1. Sobre instituciones antiguas.
2. [Deberes y costumbres de los magistrados].
3. [Instituciones militares].
4. [Espectáculos].
5. [La frugalidad de costumbres].
6. [Costumbres extranjeras].
7. Sobre la disciplina militar.
8. Sobre el derecho a celebrar el triunfo.
9. Sobre la nota censoria.
10. Sobre la dignidad.

* Para facilitar la información del lector, damos entre corchetes el tema tratado en el capítulo aunque no aparezca en el texto latino.

Libro III

1. Sobre la índole.
2. Sobre la fortaleza de ánimo.
3. Sobre el aguante.
4. Sobre aquellos que, de origen humilde, llegaron a ser ilustres.
5. Sobre los que, nacidos de padres ilustres, degeneraron.
6. De aquellos que, nacidos de hombres ilustres, vistieron o introdujeron modas con más permisividad de la que toleraba la costumbre de sus antepasados.
7. Sobre la confianza en uno mismo.
8. Sobre la perseverancia.

Libro IV

1. Sobre la moderación.
2. Personas que han llegado a ser amigos o parientes a pesar de ser, en principio, enemigos.
3. Sobre la abstinencia y la sobriedad.
4. Sobre la pobreza.
5. Sobre la vergüenza.
6. Sobre el amor conyugal.
7. Sobre la amistad.
8. Sobre la generosidad.

Libro V

1. Sobre la humanidad y la clemencia.
2. Sobre la gratitud.
3. Sobre la ingratitud.

4-6. Sobre la piedad para con padres, hermanos y patria.

7. Sobre el amor paterno y la indulgencia para con los hijos.
8. Sobre la severidad de algunos padres para con los hijos.

9. Sobre la moderación de los padres frente a actitudes sospechosas de sus hijos.
10. Sobre padres que soportaron valerosamente la muerte de sus hijos.

Libro VI

1. Sobre el pudor.
2. Acciones y palabras expresadas libremente.
3. Sobre la severidad.
4. Dichos y hechos solemnes.
5. Sobre la justicia.
6. Sobre la lealtad pública.
7. Sobre la fidelidad de las mujeres para con sus maridos.
8. Sobre la lealtad de los esclavos.
9. Sobre el cambio de costumbres y de fortuna.

LIBRO I

PREFACIO

Tras hacer una selección de los autores más prestigiosos, he decidido exponer ordenadamente los hechos y dichos memorables de Roma y de los pueblos extranjeros, dichos y hechos que otros divulgaron por doquier, a fin de que puedan ser conocidos de manera inmediata y así les cueste poco esfuerzo a quienes quieran consultar las fuentes.

No pretendo abarcar todos, pues ¿quién sería capaz de incluir en unos pocos volúmenes los sucesos de toda la historia, o quién en su sano juicio podría esperar un relato en serie de la historia propia y la extranjera redactadas en el fecundo estilo de nuestros antepasados o como fruto de un esmero y una elocuencia eminentes?[1].

Para hacer frente a esta empresa, tu ayuda invoco, César[2], que no en vano el acuerdo de dioses y hombres quiso que fueses tú el rector de mares y tierras, tú, el más firme

---

[1] Falsa modestia ante el clasicismo y el estilo cuidado de los historiadores precedentes, sobre todo Tito Livio, tenido por modelo de la prosa historiográfica.

[2] El emperador Tiberio.

baluarte de la patria, tú, cuya divina providencia proporciona los mayores favores a las virtudes de las que voy a hablar y castiga severamente los vicios; que si los antiguos oradores comenzaron acertadamente en Júpiter Óptimo Máximo y los más ilustres vates se inspiraron en alguna divinidad, mi insignificante persona acude a tu patronazgo, porque si las otras divinidades son objeto de veneración, tu divinidad, como atestigua el momento presente, brilla con la misma luz que la de tu padre y tu abuelo[3], cuyo eximio resplandor ha aportado un brillo irrepetible a nuestras ceremonias. Los restantes dioses, en verdad, los hemos recibido de nuestros antepasados, pero los Césares son fruto de nuestra creación.

Y ya que tengo la intención de comenzar por el culto a los dioses, diré algo de su condición.

CAPÍTULO 1

Sobre la religión

Nuestros antepasados quisieron que las ceremonias so-
1, 1 lemnes y establecidas fueran reguladas por los conocimientos de los pontífices, la autoridad en el éxito de las empresas militares estuviera sujeta a la observación de los augures, las predicciones de los adivinos basadas en los oráculos de Apolo y los conjuros de los malos prodigios sometidos a la ciencia de los etruscos. Además, conforme a la antigua costumbre, se pone sumo cuidado en los asuntos relacionados con la di-

[3] Alusión al emperador Augusto, que lo adoptó para la sucesión, y a Julio César, el primer emperador divinizado. La alusión no es, pues, genética, sino político-religiosa.

vinidad, y así, cuando hay que recomendar algo hacemos plegarias, y votos cuando hay que hacer una súplica, cuando tenemos que saldar alguna deuda damos gracias, cuando hay que averiguar algo mediante las entrañas de los animales o los dados hacemos una plegaria a tal fin, y, cuando queremos cumplir un rito solemne, hacemos un sacrificio mediante el cual expiamos también las amenazas de los prodigios y los rayos.

Los antiguos pusieron tanto cuidado no sólo en observar las prácticas religiosas, sino también en incrementarlas, que estando la ciudad en su mayor esplendor y riqueza por un decreto del senado fueron enviados diez hijos de la nobleza más relevante a otros tantos pueblos de Etruria para aprender las prácticas religiosas y para que trajesen de la ciudad de Velia, que aún no tenía el derecho de ciudadanía, a una sacerdotisa llamada Califana para el culto a Ceres, que había empezado a ser venerada según el ritual griego, y de este modo no le faltaría a la diosa una sacerdotisa que supiera de los primitivos ritos.

Como quiera que tenían en la ciudad un templo muy hermoso consagrado a esta diosa, nuestros antepasados, en la revuelta de los Gracos, advertidos por los libros sibilinos de que debían aplacar a la antiquísima Ceres, como desagravio a la diosa enviaron una comisión de diez hombres a la ciudad de Henna[4], pues creían que de allí habían venido los ritos de la diosa. Es más, nuestros generales, cuando regresaban victoriosos, frecuentemente acudieron a Pesinunte para dar cumplimiento a las promesas hechas a la Madre de los Dioses.

---

[4] En Sicilia. Según Livio (XXXVII 51) la embajada a Henna tuvo lugar el año 133 de la fundación de Roma.

2 Tampoco Metelo, a la sazón pontífice máximo, permitió que saliera de la ciudad el cónsul y flamen[5] de Marte, Postumio, que se disponía a partir para África en una campaña militar, imponiéndosele una sanción para que no abandonara el culto sagrado: de esta manera, incluso el más alto cargo militar cedió ante la religión, porque parecía que Postumio no podría afrontar la guerra con seguridad abandonando el culto debido a Marte.

3 Digno de elogio es el respeto religioso demostrado con las doce fasces[6] y más digna de alabanza aún la obediencia demostrada en un hecho semejante por medio de veinticuatro fasces: Tiberio Graco envió desde su provincia al colegio de los augures una carta en la que manifestaba que, al leer los libros concernientes a los ritos del pueblo, había advertido que era erróneo el emplazamiento señalado para la tienda augural en los comicios consulares que él mismo había realizado[7]. Una vez que este hecho fue comunicado por los augures al Senado, por mandato de éste regresaron a Roma Gayo Fígulo desde la Galia y Escipión Nasica desde Córcega y renunciaron a su consulado[8].

4 Por la misma razón Publio Clelio Sículo, Marco Cornelio Cetego y Gayo Claudio, porque las entrañas de las víc-

---

[5] Los flámines se encargaban del culto a determinadas divinidades y el de mayor rango era precisamente el flamen de Júpiter *(flamen Dialis)*.

[6] Haces de varas que significaban la autoridad y el poder y que llevaban los lictores ante los pretores, cónsules, procónsules y dictadores: seis el pretor, doce el cónsul y veinticuatro el dictador.

[7] Los escrúpulos de los antiguos para con las prácticas religiosas eran tan grandes que bastaba el incumplimiento de alguna norma para que se invalidaran las decisiones tomadas, incluso el resultado de unas elecciones, como sucede aquí.

[8] Año 162. La noticia la da también Cicerón *(Sobre la adivinación* I 17, 33; *Cartas a Quinto* II 2, 1*)*.

timas habían sido tratadas con poco cuidado, recibieron la
orden y fueron obligados a abandonar el cargo de flamen[9].

Quinto Sulpicio, por habérsele caído de la cabeza el pí- 5
leo sacerdotal cuando estaba oficiando un sacrificio, tuvo
que renunciar al cargo, y el mero hecho de oír el chillido de
un topo fue motivo para que Fabio Máximo dejara la dicta-
dura y para que a Gayo Flaminio se le apartara del cargo de
jefe supremo de la caballería[10].

A estos ejemplos hay que añadir el de una virgen vestal 6
que había sido poco diligente en la custodia del fuego eter-
no: el pontífice máximo Publio Licinio consideró oportuno
azotarla.

Sin embargo, la majestad divina de Vesta hizo que no 7
castigaran a una novicia discípula de Emilia, la vestal más
venerable, a pesar de que había dejado apagar el fuego sa-
grado. Al postrarse ella ante la diosa y arrojar su túnica al
fuego, la mejor que tenía, de repente se reavivó la llama[11].

Nada tiene de extraño, pues, si para incrementar y con- 8
servar el poder por medio de esta autoridad, la benignidad
de los dioses ha estado siempre en vela con perseverancia y,
gracias a esa autoridad, también los más nimios ritos reli-
giosos parecen observarse con un cuidado escrupuloso, por-
que nuestros conciudadanos, hay que pensar que nunca han
tenido sus ojos apartados de las prácticas religiosas más
precisas. En nuestra ciudad, Marco Marcelo, desempeñando

---

[9] La fuente puede haber sido Livio, XXVI 33, 8, y el año sería el 221 de la fundación de Roma para Publio Clelio y el 210 para los otros.

[10] Así lo relata también Plinio, *Historia Natural* VIII 32, 223.

[11] Las vestales tenían la obligación de mantener encendido permanentemente el fuego en honor de Vesta. Su dignidad y respeto sólo eran equiparables a los castigos que sufrían si no cumplían con su deber, incluso ser enterradas vivas si rompían el voto de castidad. Orosio relata en *Historia* IV 5, 9 que la vestal Caparonia fue ahorcada por este motivo.

su quinto consulado, como quisiera consagrar un templo a los dioses del Honor y la Virtud, primero por el triunfo en Clastidio[12] y, después, habiéndose apoderado de Siracusa, ya que así lo había prometido, se lo impidió el colegio de pontífices, porque aducían que no se podía convenientemente dedicar un solo santuario a dos divinidades: podría suceder que, si acaecía un prodigio en dicho santuario, no se pudiera saber a cuál de las dos divinidades convenía rendirle el culto debido, aparte de que no solían hacerse sacrificios al mismo tiempo a dos divinidades *sino en días determinados*. Esta advertencia de los pontífices dio como resultado que Marcelo levantase dos imágenes del Honor y de la Virtud en sendos templos y ni para el colegio de pontífices la autoridad de un hombre revestido del mayor prestigio, ni para Marcelo el incremento del coste que debía sufragar, le fue un impedimento para respetar el temor y la observancia de las prácticas religiosas.

9 Aunque Lucio Furio Bibáculo gozó de numerosos y célebres consulados, apenas halló un lugar para ser puesto como ejemplo tras Marcelo. Con todo, no debemos pasar por alto el elogio de su alma piadosa y sumamente devota: cuando era pretor, por orden de su padre, que presidía el colegio de los Salios[13], tuvo que llevar los escudos sagrados[14] precedido de seis lictores, aunque disfrutaba del privilegio de no tener por qué hacerlo debido a su honor: y es

---

[12] Hoy Casteggio, en la Liguria. Este triunfo dio origen a una tragedia *praetexta* del mismo nombre escrita por Nevio.

[13] Sacerdotes encargados del culto a Marte. En número de doce y portando los escudos entonaban el *Carmen Saliare* en una procesión por la ciudad al comenzar el año primitivo (mes de marzo).

[14] Se trata de los escudos que, mandados construir por Numa, según la tradición, cayeron del cielo, y de ahí su carácter sagrado y que fueran guardados en el templo de Marte.

que nuestros ciudadanos consideraron que todas las cosas tenían que subordinarse a la religión, incluso tratándose de personas en quienes se había querido dejar constancia pública de su alta dignidad. Por todo esto, no dudaron en supeditar el poder a los ritos sagrados, estimando así que serían los rectores del mundo si eran fieles y constantes servidores del poder divino.

Esta misma opinión se asentó también en los corazones 10
de los ciudadanos particulares. Por ejemplo, cuando Roma fue tomada por los galos, el flamen de Quirino y las vírgenes vestales se repartieron la carga para trasladar las imágenes sagradas, pero, como quiera que Lucio Albanio, que llevaba en un carro a su esposa e hijos, las viese cuando acababan de cruzar el puente Sublicio y comenzaban ya a subir la pendiente que lleva al Janículo, más considerado con la religión pública que con el amor a su familia, ordenó a los suyos que bajasen del carro y, cambiando el camino comenzado, llevó a las vírgenes y las imágenes sagradas a la ciudad de Cere, donde las acogieron con el mayor fervor.

Hasta el día de hoy llega ese grato recuerdo que testimonia una piadosa hospitalidad: a partir del suceso anterior se decidió que los ritos sagrados pasasen a llamarse «ceremonias» [15], porque los habitantes de Cere veneraron las imágenes piadosamente, tanto en los peores momentos de la República como cuando los tiempos eran venturosos. Y aquel carro campesino y un tanto tosco, pero que sirvió entonces para lo que importaba, habría de igualar, e incluso sobrepasar, la celebridad de cualquier carro triunfal.

---

[15] En honor a la acogida en Cere de las imágenes llevadas por las vestales y el flamen de Quirino. No obstante, esta etimología no es aceptada de manera unánime, sino que parece más bien que el propio nombre de Cere deriva de otra raíz *(cerus,* «dios»).

11 En el mismo tiempo aciago para la República, Gayo Fabio Dorsuón proporcionó un ejemplo memorable de observancia religiosa. En efecto, cuando los galos estaban asediando el Capitolio, para que no se interrumpiese el sacrificio ritual establecido por la familia Fabia, ciñéndose la toga como suelen hacerlo los habitantes de Gabios, llevando en manos y espaldas las imágenes sagradas, llegó a la colina del Quirinal a través de las filas enemigas. Una vez concluidos allí los ritos sagrados con la solemnidad habitual, regresó de nuevo al Capitolio, casi como vencedor a causa de la veneración divina que se da a las armas vencedoras.

12 En el consulado de Publio Cornelio y Bebio Tánfilo, nuestros antepasados nos brindaron también un gran ejemplo de observancia religiosa. Cuando unos labradores estaban cavando profundamente la tierra en el campo del escriba Lucio Petilio al pie del Janículo, al descubrir dos arcas de piedra, en una de las cuales una inscripción señalaba que allí había estado sepultado el cuerpo de Numa Pompilio, mientras que en la otra estaban ocultos siete libros latinos de Derecho de los Pontífices y otros tantos griegos de filosofía, pusieron sumo cuidado e interés en conservar los latinos; en cambio los griegos, porque pensaban que en cierta medida podían menguar el culto, los quemó el pretor urbano Quinto Petilio en presencia del pueblo, siguiendo las órdenes del senado dadas a los victimarios[16]: no quisieron los antiguos ciudadanos que se observase en esta ciudad cosa alguna que pudiese apartar las almas de los hombres del culto a los dioses.

13 Por su parte, el rey Tarquinio ordenó meter en un saco y arrojar al mar al duúnviro Marco Atilio porque, sobornado,

[16] Eran servidores de los sacerdotes encargados de encender el fuego, atar las víctimas al altar y sujetarlas en el momento del sacrificio.

había dado a copiar a Petronio Sabino un libro encomendado a su custodia que contenía los secretos del ritual sacro civil. Este tipo de castigo, tiempo después, fue impuesto también a los parricidas, y con toda justicia, porque hay que castigar por igual la violencia para con los padres que la violencia para con los dioses.

Pero, en lo tocante a la tutela de las prácticas religiosas, 14
no sé si no superó a todos Marco Atilio Régulo. Éste, desposeído de su condición de ilustre vencedor por las insidias de Asdrúbal y el general espartano Jantipo, y reducido a la miserable condición de esclavo, fue enviado como embajador al Senado y al pueblo romano para que los intercambiaran a él, uno solo y ya anciano, por numerosos jóvenes cartagineses. Pero, después de aconsejar todo lo contrario, retornó a Cartago, sabiendo muy bien a qué enemigos crueles y despiadados regresaba con toda justicia, porque les había prometido bajo juramento que, si no le devolvían los prisioneros, regresaría a su lado. Es verdad que los dioses inmortales pudieron mitigar la crueldad desmedida. Por lo demás, los cartagineses, para que la fama de Atilio fuese más ilustre, tuvieron que soportar la práctica de sus propias costumbres: en la Tercera Guerra Púnica tendrían que pagar con la destrucción de su ciudad la muerte del más piadoso espíritu tan cruelmente vejado.

¡Cuánto más respetuoso fue para con los dioses el sena- 15
do de nuestra ciudad! Después del desastre de Cannas[17] decretó que las matronas romanas no guardasen luto más de treinta días para que así pudieran celebrar el culto debido a Ceres, ya que, al haber perecido la mayor parte de ciudada-

---

[17] En la Segunda Guerra Púnica, el 2 de agosto del año 216. En el campo de batalla pereció la práctica totalidad del ejército romano: 70.000 hombres de un ejército de 80.000, según Tito Livio.

nos romanos en un suelo maldito y funesto, todos los hogares estaban llenos de tristeza. De esta manera, madres e hijas, esposas y hermanas, secándose las lágrimas por tantos muertos y quitándose los vestidos que testimoniaban el dolor, vistieron una túnica blanca y fueron obligadas a quemar incienso en los altares. Ciertamente, con esta constancia en la observancia de la religión, lograron que los dioses sintiesen rubor a la hora de vengarse en adelante de aquel pueblo que, ni con la crueldad de estas ofensas, se apartó jamás del culto debido.

Sobre el desprecio a la religión

16 Se cree que el cónsul Varrón combatió contra los cartagineses de manera tan desafortunada en Cannas por culpa de Juno, ya que, al celebrar un edil unos juegos circenses, había puesto a un joven histrión sumamente hermoso en el carro de Júpiter Óptimo Máximo para llevar los divinos despojos. Este hecho, recordado años más tarde, fue expiado con unos sacrificios.

17 Se cuenta que también Hércules exigió un duro y claro castigo por un desprecio a su culto: como la familia de los Poticios, a propuesta del censor Apio, había transferido al servicio humilde de los esclavos el ritual de unas ceremonias religiosas que sólo a ella competía y que le había sido encomendado como un honor hereditario, todos los miembros jóvenes de la familia, que eran más de treinta, murieron en menos de un año y el nombre de los Poticios, que se extendía por doce familias, estuvo a punto de extinguirse; Apio, por su parte, se quedó ciego.

18 También Apolo vengó cruelmente su divinidad: después de que los romanos hubieron conquistado Cartago y ser des-

pojado Apolo de su manto de oro, hizo que las manos sacrílegas fueran encontradas, amputadas del cuerpo, entre los restos del manto.

Y no fue un vengador menos eficiente del desprecio in- 19
fligido a su culto su hijo Esculapio. Éste [doliéndose de que] un bosque consagrado a su templo había sido talado casi en su totalidad por Turulio, prefecto de Antonio, para construirle unas naves, al tiempo que cometían esta acción sacrílega, los partidarios de Antonio fueron derrotados. Por orden de César y porque ésa era la voluntad del dios, Turulio fue condenado a morir en aquel lugar que había violado y el dios hizo también que allí mismo los soldados cesarianos le diesen el mismo tipo de muerte que él había dado a los árboles, para que lavase de esta manera la culpa ocasionada a los árboles y para que restituyese la inmunidad de *semejante ofensa a los árboles que aún quedaban en pie.* De esta manera incrementó el respeto y devoción que siempre había tenido de sus fieles devotos.

Por su parte, Quinto Fulvio Flaco no quedó sin castigo 20
cuando, siendo censor, trasladó unas losas de mármol del templo de Juno Lacinia al templo de la Fortuna Ecuestre que estaba construyendo en Roma. Después de esto se dice que perdió el juicio. Es más, murió trastornado al recibir la noticia de que, de los dos hijos que tenía haciendo el servicio militar en el Ilírico, uno había muerto y el otro estaba gravemente enfermo. Conmovido por este suceso, el senado ordenó trasladar de nuevo las losas de mármol a Locros y reparó la acción impía del censor con la muy circunspecta piedad de un decreto.

¡Por Hércules! Del mismo modo y con idéntico castigo 21
vengó la desenfrenada avaricia de Pleminio, el legado de Escipión, por haber saqueado el tesoro de Prosérpina. Cuando recibió la orden de ser traído a Roma encadenado, antes

del proceso murió en la cárcel afectado de una enfermedad repugnante y la diosa recuperó su tesoro, duplicado además, por orden del mismo senado.

Ejemplos extranjeros

1, 1 Por lo que concierne a la impía acción de Pleminio, la diosa se tomó cumplida venganza valiéndose de los senadores, y en lo que atañe a las violentas bajezas del rey Pirro, la diosa misma se defendió poderosa y eficazmente. En efecto, al ser obligados los locrios a pagarle un fuerte tributo de su tesoro, cuando iba en la nave bien repleta del botín sacrílego, naufragó toda la flota por una violenta tempestad desencadenada en la costa próxima al templo de la diosa. Allí, en la costa misma, se recuperó íntegro todo el botín, que fue de nuevo entregado a la custodia del santísimo tesoro.

2 De manera bien distinta se comportó el rey Masinisa. Al arribar el prefecto de la flota a Malta y entregarle al rey como regalo unos dientes de marfil de singular volumen sustraídos del santuario de Juno, cuando el rey supo su procedencia, se ocupó de que fuesen devueltos a Malta en una quinquerreme y de que fueran puestos de nuevo en el templo de Juno, con una inscripción en la lengua de su pueblo en la que decía que el rey los había aceptado sin saber su procedencia y que, gustosamente, los había devuelto a la diosa. ¡Una acción más propia de Masinisa que de la forma de ser de los fenicios![18].

[18] Hay un evidente rasgo nacionalista al reiterar el tópico del mercantilismo fenicio y la fidelidad de Masinisa, monarca africano amigo del pueblo romano.

Aunque, ¿por qué vamos a sopesar las costumbres según 3
la nación? Uno que había nacido en el corazón mismo de un país salvaje borró el sacrilegio de otro: un tal Dionisio, nacido en Siracusa, consideró chistoso comentar con palabras jocosas tantos sacrilegios suyos cuantos veremos a continuación: Después de haber saqueado el templo de Proserpina en Locros[19], cuando en nave era llevado por alta mar con el viento favorable, entre risas dijo a sus amigos: «¿Os dais cuenta de qué buena travesía proporcionan los dioses inmortales mismos a los sacrílegos?». Por si también esto fuera poco, habiéndole quitado a Júpiter Olímpico un manto de oro de gran peso, obsequio del tirano Gelón, con el que lo había revestido, y procedente del botín quitado a los cartagineses, tras poner en su lugar un manto de lana, dijo que el manto de oro era pesado para el verano y frío para el invierno, mientras que el de lana era apropiado para todas las estaciones. El mismo Dionisio ordenó quitarle a Esculapio de Epidauro la barba de oro porque decía que no estaba bien que se viera a Apolo, que era el padre, sin barba y al hijo con ella[20]. El mismo personaje sustrajo de los santuarios mesas de oro y plata, y como quiera que en ellas estaba escrito, según la costumbre griega, que eran propiedad de los dioses, decía que así se servía de la generosidad de éstos. Este mismo de quien hablo robaba también las Victorias de oro, las páteras y las coronas que sostenían las manos de las

[19] Ciudad de Apulia, próxima a Sicilia y escenario de la guerra con Pirro a comienzos del siglo III a. C.

[20] Esculapio, dios de la medicina, según una versión de Tesalia, era hijo de Apolo y Corónides. Su culto se introdujo en Roma el año 291 tras una terrible epidemia de peste y a instancias de los libros sibilinos. Enviada una embajada a Epidauro, se dice que el dios siguió espontáneamente a los mensajeros romanos en forma de serpiente y que al llegar a Roma se estableció en la isla Tiberina. Cesó la peste y se le erigió un templo en la isla.

imágenes en actitud oferente y decía que las cogía y que no las robaba, argumentando que era de lo más tonto no querer aceptar de quienes pedimos dones los dones que ellos mismos nos ofrecen. Y él, aunque no pagó el castigo que merecía, una vez muerto pagó con el deshonor de su hijo el castigo merecido que había evitado en vida: pues con paso lento camina la cólera divina, inexorable en su propia venganza, y compensa esta lentitud con la severidad del castigo.

4 Para no caer bajo el peso de la cólera divina, Timasiteo, el príncipe de los liparenses, nos proporciona un ejemplo sumamente útil y de resultados bien distintos para él y para toda su patria: sus ciudadanos, afamados piratas, se apoderaron en el mar de una crátera de oro de gran peso que los romanos habían dedicado a Apolo Pitio como diezmo y, cuando el pueblo se disponía a repartírsela, al saber él ***[21].

4, 2 *** Por su parte, el rey Deyótaro[22], que tenía la costumbre de consultar casi todo antes de hacer algo, recibió de un águila un aviso que resultó ser sumamente saludable. Cuando la vio, abandonó su casa y a la noche siguiente se derrumbó por completo.

CAPÍTULO 5

Sobre los presagios

5, 1 También la observación de los presagios tiene algo que ver con la religión, porque se cree que los presagios se ba-

---

[21] A partir de aquí hay una laguna que llega hasta el final del cap. 4, 1.

[22] Era rey de Galacia expulsado de su reino por Mitridates. Cicerón escribió un discurso en su defensa cuando se le acusó de conspirar contra César y ponerse del lado pompeyano.

san no en el azar, sino que son fruto de la providencia divina. Ésta hizo que tras la caída de Roma en poder de los galos, cuando los senadores deliberaban si emigrar a Veyos o rehacer sus murallas, un centurión de las cohortes que regresaban como ayuda de la ciudad exclamó en medio de la asamblea del pueblo: «Portaestandarte, detén aquí tu enseña; aquí estaremos mejor que en ninguna otra parte». Al oír esto, el Senado respondió que daba por bueno el presagio e inmediatamente abandonó su propósito de trasladarse a Veyos. ¡Con qué pocas palabras quedó confirmado el emplazamiento del que habría de ser el imperio más grande! Creo que a los dioses les pareció muy poco digno que el nombre de Roma, nacido con los mejores auspicios, pudiera cambiarse por el nombre de la ciudad de Veyos y que el honor de una gloriosa victoria se confundiese con el de una ciudad recientemente perdida[23].

El autor de esta empresa tan preclara, Camilo, al pedir 2
que, si a alguno de los dioses le parecía excesiva la fortuna del pueblo romano, saciase su envidia con alguna desgracia personal, sufrió una súbita caída. Pareció que este presagio tenía relación con la condena que más tarde tuvo que soportar. No sin razón se estableció una contienda sobre la gloria entre la victoria y la piadosa rogativa de un hombre insigne, porque tan propio del valor es acrecentar los bienes de la patria como querer atraer sobre uno mismo los males[24].

---

[23] Veyos acababa de ser tomada por los romanos (año 393) y sus tierras distribuidas a los plebeyos, con lo que se atenuó temporalmente la lucha de clases entre patricios y plebeyos. Tito Livio, en V 30 y ss., nos da cumplida información al respecto.

[24] Plutarco ilustra mejor este episodio que su contemporáneo Valerio Máximo. En cualquier caso, el historiador latino deja en evidencia su resentimiento para con aquellos líderes plebeyos que, como Camilo, em-

3 ¡Y qué digno de recuerdo resulta también lo que le sucedió al cónsul Lucio Paulo! Como le había tocado en suerte llevar la guerra contra el rey Perseo, al regresar de la curia a su casa, cuando le dio un beso a su hijita Tercia, que por entonces era aún muy pequeña, observando que estaba triste le preguntó por qué tenía esa cara. Ella le contestó que Persa acababa de morir. Y es que tenía un perrito llamado «Persa» que era la niña de sus ojos. Paulo lo tomó como buen presagio e interpretó este suceso fortuito como la esperanza cierta de una victoria que le ocasionaría celebridad[25].

4 Por su parte Cecilia, la esposa de Metelo, al tratar de ver para la hija de su hermana, aún virgen y ya en edad de casarse, algún presagio nupcial, lo halló en sí misma, durante la noche, según la costumbre: como pasara largo tiempo sentada en un pequeño santuario esperando el prodigio y no oyera voz alguna relacionada con su propósito, cansada de tanto esperar, la joven pidió a su tía que le cediese el sitio un rato para sentarse. Ella le respondió: «Te cedo gustosa mi sitio». Esta respuesta, fruto del cariño, terminó confirmando el presagio, porque Metelo, poco después de morir su esposa Cecilia, se casó con la joven de la que hablo.

5 También a Gayo Mario la observación de un presagio no ofreció dudas a su salud cuando fue conducido para ser encarcelado a la casa de Fannia en Minturnas, después de ser declarado por el Senado enemigo público. Vio que un asno, cuando le estaban echando de comer, dejó la comida

---

prendieron reformas tendentes a mejorar la situación de la plebe. De entre todas, la más conocida fue introducir el pago de una soldada para compensar el abandono temporal de las labores agrícolas.

[25] Se trata de la batalla de Pidna (168), en la que Lucio Emilio Paulo, hijo del cónsul del mismo nombre muerto en Cannas, puso fin a la monarquía macedónica derrotando a Perseo.

para irse a beber. Pensando que con tal visión la providencia divina le manifestaba lo que iba a suceder, sobre todo siendo él un experto intérprete en materia religiosa, logró de la muchedumbre que se había congregado para ayudarle que le llevasen al mar. Al punto subió a una barquita, y llegando en ella a África escapó de las armas victoriosas de Sila.

En cambio Pompeyo Magno, vencido por César en la 6
batalla de Farsalia, tratando de salvarse, en su huida puso rumbo a la isla de Chipre con la intención de conseguir allí refuerzos; nada más llegar a las puertas de la ciudad de Pafos, vio en la costa un hermoso edificio y preguntó al timonel cómo se llamaba. Éste le respondió que se llamaba *katōbasíleia*[26]. Estas palabras disminuyeron la poca esperanza que tenía y no lo ocultó: apartó su mirada de aquel palacio y expresó a las claras con un gemido el dolor que tan cruel presagio le había causado.

También fue tenido por bien claro el presagio de Marco 7
Bruto una vez admitido el parricidio: celebrando su cumpleaños después de aquel nefando crimen, al querer citar un verso griego se vio impelido en su ánimo a acudir antes que a ninguno al famoso verso de Homero:

allá me moîr' oloè kaì lētoûs éktanen hyiós[27].

Este dios, tenido como contraseña en la batalla de Filipos por César y Antonio, dirigió sus dardos contra él.

Con un golpe de voz bien oportuno la fortuna le dio un 8
tirón de orejas a Gayo Casio. Pidiéndole los ciudadanos de Rodas que no expoliase todas las estatuas de los dioses, tu-

[26] «Palacio de abajo».

[27] «Me han dado muerte la fatal Parca y el hijo de Latona» *(Ilíada* XVI 849). Palabras de Patroclo en el momento de morir.

vo a bien responderles que les dejaba el Sol[28]. Revelaba así, con la soberbia de sus palabras, la insolencia del muy rapaz vencedor y se vio obligado, una vez derrotado en la campaña de Macedonia, a abandonar no sólo la estatua del Sol, la única que había dejado a los suplicantes rodios, sino también el sol mismo[29].

9 Hay que dejar también constancia de aquel prodigio mediante el cual pereció en Liguria el cónsul Petilio cuando estaba haciendo la guerra: al llevar el ataque al monte llamado Leto en una exhortación a sus soldados había dicho: «Hoy conquistaré Leto sea como sea»; sin tomar precauciones en el combate confirmó la certeza de sus palabras con su propia muerte[30].

Ejemplos extranjeros

5, 1 Con toda razón podemos sumar a los anteriores dos ejemplos del mismo tipo procedentes de pueblos extranjeros. Los habitantes de Samos, cuando los prienenses les pidieron ayuda contra los carios, llevados de su arrogancia, en lugar de enviarles un ejército y una flota les enviaron una sibila para mofarse de ellos[31]. Pero éstos, acogiéndola como si se tratase de una ayuda venida del cielo, la tuvieron como artífice de la victoria gracias a sus inequívocas predicciones.

---

[28] Se trata del Coloso de Rodas, que dadas sus dimensiones no pudo llevar consigo.

[29] Es decir, murió.

[30] El término *letum* designa tanto el nombre del monte como «la muerte». De ahí la ambigüedad de las palabras de Petilio, muerto el 176 a. C.

[31] Cares, héroe epónimo de Caria, fue el inventor de la ciencia de los augurios.

En verdad los habitantes de Apolonia ni siquiera tuvieron que arrepentirse porque, cuando estaban en una situación difícil en la guerra ilírica[32], les habían pedido los habitantes de Epidamno que les proporcionasen auxilio y éstos les habían dicho que enviaban en su ayuda un río próximo a sus murallas conocido por el nombre de Eante, los de Apolonia les contestaron: «Aceptamos lo que se nos da»; y asignaron al río el primer puesto de combate como si fuera el general. De pronto, vencidos los enemigos, pensando que el éxito se debía a un presagio, hicieron sacrificios entonces en honor a Eante como a un dios y, en lo sucesivo, decidieron servirse de él en todas las guerras como si fuera el general. 2

CAPÍTULO 6

Sobre los prodigios

Es mi intención relatar debidamente también los prodigios que han acaecido, tanto los favorables como los desfavorables.

Cuando Servio Tulio era aún un niño y estaba durmien- 6, 1
do, unos familiares suyos observaron que en torno a su cabeza resplandecía una llama. Admirada de este prodigio, Tanaquil, la esposa de Anco Marcio, crió al hijo de una esclava como si se tratase de su propio hijo y lo elevó después al trono real[33].

[32] Se trata de la primera guerra y el suceso aquí comentado tuvo lugar el 229 a. C.

[33] De hecho, fue el sexto rey de la monarquía romana. Según la tradición era hijo de una mujer noble pero había caído prisionero de los romanos siendo aún muy pequeño. Criado en el palacio de Tarquinio, se gran-

2 Desenlace igualmente feliz resultó la llama que resplandeció sobre la cabeza de Lucio Marcio, general de los dos ejércitos cuya moral había decaído con la muerte de Publio y Gneo Escipión en Hispania, cuando les estaba lanzando una arenga. Nada más ver la llama, los soldados, que aún estaban sobrecogidos, recuperaron el primitivo ánimo y, tras dar muerte a treinta y ocho mil enemigos y coger prisioneros a otro buen número de ellos, se apoderaron de los dos campamentos cartagineses repletos de botín.

3 Otro prodigio: como los habitantes de Veyos, confinados al interior de las murallas por los romanos en una guerra sangrienta y duradera, no podían ser definitivamente vencidos, y aquella demora parecía no menos intolerable para los sitiadores que para los sitiados, los dioses inmortales señalaron claramente el medio de tan ansiada victoria mediante un prodigio maravilloso: de repente las aguas del lago Albano alcanzaron un nivel fuera de lo normal sin que hubiese lluvia ni inundación de río alguno. Para saber el motivo de este suceso, unos legados enviados al oráculo de Apolo en Delfos regresaron diciendo que el oráculo aconsejaba inundar con el agua del lago aquellas tierras próximas. De esta manera los de Veyos terminarían sometiéndose al poder de los romanos. Y antes de que los legados comunicaran esta respuesta, ya había dicho esto mismo un arúspice de Veyos secuestrado por uno de nuestros soldados —es que entonces los romanos no tenían arúspices— y traído al campamento. En consecuencia, el senado, aconsejado por esta doble pre-

jeó el amor y la consideración de todos casándose más tarde con la hija del rey. Al morir éste a manos de los hijos de Anco Marcio, Servio Tulio se adueñó del poder. Tal vez aquí también Valerio Máximo trata de justificar la presencia de un rey por razones religiosas, ocultando otras tradiciones menos favorables a la monarquía.

dicción casi simultánea, fue obediente a la voluntad divina y se apoderó de la ciudad enemiga.

Y no fue poco venturoso el suceso que sigue. Al estar el 4
cónsul Lucio Sila celebrando un sacrificio en el campo de Nola delante mismo del pretorio durante la Guerra Social[34], vio de pronto que, de debajo del altar, se deslizaba una serpiente. Nada más verla, a instancias del arúspice Postumio, hizo salir a campaña de inmediato al ejército y conquistó el bien fortificado campamento de los samnitas. Esta victoria fue la base y el comienzo de su futuro gran poder[35].

De singular admiración fueron también aquellos prodi- 5
gios que tuvieron lugar en nuestra ciudad entre el comienzo y las primeras escaramuzas de la guerra, durante el consulado de Gayo Volumnio y Servio Sulpicio: en efecto, un buey cuyo mugido se había convertido en voz humana, por la novedad del prodigio, llenó de espanto los ánimos de quienes lo oyeron. Cayeron también trozos de carne esparcidos como si fuese lluvia; la mayor parte se la llevaron las aves precipitándose sobre ella, el resto estuvo tirado varios días en el suelo sin producir mal olor y sin cambiar de aspecto.

Durante otro tumulto se dio crédito también a prodigios de la misma naturaleza: un niño de seis meses que aún no hablaba gritó en el foro Boario: «¡Triunfo!»; otro nació con cabeza de elefante; en el Piceno llovieron piedras; en la Galia un lobo le sacó la espada de la mismísima vaina a un

---

[34] Llamada así porque tuvo lugar entre los romanos y los ítalos aliados *(socii)* al reivindicar éstos plenos derechos de ciudadanía (años 91-88).

[35] No deja de ser llamativo que en este caso la persona del dictador por antonomasia, Sila, resulte bien tratada. La explicación viene dada por los principios de la paz y el orden que dominan toda la obra del historiador. Sila pone fin a la Guerra Social y garantiza el orden de Italia, si bien las consecuencias del enfrentamiento con Mario fueron nefastas para la ciudadanía y la posterior historia de la República.

centinela; en Cerdeña dos escudos exudaron sangre; en Anzio cayeron espigas ensangrentadas en las cestas de unos segadores; en Cere las aguas fluyeron mezcladas con sangre. También hay constancia de que en la Segunda Guerra Púnica un buey de Gneo Domicio dijo: «¡Roma, ten cuidado!»[36].

6 Gayo Flaminio, elegido cónsul sin haber consultado los auspicios, cuando para enfrentarse a Aníbal junto al lago Trasimeno había dado la orden de poner en movimiento las enseñas, cayendo del caballo, se quedó tendido en tierra sobre la cabeza del animal sin que por ello cambiasen en nada sus intenciones ante aquel prodigio. Y aunque los portaestandartes le decían que no podían mover las enseñas de su sitio, les amenazó con un gran castigo si no las hacían salir de inmediato.

¡Ojalá hubiese pagado su temeridad con su propia derrota, y no con el mayor desastre del pueblo romano! Pues en aquella batalla perecieron quince mil romanos, seis mil fueron hechos prisioneros y diez mil lograron huir. El cuerpo descuartizado del cónsul fue buscado por Aníbal para rendirle honras fúnebres; por ese Aníbal que había hecho cuanto estaba en sus manos para sepultar el Imperio Romano.

7 A la audacia precipitada de Flaminio sigue la insensata obstinación de Gayo Hostilio Mancino. A este cónsul, que se disponía a partir para Hispania, le sobrevinieron los siguientes prodigios: queriendo celebrar un sacrificio en Lavinio, unos pollos, escapándose de la jaula, huyeron a un bosque cercano y, aunque los buscaron con la mayor dili-

---

[36] Todos estos prodigios son tópicos en la literatura, especialmente en los momentos difíciles de las guerras. Tácito, en *Historias* I 86, nos da un catálogo aún más numeroso relativo a la guerra civil del año 69.

gencia, no pudieron encontrarlos. Cuando iba a subir a la nave en el puerto de Hércules, adonde había llegado a pie, sin haberlas dicho nadie, llegaron a sus oídos las siguientes palabras: «Mancino, detente».

Aterrado por ello, cuando dándose la vuelta se había dirigido a Génova y se había embarcado allí, vio una serpiente enorme que de inmediato desapareció de su vista. En conclusión, el número de sus penalidades fue igual al de los prodigios que se le presentaron: un combate desafortunado, un tratado de paz vergonzoso y una rendición funesta[37].

El triste final de un hombre tan importante como Tiberio 8
Graco, anunciado por un prodigio y no tenido en cuenta, hace menos extraña la temeridad de un hombre de baja condición. Siendo cónsul, cuando iba a hacer un sacrificio en Lucania, dos serpientes que se deslizaron de improviso desde un lugar recóndito, después de devorar el hígado de la víctima que había sacrificado, se volvieron a ocultar en un escondrijo. Al reanudar a continuación, por este motivo, el sacrificio, se repitió el prodigio. Sacrificada también una tercera víctima, y pese a vigilar con mayor diligencia las entrañas, no pudo impedirse la marcha de las serpientes. Y aunque los arúspices dijeron que el prodigio no era bueno para el general, Graco sin embargo no tomó precauciones para evitar que por las insidias de su pérfido huésped Flavio, conducido al lugar donde Magón, el general cartaginés, se

[37] El año 137 a. C. en las guerras de Hispania el cónsul Gayo Hostilio Mancino fue obligado a rendirse y pactó con los numantinos el derecho a retirarse libremente si Roma concluía una alianza con Numancia. El Senado no aceptó las condiciones y entregó a Mancino. El excónsul, vestido sólo con una camisa y con las manos atadas a la espalda, se pasó un día entero ante las puertas de Numancia porque los habitantes no querían aceptarlo para no reconocer así la ruptura del tratado.

había escondido con un grupo de hombres armados, fuese asesinado inerme.

9 La colegialidad del consulado, el error común y el mismo tipo de muerte me hacen relacionar lo ocurrido a Tiberio con la muerte de Marco Marcelo[38].

Éste, henchido de orgullo por la conquista de Siracusa y por haber sido el primero en hacer huir a Aníbal ante las murallas de Nola, cuando ponía todo su ahínco en aniquilar el ejército cartaginés dentro de suelo italiano o en hacerlo salir de él, al tratar de saber la voluntad de los dioses mediante un sacrificio solemne, se encontró con que la primera víctima que fue sacrificada ante el fuego sagrado tenía un hígado sin el lóbulo superior mientras que la segunda tenía dos lóbulos superiores. Nada más verlas, el arúspice, con el semblante entristecido, manifestó que no le gustaban nada las entrañas porque inmediatamente después de las mutiladas habían aparecido otras demasiado grandes.

De esta manera, aunque Marco Marcelo fue advertido de que no debía hacer ningún intento temerario, la noche siguiente se atrevió a salir con unos pocos para espiar. Rodeado de numerosos enemigos en la región del Brucio, con su muerte ocasionó por igual un gran dolor y un gran contratiempo a la patria.

10 De la misma manera que también el cónsul Octavio[39] sintió temor ante un funesto presagio sin que pudiera evitarlo: cortada la cabeza de una imagen de Apolo y caída al suelo de manera que era incapaz de arrancarla, estando en-

[38] En realidad se trata de Marco Claudio Marcelo, que pereció en el 208 en Apulia. Aníbal, en consideración a sus méritos militares, ordenó sepultar su cadáver con todos los honores.

[39] Gneo Octavio y Lucio Cornelio Cinna, optimate y miembro del partido popular respectivamente, fueron cónsules el año 87 a. C. Octavio perdió la vida a manos de Sila.

frentado con las armas a su colega Cinna, tuvo por cierto que aquel hecho significaba su muerte. El temor al prodigio se confirmó con el triste final de su vida. Sólo entonces la cabeza del dios, inamovible hasta aquel momento, pudo ser arrancada del suelo.

Marco Craso, digno de ser citado entre las pérdidas más 11
significativas del Imperio Romano, por lo que a nosotros respecta, no nos deja guardar silencio sobre él, azotado como fue por los muy numerosos y evidentes golpes de los presagios que precedieron a tan considerable pérdida. Estaba a punto de conducir el ejército desde Carras[40] contra los partos. Le trajeron un manto negro cuando era costumbre dar un manto blanco o de color púrpura a los que partían para la guerra. Los soldados, tristes y en silencio se reunieron en el frente; quienes según costumbre inveterada deberían correr al asalto con gran griterío, comenzaron el combate tristes y en silencio. Una de las águilas[41] el primipilo apenas pudo ponerla en marcha; la otra, sacada con muchísima dificultad, tomó el sentido opuesto al de la marcha.

Grandes fueron los prodigios, pero tanto mayores los desastres: los exterminios de las más brillantes legiones, tan numerosas enseñas capturadas por manos enemigas, la flor y nata del ejército romano aniquilada por la caballería de los bárbaros, los ojos de los padres salpicados con la sangre de los hijos de las más nobles familias, el cuerpo del general en

[40] Como resultado del pacto de Luca (56 a. C.) se forma el primer triunvirato, por el que se asigna a Craso la dirección de la provincia de Siria. Deseoso de emular la gloria militar de César y Pompeyo, emprende una guerra contra los partos que termina con la catástrofe del año 53 conocida como «El desastre de Carras» en que murieron o fueron hechos prisioneros 40.000 romanos.

[41] Es decir, de las legiones, porque el águila de plata era desde tiempos de Mario la insignia de la legión.

jefe entre montones de cadáveres hacinados sirviendo de pasto a las aves de rapiña y a las alimañas. Me habría gustado ser más agradable en el relato, pero lo que ⟨digo⟩ es la verdad. Así de clara es la cólera de los dioses cuando no se tienen en cuenta sus presagios; así se castigan las decisiones de los hombres cuando se ponen ellos mismos por delante de los dioses.

12 Júpiter Omnipotente había también advertido muchas veces a Gneo Pompeyo de que no intentase poner a prueba la suerte decisiva de la guerra enfrentándose a César. Nada más salir de Durazzo, el dios se lo anunció lanzando sus rayos en dirección contraria a su ejército, oscureciendo las enseñas con enjambres de abejas, llenando de una tristeza inesperada el ánimo de los soldados, aterrorizando durante la noche a todo el ejército y hasta haciendo huir del mismísimo altar a las víctimas que iban a ser sacrificadas. Pero las leyes inexorables del destino no permitieron que un corazón en otro tiempo sumamente juicioso valorase esos presagios en su justa medida. De esta manera, mientras hacía una valoración de los presagios, en el espacio de un solo día dio al traste con su plenipotenciaria autoridad, con los recursos privados más grandes y con toda esa clase de distinciones públicas conseguidas desde su juventud y casi envidiadas de todos.

Hay constancia de que ese día en los santuarios de los dioses las imágenes, de manera espontánea, volvieron la espalda, el griterío de los soldados y el estrépito tan grande de las armas, oídos en Antioquía y Ptolemaida, fueron tan grandes que la gente corrió a refugiarse dentro de las murallas; de lo más recóndito del templo de Pérgamo salió un sonido de tambores frigios, y en Trales, en el templo de la Victoria, a los pies de la estatua de César, entre las juntas de las piedras, brotó una palmera verde de tamaño natural. Con

estos prodigios queda claro que la voluntad de los dioses quería dar a entender que era favorable a la gloria de César, y que había querido evitar el error de Pompeyo.

Rindiendo culto a tus altares y sacratísimos templos, di- 13
vino Julio[42], pido que me permitas con tu generoso y favorable consentimiento acogerme a la suerte de tan grandes hombres bajo la tutela y protección de tu ejemplo: sabemos que el día en que, vestido con un manto color púrpura, te sentaste en el trono de oro para que no pareciese que despreciabas el alto honor otorgado por el senado con el mayor de los celos, antes de brindar tu presencia sumamente anhelada a los ojos de los ciudadanos, tuviste tiempo de cumplir con los ritos sagrados de un culto que, poco después, tú mismo habrías de tener y sabemos también que, sacrificado un pingüe buey, no apareció el corazón en sus entrañas y que el arúspice Espurina te respondió que aquel prodigio tenía que ver con tu vida y tus decisiones[43], porque una y otras estaban contenidas en el corazón. Poco después sobrevino el parricidio de aquellos que, al querer sustraerte de la presencia de los hombres, lo que hicieron fue incluirte entre los dioses.

[42] Julio César. El presagio de la víctima sin corazón lo narra también PLUTARCO, *César* 63, diciendo claramente que el arúspice lo interpretó como un mal presagio. Suetonio, que da también el nombre de Espurina, dice que éste le advirtió de que se guardase de los idus de marzo, aunque llegada la fecha César se burló de las predicciones del arúspice (SUETONIO, *César 81).*

[43] Se trata de la decisión de César de acudir a la curia, pese a las advertencias contrarias de Calpurnia y de Espurina; la primera advertida por unos sueños nocturnos sumamente preocupantes y, el segundo, por el sacrificio que se relata más arriba. Pese a todo, César acudió para que no se le tachara de cobarde y crédulo de presagios y malos agüeros.

Ejemplos extranjeros

6, 1 Concluyamos con este ejemplo el relato de tales prodigios relativos a nuestro pueblo para que no parezca que he pasado de manera poco conveniente del templo celestial a los humildes hogares si más adelante vuelvo a tratar asuntos domésticos.

Trataré, pues, casos extranjeros que, insertos en la literatura latina, aunque merecen menos crédito, pueden aportar alguna variedad agradable.

Hay constancia de que, en el ejército que Jerjes había reclutado para la expedición contra la provincia de Grecia, una yegua parió una liebre. Con este prodigio se quiso significar el resultado de tantos preparativos, pues quien *** con naves el mar y con un ejército a pie la tierra, fue obligado a regresar a su reino como animal en pavorosa huida.

Al mismo Jerjes, nada más cruzar el monte Atos[44], cuando meditaba invadir Lacedemonia antes de destruir Atenas, le acaeció un prodigio admirable en el momento mismo de ponerse a cenar: el vino que le habían servido en una copa se convirtió en sangre y no sólo una vez, sino dos veces más. Consultados los adivinos sobre el particular, le aconsejaron que abandonara su propósito y si todavía quedaba en su malvado corazón algo de sensatez *** previamente fue aconsejado con todo lujo de detalles sobre Leónidas y los espartanos que interceptaron[45]...

---

[44] En la Calcídica, en el extremo sudoriental de la península de Acte.

[45] Se refiere a la gesta heroica de Leónidas y los Trescientos espartanos que interceptaron en el desfiladero de las Termópilas el avance de las tropas persas, dando tiempo al resto de Grecia a organizar la defensa de

En cambio a Midas, que con su poderío sometió Frigia, de niño y mientras dormía unas hormigas amontonaron sobre su boca granos de trigo. Sus padres, tratando de saber qué significaba aquel prodigio, preguntaron a los augures y éstos respondieron que el niño sería el más rico de los mortales. Y la predicción se cumplió a rajatabla, pues Midas sobrepasó con sus riquezas las de casi todos los reinos juntos y compensó los modestos dones de su infancia dados por los dioses con tesoros de oro y plata. 2

En justicia y con toda razón yo preferiría las abejas de Platón a las hormigas de Midas: éstas fueron indicio de una felicidad caduca y frágil, aquéllas de una felicidad sólida y eterna, al depositar miel sobre los labios del niño cuando estaba dormido en la cuna. Oído el suceso, los intérpretes de presagios dijeron que de su boca emanaría una elocuencia de singular dulzura. Y a mí me parece que aquellas abejas destilaron el dulce alimento de la más insigne elocuencia, no por haber libado el oloroso tomillo del monte Himeto, sino las colinas del Helicón, siempre verdes en toda clase de doctrinas de las musas y por inspiración divina[46]. 3

CAPÍTULO 7

Sobre los sueños

Pero ya que he hablado del sueño de riquezas de Midas 7, 1
y del sueño de elocuencia de Platón, referiré a continuación

---

sus ciudades. Todos murieron, pero gracias a ellos se salvó la patria. La gesta fue celebrada por el poeta Simónides en un epitafio inmortal.

[46] Libaron, pues, no la mejor flor del tomillo que crece en el Himeto, sino el alimento de las musas que viven en el Helicón.

con qué inequívocas visiones se ensombreció el descanso de muchos. ¿Y qué mejor lugar para empezar que el recuerdo sacratísimo del divino Augusto? A su médico Artorio, que tuvo un sueño durante la noche previa al día en que los ejércitos romanos se enfrentaron en los campos de Filipos[47], se le apareció la imagen de Minerva y le ordenó que aconsejase a Octavio, aquejado entonces de una grave enfermedad, que interviniese en el combate que se avecinaba pese a hallarse enfermo.

Habiendo oído esto César, ordenó que lo llevasen en litera al campo de batalla. Mientras permanecía en vela, más allá de lo que sus propias fuerzas le permitían para alcanzar la victoria, Bruto se apoderó de su campamento[48]. ¿Qué otra cosa podemos pensar sino que la divinidad hizo que un hombre destinado ya a la inmortalidad percibiese la violencia de la fortuna indigna de un espíritu divino?

2 Pero lo que indujo a Augusto a obedecer el sueño de Artorio, además de la inclinación natural de su ánimo a examinar cuidadosamente todas las cosas, fue un suceso reciente ocurrido en el seno de su propia familia: había oído, en efecto, que Calpurnia, la esposa de su padre, el divino Julio[49], la noche previa a su muerte había visto en sueños que él yacía víctima de numerosas heridas en el pecho, y

[47] Tras el asesinato de César, Marco Antonio, Octavio y Lépido formaron el segundo triunvirato. En virtud de la *Lex Titia* quedaron investidos de plenos poderes durante cinco años (43-38) para reorganizar el Estado. La represión política consiguiente ocasionó la muerte de Cicerón y numerosas proscripciones. En otoño del 42, frente a la ciudad de Filipos, en Macedonia, tuvo lugar el enfrentamiento entre los republicanos capitaneados por los asesinos de César por un lado y por Marco Antonio y Octavio por el otro.

[48] Esto ocurrió el primer día del enfrentamiento, pero al día siguiente perdió y se suicidó, como había hecho Casio.

[49] Julio César, padre adoptivo de Octavio.

sumamente aterrorizada por la atrocidad del sueño no había dejado de pedirle insistentemente que se abstuviese de ir a la sesión del senado al día siguiente[50]. Pero él, para que no se pensara que había hecho esto movido por el sueño de una mujer, se dirigió a la sesión del senado, donde se habían dado cita las manos parricidas. No ha lugar a hacer comparaciones entre padre e hijo, sobre todo cuando los dos están unidos por el culmen de la gloria divina, pero ya uno se había ganado con sus obras la entrada en el cielo y al otro le quedaba aún un largo recorrido por toda clase de virtudes terrenales.

Por todo ello, los dioses quisieron que solamente uno tuviese que conocer el cambio inminente de su estado[51] y que el otro tuviera aún que esperar largo tiempo para que se le prometiese otro honor y se le diese otra dignidad en el cielo.

Es también digno de admirar por su feliz desenlace el 3
sueño que tuvieron la misma noche los dos cónsules Publio Decio Mus y Tito Manlio Torcuato en la peligrosa y dura guerra contra los latinos, cuando los campamentos de ambos estaban situados en las faldas del monte Vesubio: a uno y otro una imagen aparecida durante el sueño les predijo que el comandante en jefe de una de las dos partes del ejército y el ejército completo de la otra parte se debía a los dioses manes y a la Madre Tierra. El general de uno de los dos ejércitos habría de ofrecer en sacrificio las tropas enemigas y sobre ellas sacrificarse él mismo y, de esta manera, el ejército de uno de los dos cónsules saldría vencedor[52].

---

[50] Las visiones de Calpurnia están magistralmente descritas en Suetonio y W. Shakespeare, en la *Vida de César* y la tragedia del mismo nombre respectivamente.

[51] Su condición humana.

[52] Se trata de la *devotio* mediante la cual un general se ofrece a los dioses infernales junto con todo el enemigo.

A la mañana siguiente, dispuestos los cónsules a alejar aquel presagio mediante un sacrificio, en caso de que pudiese alejarse, o bien a cumplirlo, si es que la admonición divina era irrefutable, las entrañas de las víctimas confirmaron el sueño y los dos cónsules acordaron entre ellos que aquel cuya ala hubiera empezado a desfallecer la primera pagase con su vida el destino de la patria. El destino quiso que fuese Decio, pero ninguno de los dos se arredró[53].

4 Viene a continuación un sueño que tiene que ver también con el culto público. Como un *paterfamilias* durante los Juegos Plebeyos había llevado al suplicio a un esclavo de su propiedad, azotándolo bajo una horca de suplicio a lo largo del Circo Flaminio, antes de que comenzase el desfile de los juegos, Júpiter ordenó a un plebeyo llamado Tito Latinio, en un sueño, que dijera a los cónsules que le había desagradado el primer danzarín en los juegos circenses últimos y que, si este hecho no se expiaba con una cuidada renovación de los juegos, había de sobrevenir un peligro muy grande a la ciudad.

Temiendo él implicar a la suprema autoridad de los cónsules en materia religiosa con algún daño personal, guardó silencio: un hijo suyo, súbitamente afectado de una enfermedad repentina, murió. También él mismo, preguntado por el mismo dios en sueños si no había pagado ya suficientemente el olvido de la orden que le dio, como quiera que perseverase en la decisión tomada, vio que los miembros de su cuerpo empezaban a flaquearle. Sólo entonces, siguiendo el consejo de los amigos, fue llevado en una pequeña litera a

[53] Este episodio tuvo lugar en la Guerra Latina (340-338). La tradición es sumamente rica en leyendas, como la del hijo de Manlio, que siguió combatiendo pese a las órdenes de su padre y, aunque salió vencedor, fue condenado a muerte por su propio padre por desobedecer (IX 3, 4). La leyenda recogida aquí está ampliamente descrita en T. Livio, VIII 6-10.

presencia de los cónsules y de allí al senado. Tras exponer pormenorizadamente todo lo sucedido, recuperó la firmeza de sus miembros en medio de la admiración de todos y retornó por su propio pie a casa.

Y no puede quedar en el olvido este otro sueño: 5

Marco Cicerón, expulsado de la ciudad por la conspiración de sus enemigos, se alojó en una casa de campo cerca de Atina[54] y estando allí, durante un sueño, le pareció que vagaba por lugares desiertos y regiones inaccesibles. De pronto se encontró con Mario, revestido con las insignias de cónsul, que le preguntó por qué vagaba perdido, con el semblante tan triste y sin saber adónde ir.

Después de haber oído las circunstancias que le afligían, lo cogió por la mano y lo confió al lictor que estaba más próximo para que lo condujese al monumento erigido en su honor, diciéndole que allí estaba escondida la esperanza de un estado más feliz para él.

No sucedió de otra manera, porque precisamente en el templo que Mario levantó a Júpiter se dio un decreto del senado sobre su regreso a la patria.

También a Gayo Graco se le anunció la atrocidad de su 6
inminente muerte de manera inequívoca mientras dormía: cuando estaba en lo más profundo del sueño vio la imagen de su hermano Tiberio que le decía que en modo alguno podía evitar perecer con la misma muerte que él había perecido a manos del destino[55].

---

[54] En la región de los volscos.

[55] Ambos hermanos propusieron una serie de reformas tendentes a mejorar la situación de la plebe, especialmente en la distribución de tierras del *ager publicus.* El pontífice Escipión Nasica y un grupo de senadores y clientes le dieron muerte en el verano del 133 a. C. Su hermano Gayo prosiguió la labor iniciada, pero sin éxito. Al ver que se acercaba su

Muchos oyeron decir esto a Graco antes de hacerse cargo del tribunado en el que corrió la misma suerte que su hermano. También un tal Celio[56], autor de una historia de Roma, escribe que a sus oídos habían llegado aquellas palabras estando Gayo aún vivo.

7 El horror de este sueño no es nada comparado con el que sigue. Después de ser vencidas las tropas de Marco Antonio en Accio, Casio de Parma, que había seguido su suerte, se refugió en Atenas. Cuando, en lo más profundo de la noche, estaba acostado y su mente sumida en inquietantes preocupaciones, creyó que se le acercaba un hombre de enorme estatura, tez negra, barba escuálida y cabello desaliñado, y que al preguntarle quién era le respondió: «El Genio Malo».

Aterrado después por la espantosa visión y el horrendo nombre, llamó a sus esclavos y les preguntó si por casualidad habían visto a alguien con tal aspecto entrar o salir de su dormitorio. Al decir ellos que no había acudido nadie allí, se entregó de nuevo a la paz del sueño y la misma imagen se le apareció. Así, totalmente despierto, ordenó que introdujesen en el dormitorio una candela y ordenó a los esclavos que no se apartasen de su lado. Entre esta noche y la pena capital a que le condenó César pasó muy poquito tiempo.

8 Casi igual, por así decirlo, a Haterio Rufo, un caballero romano, le sobrevino un sueño que se cumplió de manera inexorable. Éste, cuando tenía lugar un espectáculo de gladiadores en Siracusa, vio en medio del sueño que era atra-

---

muerte pidió al esclavo que le acompañaba que le diera muerte, como así hizo (122 a. C.).

[56] Se trata de Celio Antípatro, autor de una monografía sobre la Segunda Guerra Púnica que vio la luz poco después de la muerte de Gayo Graco.

vesado por la mano de un reciario y, al día siguiente, cuando asistía al espectáculo, se lo contó a sus compañeros de asiento. Sucedió después que introdujeron en un lugar próximo al que él estaba un reciario acompañado de un gladiador armado con escudo y espada. Nada más verle la cara, dijo a los compañeros de asiento que había pensado que aquel reciario quería darle muerte y al punto quiso marcharse de allí. Ellos, quitándole el miedo con sus palabras, ocasionaron la muerte del desdichado: en efecto, el reciario, tras empujar al gladiador y acorralarlo en aquel lugar, al intentar herirlo cuando estaba en el suelo, atravesó con su espada a Haterio causándole la muerte.

Ejemplos extranjeros

Como detestable para los de sangre romana, así de certe- 7, 1
ra fue la predicción del sueño de Aníbal, de quien fueron hostiles para nuestro imperio no sólo sus vigilias sino también hasta el mismísimo sueño: supo ver una imagen muy conveniente a sus intenciones y propósitos, y pensó que Júpiter le había enviado un joven más grande que el resto de los mortales para guiarle en la invasión de Italia. Siguiendo Aníbal inicialmente los pasos de éste sin apartar la vista a ningún lado, por consejo del dios, después, por la voluntad de la naturaleza humana inclinada a indagar cuando algo se le prohíbe, volviendo la vista atrás, advirtió que una serpiente de enorme tamaño, en su impetuoso avance, trituraba todo lo que se oponía a su paso y tras ella estallaban los nimbos con gran fragor del cielo, a la vez que la luz del día se veía envuelta por nebulosas tinieblas.

Entonces el joven, atónito, le preguntó qué monstruo era y qué pretendía, y éste le dijo: «Estás viendo la devastación de Italia; guarda silencio, pues, y deja que los hados silenciosos hagan el resto».

2 También Alejandro[57], rey de Macedonia, había sido muy bien advertido en sueños por medio de una visión para que fuese más cuidadoso con su vida en caso de que la fortuna quisiese instruirlo con el consejo de que tomara precauciones ante el peligro: en efecto, antes de sentirlo por propia experiencia, conoció en un sueño la mano para él mortífera de Casandro[58]. Pensó, pues, que aquél le daba muerte aunque nunca le había visto.

Pasado un tiempo, cuando lo vio en persona, al mostrársele la imagen causa de su temor nocturno, cuando supo que era hijo de Antípatro, pronunciando un verso griego que desacreditaba la fiabilidad de los sueños alejó de su ánimo la sospecha del veneno preparado contra su vida, veneno con el que se cree que murió por obra de Casandro.

3 Mucho más indulgentes fueron los dioses con el poeta Simónides, cuya salutífera admonición en sueños corroboraron con la firmeza de su decisión. En efecto, habiendo llegado éste a un litoral y encargado de sepultar un cuerpo que yacía sin enterrar, aconsejado por el espíritu del muerto que no se hiciese a la mar al día siguiente, permaneció en tierra. Los que de allí se embarcaron perecieron ante sus propios ojos víctimas de tempestuosas olas. Él se alegró enormemente, porque había preferido confiar su vida a un sueño antes que a una nave. Recordando después este favor, exaltó

---

[57] Se trata de Alejandro IV, también llamado «Aegus», hijo de Alejandro Magno.

[58] Casandro, hijo de Antípatro, que gobernó sobre Grecia y Macedonia y participó en el envenenamiento de Alejandro, tal como revela también Plutarco en la *Vida de Alejandro* 74.

con excelentes versos eternos ***: erigiendo en los corazones de los hombres un sepulcro mejor y más duradero que el que había levantado en arenas desiertas y desconocidas.

Eficaz fue también aquel sueño nocturno que primero 4
llenó del más grande temor y más tarde de miedo el ánimo de Creso: de los dos hijos que tenía, soñó que le era arrebatado por las armas el más distinguido en inteligencia y cualidades físicas, destinado además a sucederle en el trono, Atis. En consecuencia, con todos los medios propios del cuidado paterno, procuró evitar todo lo que tenía que ver con la cruel muerte anunciada.

Había costumbre de enviar al joven a la guerra, ahora se le retuvo en casa; tenía todo un arsenal de armas, ahora se le ordenó alejarse de ellas. Se servía de compañeros con la espada ceñida y se les impidió acercarse más a él. La necesidad, sin embargo, abrió las puertas del funesto desenlace: un jabalí de enorme tamaño asolaba los ricos campos de cultivo del monte Olimpo con la ruina consiguiente de los agricultores; se pide auxilio al rey para hacer frente a un mal tan inusual, el hijo consigue del padre que se le envíe para darle caza y lo consigue fácilmente ya que el temor venía dado por la violencia de las armas y no de unos dientes. Pero, cuando todos porfiaban en dar muerte al animal, la pertinaz violencia de una desgracia inminente desvió hacia él una lanza arrojada contra la fiera y quiso manchar con el crimen de una muerte nefanda la diestra aquella a cuya tutela el padre había encomendado a su hijo, y a la que Creso, temiendo a los dioses que protegen la hospitalidad, con un sacrificio había purificado la culpa de un homicidio involuntario[59].

---

[59] Se trata de Adrasto que, habiendo matado de manera involuntaria a su hermano, se refugió en la corte de Creso para terminar suicidándose sobre la tumba de Atis.

5 En verdad Ciro el Viejo es una pequeña prueba más del cumplimiento inexorable del destino. Su abuelo materno Astiages en vano intentó conjurar los avisos premonitorios del nacimiento de Ciro en un sueño, que tenían que ver con el imperio de toda Asia: al haber visto en sueños que su orina inundaba toda Asia, entregó en matrimonio a su hija Mandane no al más grande de los Medos, para no pasar así el prestigio de su reino a la familia de él, sino a un hombre persa de modesta fortuna. En segundo lugar, ordenó que Ciro fuera abandonado al nacer, porque había visto también en el momento del sueño que de las partes genitales de Mandane nacía una vid que crecía tanto que llenaba con su sombra todas las partes de sus dominios. Verdaderamente se equivocó al tratar de impedir con decisiones humanas la felicidad de su nieto fijada por voluntad divina.

6 Cuando Dionisio de Siracusa era todavía un simple ciudadano más, cierta mujer de Hímera de noble familia creyó ver en sueños que ascendía al cielo y allí, tras recorrer las sedes de todos los dioses, vio a un hombre muy apuesto, rubio, pecoso[60], sujeto con cadenas de hierro, atado a los pies del trono de Júpiter, y tras preguntarle al joven del que se había valido como guía en su visita al cielo que quién era, le oyó decir que él era el cruel destino de Sicilia e Italia y que, si le soltaban de las cadenas, sería la ruina de muchas ciudades. Al día siguiente divulgó ampliamente este sueño.

Más tarde, una vez que la fortuna, enemiga de la libertad de los siracusanos y contraria a la vida de los inocentes, arrojó a Dionisio ya libre de la custodia de los dioses, como si de un rayo se tratara contra la paz y la tranquilidad de los

[60] El adjetivo *lentiginosus* significa literalmente «cubierto de lentejas», por lo que creemos oportuno traducirlo por «pecoso».

siracusanos, cuando echó la vista entre la muchedumbre que entraba dentro de las murallas de Hímera para verle y rendirle homenaje, la mujer gritó que era aquel al que había visto en sueños. Al tener noticias de esto, el tirano ordenó matarla.

Más libre de temor fue el sueño de la madre del mismo 7
Dionisio.

Cuando estaba embarazada de él, creyó que iba a parir un pequeño sátiro; tras consultar a un intérprete de sueños, supo con toda certeza que su hijo sería el hombre más célebre y poderoso de los de sangre griega.

Por otra parte, Amílcar, general en jefe de los cartagine- 8
ses, cuando estaba asediando Siracusa creyó oír en sueños una voz que le anunciaba que el día siguiente estaría cenando en aquella ciudad. Contento, pues, como si el cielo le hubiese prometido la victoria, preparaba su ejército para la batalla.

Entretanto, he aquí que surgió una disensión entre sicilianos y cartagineses, su campamento fue tomado por una rápida incursión de los siracusanos y éstos lo condujeron, cautivo y encadenado, al interior de sus murallas. De esta manera, engañado más por su esperanza que por el sueño en sí, cenó en Siracusa, pero prisionero y no vencedor como había imaginado[61].

También Alcibíades tuvo ocasión de contemplar su fatal 9
desenlace en una visión nocturna que resultó ser verídica: con el mismo manto de una amiga con el que se había visto cubierto mientras dormía, yació sin sepultar una vez asesinado.

---

[61] Se trata de un episodio de la Primera Guerra Púnica, concluida el 241 a. C.

10 Aunque el sueño que sigue es un poco más largo, debido a la evidencia extrema del mismo, merece que no quede en el olvido.

Dos amigos arcadios que hacían juntos un viaje llegaron a Mégara. Uno de ellos se hospedó en casa de un amigo, el otro lo hizo en una posada. El que estaba en casa del amigo vio en sueños que su compañero de viaje le pedía que acudiese en su auxilio porque el posadero quería asesinarlo: podía en efecto librarlo del peligro inminente si acudía rápido al lugar. Sobresaltado por esta visión, saltó del lecho y tuvo la intención de dirigirse a la posada en que se alojaba el amigo, pero por culpa del funesto destino consideró vano su muy piadoso propósito y se volvió a la cama a dormir. Entonces el compañero, presentándosele en sueños, lleno de heridas, le pidió que, ya que no había acudido a socorrerle en vida, al menos no dejara de vengarle una vez muerto, pues su cuerpo, despedazado por el posadero, era llevado a las puertas de la ciudad cubierto con estiércol. Conmovido entonces por las constantes súplicas de su amigo, al punto se dirigió a la puerta, cogió el carro que había visto en sueños y condujo al posadero a la pena capital.

CAPÍTULO 8

Sobre los milagros

Muchas cosas sucedieron también, incluso estando despiertos, como si estuviesen envueltas en una nube de tinieblas y sueño. Y como quiera que es difícil saber de dónde proceden y de qué manera son, llámense con razón milagros.

De entre la gran cantidad de éstos, el primero que se me 8, 1
ocurre es el que sigue: cuando el dictador Aulo Postumio y el general de los tusculanos, Mamilio Octavio, se enfrentaban con poderosos ejércitos junto al lago Regilo y ninguna de las dos formaciones cedía, Cástor y Pólux se aparecieron combatiendo del lado de los romanos y derrotaron por completo a las tropas enemigas.

Igualmente en la guerra macedónica Publio Vatinio, un hombre de la prefectura reatina, cuando se dirigía a Roma de noche, creyó que montados en caballos blancos dos jóvenes de extraordinaria belleza, saliéndole al encuentro, le anunciaban que en el día que acababa de pasar el rey Perseo había sido hecho prisionero por Paulo[62]. Cuando comunicó esto al senado, fue mandado encarcelar acusado de lesa majestad y de haber despreciado con sus palabras vanas la autoridad de esta institución. Pero cuando, aquel mismo día, Paulo dejó constancia con una carta de que Perseo había sido hecho prisionero, se le sacó de la cárcel y le gratificaron además con un campo de cultivo y la exención de obligaciones estatales.

También por entonces se supo que Cástor y Pólux velaron por el pueblo romano cuando se les vio lavándose su sudor y el de sus caballos junto al lago de Juturna y el templo que ambos tenían contiguo a la fuente apareció abierto milagrosamente sin que interviniese mano de hombre alguno.

Pero, para proseguir también con la inclinación favora- 2
ble de los dioses hacia nuestra ciudad: nuestros conciudadanos llevaban tres años consecutivos viéndose afectados por

[62] El suceso tuvo lugar en la Tercera Guerra Macedónica resuelta en Pidna y donde el triunfo de Paulo Emilio el 168 a. C. puso fin a la monarquía macedónica.

una peste y, como quiera que no se veía el fin de tan pertinaz y tan funesto mal, ni apelando a la misericordia divina ni con la ayuda de los hombres, consultados los libros sibilinos, la solicitud de los sacerdotes advirtió que no se podía recuperar la salud anterior si no era haciendo venir de Epidauro a Esculapio[63]. Así pues, mandados allí unos embajadores, pensó que lograría la única solución a tan funesto mal con su autoridad, que por entonces era muy grande en todas las tierras.

Y no se equivocaron: pidieron y les fue prometida su intervención con el mismo interés. Los de Epidauro llevaron a los embajadores romanos al templo de Esculapio, que dista cinco mil pasos de su ciudad, y los invitaron a que pidiesen amablemente la salud que pensaban llevar a su patria y que lo hiciesen con absoluta libertad. La aquiescencia de la divinidad correspondiendo a tan generosas y buenas intenciones confirmó la petición de los hombres con un favor celestial: como que la serpiente aquella, que rara vez se ve en Epidauro, pero siempre con gran bien para sus habitantes y venerada como símbolo de Esculapio, comenzó a deslizarse por las calles más concurridas de la ciudad. Con su apacible discurrir y ojos tranquilos fue observada durante tres días en medio del fervor popular hasta que, mostrando su interés por una sede de mayor prestigio, fue reptando hasta una trirreme romana y ante la admiración no exenta de temor de los marineros por lo inusual de lo que estaban viendo, subió a bordo colocándose donde estaba situada la tienda del legado Quinto Ogulnio y tranquilamente se enroscó en numerosas espirales.

---

[63] Asclepio en griego, hijo de Apolo, fue educado por Quirón, que le enseñó el arte de curar heridas y enfermedades. Su culto se introdujo en Roma el año 291 a. C. con motivo de la peste a la que alude Valerio Máximo. Más detalles sobre el dios pueden verse en nota a I 3.

Entonces los legados, felices de conseguir algo tan anhelado, después de dar las gracias y rendir culto a la serpiente según el ritual de los entendidos en la materia, partieron de allí y disfrutaron de una placentera travesía. Cuando llegaron a Ancio, la serpiente, que había permanecido en el navío, deslizándose en el vestíbulo del templo de Esculapio, se enroscó en torno a una palmera altísima que se alzaba sobre un mirto de frondoso follaje. Durante tres días rechazó comer de aquello que acostumbraba, no sin gran temor de los embajadores de que no quisiese volver a la trirreme. Tras acogerse a la hospitalidad del templo de Ancio, mostró su interés en ser llevada a nuestra ciudad, y una vez que los embajadores desembarcaron en la orilla de la isla del Tíber donde se encuentra el templo dedicado a Esculapio, atravesó el río a nado y con su llegada hizo desaparecer la peste para cuyo final se le había ido a buscar.

No menos voluntario fue el tránsito de Juno a nuestra 3
ciudad.

Conquistada Veyos por Furio Camilo[64], los soldados, por orden del general en jefe, intentaban mover de su sede para llevársela a la ciudad la estatua de Juno Moneta, que gozaba allí de una especial veneración. Preguntada la diosa por uno de ellos, en son de burla, si quería emigrar a Roma, la diosa respondió que sí quería. Nada más oír esta respuesta la mofa se tornó en admiración y los soldados, creyendo llevar no ya la imagen sino a la misma Juno hecha venir del cielo, la colocaron felices y contentos en aquella parte del monte Aventino en que ahora vemos el templo erigido en su honor.

[64] A comienzos del siglo IV a. C. (396), según la tradición, el dictador Marco Furio Camilo se sirvió de una estratagema que recuerda la toma de Troya.

4 También la imagen de la Fortuna Femenina que está situada en la Vía Latina, junto al cuarto miliario, fue consagrada a la vez que su santuario en las circunstancias aquellas en que las súplicas de las madres apartaron a Coriolano de arrasar la ciudad[65]. Hay constancia de que no una vez, sino dos, la imagen se expresó primero en estos términos: «Matronas, según el rito sagrado, me habéis dado, y según el rito sagrado, me habéis dedicado».

5 En el consulado de Valerio Publícola[66], que realizó campañas militares contra los de Veyos y los etruscos tras la caída de la monarquía, como quiera que los etruscos quisieran reponer en el trono a Tarquinio y los romanos conservar la libertad recientemente obtenida, de los etruscos y de Tarquinio, que eran superiores en combate en el ala derecha, se apoderó de repente un terror tan grande que no sólo se dieron a la fuga pese a ir venciendo, sino que con su pánico arrastraron también a los de Veyos.

Como prueba de este hecho se acude a un milagro: se cuenta que, de repente, desde el bosque próximo de Arsia se oyó una voz de Silvano más o menos en estos términos: «Más de un etrusco caerá en combate; el ejército romano resultará vencedor». El recuento de los cadáveres confirmó exactamente la predicción.

6 ¿Qué? ¿Acaso no hay que celebrar con el recuerdo el auxilio de Marte gracias al cual los romanos obtuvieron la victoria?

---

[65] La tradición cuenta que Coriolano fue condenado en contumacia por los tribunos de la plebe y expulsado de Roma. Huyó a tierras de los volscos, enemigos del pueblo romano, y marchó contra Roma. Las mujeres romanas, la madre y la esposa de Coriolano imploraron misericordia y éste accedió a perdonar a la ciudad.

[66] El año 509 a. C. Su biografía nos la ha transmitido Plutarco.

Cuando los habitantes del Brucio[67] y los de Lucania trataban de destruir por completo la ciudad de Turio[68] llevados del odio más encarnizado, con un gran contingente de tropas, mientras el cónsul Gayo Fabricio Luscino con sumo afán velaba por la seguridad de la ciudad, como quiera que la situación era incierta al concentrarse la mayor parte de los dos ejércitos en un único punto, no atreviéndose los romanos a iniciar el combate, un joven de insigne belleza comenzó primero a exhortarlos a que se armaran de valor. Después, cuando se dio cuenta de que eran un tanto remisos a obedecerle, cogidas unas escalas, se lanzó contra las filas del enemigo al campamento contrario pasando en medio de él y, apoyándolas en el muro, subió al vallado. Gritando desde allí que ya estaba abierto el camino de la victoria, incitó a los nuestros al asalto del campamento enemigo y a los lucanos y a los brucios a defender lo suyo en el punto aquel donde combatían en formaciones cerradas con suerte incierta. Pero él mismo, con el ímpetu de sus armas, brindó a los romanos la posibilidad de capturar y dar muerte a los enemigos abatidos: unos veinte mil murieron, cinco mil fueron hechos prisioneros junto con el general de ambos pueblos, Estacio Estatilio, y fueron también capturadas veintitrés enseñas militares.

Al día siguiente, al decir el cónsul que, de entre los que merecían una distinción, le reservaba la corona al primero en asaltar el muro, al no encontrar destinatario del premio, se supo y se dio por cierto que fue el padre Marte quien prestó entonces su ayuda al pueblo romano. Entre otros indicios que evidenciaban esta creencia, la prueba más fidedigna fue el yelmo de doble penacho con que el dios se ha-

[67] En la actual Calabria.

[68] En la guerra con Pirro.

bía cubierto la cabeza. Y así, por un edicto de Fabricio tuvo lugar una acción de gracias a Marte y los soldados laureados, exultantes de alegría, le dieron testimonio de gratitud por el auxilio prestado.

7 Recordaré ahora lo que, conocido en su tiempo, pasó después a la posteridad: que Eneas instaló en Lavinio los dioses penates traídos de Troya y que, llevados por su hijo Ascanio desde allí a Alba, la ciudad que él mismo había fundado, los dioses volvieron a pedir que los llevasen a su primitivo santuario. Y como quiera que pensaran que aquello podría atribuirse a manos de hombres, llevados los dioses a Alba, dieron a entender su voluntad con otro traslado a Lavinio.

No se me escapa que haya dudas sobre las acciones y las palabras de los dioses inmortales percibidas por ojos y oídos humanos, pero como no se trata de cosas nuevas sino de algo repetido por la tradición, la credibilidad corre a cargo de las fuentes de estas noticias. Nuestro deber es no pasar por alto los recuerdos conservados como verdaderos en los testimonios literarios más insignes.

8 Hecha mención de la ciudad de la que arrancan los orígenes de la nuestra[69], el divino Julio se nos presenta como su ínclita descendencia. Gayo Casio, cuyo nombre no puede nunca pronunciarse si no es con el sobrenombre de parricida público, mientras permanecía firme con ardiente ánimo en la batalla de Filipos, lo vio más majestuoso de lo que corresponde a un mortal, ciñendo un manto de púrpura y dirigiendo su ataque contra él, con semblante amenazador y espoleando su caballo.

---

[69] En orden cronológico Lavinio, Alba Longa y Roma, tal como recuerda Virgilio en los primeros versos de la *Eneida*.

Aterrorizado al verlo, se dio a la fuga pronunciando antes aquellas famosas palabras: «¿Qué otra cosa puedo hacer si es poco haberte asesinado?». En verdad, tú, Casio, no habías asesinado a César —que ninguna divinidad podría morir— sino que violándole todavía en cuerpo mortal mereciste tener al dios como tan gran enemigo.

Narremos ahora lo sucedido a Lucio Léntulo[70]. 9

Cuando bordeaba éste la playa en que se estaba quemando con la madera de un barco destruido el cuerpo de Gneo Pompeyo Magno, asesinado por la perfidia del rey Ptolomeo, ignorando la suerte que había corrido, al ver la pira que haría sentir vergüenza a la mismísima diosa Fortuna, dijo a sus conmilitones: «¿Cómo vamos a saber si sobre esta pira arde el cuerpo de Gneo Pompeyo?». Se trata de un milagro debido a las palabras pronunciadas por intervención divina[71].

Este milagro ciertamente tiene que ver con un hombre y 10
con un suceso, el que sigue, con el que confirmó la veracidad de la muerte de Apio profetizada por la Pitia; no salió solamente de la boca del mismo Apolo.

En la guerra civil en que Gneo Pompeyo se había enfrentado a César en una funesta decisión para sí mismo y nada útil para la República, deseando Apio[72] conocer el desenlace de tan gran enfrentamiento, con la fuerza que le daba su autoridad —era el gobernador de Acaya— obligó a la sa-

---

[70] Lucio Cornelio Léntulo Crus, cónsul junto a Gayo Claudio Marcelo el 49 a. C., fue asesinado en Egipto unos días después que Pompeyo (CÉSAR, *Guerra civil* III 104). LUCANO pone en su boca una preciosa arenga en aras de la libertad (VIII 331 ss.).

[71] El autor da a entender que los dioses comunicaron a Léntulo la muerte de Pompeyo.

[72] Se trata de Apio Claudio Censorino, combatiente en el bando pompeyano. Sobre este episodio de consulta a Apolo hablan también CICERÓN (*Tusculanas* I 16, 37) y LUCANO (V 65 ss.).

cerdotisa del oráculo de Delfos a penetrar en lo más recóndito de la sagrada cueva, de donde sale el vapor del espíritu divino que resulta pestífero a los que esperan respuesta.

Así pues, la sacerdotisa, instigada por la divinidad que la poseía, con una voz horrenda, entre palabras ambiguas vaticinó a Apio el destino: «Romano, esta guerra nada tiene que ver contigo. Ganarás el cielo de Eubea». Pero él, pensando que Apolo le aconsejaba que no interviniese en aquella contienda, se retiró a la región aquella situada entre Ramnunte, noble tierra del suelo ático, y Caristo, vecina del estrecho de Calcis, y que recibe el nombre de «Cielos de Eubea», donde yace sepultado en el lugar predicho por el dios, víctima de una enfermedad que le sobrevino antes de la batalla de Farsalia.

11 Debe ser también considerado como un milagro el hecho de que, tras ser quemado completamente por el fuego el sagrario de los salios, no se encontró nada en él salvo el báculo augural de Rómulo completamente intacto. También hay que tener como milagros los siguientes: el que la estatua de Servio Tulio permaneció intacta cuando ardió el Templo de la Fortuna; igualmente que la estatua de Quinta Claudia colocada en el vestíbulo del templo de la Madre de los Dioses, pese a ser dos veces pasto de las llamas en el mismo templo, la primera en el consulado de Publio Nasica Escipión y Lucio Bestia y la segunda en el consulado de Marco Servilio y Lucio Lamia, permaneció en su propio basamento sin que las llamas la tocaran.

12 Causó una cierta admiración en nuestra ciudad la pira también fúnebre de Acilio Aviola, que dado por muerto por médicos y familiares, después de haber permanecido algún tiempo en casa, una vez llevado fuera, cuando el fuego tocó su cuerpo gritó que estaba vivo y pidió ayuda a su pedagogo

—éste era el único que había permanecido allí—, pero ya rodeado por las llamas no pudo evitar la muerte.

Hay también constancia de que el propretor Lucio Lamia habló cuando estaba en la pira funeraria.

Ejemplos extranjeros

Si cabe, hace menos maravillosos los casos anteriores el 8, 1
del panfilio Eris, del que Platón dice que yació durante diez días entre los que habían muerto en combate y que dos días después de haber sido levantado de allí, colocado sobre la pira, revivió y describió con detalle las visiones maravillosas tenidas durante el tiempo que estuvo muerto.

Y ya que hemos pasado a narrar casos extranjeros: cier- 2
to ateniense, hombre sumamente instruido, habiendo recibido una pedrada en la cabeza, aunque retuvo en su privilegiada memoria todas las demás cosas, se olvidó de todos los escritos a los que se había dedicado por entero.

La cruel y maligna herida en el ánimo del golpeado, como si hubiese escrutado minuciosamente todos los sentidos, fue a parar con toda su crueldad precisamente en el sentido que más felicidad le proporcionaba, sacando el singular saber de aquel hombre con una pérdida que causa envidia. Y si a éste no le estuvo permitido disfrutar por entero de tales estudios, al menos hubiera sido más útil no haber conseguido el acceso a ellos que después de degustar su dulzura, haber carecido de ella.

Más lamentable, sin embargo, es narrar el caso que si- 3
gue.

La esposa de un ateniense llamado Nausímenes, como sorprendiese a su hijo y a su hija cometiendo incesto, abati-

da por la visión de la inesperada monstruosidad, en aquel momento quedó muda, en el presente para mostrar su indignación y en el futuro para contarlo. Los dos hijos pagaron con el suicidio la nefanda unión sexual.

4 De ese modo la fortuna, mostrándose cruel, le privó de la palabra; de este otro modo, mostrándose propicia, se la dio: el atleta Equecles de Samos, que era mudo, cuando le quitaron el título y el trofeo de vencedor de una competición que acababa de ganar, lleno de indignación volvió a hablar.

5 Digno de admiración también fue el nacimiento del epirota Gorgias, un hombre valiente e ilustre, porque al salir del útero de su madre muerta con un inesperado vagido obligó a los que llevaban el féretro a que se detuviesen y brindó a la patria un espectáculo nada frecuente, consiguiendo ver la luz y la cuna casi desde la misma pira de su madre: en el mismo momento, pues, la una parió estando ya difunta y el otro era llevado a enterrar antes de haber nacido.

6 A Jasón de Feres un golpe de la Fortuna le abrió un tumor que tenía y que ningún médico había podido sanar, con tal suerte que libró a aquel hombre de su horrible mal.

7 Igualmente grato a los dioses inmortales fue Simónides, cuya vida, salvada de un inminente percance, esquivó también otro desastre: cuando estaba cenando en Cranón, que es una ciudad de Tesalia, en casa de Escopas, le anunciaron que habían venido hasta la puerta dos jóvenes que pedían encarecidamente que saliese de inmediato a recibirlos. Saliendo a su encuentro, no vio a nadie allí. Precisamente en aquel instante el triclinio en que estaba cenando Escopas se derrumbó y dejó sepultados a Escopas y a todos los comensales ¿Qué suceso más feliz que este que ni el mar embravecido ni la tierra fueron capaces de extinguir?

8 De muy buen grado voy a contar también lo sucedido a Dafnites para que nadie ignore cuánta diferencia hay entre

haber cantado las alabanzas de los dioses y haberse opuesto a su voluntad. Este Dafnites[73], que era uno de esos llamados sofistas, cuya tarea era la mordacidad y la ironía, en tono de mofa preguntó a Apolo en Delfos si podía encontrar su caballo cuando nunca había tenido caballo. El oráculo le contestó que sí encontraría el caballo, pero para morir al caerse de él.

Cuando regresaba de allí chanceándose de haber burlado la credibilidad de los dioses vino a parar a manos del rey Átalo, de quien frecuentemente se había burlado con palabras injuriosas, y por orden de éste fue arrojado desde una peña que se llama «Caballo». De esta manera pagó el justo castigo de su ánimo insensato hasta el punto de mofarse de los dioses. 9

Filipo, el rey de los macedonios, aconsejado por el mismo oráculo que protegiese su vida del peligro de una cuadriga, ordenó que en todo su reino los carros de caballo fueran desenganchados y evitó siempre un lugar de Beocia que se llama «Cuadriga». Pese a todo, no pudo evitar el peligro que se le había anunciado, pues Pausanias, en la empuñadura de la espada con que le dio muerte, tenía grabada una cuadriga. 10

Tan contumaz fatalidad del padre se dio también en su hijo Alejandro.

Como quiera que un indio llamado Calano, cuando estaba a punto de arrojarse sobre una pira en llamas, preguntado por él si quería encargarle algo o decir alguna cosa, le respondió: «Dentro de muy poco te veré». Y no le faltó razón, porque la repentina muerte de Alejandro ocurrió poco después de aquella muerte voluntaria.

---

[73] Según CICERÓN *(Sobre el destino* 5), el nombre de este sofista de Tedmesa (Libia) es Dafitas.

11 Por la grandeza del prodigio iguala a estas muertes regias la muerte de aquel remero al que, mientras achicaba el agua de la sentina de una galera tiria, un golpe de mar lo arrojó fuera de ella y otra ola, golpeándole en sentido contrario, lo volvió a arrojar a bordo de la misma nave. De esta manera se mezclaron la alegría y el lamento de este hombre feliz y desgraciado al mismo tiempo.

12 ¿Qué? ¿Tal vez no merecen crédito todos aquellos caprichos de la naturaleza observados en algunos cuerpos humanos, ciertamente tolerables porque no causaron sufrimientos, pero que también tienen que ser en sí mismos considerados como maravillosos? Por ejemplo, el hijo de Prusias, rey de Bitinia, del mismo nombre que el padre, en lugar de la fila de dientes de arriba tuvo un solo hueso de las mismas dimensiones, y por lo demás, no le daba un aspecto deforme ni le resultaba incómodo en modo alguno.

13 Dripetine, la hija de Mitridates y de la reina Laódice, sumamente deforme por su doble fila de dientes, fue compañera de fuga de su padre cuando éste fue derrotado por Pompeyo[74].

14 Y no merecen poca admiración los ojos de Estrabón, de quien consta que tenía una agudeza visual tan grande que era capaz de ver desde Lilibeo[75] las naves cartaginesas cuando salían del puerto de Cartago.

15 Más admirable que los ojos de éste fue el corazón del mesenio Aristómenes: al ser diseccionado por su eximia astucia, los atenienses lo encontraron repleto de pelos después

---

[74] En la tercera guerra contra Mitridates. Pompeyo obtuvo el mando supremo en Oriente gracias a la *lex Manlia* (año 66); y tras ganar la guerra contra los piratas, derrotó a Mitridates y éste, cercado en palacio, se suicidó junto con su esposa e hijas el año 63.

[75] Ciudad situada en el promontorio del mismo nombre en la costa siciliana.

de haberlo capturado tras escaparse repetidas veces de la prisión valiéndose de su astucia.

También digno de admirar es el caso del poeta Antípatro 16
de Sidón, que de todos los días del año sólo tenía fiebre el día de su cumpleaños y que, cuando le llegó la vejez, murió repentinamente de fiebre, precisamente el día que cumplía años.

Llegados a este punto se hace referencia acertadamente 17
a los filósofos Polístrato e Hipóclides, nacidos el mismo día, que habían seguido la secta del mismo maestro Epicuro, unidos también ambos por un patrimonio y escuela comunes y muertos igualmente en el mismo momento cuando ambos habían llegado a una edad muy avanzada.

Tan grande y tan igual comunión de fortuna y amistad, ¿quién pensará que no nació, creció y acabó en el seno mismo de la celestial Concordia?

Por todo ello, estas cosas sin duda, o entre hijos de los 18
más poderosos reyes, o en un rey renombrado, o en un poeta de portentosas cualidades, o entre los hombres más ilustrados, o en un hombre normal y corriente *** verdaderamente sólo la naturaleza, fecunda artífice de todo lo bueno y lo malo, podrá dar una explicación de las cosas. Al igual que la razón de por qué amó sobremanera las cabras salvajes nacidas en Creta, a las que, heridas por flechas, guió casi con sus manos hasta el salutífero remedio de la hierba del díctamo[76] e hizo que tras haberla comido inmediatamente soltaran de sus heridas las flechas y la fuerza del veneno. Y también por qué en la isla de Cefalonia, cuando los rebaños todos viven bebiendo diariamente agua, ella ha acostumbrado a las cabras a mitigar su sed recibiendo en su boca abierta la mayor parte del año los vientos desde lo alto. O por

[76] También llamado «orégano de Creta», que tiene efectos purgantes.

qué en Crotona, en el templo de Juno Lacinia, donó un altar en el que ningún viento puede mover las cenizas; o sobre todo, por qué quiso que un agua en Macedonia y otra en el campo de Cales poseyeran la propiedad del vino con la que los hombres se emborrachan.

Debemos proseguir no con esa admiración sino con el recuerdo, cuando sabemos que la naturaleza puede reivindicar con todo derecho muchos caprichos. Ella tiene por misión generar todo de manera infinita.

19 Y ya que hemos tocado fenómenos que sobrepasan la razón común, hágase también mención de la serpiente de que habla con curiosidad y todo lujo de detalles Tito Livio. Dice éste, en efecto, que en África, junto al río Bagrada[77], había una serpiente tan grande que impedía al ejército de Atilio Régulo acercarse al río y que tras devorar a muchos soldados con su enorme boca y estrangular a otros muchos con los numerosos anillos de su cola, al no poder atravesarla con las flechas, fue finalmente abatida con numerosos proyectiles de ballesta y repetidos golpes de piedras enormes: y a las cohortes y a las legiones todas les pareció más terrible que la mismísima Cartago. Y por si esto fuera poco, empapadas las fuentes con su sangre y contaminada la región vecina con el pestilente olor de su cuerpo una vez muerto, los romanos tuvieron que cambiar de lugar su campamento.

Añade Livio que se envió a la ciudad la piel del animal de ciento veinte pies.

---

77 En Numidia.

LIBRO II

Después de haber escrutado el rico y poderoso reino de la naturaleza, escribiré sobre las instituciones antiguas y dignas de recordar tanto de nuestra ciudad como de los pueblos extranjeros. Pues es necesario saber cuáles han sido los fundamentos de la vida feliz que llevamos bajo el mejor de los príncipes, para que, al tenerlos presentes, sirvan también de provecho a las costumbres actuales.

CAPÍTULO 1

Sobre instituciones antiguas

Entre los antiguos nada se hacía, ni público ni privado, 1, 1
sin haber consultado antes los auspicios. Por esta costumbre, incluso ahora, los adivinos participan en la ceremonia del matrimonio y, aunque han dejado ya de consultar los auspicios, siguen llamándose así para conservar la vieja tradición[1].

---

[1] En los tiempos en que escribe Valerio Máximo su función en las bodas era la de testigos.

2 Las mujeres solían comer sentadas en compañía de los hombres, que lo hacían recostados. Esta costumbre del banquete de los hombres pasó también al de los dioses y así, en el banquete en honor de Júpiter, éste era invitado al festín en un lecho mientras que Juno y Minerva eran invitadas a sentarse en sillas. Nuestra época conserva esta rigurosa costumbre más cuidadosamente en el Capitolio que en las casas privadas, naturalmente, porque mantener las normas de conducta corresponde más a las diosas que a las mujeres.

3 Las que se contentaban con un solo matrimonio eran honradas con la corona del pudor: pensaban que permanecía incorrupto y con sincera fidelidad el espíritu de la matrona que no sabía salir del lecho donde había perdido su virginidad, porque pensaban que la experiencia de muchos matrimonios era señal de cierta falta de moderación, aunque, eso sí, legítima.

Hasta ciento cincuenta años desde la fundación de la
4 ciudad no hubo repudio alguno entre esposa y marido. El
primero en repudiar a su esposa, porque era estéril, fue Espurio Carvilio. Y a éste, aunque parecía que estaba movido por un motivo razonable, no le faltaron sin embargo duras críticas porque pensaban que en modo alguno hubiera debido anteponerse el deseo de tener hijos al amor conyugal.

Y para que el decoro de las matronas estuviese más a
5 salvo con la protección del pudor, al que citara a una matro-
na ante un tribunal[2] no le permitían tocar su cuerpo para que así su estola permaneciese sin haber sido tocada por manos ajenas.

En otro tiempo, la costumbre de beber vino era desconocida por las mujeres romanas, sin duda para no caer en

---

[2] También las matronas estaban obligadas a comparecer ante los tribunales y, si no lo hacían, podían ser llevadas a la fuerza, literalmente echándoles mano e incluso con una cuerda.

cierto desprestigio, porque el próximo paso, desde la falta de moderación en la bebida a un amor ilícito, acostumbraba a ser muy corto. Por lo demás, para que el pudor de estas mujeres no fuera triste y objeto de repulsa, sino que estuviese en cierta medida atemperado por algún tipo de honesta benevolencia —con la aquiescencia de sus maridos, se adornaban con numerosas joyas de oro y abundantes vestidos de púrpura—, para hacer más atractivo su aspecto tiñeron cuidadosamente sus cabellos con cenizas, pues entonces no temían los ojos de los seductores de matrimonios ajenos, sino que se cuidaban igualmente de mirar con respeto sagrado y de ser miradas con recíproco pudor.

En verdad, cuando había una disputa entre el marido y 6
la mujer acudían ambos al pequeño santuario de la diosa Viriplaca[3], que está en el Palatino, y allí, tras decirse el uno al otro todo lo que querían, una vez apaciguados los ánimos regresaban a casa reconciliados. Se dice que esta diosa debe su nombre a que conseguía calmar a los maridos; realmente era objeto de gran veneración y no sé si era honrada con distinguidos y exquisitos sacrificios como guardián de la paz diaria en el hogar, ya que con su advocación devolvía el respeto que las esposas deben al marido siempre en mutuo cariño.

Así era el respeto que se profesaban los esposos. ¿Y 7
qué?, entre los otros vínculos familiares ¿no parece lógico también éste? En efecto, voy a demostrar la gran certeza de esta afirmación con un sencillo ejemplo: Durante algún tiempo el padre no se lavaba en presencia de un hijo adulto, ni el suegro en presencia del yerno. Queda claro, pues, que se tributaba tanto respeto a los vínculos de sangre y al pa-

[3] Se trata claramente de un nombre parlante, «la diosa que aplaca a los hombres», y equivale al dios Amor en Plutarco.

rentesco de los afines como a los dioses mismos, porque se creía que entre estos vínculos tan sagrados no era más lícito desnudarse que en cualquier otro lugar sagrado.

8 Nuestros antepasados instituyeron también la costumbre de una comida solemne y le dieron el nombre de *Caristía*[4] porque sólo podían participar los familiares consanguíneos y los parientes por afinidad para que, en caso de haberse suscitado alguna desavenencia entre familiares, pudiera apaciguarse en esta comida sagrada en medio de la alegría de todos y una vez invitados a la concordia.

9 Los jóvenes tributaban a los ancianos honores bien distinguidos y serios como si los mayores fuesen todos padres comunes de los jóvenes. Por eso, los jóvenes, el día que había reunión del senado, acompañaban hasta la curia a cualquier senador vecino o amigo de su padre y, quietos en el umbral de las puertas, los esperaban hasta disfrutar también de la cortesía de volverlos a acompañar a casa. Ciertamente, con esta espera voluntaria fortalecían sus cuerpos y sus almas para hacer frente en el futuro a sus obligaciones públicas de manera diligente y, así, ellos mismos, con la discreta práctica de esta actividad, eran maestros de unas virtudes que en breve saldrían a la luz.

Invitados a un banquete, preguntaban escrupulosamente qué otros invitados había para no ocupar un sitio que correspondía a los de más edad, y una vez concluido el banquete permitían que fuesen ellos los primeros en levantarse y salir. Sabemos también que, durante la comida, estando éstos presentes, tenían la costumbre de hablar poco y con reservas.

---

[4] Del griego *charistía*, «gracia». La fiesta tenía lugar tras las Parentales, el 22 de febrero.

Nuestros antepasados, durante el banquete, al son de las 10
flautas recitaban versos alusivos a las ilustres hazañas de sus mayores para disponer mejor a los jóvenes a imitarlas. ¿Hay algo más espléndido y más útil que un certamen como éste? Los jóvenes rendían el honor debido a sus mayores, y los que ya habían disfrutado de casi toda su vida nutrían con el alimento del entusiasmo a los que iniciaban una vida enérgica. ¿Quién iba a preferir las enseñanzas impartidas en Atenas a las enseñanzas de la escuela, o las enseñanzas venidas de fuera a esta enseñanza que tenía lugar dentro de la propia familia? De una escuela así surgían los Camilos, los Escipiones, los Fabricios, los Marcelos, los Fabios y, para no ser pesado pasando revista a todas las personalidades insignes de nuestro Imperio, concluyo diciendo que de una escuela así brillaron con luz propia los divinos Césares, la parte más refulgente del firmamento.

CAPÍTULO 2

En aquel tiempo las tradiciones familiares se cuidaban 2, 1
con un amor tan grande que durante muchos siglos ningún senador se atrevió a revelar las decisiones secretas del senado. Solamente Quinto Fabio Máximo[5], y además por imprudencia, cuando se dirigía al campo contó a Publio Craso,

[5] Tras la toma de Sagunto encabezó la embajada encargada de exigir al gobierno cartaginés la entrega de Aníbal y declarar la guerra en caso de rechazar esta petición. Livio cuenta que Quinto Fabio, alzando la parte anterior de la toga, como si hubiera algo dentro de ella, dijo: «Aquí os traigo la guerra y la paz: ¡elegid!». Los cartagineses le respondieron: «¡Elige tú mismo!». Entonces, dejando caer la toga, el embajador romano exclamó: «¡Os doy la guerra!» (T. Livio, XXI 18).

que hacía el camino de vuelta a casa, lo que se había tratado en la curia acerca de la declaración de la Tercera Guerra Púnica; y eso porque recordaba que tres años antes había sido nombrado cuestor, pero ignoraba que los censores aún no le habían llamado a formar parte del orden senatorial, único procedimiento de formar parte de la curia también aquellos que ya habían desempeñado otras magistraturas. Y aunque el error de Fabio no tuvo mala intención, fue severamente reprendido por los cónsules: no querían en modo alguno que la discreción, el mejor y más seguro vínculo de cualquier administración pública, se tambaleara.

Otro ejemplo: cuando el rey de Asia, Éumenes, amigo extraordinario de nuestra ciudad, había anunciado al senado que Perseo estaba preparando la guerra contra el pueblo romano, no se pudo saber qué había dicho éste o qué le habían respondido los senadores antes de tener conocimiento de que Perseo ya había sido hecho prisionero. Fiel y bien firme corazón de la República era la curia, protegida y bien defendida por doquier con el arma salutífera del silencio; los que cruzaban su umbral, una vez dejadas las preocupaciones privadas, asumían las públicas. Y así, no diré que ni siquiera de uno solo, sino que más bien de nadie se cree que haya oído lo que se había confiado a los oídos de muchos.

2 En verdad, en qué grado mantuvieron los antiguos magistrados su autoridad y la del pueblo romano a la hora de actuar, puede saberse por el hecho siguiente: entre otras muestras de preservar su autoridad, cuidaban especialmente con gran perseverancia el no dar jamás respuestas a los griegos en otra lengua que no fuera la latina. Más aún, para descartar la ambigüedad de la lengua griega, ambigüedad de la que se valían muchas veces, obligaban a los griegos a valerse de un intérprete, no sólo en nuestra ciudad sino también en la mismísima Grecia y en Asia, para que así el pres-

tigio de la lengua latina se difundiera más respetuosamente por todos los pueblos. Y no es que les faltaran conocimientos doctrinales del griego, sino que pensaban que bajo ningún concepto la toga tenía que ceder al palio[6]: porque consideraban que era indigno ceder el peso y la autoridad del Imperio a los encantos y la dulzura de las letras.

Por todo ello, Gayo Mario, no debes ser condenado con 3
la acusación de una rústica severidad por no haber querido que tu vejez se hiciera más hermosa con doble corona de laurel, vejez ilustre por las victorias sobre númidas y germanos, cuando, vencedor, rechazaste que esta vejez fuese más hermosa con los elogios de un pueblo vencido[7], según yo creo, para no quedar ya viejo como un tránsfuga de las costumbres patrias merced a la práctica de unos genios extranjeros. ¿Quién, pues, abrió las puertas a esta costumbre que ahora ensordece los oídos de la curia con discursos griegos? En mi opinión fue el rétor Molón, el que perfeccionó la elocuencia de Cicerón: hay constancia de que él fue el primero de todos los extranjeros que habló en el senado sin que hubiese intérprete. Este honor se lo ganó merecidamente porque había contribuido al auge de la elocuencia romana. De bien celebrada fama fue el municipio de Arpino, tanto si quieres contemplar al más célebre desprestigiador de las letras como si quieres contemplar la fuente más copiosa de la elocuencia[8].

---

[6] Es decir, el latín no tenía que ceder al griego, representadas ambas lenguas por el vestido romano y el vestido griego por excelencia.

[7] Por lo tanto, en lengua griega.

[8] Habría que entender de estas palabras que Mario y Cicerón habían nacido en Arpino, pero en realidad Mario era natural de Cereata, que administrativamente dependía de Arpino.

4 Nuestros antepasados conservaron con la mayor diligencia la siguiente costumbre: que nadie se interpusiese entre el cónsul y el lictor que estaba a su lado, aunque tuviera que acompañarle por razones de su función pública. Solamente al hijo del cónsul, cuando aún era niño, le estaba permitido ir delante de su padre. Esta costumbre fue respetada de manera tan obsesiva que Quinto Fabio Máximo, cinco veces cónsul[9], un hombre prestigioso que gozaba de la mayor autoridad ganada tiempo atrás y que a la sazón se encontraba ya en los últimos años de la vejez, invitado por su hijo cónsul a caminar entre él y el lictor para que la muchedumbre de enemigos samnitas no le aplastase cuando se encaminaban a parlamentar con ellos, no quiso hacerlo.

Este mismo[10], enviado por el senado como embajador a Suesa Pomecia[11] al lado de su hijo, cónsul, cuando se percató de que éste, por las razones propias de su cargo, había salido ya fuera de las murallas, indignado de que ninguno de los once lictores ordenase que desmontara del caballo, lleno de ira, se mantuvo en la silla. Cuando el hijo se dio cuenta de este hecho, ordenó al lictor que estaba a su lado que cumpliese con su deber. Obedeciendo al instante la orden, Fabio dijo: «Hijo mío, no he querido despreciar tu au-

[9] Se trata de un cónsul del año 291, que es cuando tuvo lugar la embajada a los samnitas.

[10] Valerio Máximo confunde dos cónsules del mismo nombre; en este caso se trata del conocido con el sobrenombre de Cunctátor, «Contemporizador», por la táctica empleada contra Aníbal en la Segunda Guerra Púnica.

[11] Se trata de una colonia romana fundada en territorio de los auruncos el año 315 a. C. durante la segunda guerra contra los samnitas. Como quiera que el cónsul era Quinto Fabio Ruliano, cabe pensar que nuestro historiador confunde a éste con Quinto Fabio Máximo, cónsul un siglo más tarde, salvo que la embajada a la que aquí se alude tuviera lugar en tiempos de este último también.

toridad, sino sencillamente comprobar si sabías comportarte como corresponde a un cónsul; y no ignoro qué respeto se debe a la autoridad de un padre, pero considero que las instituciones públicas son más importantes que el deber privado».

A las alabanzas de Quinto Fabio que acabo de relatar se 5
añaden aquellos hombres ilustres de maravillosa firmeza que, enviados por el senado como embajadores a Tarento para reclamar lo que se debía, al recibir allí graves ofensas, uno incluso fue mojado con orina, conducidos al interior del teatro, como acostumbraban a hacer los griegos, cumplieron con la misión en los términos exactos que se les había encomendado. De las ofensas allí recibidas no se quejaron, ninguna compensación pidieron para no decir más de lo que se les había encomendado en la misión. Aquel respeto a la antigua tradición, profundamente arraigado en sus corazones, no pudo arrancarlo ni siquiera el dolor bien profundo que las afrentas recibidas les habían provocado. ¡Ciudad de Tarento, en verdad te buscaste el fin de la opulencia que largo tiempo disfrutaste hasta el límite de ser objeto de envidia! Y es que, mientras henchida del esplendor de la fortuna del momento, consideras fastidioso el afianzamiento de una virtud ruda que se forja a sí misma, ciega e insensata, te precipitaste sobre la vigorosa espada de nuestro Imperio.

Pero del lujo que echa a perder las costumbres pasemos 6
a las rigurosísimas instituciones de nuestros mayores. Antiguamente el senado residía de manera ininterrumpida en aquel lugar que hoy se llama «Senáculo» [12] y no esperaba a que lo convocase un edicto, sino que de allí venía rápida-

[12] Era el lugar donde se reunía el senado antes de acceder a la curia. Sabemos de al menos tres lugares como éste, dos situados dentro de las murallas y otro fuera.

mente a la curia: consideraban que era ciudadano de escasa reputación aquel que cumplía con sus deberes para con la República no por voluntad propia sino por obligación, pues todo lo que se obliga con un mandato se considera más grato para el que lo exige que para el que lo cumple.

7 Debe mantenerse también en el recuerdo el hecho de que a los tribunos de la plebe no les estaba permitido entrar en la curia, sino que en unos asientos colocados delante de la puerta examinaban con la mayor diligencia los decretos de los senadores para no permitir su ratificación si no estaban de acuerdo con alguno. Y así, en las antiguas deliberaciones del senado, la letra «C» solía ponerse debajo y con esta marca se daba a entender que los tribunos de la plebe habían dado su conformidad. Éstos, aunque velaban por el bien de la plebe y tenían por misión limitar la autoridad de los otros magistrados, permitían, sin embargo, que dispusiesen de vasos de plata y anillos de oro ofrecidos públicamente para que la autoridad de los magistrados tuviera mayor dignidad con el uso de tales objetos.

8 Pero de la misma manera que su autoridad era realzada, así también se constreñía estrechamente con la abstinencia y la austeridad: las entrañas de las víctimas inmoladas por éstos, una vez llevadas a los cuestores del erario público, eran puestas en venta y había en los sacrificios del pueblo romano no sólo el culto de los dioses sino también, y principalmente, la continencia de los hombres, pues nuestros generales debían tener las manos completamente limpias y puras cuando desfilaban junto a los altares. Era tal el tributo rendido a la continencia que las deudas de muchos que habían administrado honestamente las provincias tuvo que pagarlas el senado; pues creían que era indigno e inapropiado a su condición que se derrumbase en la propia patria la dig-

nidad de aquellos gracias a cuya administración veían que había sido realzada en el extranjero la autoridad pública.

Los jóvenes del orden ecuestre todos los años por dos 9
veces celebraban solemnemente en la ciudad un espectáculo siguiendo la tradición de los más ilustres antepasados. En efecto, la fiesta de las Lupercales[13] arranca desde los tiempos de Rómulo y Remo, cuando exultantes de alegría porque su abuelo Numitor, rey de los albanos, les había permitido fundar una ciudad en el lugar donde se habían criado, en las estribaciones del monte Palatino, ya convertido en lugar sagrado por el arcadio Evandro[14] a instancias de Fáustulo, que fue quien les alimentó, una vez realizado un sacrificio de machos cabríos, excitados por la alegría del banquete y la abundancia de vino, dividido en dos el grupo de pastores, tras ceñirse las pieles de los animales sacrificados se enfrentaban entre chanzas a todos los que le salían al paso.

El recuerdo de esta alegre celebración se repite en el ciclo anual de las fiestas.

Quinto Fabio instituyó que los Lupercos desfilasen en las idus de julio delante de los caballeros vestidos con trá-

---

[13] En realidad la fiesta de las *Lupercalia* está relacionada con Fauno, dios de los rebaños y los bosques, representado con el cuerpo peludo y pies y patas de macho cabrío. Era considerada una divinidad benéfica para los rebaños al alejar a los lobos. La fiesta tenía lugar el 5 de febrero cerca del templo de *Faunus Lupercus,* que se alzaba en una gruta del Palatino que Evandro consagró a Pan. En esta fiesta los sacerdotes de Fauno se revestían con pieles de cabrito y golpeaban a los transeúntes que encontraban a su paso. Este acto se consideraba una purificación y se decía también que las mujeres estériles golpeadas por las tiras de los *Luperci* se volvían fecundas.

[14] Era el jefe de la colonia de arcadios que, al llegar al Lacio, fue bien acogido por el rey de la región, Fauno. Eneas acudió a él para pedirle ayuda en la guerra contra los latinos.

bea[15]. El mismo censor junto con Publio Decio, para poner fin a una sedición que los comicios habían fomentado entre los ciudadanos más humildes con el fin de volver a someterlos a su autoridad, dividió a efectos electorales en cuatro tribus a toda la masa ciudadana, y a estas tribus les dio el nombre de «urbanas». Por esta acción tan benéfica este ciudadano, brillante en otro tiempo por sus gestas militares, recibió el sobrenombre de «Máximo»[16].

CAPÍTULO 3

3, 1 Debe ser también elogiado el sentido del deber que tuvo el pueblo: ofreciéndose voluntariamente a las fatigas y los peligros de la milicia, hacía todo lo posible para que los generales no tuvieran que solicitar juramento militar a los que no tenían nada[17]. Su extrema pobreza era sospechosa y por eso no se les entregaban armas para la defensa pública.

Pero esta costumbre largo tiempo arraigada la abolió Gayo Mario cuando reclutó soldados de entre los que no tenían bien alguno; Mario, un ciudadano por lo demás magnífico, pero poco partidario de mantener la tradición, dado su origen humilde, y consciente de que, si el ejército perseveraba en despreciar el aporte militar de los estratos humildes, él podía ser llamado «El general proletario» por cualquier

[15] Manto de púrpura, o blanco adornado con bandas de púrpura, que usaban los cónsules y caballeros como vestido de gala.

[16] En la guerra con los samnitas a que hacíamos alusión unas líneas antes.

[17] Los *capite censi* eran los ciudadanos que, tras la reforma de Servio Tulio, no pertenecían a ninguna de las cinco clases por no tener bienes sobre los que hacer el censo. Literalmente eran censados «por su cabeza», es decir en cuanto personas, no en cuanto a sus bienes.

intérprete malévolo de las virtudes[18]. De esta manera, pensó que había que olvidar aquel tipo de reclutamiento no siguiendo el ejemplo de ningún general anterior para que el contagio de semejante tradición no manchase su gloria personal.

El adiestramiento en el manejo de las armas fue enseña- 2
do a los soldados por el cónsul Publio Rutilio y su colega Gneo Malio: él, en efecto, rompiendo con el ejemplo de todos los que le habían precedido, llamados unos maestros de la escuela de gladiadores de Gayo Aurelio Escauro, enseñó a las legiones un medio más sutil de causar y evitar heridas, y mezcló así valor y técnica, técnica y valor, para que la técnica fuese más poderosa con el impulso del valor y el valor fuese más prudente gracias al conocimiento de la técnica.

El empleo de los vélites[19] tuvo lugar por vez primera en 3
la guerra en que Fulvio Flaco asedió la ciudad de Capua[20], y es que, al ser inferior en número, como nuestra caballería no pudiese hacer frente a las repetidas incursiones de la caballería de los campanos, el centurión Quinto Navio decidió que unos jinetes selectos, muy veloces, armados con lanzas curvas y pequeñas, en grupos de siete y protegidos con un pequeño escudo, se unieran en veloz salto a los jinetes y de nuevo, a la carrera, desmontasen para que, en los combates de la caballería, los infantes que les acompañaban pudiesen

[18] Fue en la guerra de Jugurta cuando procedió a este nuevo sistema de levas (SALUSTIO, *Guerra de Jugurta* 86, 2). Mario era un *homo novus*, es decir, un ciudadano que accedía por vez primera dentro de una familia a los más altos honores, tal como ocurrió con Cicerón.

[19] Soldados de infantería ligera que abrían las escaramuzas militares.

[20] Durante la Segunda Guerra Púnica, porque Capua, la ciudad más floreciente de la Campania, se había puesto del lado de Aníbal. La ciudad fue sometida el 211 a. C.

atacar con sus armas más fácilmente a los soldados y a los caballos del enemigo. Esta nueva forma de combatir debilitó la excepcional ayuda de la astucia de los campanos y por eso al inventor de esta estrategia, Navio, le concedió el general toda clase de honores.

CAPÍTULO 4

4, 1 Por su proximidad hemos de pasar de las instituciones militares a los campamentos urbanos, es decir, a los teatros; porque también éstos con relativa frecuencia equiparon grupos enfrentados e inventando motivos de culto religioso, pero con el fin de complacer a los hombres no sin vergüenza de la Paz, mancharon con la sangre de ciudadanos las fiestas y el culto con motivo de unas representaciones portentosas.

2 Estos espectáculos fueron introducidos por los censores Mesala y Casio[21]. Por lo demás, a instancias de Publio Escipión Nasica se tomó la decisión de vender en pública subasta[22] todo el aparato que se precisaba para las representaciones escénicas y además, por un senadoconsulto, se tomaron cautelas para que nadie en la ciudad o en mil pasos a la redonda instalase asientos o asistiese a las representaciones sentado, para que así la virilidad propia de los romanos, puesta de manifiesto en su capacidad de permanecer de pie, fuese bien notoria incluso cuando relajaban el ánimo.

---

[21] Por lo tanto, el año 154 ó 153 a. C.

[22] El término procede de la expresión latina *sub hasta,* «al pie de la lanza», porque la lanza era el símbolo del Estado cuando ponía a la venta las rentas del mismo en torno a ella. En función del magistrado o funcionario que clavase el *hasta* había varios tipos de subasta: *censoria, centumviralis, fiscalis, venditionis...*

Durante quinientos cincuenta y ocho años el senado y el 3
pueblo asistieron juntos y sin distinciones a los espectáculos; pero esta costumbre fue abolida cuando los ediles Atilio Serrano y Lucio Escribonio patrocinaron unos juegos en honor de la Madre de los Dioses y, siguiendo una decisión de Africano el Menor[23], pusieron en sitios distintos al senado y al pueblo. Este hecho alejó la simpatía del pueblo y golpeó profundamente la veneración que sentían por Escipión.

Voy ahora a explicar los motivos por los que se institu- 4
yeron los juegos públicos.

Durante el consulado de Gayo Sulpicio Pético y Gayo Licinio Estolón una peste de inusitada virulencia se había apoderado de nuestra ciudad, manteniéndola apartada de las ocupaciones propias de una guerra, pues tenía que poner todo su interés en los males internos. Todo posible remedio parecía que radicaba en un culto religioso rebuscado y completamente nuevo más que en cualquier decisión humana. Y así, para poner fin a la cólera de la divinidad celestial, proporcionó al pueblo unos cantos compuestos para la ocasión, un pueblo que hasta entonces se contentaba sólo con los espectáculos circenses que Rómulo fue el primero en celebrar con el nombre de Consualia[24] con motivo del rapto de las sabinas.

Pero, como suele suceder entre los hombres, al proseguir con pertinaz afán estos humildes orígenes, la juventud,

---

[23] Valerio Máximo confunde los dos Escipiones e incurre en un error cronológico. El año de este suceso fue el 194 a. C. según Cicerón y Livio.

[24] Fiestas en honor de Conso, divinidad protectora de la agricultura. Sus fiestas tenían lugar el 21 de agosto, después de la cosecha, y el 5 de diciembre al terminar la sementera. Se organizaban carreras ecuestres, lo que motivó que a partir del siglo III a. C. el dios Conso se identificara con Neptuno bajo la advocación de «Ecuestre» por haber creado el caballo.

siempre proclive a la fiesta, añadió a estos cantos de veneración a la divinidad unos movimientos espontáneos y poco rítmicos y este hecho fue la causa de hacer venir los juegos de Etruria[25]. La hermosa agilidad de estos movimientos según la vieja costumbre de los curetes y los lidios de los que la tomaron los etruscos, sumamente grata por su novedad, agradó por completo a los romanos y, como quiera que el danzante se llamaba entre los etruscos «Histrión», a los que actuaban en la escena se les llamó «histriones».

Después, poco a poco, esta representación escénica terminó por ser una sátira[26] y de entre todos, el poeta Livio[27] fue el primero en hacer que los espectadores prestaran atención al argumento de las representaciones y él mismo, actor de sus obras, cuando perdió la voz a causa de las numerosas actuaciones en público, sin poder hablar, seguía actuando con la ayuda de un flautista y un joven que recitaba.

Más tarde los oscos introdujeron representaciones de Atelanas. Éste es un tipo de espectáculo, atemperado por la severidad de los itálicos y consiguientemente carente ya de connotaciones deshonrosas, pues el actor ya no era expulsado de la tribu ni tampoco era apartado del servicio militar[28].

---

[25] Valerio Máximo no hace otra cosa que reproducir casi literalmente las palabras de T. Livio (VII 2, 8) que explican los orígenes del teatro en Roma de manera semejante a lo que ocurrió en Grecia.

[26] Evidentemente se trata de la sátira dramática.

[27] Livio Andronico, nacido en Tarento y llevado como esclavo a Roma por Marco Livio Salinátor que le concedió la libertad. Convertido en preceptor de sus hijos, no sólo tradujo la *Odisea* en versos saturnios sino que también compuso obras para la representación en el 241 a. C.

[28] La fábula atelana recibe el nombre de la ciudad de Atela y era una farsa muy rudimentaria en que intervenían siempre personajes tipo: viejo estúpido, glotón, charlatán, jorobado. T. Livio, en VII 2, 8, es más explícito al respecto.

Y puesto que, por los nombres mismos, queda claro cuál 5
es el origen de los otros juegos, parece razonable hablar del origen de los juegos seculares, de los que tenemos noticias menos ciertas.

En cierta ocasión en que la ciudad y los campos se veían devastados por una peste de enorme virulencia, un hacendado agricultor llamado Valesio tenía dos hijos y una hija tan enfermos que prácticamente los médicos desesperaban de su curación; calentando agua al fuego para ellos, hincado de rodillas, pidió a los lares del hogar que pasasen a su persona la enfermedad que arrostraban los hijos. Al punto se oyó una voz que le decía que sus hijos sanarían si, de inmediato, los llevaba por la corriente del Tíber hasta Tarento y allí los restablecía con agua manada del altar del padre Dite[29] y de Prosérpina. Sumamente confuso y aturdido por esta predicción —no en vano se le ordenaba una navegación larga y peligrosa—, pero imponiéndose la esperanza, aunque dudosa, al miedo del momento, llevó a sus dos hijos de inmediato hasta la ribera del Tíber (él habitaba en una villa próxima a la aldea de Ereto en la región de la Sabina) y poniendo rumbo a Ostia con su barca, sin más compañía que la noche, llegó al Campo de Marte. Deseando socorrer a los sedientos enfermos, al no ser suficiente el fuego de la barca para calentar el agua, supo por el timonel que cerca de allí se veía humo. Le ordena que se dirija a Tarento —éste era el nombre de aquel lugar— y una vez que cogió ansioso en una copa el agua que brotaba de la corriente de donde salía el humo, ya mucho más feliz, se la llevó pensando que había encontrado en aquel lugar próximo el remedio pro-

[29] Nombre que se da también a Hades (Plutón), dios infernal que volvió a la tierra sólo una vez para raptar a Prosérpina; de ahí que la fuente tenga la doble advocación.

metido por la divinidad; y es que en el suelo aquel salía más humo que el que suele salir cuando quedan los últimos rescoldos.

Y mientras se ase tenazmente al presagio divino, encontrados por azar unos pequeños leños para el fuego, a fuerza de soplar, hizo brotar la llama y dio así de beber a sus hijos agua caliente. Nada más beberla, sumidos en un suave sueño de pronto se vieron libres de la pestilente virulencia de la enfermedad y le dijeron a su padre que habían visto en sueños que un dios que no podían precisar les había humedecido el cuerpo con una esponja y que les había ordenado que sacrificasen en el altar del padre Dite y de Prosérpina, que era quien le había llevado la poción, una víctima de pelo negro y que instituyesen unos lectisternios[30] y juegos nocturnos.

Valesio, como no había visto altar alguno, creyendo que la divinidad lo que quería era que allí se le construyese uno, partió rápido a la ciudad a comprar uno dejando allí a unos siervos que tenían que cavar el terreno hasta suelo firme con el fin de echar los cimientos. Éstos, siguiendo las instrucciones de su dueño, cuando llegaron a una profundidad de veinte pies, entre la tierra que habían sacado encontraron un altar dedicado al padre Dite y a Prosérpina. Cuando Valesio lo supo por boca de un esclavo, renunciando a su intención de comprar un altar, inmoló en Tarento unas víctimas negras que antiguamente se llamaban «oscuras» y celebró durante tres noches consecutivas unos juegos y unos lectisternios, porque tres eran los hijos que habían sido salvados de la muerte.

---

[30] Los lectisternios eran unos banquetes sagrados que tenían lugar en presencia de las estatuillas de los dioses dando a entender que éstos participaban como comensales.

Siguiendo este ejemplo, Valerio Publícola, que fue el primer cónsul[31], en el deseo de socorrer a sus ciudadanos, pronunciando públicamente sus votos solemnes junto al altar mismo y tras inmolar bueyes negros, machos en honor de Dite y hembras en honor de Prosérpina, una vez celebrados juegos y lectisternios durante tres noches seguidas, soterró el altar tal como estaba antes.

A medida que crecieron los recursos de Roma creció 6
también la suntuosidad de los juegos religiosos. En este continuo apogeo, Quinto Cátulo, imitando la pomposidad de la Campania, fue el primero en cubrir con toldos el espacio reservado a los espectadores. Gneo Pompeyo fue quien por primera vez atenuó el calor del verano haciendo bajar agua por los pasillos. Claudio Pulcro dio al frente del edificio escénico, que antes había consistido en tableros sin pintar, un tono multicolor[32]. Gayo Antonio lo revistió totalmente de plata, Petreyo de oro, y Quinto Cátulo de marfil. Los Lúculos lo hicieron giratorio y Publio Léntulo Espínter lo adornó con decoraciones de plata. Marco Escauro presentó con una

[31] Valerio Publícola, cónsul el 509 a. C., según la tradición promovió la ley de apelación para el caso en que un ciudadano romano fuese condenado por un magistrado a la pena de muerte o a un castigo corporal. Abolida por los decénviros, fue puesta de nuevo en vigor por los cónsules del 449 a. C., Lucio Valerio y Marco Horacio, junto con la ley que confería la inmunidad a los tribunos de la plebe. De todos modos, la cronología de estos hechos es sospechosa, así como la coincidencia del nombre de Valerio para un cónsul del 509 y del 449. La tradición nos dice además que los dos primeros cónsules electos fueron Bruto y Colatino; según Livio el año 510 y según Catón y Polibio el año 507 a. C.

[32] La decoración llegó a tal punto de realismo que Plinio *(Historia Natural* XXXV 23) afirma que unos cuervos volaron hacia las tejas pintadas creyendo que eran reales. También Lucrecio (IV 75-83) menciona los *vela* magníficamente coloreados que, extendidos sobre el teatro, al atajar el resplandor del sol realzaban el efecto de la escena decorada.

exquisita clase de vestido a la compañía teatral que antes había vestido túnicas escarlatas.

7 El primer espectáculo de gladiadores fue dado en Roma en el Foro Boario[33], en el consulado de Apio Claudio y Quinto Fulvio. Lo patrocinaron Marco y Décimo, hijos de Bruto Pera, para conmemorar la memoria de su padre con un espectáculo fúnebre. La competición de atletas pudo realizarse gracias a la munificencia de Marco Escauro.

CAPÍTULO 5

5, 1 Nadie vio nunca una estatua de oro ni en Roma ni en parte alguna de Italia antes de que Marco[34] Acilio Glabrión colocase en el templo de la Piedad una estatua ecuestre en honor a su padre. Y por lo que respecta a este templo, el propio Acilio lo había erigido durante el consulado de Publio Cornelio Cetego y Marco Bebio Tánfilo dando cumplimiento a una promesa por haber vencido al rey Antíoco en las Termópilas[35].

2 El derecho civil, oculto durante muchos siglos con los ritos y ceremonias de los dioses inmortales y conocido solamente por los pontífices, lo divulgó el escriba Gneo Flavio, hijo de un liberto, elegido edil curul en medio de la indignación general de la nobleza, quien dio también a conocer a

[33] Se le llamaba así porque era donde tenía lugar la feria de bueyes y vacas y estaba situado entre el Palatino y el Tíber.

[34] Faranda da esta resolución para la M de los manuscritos *L* y *A*, pero Kempf corrige por Manlio basándose en la nota marginal de los códices *A* y *Par*.

[35] El suceso tuvo lugar el 191 a. C., si bien Antíoco no fue derrotado de manera definitiva hasta dos años más tarde en la batalla de Magnesia. T. Livio (XL 34, 5) sitúa la construcción del templo en el año 181.

casi todo el pueblo los días fastos[36]. Éste, un día que iba a visitar a un colega suyo que estaba enfermo, al no encontrar un sitio donde sentarse, porque los nobles ocupaban por completo la habitación del enfermo, ordenó que le acercasen una silla curul y se sentó en ella, reivindicando así el honor que se le debía y vengando al mismo tiempo el desprecio que se le había hecho[37].

El proceso por envenenamiento, desconocido en las cos- 3
tumbres y en las leyes romanas, tuvo su origen cuando se descubrió este tipo de crimen que realizaban muchas matronas. Y es que de estas matronas, al envenenar a sus maridos valiéndose de insidias y ser descubiertas por la denuncia de una sola esclava, parte de ellas en número de ciento setenta fue condenada a la pena de muerte.

También el colegio de flautistas suele atraer la atención 4
de todo el mundo en el foro cuando, en el desarrollo de las ceremonias públicas y privadas, con la cabeza cubierta con máscaras y vestidos variopintos, toca armoniosamente. A partir de esta costumbre surgió la permisividad. En cierta ocasión en que les impidieron comer en el templo de Júpiter como siempre habían hecho, airados, se marcharon al Tíbur. El senado entonces, no pudiendo soportar que las ceremonias sagradas se vieran privadas de sus servicios, envió una embajada a Tíbur pidiéndoles que por favor regresaran a los

---

[36] Es decir, los días en que podían actuar los tribunales y realizar otra serie de tareas, como el mercado.

[37] T. Livio (IX 46, 1) sitúa este suceso en el año 304 a. C. y habla de la importancia que el hecho tuvo para el proceso democrático en los siguientes términos: «Flavio luchó encarnizadamente con el patriciado, que lo despreciaba por su origen humilde. Publicó las reglas del procedimiento civil, reglas que los pontífices mantenían en secreto, e hizo colocar en el foro tablas en las que estaban escritos los días de los juicios, para que todos pudiesen saber cuándo les era posible solicitar legalmente un proceso». Se trata de las *legis actiones*.

templos de Roma. Al perseverar éstos en la decisión tomada, los tiburtinos simularon un banquete sagrado y, cuando ya los tenían adormecidos por el vino, los llevaron en carros a la ciudad. Se les restituyó entonces su honor de otro tiempo y se les permitió el derecho de ese divertimento. El uso de las máscaras tiene su origen en la vergüenza por el estado de embriaguez.

5 La prueba más cierta de continencia y de buen proceder fue la famosa sencillez de los antiguos a la hora de comer: incluso los hombres más importantes no sentían pudor alguno en comer o cenar a la vista de todos. Y es que, en verdad, no celebraban comidas que pudieran causar sonrojo a los ojos del pueblo. Eran tan proclives a la continencia que comían gachas de harina con más frecuencia que pan y por eso en los sacrificios empleaban una tarta llamada «mola»[38], hecha de harina y sal. Las entrañas eran rociadas con harina y a los pollos de los que se tomaban auspicios se les arrojaban también gachas de harina. Así pues, con las primicias y libaciones de su comida hacían propicios a los dioses con tanta mayor eficacia cuanta sencillez.

6 Y en cuanto a los otros dioses, eran objeto de veneración para obtener de ellos beneficios; a la diosa Fiebre le rendían culto en los templos para que fuese menos nociva; de estos templos había uno en el Palatino, otro en la plaza donde estaban los monumentos a Mario, y un tercero en la parte más alta del Barrio Largo. A todos ellos llevaban los remedios que habían estado en contacto con el cuerpo de los enfermos. Todos estos remedios para mitigar el delirio producido por la fiebre eran el fruto de la experiencia. Por lo

[38] La «mola» era una tarta de harina de cebada, tostada y mezclada con sal, que se empleaba en los sacrificios echándola sobre la frente de la res y en la hoguera en que iba a ser quemada.

demás, velaban por su salud con la más segura e infalible defensa, la del trabajo, y la frugalidad era para ellos algo así como la madre de su buena salud, enemiga de grandes banquetes, apartada del exceso de vino y contraria al uso desmedido de placeres carnales.

CAPÍTULO 6

Los ciudadanos de Esparta tuvieron una severidad de 6, 1
costumbres semejante a la de nuestros mayores. Estos ciudadanos, sometiéndose a las severísimas leyes de Licurgo, apartaron sus ojos durante algún tiempo del esplendor que podía provocar Asia, para que, seducidos por sus encantos, no cayeran en un modo de vida más refinado: habían oído, en efecto, que de allí procedían la suntuosidad, los gastos sin límite y toda clase de placeres no necesarios y que los jonios fueron los primeros en darse ungüento, adornarse con coronas en los banquetes y haber introducido la costumbre de poner segundos platos, estímulos nada pequeños de la lujuria. Y no tiene nada de extraño que unos hombres orgullosos de su trabajo y capacidad de sacrificio no quisieran enervar y afeminar con el contagio de placeres foráneos las más tenaces fuerzas de la patria, sobre todo porque veían que era mucho más fácil el paso de la virtud a la lujuria que de la lujuria a la virtud. Que no eran vanos sus temores lo dejó bien claro su general Pausanias[39], pues tras haber realizado las más grandes empresas, tan pronto como se entregó

[39] Pese a ser venerado como héroe nacional por su triunfo contra los persas en Platea el año 479 a. C., terminó intrigando con Jerjes y murió encerrado en el templo de Minerva el año 471 a. C.

a las costumbres de Asia, no sintió pudor alguno en debilitar su fortaleza con cuidados propios de mujeres.

2 Los ejércitos de estos ciudadanos no solían trabar combate hasta que se habían dado ánimos con el sonido de las flautas y el canto rítmico de anapestos cual si de una arenga se tratara, exhortados así a combatir valerosamente con el enemigo por medio del vigoroso y repetitivo ritmo sonoro. Estos mismos ejércitos, para disimular y ocultar la sangre de las heridas de los suyos, usaban túnicas rojas en combate, no tanto para aterrorizar con su aspecto cuanto para no dar confianza alguna al enemigo.

3 Siguen a los egregios espíritus del valor militar de los lacedemonios los atenienses, las personas más prudentes en las costumbres de la paz; entre éstos, la inercia enervada por la molicie fue llevada de sus domicilios al foro cual si de un delito se tratara y dio como resultado que se la considerara rea de una culpa no tanto criminal cuanto vergonzosa.

4 También la respetabilísima asamblea de esta ciudad, el Areópago[40], solía investigar con gran diligencia cualquier asunto que todo ateniense llevase hasta ella, así como las ganancias obtenidas para que los hombres fuesen honestos, teniendo siempre presente que habían de dar cuenta de su vida.

5 La misma Atenas fue la primera en introducir la costumbre de honrar a los buenos ciudadanos con una corona ciñendo la egregia cabeza de Pericles con dos ramas entrelazadas de olivo, costumbre encomiable tanto si se tiene en

[40] El Areópago era un tribunal formado por la aristocracia ateniense a través del cual elegían a los arcontes o supremos magistrados. Además de encargarse de los juicios de sangre, Efialtes lo convirtió en guardián del Estado y órgano de control de los cargos públicos. Pericles eliminó sus prerrogativas en beneficio de la *ekklēsía* o *boulé* al permitir que pudiera acceder a las altas magistraturas un mayor número de grupos sociales.

cuenta el hecho como la persona: y es que el honor es el más fértil alimento de la virtud y Pericles fue con mucho el más digno de iniciar la facultad de conceder tal distinción.

¡Y qué gran institución aquella de los atenienses, qué 6
digna de recuerdo la costumbre de que el liberto convicto de ingratitud para con su patrono fuera privado legalmente de la libertad! «Renuncio —dice— a tenerte como conciudadano porque te has mostrado indigno de tan gran distinción y no puedo creer que seas útil a la ciudad cuando veo que te comportas tan malamente en tu casa. Vete, pues, y sigue siendo esclavo ya que no has sabido ser libre».

Los marselleses siguen teniendo todavía hoy esta cos- 7
tumbre, famosos ellos por la seriedad de su educación, por la observancia de las viejas costumbres y, sobre todo, por su amistad con el pueblo romano. Éstos permiten que hasta por tres veces sea rescindida la manumisión de un mismo esclavo si aprecian que el dueño ha sido engañado otras tantas veces. La cuarta vez consideran que ya no se debe a un engaño, porque el que se deja engañar tantas veces, si recibe alguna injuria, es ya por su culpa.

Estos ciudadanos de Marsella son los más acérrimos guardianes de la moralidad pública, no permitiendo a los mimos que actúen en el teatro porque sus actuaciones las más de las veces tienen como argumento estupros; de esta manera, al no haber costumbre de contemplar estos temas, quitan también la posibilidad de imitarlos. A todos los que buscan la posibilidad de vivir sin hacer nada so pretexto de alguna actividad religiosa, les cierran las puertas y consideran que esta actividad debe ser prohibida por engañosa y falsa. Por lo demás, desde que se fundó la ciudad hay allí una espada con la que se da muerte a los culpables, ciertamente la espada ya está corroída por la herrumbre y a duras penas vale para este fin, pero deja bien claro que, incluso en

los asuntos de poca monta, los ciudadanos son conservadores de todos los recuerdos de su antigua tradición.

Ante las puertas de la ciudad pueden verse dos ataúdes; en uno llevan sobre un carro hasta el lugar de la sepultura los cuerpos de los hombres libres y en el otro los cuerpos de los esclavos, y siempre sin lamentos ni llanto. El día del funeral concluye con un sacrificio celebrado en la intimidad y una comida de los familiares. Y es que, en efecto, ¿de qué sirve abandonarse al dolor por una pérdida humana o ganarse la animadversión de los dioses por no haber querido que también nosotros seamos partícipes de la inmortalidad que sólo ellos tienen?

En aquella ciudad guardan públicamente el veneno preparado con la cicuta que se le da a aquel que expone ante los Seiscientos —éste es el nombre que se da a su consejo de ancianos— los motivos por los que desea morir. Una vez que se tiene conocimiento de este deseo, atemperado con una varonil benevolencia que no permite morir de manera temeraria y que proporciona un rápido desenlace al que desea morir, tanto a los que han gozado de una suerte próspera como a los que la han tenido adversa (pues ambas son motivos de suicidio, una para que no cambie de rumbo y la otra para que no dure más tiempo), tras contar con la aprobación pública, se les permite morir.

8 En mi opinión, esta costumbre de los marselleses no es originaria de la Galia sino que la importaron de Grecia; de hecho, observé que también se conserva en la isla de Ceos cuando llegué a la ciudad de Júlide con motivo de mi viaje a Asia acompañando a Sexto Pompeyo[41]. Sucedió allí que por

[41] Se trata del senador Sexto Pompeyo, su protector, que fue cónsul el 14 d. C. y al que en el año 27 d. C. acompañó a la provincia de Asia, cuyo gobierno le fue encomendado en tiempos ya de Tiberio.

azar una mujer de la más distinguida nobleza, pero de edad muy avanzada, habiendo expuesto a los ciudadanos las razones por las que quería morir, decidió suicidarse con veneno y estimaba que su muerte sería mucho más conocida haciéndolo en presencia de Pompeyo. Y este ilustre varón, sumamente conocido por toda clase de virtudes, especialmente la de la compasión, no hizo oídos sordos a las súplicas de la mujer. Vino a donde ella estaba y con palabras elocuentes que fluían de su boca cual si de una fuente pura de elocuencia se tratara, sin poder hacerla cambiar de opinión, terminó por permitirle que hiciese lo que se había propuesto. Esta mujer, que ya había cumplido noventa años, con gran entereza de alma y cuerpo, recostándose en el lecho que había dispuesto con más esmero del habitual según podía apreciarse, apoyándose en el brazo, dijo: «Sexto Pompeyo, que los dioses que ahora dejo más que los que busco te concedan los mayores favores, porque no mostraste aversión al aconsejarme vivir ni tampoco al asistir como espectador a mi muerte. Además, yo que he contemplado siempre la cara alegre de la fortuna, para no verme obligada a contemplar la cara triste por el deseo de vivir más tiempo, cambio los últimos días de mi vida por una muerte placentera, yo que dejo tras de mí dos hijas y un buen número de nietos». Tras exhortar después a los suyos a la concordia y una vez repartida la herencia con el encargo explícito a su hija mayor de que respetase su memoria y la de los dioses del hogar, con mano firme, cogió la copa en que había mezclado el veneno. A continuación, después de hacer unas libaciones en honor a Mercurio e invocar su nombre para que la llevase en plácido viaje a un sitio mejor del mundo infernal, de un trago bebió ávidamente la mortífera poción y, dando a entender con sus palabras que el rigor de la muerte poco a poco se iba adueñando de las partes de su cuerpo, cuando

decía que ya era inminente que se aproximara a su corazón y a sus entrañas, llamó a su lado a las hijas para que con sus manos cumplieran con el deber último de cerrarle los ojos.

Nuestros ojos, sin embargo, aunque estábamos estupefactos ante aquel espectáculo nunca visto antes, quedaron anegados en lágrimas.

9 Pero, volviendo a los marselleses de los que me había apartado con este relato, no permiten que nadie entre armado en su ciudad y siempre hay uno que guarda las armas, presto a devolverlas al que sale de la ciudad; todo ello para que la hospitalidad de los que llegan y su seguridad personal estén a buen recaudo.

10 Los que salen de sus murallas se encuentran con aquella vieja costumbre de los galos. De éstos se dice que desde tiempos inmemoriales tienen que prestar dinero que más tarde se les devolverá en la otra vida, porque están convencidos de que las almas de los hombres son inmortales. Yo diría que están locos, si no fuese porque estos hombres que llevan pantalones bragados[42] tienen las mismas creencias que Pitágoras, que viste el manto griego.

11 Avara e interesada es la filosofía de los galos, alegre y corajuda la de los cimbrios y celtiberos, que en combate saltaban de alegría como si fueran a partir de esta vida gloriosa y felizmente y se lamentaban de la enfermedad, como si fueran a morir vergonzosa y miserablemente. Los celtíberos, además, consideraban una acción impía sobrevivir al combate si había muerto aquel por cuya salvación habían jurado solemnemente combatir. Hay que elogiar también la presencia de ánimo de unos y otros porque consideraban que

---

[42] Se refiere a los habitantes de la *Gallia Bracata*, la Narbonense, ya que los otros habitantes de la Galia eran más conocido por llevar el pelo largo —*Gallia comata*— o la toga romana —*Gallia togata*—.

había que proteger valientemente la seguridad de la patria y la palabra dada a un amigo.

En verdad, habría podido reivindicar con toda razón la 12
gloria de la sabiduría el pueblo aquel de Tracia que, celebrando con llanto el nacimiento de los hombres y con gran alegría los funerales, vio mejor que nadie, sin preceptos de maestro alguno, la verdadera esencia de nuestra naturaleza. Apartemos, pues, los placeres propios de nuestra condición animal, que nos obliga a hacer y sufrir muchas cosas de manera vergonzosa, si sabemos que el final es mucho más feliz y dichoso que el comienzo.

La razón por la que los licios visten ropa de mujer cuan- 13
do se ven afectados por una situación luctuosa no es otra que, conmovidos por la vergüenza de su vestimenta, desterrar cuanto antes una absurda tristeza.

Pero, ¿por qué debo alabar yo a los hombres como más 14
fuertes en este tipo de sabiduría? Veamos también lo que hacen las mujeres de la India. Éstas, como suelen ser muchas las esposas de un solo marido según su costumbre, cuando muere el marido entablan un proceso judicial para ver cuál era la esposa predilecta de aquél. La que sale vencedora, exultante de alegría y acompañada por los familiares más próximos, con el semblante risueño se arroja sobre la pira del esposo y muere cremada con él como si fuese la mujer más feliz: las otras mujeres que sobreviven permanecen de por vida sumidas en la tristeza y la aflicción.

Recuerda también la audacia de los cimbrios, haz lo propio con la fidelidad de los celtíberos, suma a éstas la valerosa sabiduría de los tracios, une el inteligente comportamiento de los licios a la hora de abandonar el luto y, sin embargo, nada pondrás por delante de la pira de los indios, a la que camina el amor de una esposa cual si de un lecho nupcial se tratara y sin preocuparse de la muerte inminente.

15 A un ejemplo tan glorioso yo contrapondré el desdoro de las mujeres cartaginesas para que el contraste resalte más mediante la comparación. En efecto, hay en Sica un templo de Venus al que se retiraban las mujeres, y al salir de él incrementaban el dinero de su dote prostituyendo su cuerpo, dispuestas a contraer un matrimonio honesto mediante práctica tan deshonesta.

16 Sumamente loable fue la costumbre aquella de los persas de no ver a sus hijos antes de cumplir los siete años, para poder soportar con ánimo más sereno la pérdida eventual de sus pequeños[43].

17 Y en verdad que tampoco hay que censurar a los reyes númidas que según la costumbre de su pueblo no besaban a nadie. Como que es conveniente que todo aquello que está colocado en un alto nivel esté desprovisto de la costumbre vulgar y común para así respetarlo mejor.

CAPÍTULO 7

Sobre la disciplina militar

Voy ahora a hablar del honor más importante y el fundamento del Imperio Romano, conservado hasta el día de hoy íntegro e incólume con salutífera perseverancia: el vínculo más tenaz de la disciplina militar en cuyo seno y bajo cuya tutela reposa sereno y tranquilo el estado de una paz feliz.

---

[43] Ésta y las otras noticias sobre pueblos extranjeros de Oriente parece haberlas tomado de Heródoto, aunque matices como la edad de los niños a que aquí se alude son diferentes en Estrabón.

Publio Cornelio Escipión, a quien la destrucción de Cartago le dio el sobrenombre de su abuelo, enviado como cónsul a Hispania para acabar con la insolente actitud de los numantinos alimentada por culpa de los generales anteriores, en el momento mismo en que entró en el campamento dispuso que todo aquello que habían adquirido para tener una vida más placentera fuese sacado de allí y eliminado: en efecto, hay constancia de que entonces de allí salió un elevado número de vendedores ambulantes y cantineros junto con dos mil prostitutas. Librado así de esta vergonzosa y sonrojante sentina, nuestro ejército, que poco antes se había manchado con un tratado de paz vergonzoso por miedo a la muerte, una vez recuperado y restablecido el valor, destruyó la fiera y altiva Numancia, dejándola completamente asolada por el fuego y sin quedar piedra sobre piedra. De esta manera, la capitulación vergonzosa de Mancino[44] fue prueba de la negligencia en la disciplina militar y el triunfo espléndido de Escipión el premio de la disciplina restaurada y conservada. 7, 1

Metelo, siguiendo la línea de conducta de Escipión, cuando en la guerra contra Jugurta en África recibió en calidad de cónsul un ejército corrompido por la excesiva tolerancia de Espurio Albino, antes que nada procuró con todos los medios a su alcance hacerlo volver a la disciplina de otros tiempos. Y no se limitó a sólo unas pocas medidas, sino que de inmediato recuperó la disciplina por completo y 2

[44] Gayo Hostilio Mancino mandaba un gran ejército en la guerra de Numancia, pero, rodeado en las afueras de la ciudad fue obligado a rendirse el 137 a. C. Roma consideró infamante el tratado de paz que firmó y el excónsul, con la camisa como única prenda y las manos atadas a la espalda, permaneció un día entero ante las puertas de la ciudad porque sus habitantes no querían recibirlo para no reconocer la ruptura del tratado de paz. La ciudad fue finalmente destruida por Escipión el 134 a. C.

la puso en su sitio. Para empezar, alejó del campamento a los cantineros y prohibió que se vendiesen alimentos cocidos; no permitió que en las marchas soldado alguno se sirviera de esclavos ni de animales de carga para que le llevasen las armas o la comida; a continuación cambió el emplazamiento del campamento y lo rodeó, muy concienzudamente, con una empalizada y un foso como si Jugurta estuviese siempre presente. ¿Y de qué le sirvió la recuperación de la continencia y el trabajo continuado? Pues que obtuvo repetidas victorias y abundantes triunfos sobre aquel enemigo cuyas espaldas el soldado romano no pudo ver hasta que estuvo a las órdenes de un general ambicioso[45].

3 Contribuyeron bien a la disciplina militar también aquellos que, rotos los vínculos del parentesco, no dudaron en exigir el castigo y la venganza de sus propias familias incluso a costa de la ignominia: así por ejemplo, el cónsul Publio Rupilio, en la guerra emprendida contra unos esclavos fugitivos en Sicilia, ordenó a su yerno Quinto Fabio que abandonara la provincia porque había perdido la ciudad de Taormina por una negligencia suya.

4 El cónsul Gayo Cota condenó a ser azotado y prestar servicio como soldado de infantería a Publio Aurelio Pecuniola, pariente suyo, al que había encargado el asedio de Lípari al partir él para Mesina a consultar los auspicios. Por su culpa la empalizada del campamento fue pasto de las llamas

---

[45] Sobre la campaña de Metelo en la guerra contra Jugurta, bien narrada por Salustio, cabe destacar no sólo la recuperación de la disciplina militar sino también la derrota de Jugurta sobre el río Mutule y la consiguiente huida de éste al interior del país. No obstante, Metelo y los optimates fueron acusados de prolongar deliberadamente la guerra y en los comicios del año 107 los populares presentaron la candidatura de Mario, que le sucedió en el mando de las tropas.

y el campamento mismo estuvo a punto de ser tomado por el enemigo.

También el censor Quinto Fulvio Flaco apartó del sena- 5
do a su hermano Fulvio[46] porque había osado licenciar,
contra la orden del cónsul, la legión de la que formaba parte
como tribuno militar. Ejemplos tan memorables no los trata-
ría en pocas palabras si no me urgieran otros aún más im-
portantes. ¿Qué hay, pues, más difícil de hacer que ordenar
el regreso ignominioso a casa de un familiar del mismo
pueblo y linaje, o que aplicar el afrentoso castigo de varas a
quien forma parte del mismo árbol genealógico, o que hacer
uso de la severidad de censor contra el amor fraterno?

Concedamos estos méritos singulares a otras ciudades; aunque ilustres, sin embargo, parecerán levantarse sólidamente sobre la gloria de la disciplina militar.

Nuestra ciudad, en cambio, que ha llenado todo el orbe 6
terrestre con ejemplos de todo tipo dignos de admirar, para
que no faltase el castigo si se quebrantaba la disciplina mi-
litar, recibió con doble sentimiento las hachas empapadas de
la propia sangre de los generales: en público, delante de los
soldados por el campamento, de manera solemne; en priva-
do, con tristeza, sin saber bien si alegrarse o consolarse.

Así pues, también yo con ánimo dudoso os abrazo en el recuerdo y en el relato a vosotros, Postumio Tuberto y Manlio Torcuato, los más firmes baluartes de la disciplina militar, porque me doy cuenta de que, abrumado por el peso de la gloria que os habéis ganado, puede ocurrir que deje al descubierto la incapacidad de mi ingenio más que la exaltación de vuestros méritos tal como os corresponde. Pues tú,

[46] El padre, elegido censor en el 231 a. C., ocupó después diferentes magistraturas, entre ellas el consulado tres veces durante la Segunda Guerra Púnica, tiempo en el que hay que situar esta anécdota.

Postumio, como dictador, a Aulo Postumio, a quien habías engendrado para propagar la sucesión de tu linaje y los dioses familiares, a quien habías dado en tu regazo besos y ternura cuando era niño, a quien habías educado de niño e instruido en la milicia cuando era joven para hacer de él un hombre honesto, fuerte, amante de ti y de la patria, lo condenaste a ser decapitado porque, habiendo desobedecido tus órdenes, por su propia iniciativa salió del campamento, aunque regresó victorioso. Para hacer cumplir esta orden hiciste valer la autoridad de tu cargo, tú, su propio padre.

También tú, Torcuato, siendo cónsul en la guerra contra los latinos, ordenaste al lictor que prendiera a tu hijo y le diera muerte cual si de una víctima de sacrificio se tratara, porque, retado a combate por Gémino Mecio, el caudillo de los tusculanos, sin que tú lo supieses, accedió a combatir. Y lo ordenaste matar aunque regresó victorioso trayendo los despojos del enemigo: consideraste que era preferible que un padre se quedara sin su hijo a que la patria se quedara sin disciplina militar[47].

7 Ea pues, ¿de qué espíritu pensamos que se valió el dictador Lucio Quincio Cincinato[48] en las circunstancias aquellas en que, derrotados y obligados a pasar bajo el yugo los ecuos, forzó a Lucio Minucio a dejar el cargo de cónsul porque los enemigos habían asediado su campamento? Consideró que era indigno de la mayor magistratura militar

[47] Todos estos ejemplos de disciplina militar corresponden a los primeros años de la República y su veracidad histórica hay que ponerla en entredicho. En cualquier caso, cumplen su función dentro de la ideología por mantener la paz y el orden que propugna Tiberio.

[48] Es mundialmente célebre la leyenda que narra cómo fue nombrado dictador mientras labraba sus escasas cuatro yugadas y, limpiándose el polvo y el sudor, se vistió la toga que su mujer le había llevado. Marchó a la guerra y, tras 16 días, abandonó el cargo de dictador para regresar al campo. La leyenda nos la transmite, entre otros, T. Livio, III 26.

aquel a quien habían salvado no su valor, sino el foso y la empalizada, y no había sentido pudor alguno en tener al ejército romano, lleno de miedo, tras las puertas cerradas. En consecuencia, las poderosísimas doce fasces, el mayor orgullo del senado, el orden ecuestre y toda la plebe romana, bajo cuya autoridad se regía todo el poder del Lacio e Italia entera, humilladas y en entredicho, tuvieron que someterse al castigo del dictador. Y para que no quedase impune el prestigio dañado, el propio cónsul fue castigado como culpable de todo el deshonor. Con este acto expiatorio, por así decirlo, ¡oh Marte!, padre de nuestro Imperio, cuando alguien se había hecho indigno de tu protección, se hacía un sacrificio expiatorio a tu divinidad por medio de una nota difamatoria de afines, familiares y hermanos, la muerte de los hijos y la ignominiosa abdicación de los cónsules.

Los ejemplos que siguen son del mismo orden. El dicta- 8
dor Papirio, cuando Quinto Fabio Ruliano, comandante de caballería, había sacado a combatir a su ejército en contra de la orden dada, aunque había regresado victorioso al campamento tras aplastar a los samnitas, sin dejarse llevar por el valor que había demostrado ni por el éxito ni la nobleza de su familia, ordenó que se prepararan las varas y que él fuera desnudado. ¡Oh espectáculo digno de admirar! Un Ruliano, además comandante de caballería y vencedor, con las vestiduras desgarradas y el cuerpo desnudo, tuvo que ofrecerse a los azotes de los lictores para que, con la sangre renovada de las heridas causadas por los golpes de varas, rociase los títulos de las victorias que poco antes había conseguido de manera brillante. A continuación, el ejército con sus súplicas proporcionó a Fabio la ocasión de refugiarse en la ciudad donde en vano imploró la ayuda del senado, pues Papirio se mantuvo firme en exigir el castigo. Y así su padre,

una vez dictador y tres veces cónsul, se vio obligado a llevar la propuesta al pueblo y a pedir ayuda a los tribunos de la plebe a favor de su hijo. Tampoco este hecho pudo refrenar la severidad de Papirio. Por lo demás, y dado que se lo pidieron todos los ciudadanos y hasta los mismísimos tribunos de la plebe, dejó bien claro que él condonaba aquel castigo no a Fabio, sino al pueblo y al poder de los tribunos[49].

9 También el cónsul Lucio Calpurnio Pisón, cuando hacía la guerra en Sicilia contra los esclavos fugitivos, porque el prefecto de caballería Gayo Ticio, rodeado por la multitud de los enemigos fugitivos, había entregado las armas a éstos, castigó al prefecto con la siguiente clase de ignominias: ordenó que él, vestido con la toga sin orlas y una túnica de colores, con los pies descalzos, estuviese desde la mañana hasta la noche ininterrumpidamente delante del cuartel general todo el tiempo de su servicio militar. Le prohibió también hablar con nadie y usar los baños; y a los escuadrones de caballería que había mandado, una vez que le fueron quitados los caballos, los incorporó a las alas de honderos[50]. En verdad vengó la grave ofensa infligida a la patria con igual deshonor para los culpables, puesto que en realidad Pisón hizo esto para que quienes, ansiosos de vivir, habían permitido a los esclavos fugitivos dignos de crucifixión presumir de su victoria y no habían sentido vergüenza de que unos esclavos impusiesen su yugo sobre la libertad, experimentasen la amarga necesidad de vivir y deseasen varonil-

[49] El suceso tuvo lugar en la guerra contra los samnitas a finales del siglo IV a. C.

[50] Naturalmente, este acto constituía una degradación militar por cuanto los honderos eran por lo general soldados no romanos que combatían como auxiliares o mercenarios, mientras que la caballería la formaban desde sus inicios los ciudadanos que pertenecían a un elevado estatus social.

mente la muerte que habían temido cual si de mujeres se tratara.

También Quinto Metelo actuó con una severidad no 10
menor que la de Pisón. Cuando combatía en Contrebia[51], a las cinco cohortes que él había colocado en una determinada posición y que el enemigo había desalojado de ella, les ordenó que volviesen a tomarla de inmediato; y dio esta orden no porque esperase que podían volver a recuperar la posición perdida, sino para castigar la culpa del combate anterior con el peligro evidente de la batalla próxima. Decretó también que si alguno, huyendo, trataba de refugiarse en el campamento, sería ejecutado como si de un vulgar enemigo se tratara. Los soldados, presionados por esta severidad, aunque tenían el cuerpo y el ánimo fatigados, aunque no esperaban seguir vivos, superaron no obstante la desigualdad del terreno y dieron muerte a multitud de enemigos. En consecuencia, la necesidad es el más eficaz remedio de la debilidad humana.

En la misma provincia, Quinto Fabio Máximo, deseando 11
golpear por completo y debilitar los ánimos de un pueblo muy guerrero, obligó a su natural condición de ser clemente a dejar a un lado la clemencia y a comportarse severamente durante algún tiempo: a todos los que habían desertado de las guarniciones romanas para refugiarse entre el enemigo y que habían sido hechos prisioneros, les cortó las manos para que, llevando ante sí los brazos mutilados, le quitasen las ganas de huir a los demás. De esta manera, las manos rebeldes, separadas del cuerpo y esparcidas por el suelo bañado de sangre, sirvieron de admonición a los demás para que no intentasen hacer lo mismo.

---

[51] En la Hispania Tarraconense, en el actual municipio de Botorrita (Zaragoza).

12 Y nadie más compasivo que Escipión Africano el Mayor. Sin embargo él, para mantener firme la disciplina militar, pensó que debía cambiar aquello que era lo más opuesto a su natural condición de ser, la amargura de la severidad. Y así, una vez conquistada Cartago, como volviese a tener a sus órdenes a todos aquellos que habían desertado de los nuestros para ponerse al lado de los cartagineses, tomó medidas más severas contra los romanos que contra los latinos[52]: a los primeros los hizo crucificar como esclavos fugitivos; a los segundos les cortó la cabeza como aliados rebeldes.

No voy a proseguir este relato ya sea por tratarse de Escipión, ya sea porque no conviene arrojar sobre la sangre de Roma un castigo propio de esclavos aunque bien merecido, sobre todo cuando se me da la ocasión de tratar de aquellos sucesos que pueden ser narrados sin reabrir heridas patrias.

13 Así por ejemplo, Africano el Menor, una vez sometido el imperio cartaginés, entregó a las fieras a los desertores extranjeros cuando ofreció al pueblo unos espectáculos circenses.

14 Y también Lucio Paulo, tras vencer al rey Perseo[53], puso como alfombra de los elefantes a gentes de su propio pueblo y reos de la misma culpa: ejemplo sin duda utilísimo si se me permite dar una humilde opinión sobre los hechos de hombres muy ilustres sin ser tildado de soberbio.

15 Pero es el momento de hablar también de las decisiones tomadas no sólo por particulares sino por el senado en pleno

---

[52] Los primeros eran ciudadanos romanos, mientras que, de los segundos, unos habían sido aliados y otros, sobre todo los de la Campania, habían estado de parte de Aníbal.

[53] En Pidna, Macedonia, el 168 a. C., lo que supuso un acontecimiento decisivo en la conquista del oriente griego al poner fin a la monarquía macedonia.

en aras de conservar y proteger la disciplina militar. Lucio Marcio, tribuno militar, tras agrupar con admirable valor los restos dispersos de los dos ejércitos, los de Publio y Gneo Escipión, derrotados en Hispania por los cartagineses, al ser proclamado general por los mismos soldados y dar cuenta al senado de lo que había hecho, comenzó de este modo la carta: «Lucio Marcio propretor». Los senadores no vieron con agrado que se apropiara indebidamente de este título, ya que los generales solían ser nombrados por el pueblo y no por los soldados. En unas circunstancias tan adversas y tan peligrosas por el daño enorme que se podía ocasionar a la República, incluso un tribuno militar debía haber sido objeto de adulación porque verdaderamente él solo se había bastado para enderezar la situación de todo el estado. Pero ningún éxito militar ni mérito alguno fue de más valor que la disciplina militar.

A su favor tenían la valiente severidad de que habían hecho uso sus antepasados en la guerra de Tarento. En esta guerra, quebrantadas y abatidas las fuerzas de la República, cuando recibieron un gran número de ciudadanos prisioneros enviados espontáneamente por el rey Pirro, decretaron que todos aquellos que habían formado parte de la caballería fueran degradados a la condición de soldados de infantería y que todos los que habían sido soldados de infantería pasaran a formar parte de las tropas auxiliares de honderos; decretaron también que ninguno de ellos acampase dentro del campamento, ni protegiese con una empalizada o foso el lugar que le habían asignado fuera, y que tampoco levantasen tiendas de piel. Les prometieron que serían reintegrados en su primitivo destino militar si traían por dos veces despojos del enemigo. Presionados por estos castigos, pasaron de ser regalillos vergonzosos de Pirro a los soldados más aguerridos contra él.

Semejante cólera desató el senado contra aquellos que habían desertado de Cannas. En efecto, habiéndoles relegado con un severísimo decreto a la condición de menos que muertos, una vez recibida una carta de Marco Marcelo para que se le autorizase a servirse de ellos en el inminente asedio de Siracusa, el senado le contestó que eran indignos de permanecer en el campamento con los demás soldados; que, por lo demás, le autorizaba a hacer con ellos lo que creyese más conveniente para el interés de la República con tal de que ninguno disfrutase de permiso, recibiese recompensa alguna, ni tampoco pudiera acercarse a Italia mientras el enemigo permaneciese en ella. Éste es el odio que suele mostrar el valor contra los ánimos débiles.

Pero, más aún, ¡qué malamente sobrellevó el senado que los soldados permitieran la muerte del cónsul Quinto Petilio[54] cuando regresaba de combatir valerosamente contra los lígures! No permitió que se contase como servicio militar el prestado un año entero, ni que se diera sueldo alguno durante ese mismo tiempo, porque no habían puesto su cuerpo como escudo ante las armas arrojadas contra su general. Y este decreto senatorial pervivió como el más vivo ejemplo del orden establecido y a la vez como recuerdo eterno de Petilio, en cuyo honor descansan sus cenizas recordando su muerte en combate y el castigo del senado.

Con igual ánimo, cuando Aníbal le concedió la potestad de liberar seis mil prisioneros romanos que tenía en el campamento, el senado no aceptó la propuesta, recordando que tan gran número de jóvenes soldados, si hubieran querido morir honestamente, no se hubiesen dejado coger prisioneros. De estos prisioneros no sé si fue más deshonroso que la

[54] Como pretor, el 181 a. C. mandó quemar los libros pitagóricos y murió el 176 combatiendo a los lígures.

patria no depositara en ellos ninguna confianza o que el enemigo no los considerara peligrosos *** estimando en muy poco el senado que combatieran en su defensa y Aníbal que combatieran en su contra.

Pero, al velar tantas veces el senado por la disciplina militar, no sé con certeza si lo hizo en alguna ocasión con más severidad que cuando encarceló a los soldados que habían ocupado Regio en una guerra injusta[55] y, una vez muerto su general, Jubelio, nombraron general a su secretario Marco Cesio por propia iniciativa. Aunque el tribuno de la plebe Marco Fulvio Flaco aconsejaba que no se procediera de este modo contra ciudadanos romanos despreciando la costumbre de los antepasados, no por ello el senado cambió de opinión. Por lo demás, para que el asunto resulte menos odioso, ordenó que cada día fueran azotados y después ejecutados cincuenta de ellos, que sus cuerpos no fueran sepultados y que no hubiese muestras de dolor por su muerte.

Ejemplos extranjeros

Esta actuación del senado fue moderada si queremos 7, 1
compararla con la brutalidad del senado cartaginés en los asuntos concernientes a la guerra: a los generales que habían dirigido una campaña militar con decisiones poco acertadas, aunque hubiesen tenido éxito, los mandaba crucificar acusándolos de que el éxito se debía a la ayuda de los dioses y la mala gestión era culpa suya.

[55] Nada más comenzar la guerra fue enviada una legión para proteger la ciudad, pero mató a traición a los principales ciudadanos, por lo que el senado tuvo que actuar contra ellos.

2 Clearco, el general de los lacedemonios, mantenía la disciplina militar con preceptos que se hicieron célebres, inculcando en los oídos de su ejército que debían temer más a su general que al mismísimo enemigo. De esta manera dejaba bien claro que debían mostrar ante el castigo el espíritu que habían dudado mostrar ante la batalla. Y la verdad es que no se extrañaban de que el general diese tales órdenes recordando ellos las palabras enérgicas de sus madres que, cuando partían para el combate, les pedían que regresaran vivos a su lado con las armas o que volviesen muertos sobre ellas. Las tropas espartanas combatían teniendo siempre presente esta consigna oída en su propia casa. Pero basta ya de ojear ejemplos extranjeros cuando podemos vanagloriarnos con los nuestros propios, mucho más numerosos y más preclaros.

CAPÍTULO 8

La disciplina militar, enérgicamente conservada, proporcionó al Imperio Romano la supremacía de Italia, le concedió el gobierno de muchas ciudades, de grandes reyes y de poderosísimos pueblos; le abrió el paso del estrecho del Ponto, le entregó las barreras demolidas de los Alpes y del monte Tauro y convirtió en sostén de todo el orbe terrestre a aquel pueblo nacido de la pequeña cabaña de Rómulo. Y puesto que de su seno nacieron todos los triunfos, es lógico que a continuación comience a hablar del derecho del triunfo.

Sobre el derecho a celebrar el triunfo

8, 1 Algunos generales deseaban que se decretase el derecho a celebrar el triunfo por unas batallas de escasa importancia.

Para salir al paso de estas pretensiones se estableció por ley que sólo podía tener este honor quien hubiese dado muerte en una sola batalla a cinco mil enemigos: nuestros antepasados estimaban que el prestigio de nuestra ciudad sería más grande basándose no en la cantidad sino en la gloria de dichos triunfos. Además, para que una ley tan preclara no se desprestigiase por el deseo desmedido de gloria, fue afianzada con el apoyo de una ley posterior que propusieron los tribunos de la plebe Lucio Marcio y Marco Catón: amenazaba con un castigo a los generales que osaran comunicar al senado un número falso de enemigos muertos en combate o de ciudadanos romanos caídos en el mismo y ordenaba que, nada más entrar en Roma, debían jurar ante los cuestores de la ciudad que los datos proporcionados al senado sobre los enemigos muertos y los ciudadanos romanos caídos eran correctos.

Después de estas leyes parece oportuno hacer mención 2
del proceso judicial aquel en el que se trató y decidió sobre el derecho a celebrar el triunfo entre destacadísimas personas. El cónsul Gayo Lutacio y el pretor Quinto Valerio habían aniquilado junto a Sicilia una importante flota cartaginesa. El senado, por este motivo, decretó el triunfo para el cónsul Lutacio. Pero como Valerio deseara ardientemente que también a él se le otorgara, Lutacio dijo que no era conveniente hacer eso para que un poder de rango inferior no se equiparara a otro de rango superior en la distinción honorífica. Y como quiera que la contienda continuara de manera pertinaz, Valerio citó ante el tribunal a Lutacio y no dudó en alegar que la flota cartaginesa no habría sido derrotada si él no hubiera estado al frente de las operaciones. Así pues, tuvo que intervenir el juez Atilio Colatino. En presencia de éste Valerio alegó que el cónsul, durante el combate, se encontraba en su litera porque estaba cojo y en cambio él ha-

bía desempeñado a todos los efectos las funciones de comandante en jefe. Entonces Colatino, antes de que Lutacio comenzase a exponer sus razones, dijo: «Valerio, te pregunto si hubo diferencias entre uno y otro sobre si había que dar o no la batalla y si tuvo más peso aquello que mandó el cónsul o lo que mandó el pretor». Valerio respondió que no discutió en ningún momento que el mando correspondía al cónsul. «Ea pues —dijo Colatino—, si hubieseis obtenido auspicios diferentes, ¿a qué auspicios os hubieseis atenido?». «A los del cónsul», respondió Valerio. «¡Por Hércules! —dijo—, ya que he asumido una querella entre vosotros sobre el mando supremo y los auspicios y tú confiesas que tu adversario era superior, nada más tengo ya que dudar. Así pues, Lutacio, aunque has estado callado hasta ahora, fallo a tu favor». El juez actuó de manera admirable porque no permitió malgastar el tiempo en una cuestión que estaba clara: más loable aún fue el comportamiento de Lutacio, porque defendió sin vacilar el derecho del cargo más alto; pero Valerio no obró mal porque buscó el premio, si no legítimo, sí merecido, de una batalla dura y con resultado feliz.

3 ¿Qué decir de Gneo Fulvio Flaco, que rechazó y desdeñó el honor del triunfo tan ansiado por otros, otorgado por el senado en atención a sus éxitos militares, sin duda anticipándose en el tiempo a muchas cosas que después acaecieron? En efecto, cuando entró en la ciudad, al punto fue condenado al exilio, víctima de un proceso público para expiar con esta pena la impiedad religiosa que había cometido[56].

4 Más sabios, pues, fueron Quinto Fulvio y Lucio Opimio; éstos, tras conquistar Capua el primero y someter a los

[56] En realidad se trata de Quinto Fulvio Flaco que, en su calidad de censor, el año 174 a. C. despojó el templo de Juno Lacinia para construir con su mármol el templo de la Fortuna Ecuestre en Roma. El senado ordenó más tarde la reconstrucción del templo despojado.

fregelanos[57] el segundo, solicitaron al senado la facultad de celebrar el triunfo; ambos fueron sobresalientes en las acciones llevadas a cabo, pero ninguno de los dos obtuvo lo solicitado, es verdad que no por celos de los senadores, que nunca dieron cabida en la curia a este sentimiento, sino por el sumo cuidado en la observancia de las leyes en las que estaba establecido que se concediera el triunfo sólo cuando se ampliaban los límites del Imperio, pero no cuando se recuperaba lo que había sido ya propiedad del pueblo romano: entre sumar algo o recuperar lo perdido hay tanta diferencia cuanta media entre el principio de un beneficio y el final de una injusticia.

Más aún, las leyes de las que hablo fueron tan celosa- 5
mente observadas, que no permitieron la celebración del triunfo de Publio Escipión por haber recuperado las Hispanias, ni el de Marco Marcelo por hacer lo propio con Siracusa, porque para realizar este cometido habían sido enviados sin ninguna magistratura. Que no se consideren, pues, dignos del reconocimiento público quienes, ansiosos de gloria y sin que gozaran de la alabanza pública, con manos presurosas, arrancaron ramos del laurel triunfal de montes desiertos y quillas de naves piratas: arrancar a Hispania del imperio cartaginés y cortar la cabeza de Sicilia, Siracusa, no bastaron para uncir el carro triunfal, ¡y a qué hombres!: Escipión y Marcelo, cuyos nombres son como símbolos del triunfo eterno. Pero a estos hombres ilustres, verdaderos promotores de una sólida y sincera virtud y que se echaron

[57] Aunque los ejemplos son paralelos, distan mucho en el tiempo. Capua, la ciudad más floreciente de la Campania, partidaria de Aníbal, fue tomada el 209 a. C. durante la Segunda Guerra Púnica por Fulvio Flaco; Fregela, en cambio, lo fue en el 125 tras aliarse con los itálicos durante la guerra por el pleno derecho de ciudadanía, y ello, además, por medio de la traición del fregelano Pulo Numitorio.

sobre sus hombros la salvación de la patria, aunque el senado deseaba verlos coronados de laurel, estimó, sin embargo, que debía reservarlos para un triunfo más legítimo.

6 A todo esto voy a añadir lo que sigue: es costumbre que el general que va a celebrar un triunfo invite a cenar a los cónsules y que, después, les pida que se abstengan de asistir, para que ese día en que celebra el triunfo no haya nadie de más autoridad en el banquete.

7 Pero, aunque alguien hubiera realizado gestas ilustres y además sumamente provechosas para la República, si se trataba de una guerra civil, no recibía el título de «imperator», ni se decretaban acciones de gracias a los dioses por él, ni recibía la *ovatio*[58], ni entraba en carro triunfal porque, al ser estas victorias necesarias, siempre se consideraban tristes, ya que se habían obtenido a costa de sangre patria y no de sangre extranjera. Así por ejemplo, con gran dolor, Nasica dio muerte a Tiberio Graco; y los partidarios de Opimio, con gran dolor, a su hermano Gayo[59]. Quinto Cátulo, una vez muerto su colega Marco Lépido con todas sus fuerzas sediciosas, regresó a Roma mostrando una alegría moderada. También Gayo Antonio, vencedor de Catilina, volvió a llevar al campamento las espadas limpias de sangre. Lucio Cinna y Gayo Mario, ciertamente, habían hecho derramar abundante sangre de ciudadanos romanos con gran avidez,

---

[58] Consistía en la entrada del triunfador a pie o a caballo ceñido con una corona de mirto, la celebración de un sacrificio y la aclamación popular.

[59] Se trata de los dos asesinos de los hermanos Graco. Tiberio fue asesinado por el pontífice Escipión Nasica, si bien éste, ante el descontento popular, tuvo que abandonar Roma para refugiarse en Asia Menor, donde murió. Opimio, nombrado dictador, persiguió a Gayo, pero antes de morir éste ordenó a un esclavo de confianza que le diera muerte para no caer en manos de los perseguidores. Le cortaron después la cabeza para llevársela a Opimio y su cadáver fue arrojado al Tíber.

pero no se dirigieron de inmediato al templo y a los altares de los dioses. Por último, Lucio Sila, que puso fin a numerosas guerras civiles de consecuencias sumamente crueles e insólitas, al celebrar el triunfo con el poder que había obtenido y consolidado, aunque desfiló con la reproducción de muchas ciudades de Asia y Grecia, no lo hizo con ninguna de las ciudades romanas.

Da vergüenza y causa hastío seguir escribiendo más sobre las heridas de la República. El honor del triunfo el senado a nadie se lo dio ni nadie deseó que se le diera a costa de las lágrimas de la ciudadanía. Además, las manos se tienden prontas hacia la encina donde se ha de dar la corona por mantener sanos y salvos a los ciudadanos; con esa corona las puertas de la casa de Augusto muestran el triunfo de una gloria sempiterna[60].

CAPÍTULO 9

Sobre la nota censoria

El vínculo más tenaz de la disciplina castrense y la observancia diligente de la vida militar me aconsejan pasar a hablar de la censura, maestra y baluarte de la paz: en efecto, cuando las riquezas del pueblo romano llegaron a tal grado de esplendor gracias a las virtudes de sus generales, se hicieron necesarias la justicia y la continencia tuteladas por la severidad de los censores, iguales en sus efectos que las glo-

[60] Alusión a la corona cívica que se concedía a quien había salvado a un ciudadano y de la que presumía orgulloso en el teatro. La referencia a Augusto es por ser el salvador de la patria y, por consiguiente, el más firme acreedor a esta corona.

rias militares, pues, ¿de qué sirve ser valiente fuera, si en casa se vive desordenadamente? Aunque se conquisten ciudades, se aniquilen pueblos enteros y se pongan las manos sobre otros reinos, si en el foro no se asientan firmes el sentido del deber de la curia y el respeto, el cúmulo de riquezas que llegan hasta el cielo no tendrá un cimiento sólido. A tal efecto conviene conocer y recordar las intervenciones de los censores.

9, 1 Los censores Camilo y Postumio ordenaron a todos aquellos que habían llegado a la vejez sin haberse casado que entregaran al erario público una tasa en concepto de multa y además se hacían acreedores a un segundo castigo si llegaban a quejarse por algún medio de una decisión tan justa. El reproche se les hacía en estos términos: «La naturaleza, al igual que os da la ley de poder nacer, también os da la ley de engendrar, y vuestros progenitores, educándoos, os han obligado con el deber de alimentar a sus nietos, si es que todavía hay algún pudor. A todo esto hay que añadir que también con el favor de la fortuna habéis conseguido un largo aplazamiento[61] para cumplir esta obligación mientras habéis pasado vuestros años sin adquirir el nombre de marido y padre. Id, pues, y pagad la tasa impuesta a vuestro celibato, nada odioso sino útil para los que tienen muchos hijos».

2 Los censores Marco Valerio Máximo y Gayo Junio Bruto Bubulco imitaron la severidad de los anteriores censores con semejante tipo de represión: expulsaron del senado a

[61] Esta actuación contra el celibato estaba ya prevista en la Ley de las XII Tablas y periódicamente afloró a lo largo de la historia de Roma. Así por ejemplo, en tiempos del Imperio, cuando la escasa natalidad propició leyes tendentes a la mejora de la situación de los esclavos concediendo la libertad al hijo nacido en cuarto lugar, o cuando Augusto promulga la *Lex Iulia de ordinibus maritandis,* o se concede el *ius trium liberum* que exonera de impuestos a quienes tenían tres o más hijos.

Lucio Annio porque había repudiado a la mujer virgen con quien se había casado y sin haber pedido consejo a ningún amigo. Pero no sé si esta acusación es aún más grave que la anterior: en aquel caso solamente se habían despreciado los sagrados ritos del matrimonio[62], en éste habían sido también tratados de manera injusta. Con una sabia decisión, pues, los cónsules consideraron a Annio indigno de entrar en el senado.

Lo mismo hizo también Porcio Catón con Lucio Flami- 3
nino, al que borró de la lista de senadores porque, en la provincia de que era gobernador, había ajusticiado a un condenado en el momento que había querido una mujerzuela y ante la presencia de ésta, de la que era su amante. Y Catón podía haberlo evitado por respeto al consulado que entonces desempeñaba y en atención a su hermano Tito Flaminino[63]. Pero tratándose de Catón y además censor, doble ejemplo de severidad, estimó que Lucio debía ser tachado de infamia[64], precisamente por haber mancillado con una acción tan vergonzosa la majestuosidad del más alto cargo honorífico y por haberle importado muy poco que se contemplaran de la misma manera en el mismo cuadro los ojos de una meretriz que se complacían con la sangre humana y las manos suplicantes del rey Filipo.

¿Y qué decir de la censura que Fabricio Lucino había 4
desempeñado tan brillantemente? Todos los tiempos han contado y seguirán contando que expulsó del orden senatorial a Cornelio Rufino, que había desempeñado brillantemente dos veces el consulado y una vez la dictadura, porque, dando un

[62] El ejemplo tratado en IX 1. Valerio Máximo considera más grave lo que hizo Annio que el hecho de llegar a la vejez sin casarse.

[63] Era nada menos que el vencedor de Filipo de Macedonia en la batalla de Cinoscéfalos.

[64] Es así como creemos oportuno traducir *nota censoria.*

peligroso ejemplo de lujo, había adquirido vasos de plata de diez libras de peso. La literatura misma de nuestro tiempo, ¡por Júpiter!, me parece que se queda estupefacta cuando se ve obligada a evocar tanta severidad y sentir la vergüenza de recordar los hechos de nuestra ciudad. Y es que resulta difícil creer que dentro del mismo Pomerio diez libras de plata fuesen objeto de castigo cuando hoy la pobreza se considera como algo degradante.

5 Los censores Marco Antonio y Lucio Flaco apartaron del senado a Duronio porque, en calidad de tribuno de la plebe, había derogado una ley que limitaba los gastos en los banquetes. Admirable motivo el de esta marca de infamia, pues Duronio de manera vergonzosa subió a la tribuna de los oradores para decir: «Quirites[65], os han impuesto unos frenos que difícilmente podréis soportar. Estáis atados y aherrojados con las amargas cadenas de la esclavitud: se ha promulgado una ley que os obliga a ser frugales. Deroguemos, pues, ese poder ya decrépito por la herrumbre del paso del tiempo, porque, ¿qué necesidad hay de libertad si no se permite a quien lo quiera morir con el lujo?».

6 Ea, pues, presentemos ahora una pareja unida por el mismo yugo de virtudes y honores, aunque de diferente mentalidad y espíritu de emulación. Claudio Nerón y Livio Salinátor[66], los más fuertes baluartes de la República en tiempos de la Segunda Guerra Púnica, ¡de qué manera tan severa desempeñaron ambos su censura! En efecto, cuando pasaban

[65] Es decir, descendientes de Quirino, y por lo tanto, ciudadanos romanos. En opinión de E. Badian («Two Roman non-entities», *Classical Quarterly* XIX [1969], 199-201) este discurso es inventado por Valerio Máximo.

[66] Livio Salinátor obtuvo su mayor éxito militar en la guerra contra Antíoco el año 191 a. C. al mando de la flota romana, pues Aníbal se había refugiado en la corte de este rey al concluir la Segunda Guerra Púnica.

revista a las centurias de caballería y ellos mismos, por tener todavía la edad apropiada, formaban parte de la misma, al llegar a la tribu de Polia, el pregonero, al leer el nombre de Salinátor, dudó si debía citarlo a juicio en voz alta o no. Cuando Nerón se dio cuenta de esto, ordenó que su colega fuese citado y vendido su caballo, porque había sido condenado por el juicio popular. Salinátor persiguió también a Nerón con la misma acusación, aduciendo como motivo que había vuelto a ser su amigo, pero de mala fe. Si alguna divinidad hubiese dado a entender a estos hombres que en el futuro la sangre de ambos, descendiente de una serie de ilustres antecesores, confluiría en el salutífero advenimiento de nuestro príncipe[67], dejadas a un lado las desavenencias personales, se habrían fundido en una estrecha amistad, para dejar que una estirpe común velara por la patria protegida por ambos. Sin embargo Salinátor no dudó en relegar a la condición de erarios[68] a treinta y cuatro tribus porque, tras condenarlo, lo habían nombrado cónsul y censor. Y alegó como motivo que era necesario culparlas por un delito u otro, el de temeridad o el de perjurio. Sólo dejó sin castigo a una tribu, la de Mecia, que con su voto lo había juzgado no digno de la condena, pero sí de no ser merecedor de ningún honor. ¿Qué fuerza de ánimo y qué carácter no debemos pensar que fue el de aquél, que no pudo dejarse llevar ni por el triste desenlace de los juicios ni por la grandeza de los

---

[67] Evidentemente se trata de Tiberio, el emperador bajo el que escribe, que descendía de este Claudio Nerón al que aquí alude y que ya estaba vinculado a la familia de Salinátor desde que su abuelo materno fue adoptado por la misma.

[68] Los erarios eran ciudadanos privados de derechos, como el del voto, al estar excluidos de la tribu, siendo las tribus las unidades electorales desde tiempos de Servio Tulio, según la tradición.

honores concedidos para comportarse con menor severidad en la administración de la República?

7 También una buena y gran parte del orden ecuestre, cuatrocientos jóvenes, soportó con entereza de ánimo una nota censoria. A todos ellos, por haber desobedecido la orden de concluir una fortificación en Sicilia, Manio Valerio y Publio Sempronio los despojaron de sus caballos y los relegaron a la condición de erarios[69].

8 Censores hubo que castigaron severamente también el miedo vergonzoso; así por ejemplo, Marco Atilio Régulo y Lucio Furio Filo al cuestor Marco Metelo y a muchos caballeros romanos que tras la desdichada batalla de Cannas habían jurado abandonar Italia con él, una vez privados de sus caballos, se cuidaron de relegarlos a la condición de erarios. Además, mediante una dura nota censoria, condenaron también a aquellos que habían caído en poder de Aníbal; tras enviar éste unos legados para intercambiar prisioneros, permanecieron en Roma y no consiguieron lo que pedían. Era conveniente a la sangre romana tener fe en los acuerdos y, en su calidad de censor, advertía allí mala fe Marco Atilio Régulo, cuyo padre había considerado preferible morir en medio de crueles tormentos de los cartagineses que faltar a la palabra dada a éstos. Y así pasó del foro al campamento la censura que ni quiso que el enemigo fuera temido, ni tampoco engañado.

9 Vienen ahora dos ejemplos del mismo tipo y ya será suficiente con estos dos. Gayo Geta, aunque había sido apartado del senado por los censores Lucio Metelo y Gneo Domicio, fue más tarde nombrado censor. Igualmente, Marco

[69] El hecho tuvo lugar durante la Primera Guerra Púnica con motivo de la toma de Agrigento.

Valerio Mesala[70], víctima de una nota censoria, poco tiempo después obtuvo el honor de ser censor. La ignominia incrementó la virtud de ambos, pues estimulados por la vergüenza pusieron todo su empeño en que todos sus ciudadanos los vieran dignos de que se les otorgara el honor de ser censores más que de sufrir una nota censoria.

CAPÍTULO 10

Sobre la dignidad

La dignidad de los hombres ilustres es como una especie de censura privada que, sin necesidad de la protección de los tribunales, sin el ministerio de funcionarios públicos, se sustenta en su propia grandeza: se insinúa alegre y placenteramente en el ánimo de los hombres velada con el ornato de la admiración. ¡Con qué razón alguien podría decir que es una feliz y dilatada magistratura sin que sea oficialmente tal!

Por ejemplo, ¿qué más pudo concedérsele a un cónsul 10, 1
de lo que se le concedió a Metelo cuando fue acusado? Cuando éste se defendía de la acusación de cohecho y eran presentados ante los jueces los registros exigidos por el acusador para examinar la contabilidad, todo el tribunal apartó la vista de los registros para que no pareciese que dudaba de lo que allí estaba escrito. Los jueces pensaron que lo que había que leer sobre la excelente administración de la provincia no estaba escrito en los registros sino en la vida de

[70] Fue pontífice y cuestor antes de que los censores le expulsaran del senado, tal como recuerda aquí Valerio Máximo. No obstante, llegó al consulado el año 61, siendo el primero de su familia en obtener este honor.

Quinto Metelo[71] y que era indigno juzgar la integridad de un hombre tan ilustre por una cantidad exigua de cera y unas pocas letras.

2 Pero, ¿por qué hay que extrañarse si los ciudadanos tributaron a Metelo el honor que se merecía, honor que incluso el propio enemigo no dudó en conceder a Africano el Mayor? Así por ejemplo, el rey Antíoco, en la guerra que llevaba a cabo contra los romanos, a un hijo de Escipión cogido prisionero por los soldados lo acogió con todos los honores y, cargado de regalos regios, se lo envió a su padre sin dilación alguna y de manera espontánea, pese a que entonces el propio rey era expulsado de sus territorios precisamente por el Africano[72]. Pero bien como rey, bien como provocado, prefirió rendir culto a la dignidad de aquel hombre sobresaliente antes que vengar su propio dolor.

Mientras el mismo Africano se hallaba en su casa de campo en Literno, un nutrido grupo de jefes piratas se acercó al mismo tiempo para hacerle una visita. Al creer él que venían con intenciones hostiles, dispuso como defensa en el tejado de la casa un grupo de servidores domésticos que tenían la intención y los medios suficientes para repeler a los agresores. Cuando los piratas advirtieron esto, dejando atrás a los soldados que les daban escolta y soltando las armas, se acercaron a la puerta y a voz en grito anunciaron a Escipión que venían, no para atentar contra su vida, sino como admiradores de su virtud, pidiendo encarecidamente verlo y estar

[71] Quinto Cecilio Metelo, cónsul el 109 a. C. y general en jefe de la guerra contra Jugurta, fue atacado por Mario durante la campaña electoral en que éste fue elegido cónsul y lo reemplazó en la dirección de la guerra. Pese a ello, el senado le rindió honores de triunfo al regresar a Roma y se le conoció con el sobrenombre de Numídico.

[72] En el año 189 a. C., en Magnesia, lo que supuso el final del poder de los Seléucidas.

con un hombre tan ilustre, un auténtico favor divino para ellos; por consiguiente, que no tuviese a mal dejarse ver por ellos y no se preocupara de nada. Cuando la servidumbre comunicó esto a Escipión, ordenó éste que abrieran las puertas y los dejaran pasar. Entonces ellos, tras venerar respetuosamente las jambas de la puerta, cual si de un venerabilísimo altar y templo sagrado se tratara, estrecharon la mano de Escipión y la besaron un buen rato. Dejando después ante el vestíbulo los regalos que suelen concederse a una divinidad, regresaron a sus casas felices porque habían tenido la suerte de ver a Escipión de cerca. ¿Qué hay, pues, más excelso que el fruto de la dignidad, o qué más agradable? Con la admiración que emanaba de su persona aplacó la ira del enemigo y vio los ojos de los piratas saltar de gozo simplemente con su presencia. Si las estrellas del cielo en su caída se ofrecieran a la vista de los hombres, no serían objeto de una admiración mayor.

Y todo esto ocurrió a Escipión vivo; lo que sigue le su- 3
cedió a Paulo Emilio ya muerto: al celebrar las exequias y hallarse entonces en Roma por casualidad una embajada de los más notables de Macedonia, de repente echaron sobre sus hombros el féretro mortuorio. Este hecho resultará mucho más admirable si sabemos que la parte frontal del catafalco aquel estaba adornada con el triunfo sobre los macedonios. ¡Qué gran honor tributaron, pues, a Paulo al no temer llevar de boca en boca de la plebe las pruebas de la derrota de su pueblo! Este espectáculo añadió a su funeral el aspecto de un nuevo triunfo: dos veces pues, Paulo, te mostró ilustre ante nuestra ciudad Macedonia: una al volver incólume con sus despojos[73]; la otra, al ir sobre sus hombros cuando ya habías muerto.

[73] Referencia al triunfo de Pidna en la guerra macedónica.

4 En verdad no poco honor se rindió a la dignidad de tu hijo Escipión Emiliano que, dándolo en adopción, quisiste que fuese ornamento de dos familias, cuando, siendo aún joven, enviado por el cónsul Luculo de Hispania a África para pedir ayuda, los cartagineses y el rey Masinisa lo consideraron más que como árbitro de la paz, como un auténtico cónsul y comandante supremo. En verdad que entonces Cartago ignoraba su destino: aquella flor de la juventud que entonces despuntaba, con el favor de los dioses y de los hombres, crecía para ser la ruina de Cartago y para darle más adelante el sobrenombre de «Africano» gracias a su conquista, y en el futuro, cuando fuese borrada del mapa, dar prestigio a la familia Cornelia.

5 ¿Qué hay más miserable que una condena o que el exilio? Pues, pese a ello, ambos castigos no bastaron para mermar la autoridad de Publio Rutilio, abatido por una conspiración de los publicanos[74]. Al partir éste para la provincia de Asia, todas las ciudades de aquella provincia enviaron legados que le ofrecieron asilo. Cualquiera podría decir con justicia que en este caso celebraba un triunfo más que iba al exilio.

6 También Gayo Mario, caído en la más profunda miseria, logró salvarse de la pena de muerte gracias a su dignidad: enviado un esclavo público de origen cimbrio para asesinarle en su casa privada de Minturnas, cuando tenía en la mano la espada desenvainada, no se atrevió a agredirlo, viejo, inerme y cubierto de mugre, sino que, cegado por la majestad de aquel hombre, arrojando la espada, se marchó de allí atónito y tembloroso. Sin lugar a dudas el recuerdo del

---

[74] La acusación tuvo lugar el 92 a. C. y en ella puso especial interés Mario. Desterrado a Esmirna se dedicó a la actividad literaria fruto de la cual fue una autobiografía y una historia de su época utilizada por otros historiadores.

desastre de los cimbrios[75] deslumbró los ojos de aquel hombre y la destrucción completa de su pueblo debilitó el ánimo. Y puede que, además, los dioses inmortales juzgaran a Mario indigno de morir a manos de uno solo de aquella nación que él había devastado por completo.

Los de Minturnas en cambio, prendados de su majestuosidad, lo salvaron cuando ya estaba hundido y era víctima del cruel destino de la muerte. Y no les produjo temor la severísima victoria de Sila, máxime cuando el mismísimo Mario habría podido disuadirlos de salvar a Mario.

También la admiración por la vida vigorosa y honesta 7
hizo a Marco Porcio Catón venerable a los ojos del senado hasta el punto de que el senado en pleno no dudó en seguirle cuando su discurso en la curia contra los publicanos[76] se prolongó un día entero, contra la voluntad del cónsul Gayo César. Por este motivo fue conducido a prisión por el lictor que obedecía las órdenes de César. Pero este proceder hizo cambiar la obstinación de aquella mente divina.

En cierta ocasión en que este mismo Catón estaba con- 8
templando unos Juegos Florales[77] que patrocinaba el edil

[75] En el año 104, tras volver victorioso de la guerra contra Jugurta, Mario asumió la dirección de la guerra contra cimbrios y teutones. Derrotó a ambos pueblos, dando muerte a casi todos los combatientes o reduciéndolos a la esclavitud en la llanura cerca de Vercelas, al norte del Po.

[76] Los publicanos durante la República prestaron un servicio público, el cobro de impuestos, y además contrataban obras públicas. Su poder aumentó a medida que crecía el Imperio y a sus actividades iniciales añadieron la explotación de las minas. Con frecuencia se escapaban del control público, lo que provocó enfrentamientos con el senado y los censores.

[77] Así llamado en honor a la diosa Flora. Se celebraban en primavera, entre abril y mayo, sin fecha fija por no estar incluidos en el calendario inicial de Numa. Ovidio nos dice en *Fastos* V 329 que los primeros tuvieron lugar el 173 a. C. y en ellos se incluyeron representaciones de

Mesio, al pueblo le dio vergüenza pedir que las actrices de mimo se desnudaran. Al saber esto por boca de Favonio, gran amigo suyo y que se sentaba a su lado, se marchó del teatro para no impedir con su presencia el habitual desarrollo del espectáculo. Al marcharse, el pueblo lo siguió con un gran aplauso y volvió a pedir que continuase en la escena la vieja costumbre de los juegos, dejando bien claro que sentía más respeto a él solo que el que se tenía a sí mismo el pueblo. ¿A qué poderes, a qué autoridades, a qué triunfos se le concedió tanto honor? Era exiguo el patrimonio de este hombre, sometidas a la moderación sus costumbres, escasa su servidumbre, su casa siempre cerrada a la ambición, una sola imagen de ascendientes, la de su padre; dura la expresión de su semblante, pero su virtud completamente modelada con toda clase de cualidades. Y esta virtud hizo que todo el que quería llamar a algún ciudadano venerable y eximio lo hacía con el nombre de Catón.

Ejemplos extranjeros

10, 1 Hemos de hacer lugar también a ejemplos extranjeros para deleitar con su misma variedad a los ejemplos domésticos. Las estatuas de bronce de Harmodio y Aristogitón, que intentaron liberar a Atenas de la tiranía, Jerjes se las llevó a su reino una vez sometida dicha ciudad. Pero, pasado un largo tiempo, Seleuco se cuidó de que las volvieran a poner en su antigua sede. También los rodios, al llegar estas estatuas a su ciudad en el viaje de regreso, tras acogerlas públicamente con suma hospitalidad, las colocaron sobre almo-

mimos, el único género dramático en que intervenían mujeres y que se caracterizaba por un gran contenido erótico.

hadas sagradas destinadas a los dioses. Nada más feliz que este recuerdo que guarda tanta veneración en tan pequeño pedestal de bronce.

Para concluir, ¡cuánto honor le tributaron en Atenas a 2
Jenócrates, un hombre ilustre por su sabiduría a la vez que por su santidad![78]. En una ocasión en que, siguiendo la costumbre ateniense, le obligaron a dar testimonio ante el altar de que jurase que todo lo que había dicho era cierto, todos los jueces a la vez se pusieron en pie y proclamaron que no prestase juramento. Y lo que ellos mismos no se habrían perdonado a sí mismos en el momento de emitir la sentencia, estimaron que debería dispensarse a la sinceridad de este hombre.

---

[78] Discípulo de Platón y director de la Academia desde el 339 a. C. Destacó por sus estudios sobre moral y ética.

LIBRO III

Hablaré ahora de la cuna, por así decir, y de los elementos fundamentales de la virtud y referiré con certera experiencia las pruebas dadas de la índole del ánimo que, con el correr del tiempo, habría de llegar a la más alta cima de la gloria.

CAPÍTULO 1

Sobre la índole

Emilio Lépido, todavía niño, saliendo a combatir al cam- 1, 1
po de batalla, dio muerte a un enemigo y salvó a un ciudadano. De esta acción tan memorable la prueba es una estatua con la bula y la toga pretexta erigida en el Capitolio por decreto del senado[1]. Pues estimó el senado que era injusto

[1] Ambos símbolos sugieren la infancia y la solemnidad respectivamente. La bula *(bulla)* era una especie de collar que llevaban los niños romanos hasta cumplir la mayoría de edad en que se la donaban a los dioses lares. La toga pretexta, en cambio, es el vestido solemne usado por sacerdotes, senadores y magistrados en el desempeño de sus funciones.

no considerar maduro para este honor a quien ya había dado pruebas de un valor semejante. Corrió, pues, Lépido antes que nadie con la celeridad de hacer transcurrir valerosamente la madurez de su edad y volvió con un doble motivo de alabanza de un combate al que los años apenas le permitían asistir como espectador: las armas enemigas, las espadas desenvainadas, el silbar de los proyectiles, el fragor de la caballería que se aproximaba y el ímpetu de los ejércitos al enfrentarse causa siempre a los jóvenes algún temor; pero en medio de todo esto, un niño de la familia de los Emilios fue capaz de ganarse una corona triunfal y hacerse con los despojos del enemigo.

2 Este espíritu enérgico no faltó tampoco a Marco Catón en su infancia, pues, cuando se criaba en casa de su tío materno, Marco Druso, y habían llegado hasta éste, que era tribuno de la plebe, unos latinos para pedirle el derecho de ciudadanía[2] romana, Quinto Popedio, en su condición de portavoz de la embajada de los latinos, al rogarle al niño que, dada su condición de huésped de Druso, le echara una mano en el cometido ante su tío, respondió con ademán serio que no lo haría. Pese a que insistieron una y otra vez, se mantuvo firme en su decisión. Entonces Popedio amenazó con llevarlo a lo más alto de la casa y arrojarlo desde allí si no condescendía a sus ruegos; pero, ni aun así pudo hacerlo cambiar de opinión. En conclusión, Popedio no hizo otra

---

[2] Entre los distintos rangos jurídicos en que estaba dividida la población de Italia, había básicamente tres: el derecho de ciudadanía romana, el derecho de los latinos y el derecho de los aliados —*socii*—. La mejora de la situación jurídica se hizo especialmente notable a comienzos del siglo I a. C. en la llamada Guerra Social que concluyó con la mejora de la situación de los aliados. No en vano habían soportado sobre sus espaldas el mayor peso de las guerras contra los cartagineses sin obtener nada a cambio.

cosa que pronunciar aquella famosa frase: «Latinos y aliados, felicitémonos de que éste sea ahora tan pequeño, porque si hubiera sido senador, no hubiéramos podido esperar la ciudadanía». Así pues, siendo aún pequeño, Catón encarnó ya la majestad que proporciona la curia y, con su perseverancia, disuadió a los latinos que ansiaban adquirir nuestro derecho de ciudadanía.

Él mismo, en una ocasión en que había ido vestido con la toga pretexta a saludar a Sila, al ver amontonadas en el atrio las cabezas de los proscritos, conmovido por la crueldad del hecho preguntó a su pedagogo, llamado Sarpedón, por qué razón no había nadie que diera muerte a un tirano tan cruel; y como quiera que éste le respondiera que no faltaban las ganas sino la ocasión y los medios, ya que contaba con una guardia personal bien nutrida de soldados, le respondió entonces que le diera una espada afirmando que él mismo le daría muerte de la manera más sencilla, pues solía sentarse en su mismo lecho. El pedagogo no sólo supo del ánimo de Catón, sino que además se quedó aterrorizado de sus intenciones y, desde entonces, acompañó siempre a Catón cuando acudía a ver a Sila después de haberlo registrado bien. Nada hay más admirable que este suceso: siendo aún niño no tuvo miedo de aquel hombre, vencedor, ducho en la práctica de la crueldad, y precisamente cuando estaba degollando a cónsules, municipios enteros, legiones y la mayor parte del orden ecuestre. Si en su lugar hubieses puesto al mismísimo Mario, sin duda habría pensado más en ponerse a salvo huyendo que en dar muerte a Sila.

Gayo Casio le pegó un puñetazo a un hijo de Sila, lla- 3
mado Fausto, condiscípulo suyo, porque en la escuela se vanagloriaba de las proscripciones de su padre y amenazaba con hacer lo mismo en cuanto se lo permitiera la edad. ¡Ma-

no digna si no se hubiese manchado más tarde con un parricidio público![3].

Ejemplos extranjeros

1, 1 Pongamos también algunos ejemplos extraídos de los griegos. Aquel ilustre Alcibíades, de quien no sé si fueron más perniciosos para la patria sus virtudes o sus vicios, pues con las primeras engañó a sus conciudadanos y con los segundos los llenó de aflicción, cuando, aún niño, se había presentado ante su tío materno, Pericles, y le había visto sentado en un lugar apartado con el semblante triste, le preguntó por qué tenía una expresión tan preocupada. Al contestarle éste que por mandato del pueblo se habían construido los propileos de Minerva, que son las puertas de acceso a la Acrópolis, y que se había gastado una enorme cantidad de dinero en aquella obra sin saber ahora cómo dar explicaciones de su gestión, estaba sumamente preocupado. «Pues, busca mejor cómo no dar explicaciones», le respondió éste. Y de esta manera, un hombre de enorme autoridad y de lo más prudente, sin saber qué resolución tomar, siguió el consejo de un niño y eso hizo que los atenienses, inmersos en una guerra contra sus vecinos, no tuvieran ocasión de exigirle cuentas. Pero que vean los atenienses si deben lamentar o vanagloriarse de Alcibíades, porque hasta el día de hoy

[3] Fue uno de los asesinos de César, proclamado «Padre de la patria»; de ahí el concepto de parricidio público. Por otra parte, como sucede con muchos de los ejemplos aportados por Valerio Máximo, se trasluce siempre el reproche a las personas que perturbaron el orden establecido, especialmente en aquellos casos que afectan a la familia imperial.

todavía dudan entre la execración y la admiración de este hombre[4].

CAPÍTULO 2

Después de haber dejado bien claros los comienzos y los progresos de la virtud, seguiremos con la realización de ésta, cuya fuerza más poderosa y brazos más eficaces radican en la fuerza de ánimo.

Sobre la fortaleza de ánimo

No se me escapa, ¡oh Rómulo!, fundador de nuestra ciudad, que la primacía en este género de alabanzas la ocupa tu persona. Pero te ruego que me permitas citar antes un ejemplo solo, al que también tú debes algún honor porque, gracias a él, se consiguió que Roma, tu obra por antonomasia, no llegara a ser destruida.

---

[4] Alcibíades (450-404 a. C.), sobrino de Pericles y discípulo de Sócrates, sobresalió en el combate de Pontidea, donde Sócrates le salvó la vida. Admirado por sus conciudadanos, que le nombraron estratega, encabezó la expedición a Sicilia que terminó en un estrepitoso fracaso atribuido en parte a la mutilación de los hermes acaecida antes de partir y de la que fue acusado. Huyó a Esparta y encabezó una guerra contra Atenas, pero al verla en peligro, traicionó a los lacedemonios y salvó la ciudad derrotando a la flota espartana. El 408 celebró el triunfo en Atenas, pero la derrota de su lugarteniente Antíoco motivó su destitución y se refugió en la corte del sátrapa persa Fornabasses, que le hizo asesinar a instancias de los lacedemonios. Dos veces héroe y dos veces villano, ha sido uno de los personajes más controvertidos de la Historia.

2, 1 Cuando los etruscos trataban de irrumpir en nuestra ciudad por el puente Sublicio, Horacio Cocles ocupó un extremo del mismo y, combatiendo ardorosamente, detuvo a toda la formación enemiga hasta que el puente terminó por romperse a sus espaldas. Y una vez que vio ya a su patria libre del peligro inminente, armado, se arrojó al Tíber. Los dioses inmortales, admirados de su fortaleza de ánimo, le concedieron escapar sano y salvo, pues ni golpeado al arrojarse desde la altura, ni hundido por el peso de las armas, ni engullido por ningún remolino, ni siquiera alcanzado por los dardos que le llovían de todas partes, tuvo el final feliz de cruzar el río a nado. Él solo fue objeto de las miradas de tantos conciudadanos y de tantos enemigos; aquéllos, estupefactos en medio de la admiración; éstos, fluctuando entre la alegría y el temor; y él solo distrajo a los dos ejércitos enzarzados en el más fiero combate, al uno repeliéndolo, al otro protegiéndolo. Finalmente, él solo con su escudo y el Tíber con su cauce protegieron nuestra ciudad. Por todo ello, cuando los etruscos se retiraron, pudieron decir: «Hemos vencido a los romanos, pero hemos sido vencidos por Horacio».

2 Hace que me olvide de mi propósito[5] Clelia: ella se atrevió a una acción gloriosa contra el mismo enemigo y en el mismo río casi por el mismo tiempo. En efecto, entregada a Porsenna como rehén junto con otras jóvenes vírgenes, escapando de noche a la vigilancia del enemigo, subió a un caballo y atravesando el río en veloz carrera no sólo se salvó del cautiverio, sino que también salvó a la patria del terror, brindando así a los hombres una joven virgen la luz del valor.

---

[5] Ha anunciado líneas atrás que iba a comenzar por Rómulo, pero tras hablar de Horacio Cocles sigue con Clelia antes de volver a Rómulo.

Vuelvo ahora a Rómulo que, retado a combate singular 3
por Acrón, el rey de los ceninenses[6], aunque se sabía superior en número y en el valor de sus soldados y era más seguro combatir con todo el ejército que él solo en duelo singular, se agarró sobre todo con su propia mano al presagio de la victoria. Y la fortuna estuvo de su lado, pues, muerto Acrón y puestos en fuga los enemigos, volvió trayendo consigo los ricos despojos del rey para ofrecérselos a Júpiter Feretrio[7].

Hasta aquí vale con esto, porque el valor consagrado por la religión pública no tiene necesidad de ninguna alabanza privada.

Después de Rómulo, Cornelio Coso[8] fue el primero en 4
consagrar al mismo dios los despojos cuando, como comandante de la caballería, había dado muerte al general de los fidenates tras enfrentarse a él en combate. Grande fue Rómulo por haber dado origen a una institución tan gloriosa, pero también Coso adquirió gran celebridad por haber seguido los pasos de Rómulo.

En verdad no podemos dejar al margen de estos ejem- 5
plos el de Marco Marcelo, que mostró una fortaleza de ánimo tan grande que, atacando cerca del Po con unos pocos

[6] Este rey era hijo de Hércules, lo que es tanto como decir que era sumamente valeroso en el combate.

[7] Etimológicamente «feretrio» significa «portador de los despojos» y el nombre obedece a varias razones, siendo la más verosímil la costumbre de ofrecer al dios en el templo del Capitolio los despojos del rey enemigo muerto en combate, aunque también puede estar relacionado con «el que hiere» por invitar al dios a herir a los soldados que cometieran perjurio.

[8] En la segunda guerra contra Veyos, Cornelio Coso mató en duelo singular al rey de esta ciudad y ofreció la armadura en el templo de Júpiter. Esta armadura existía aún en la época de Augusto. El resultado de la guerra fue que la ciudad de Fidenas pasó definitivamente al dominio de Roma tras firmarse un armisticio el 42 a. C.

jinetes al rey de los galos, que contaba con un gran ejército, tras darle muerte, lo despojó de sus armas y se las dedicó a Júpiter Feretrio.

6 Del mismo valor y espíritu guerrero se valieron Tito Manlio Torcuato[9], Valerio Corvino y Escipión Emiliano. Todos éstos dieron muerte al enemigo tras retarlo también a combate, pero, como quiera que habían realizado estas hazañas a las órdenes de otros generales, no ofrecieron sus despojos a Júpiter Feretrio.

El mismo Escipión Emiliano, cuando militaba en Hispania bajo el mando de Luculo y era sitiada la bien fortificada ciudad de Intercacia[10], fue el primero en saltar sobre la muralla. Y no había en aquel ejército nadie por cuya vida el cónsul debiera tomar más precauciones, ni por la nobleza, ni por la entereza de ánimo, ni por los éxitos que le aguardaban en el futuro. Pero entonces todos los jóvenes más ilustres afrontaban los mayores riesgos y peligros en aras de la grandeza y la defensa de la patria, estimando indecoroso de su condición ser superados en valor por aquellos que eran inferiores a ellos en dignidad. Por esta razón Emiliano reivindicó para sí este servicio militar que otros evitaban a toda costa por la dificultad que entrañaba.

7 La antigüedad ofrece entre éstos un ejemplo insigne de fortaleza de ánimo. Los romanos, rechazados por el ejército de los galos, al refugiarse en el Capitolio y en la ciudadela, como quiera que no cabían todos en estas colinas, obligados por la necesidad, tomaron la decisión de abandonar a los ancianos en la parte llana de la ciudad, para que así la ju-

---

[9] Tito Manlio Torcuato fue cónsul el 340 a. C. y se hizo famoso en la guerra contra los latinos por haber dado muerte a su propio hijo que le había desobedecido. Este hecho ya fue narrado antes entre los ejemplos de disciplina militar.

[10] En la Tarraconense. De ella habla también Plinio.

ventud pudiera defender más fácilmente la parte del territorio aún no conquistada. Por lo demás, ni siquiera en aquellas circunstancias tan penosas y dolorosas nuestros ciudadanos olvidaron su valor. Los que habían desempeñado cargos honoríficos, abiertas las puertas, se sentaron en las sillas curules adornados con las insignias de las magistraturas y de los cargos sacerdotales que habían alcanzado, a las puertas de la muerte, retener el esplendor y la distinción de su vida pasada y animar a la plebe a resistir con más coraje su desgracia ***.

Aquella imagen resultó digna de veneración a los ojos del enemigo, conmovido por la novedad del hecho, la magnificencia del modo de vestir y aquella forma de mostrar su audacia. Pero, ¿quién podría dudar que los galos, una vez vencedores, terminarían tornando aquella admiración en risa y toda clase de afrentas? Marco Atilio, pues, no dio lugar a que aquellas ofensas concluyeran, sino que a un galo que le acarició suavemente la barba le propinó un bastonazo en la cabeza y puso gustoso su cuerpo en medio cuando, a causa del dolor, se lanzó contra él con intención de darle muerte. La virtud, pues, no sabe arredrarse, desconoce el desdoro de la resignación, considera el destino más triste sucumbir a la fortuna e imagina una nueva y gloriosa forma de muerte, si se puede decir que muere el que así muere.

Debemos conceder ahora el debido título de gloria a los 8
jóvenes romanos que, cuando el cónsul Gayo Sempronio Atratino combatía contra los volscos con escasa fortuna junto a la ciudad de Verrugo, para evitar que nuestros soldados, ya vacilantes, fuesen definitivamente derrotados, desmontando de sus caballos se pusieron a combatir formando parte de las centurias y atacaron al enemigo. Habiéndoles hecho ceder terreno, ocuparon un montículo próximo y consiguieron dar a nuestras legiones un saludable respiro para

recuperar los ánimos una vez rechazado el ataque de los volscos. De esta manera, cuando los volscos ya estaban pensando en el botín que iban a capturar, al caer la noche tuvieron que marcharse del combate sin saber si lo hacían en calidad de vencedores o de vencidos.

9 Valiente fue también aquel grupo selecto del orden ecuestre gracias a cuyo valor admirable el comandante de la caballería, Fabio Máximo Ruliano, se vio libre de la acusación de haber atacado a destiempo en la guerra que llevaba a cabo contra los samnitas[11]. Y es que al marchar a Roma Papirio Cúrsor para tomar auspicios, fue puesto al frente del mando pero con la prohibición expresa de trabar combate; sin embargo, se enfrentó al enemigo tan desafortunada como temerariamente: estaba claro que eran inferiores en número. Pero entonces aquellos jóvenes de unas cualidades sobresalientes, quitadas las riendas de los caballos, clavando espuelas, se lanzaron al encuentro de los samnitas y con una presencia de ánimo irrefrenable arrancaron la victoria de las manos enemigas y con ella restituyeron a la patria la esperanza del más ilustre ciudadano.

10 ¡Qué fortaleza no tendrían aquellos soldados que, nadando sobre la superficie del mar cual soldados en tierra firme, hicieron volver a la costa a una flota cartaginesa en vertiginosa huida a fuerza de remos!

11 De circunstancias y características semejantes fue el soldado aquel que en la batalla de Cannas, en la que Aníbal quebrantó las fuerzas de los romanos más que sus ánimos, al tener las manos inútiles para sujetar las armas debido a las heridas, abrazado al cuello de un númida que intentaba desarmarlo, le dejó el rostro deforme mordiéndole orejas y nariz hasta terminar muriendo después de haberse vengado

---

[11] Se trata de la Segunda Guerra Samnítica, en el 315 a. C.

sobradamente con sus mordiscos. Olvídate por un momento del fatal desenlace de la batalla, ¡cuánto más valiente fue el que murió que el que le dio muerte! En efecto, el cartaginés, aun siendo el vencedor, sirvió de consuelo al moribundo; el romano, en el momento mismo de morir, vengó su propia vida.

En unas circunstancias trágicas el ánimo viril de aquel 12
soldado fue tan egregio como el ánimo que voy a relatar de un general. En efecto, Publio Craso[12], cuando combatía en Asia con Aristonico, interceptado entre Elea y Esmirna por los tracios, de los que tenía un gran contingente combatiendo de su lado, para no caer en manos del enemigo evitó aquel deshonor invocando esta nueva forma de muerte: lanzó la fusta que había utilizado para guiar su caballo contra los ojos de un bárbaro. Éste, furioso a causa del enorme dolor, atravesó el costado de Craso con un puñal y, mientras se vengaba, liberó al general romano del deshonor de ver perdida su dignidad. Craso mostró a la fortuna cuán indigno de aquella afrenta era el hombre al que ella quería ofender, pues rompió prudente y valerosamente los lazos miserables que ella había echado sobre su libertad y volvió a gozar de la dignidad cuando ya estaba destinado a ser presa de Aristónico.

Escipión Metelo[13] tuvo el mismo comportamiento y así, 13
cuando se dirigía a Hispania con una flota tras la infeliz de-

[12] Cónsul el 131 a. C., encabezó la guerra para someter a Aristonico, hijo de Éumenes II y una cortesana de Éfeso, que se declaró aspirante al trono. Logró la insurrección de gran número de esclavos y pueblo bajo (Estrabón, *Geografía* XIV 646), especialmente tracios, y fue finalmente derrotado por Perpena, el cónsul que sucedió a Craso.

[13] Se trata de Quinto Cecilio Metelo Escipión, suegro de Pompeyo que, junto a los pompeyanos que sobrevivieron en Farsalia, se había refugiado en África bajo la protección del númida Juba. Allí formaron un estado paralelo con un senado en Útica. El año 46, en Tapsos, César y sus

fensa realizada en África por su yerno Gneo Pompeyo, al haber advertido que la nave en que viajaba había caído en manos del enemigo, se atravesó el pecho con una espada y después, postrado en la popa, cuando los soldados cesarianos preguntaban dónde estaba el comandante, les respondió: «El comandante está bien». Y sólo fue capaz de decir cuanto era suficiente para dar testimonio de su fortaleza de ánimo en aras de una fama imperecedera.

14 De tu celebérrima muerte, Catón, da testimonio Útica; en ella manó más gloria que sangre de tus valerosísimas heridas; como que al arrojarte con firmeza sobre tu espada, diste a los hombres una noble prueba de cuán preferible es para los honestos la dignidad sin vida que la vida sin dignidad.

15 La hija de éste tuvo una firmeza de ánimo en absoluto femenina. Ésta, al conocer la noche previa al día en que iba a ser asesinado César la determinación que había tomado su marido Bruto, tan pronto como éste abandonó el lecho, pidió una navaja de afeitar como si fuera a cortarse las uñas y con ella se hizo una herida como si hubiera sido accidentalmente. Alarmado por los gritos de las sirvientas, Bruto volvió poco después al dormitorio y comenzó a reprocharle que había querido hacer lo que correspondía al barbero. Entonces Porcia le dijo en secreto: «Esto mío no ha sido un accidente, sino una prueba inequívoca del amor que te tengo en esta situación que atravesamos. He querido experimentar, por si falla tu propósito, con qué serenidad de ánimo me daré muerte»[14].

---

tropas masacraron a los pompeyanos, entre los que destacaba Catón, llamado de Útica, porque prefirió suicidarse antes que ver el fin de la República. Lucano en la *Farsalia* inmortalizó su recuerdo.

[14] Efectivamente, tras ser derrotado en Filipos su marido, Porcia se dio muerte.

Más afortunado que toda su descendencia fue Catón Liciniano, al que se remontan los orígenes de la familia Porcia. Cuando éste era atacado vehementemente en el campo de batalla[15] por el enemigo, se le cayó la espada de la vaina. Al darse cuenta de que se le había caído y que estaba rodeado por un grupo de enemigos y por pies hostiles a uno y otro lado, la recuperó con tanto coraje que parecía cogerla no porque se viese en peligro sino sin miedo alguno. Atónitos ante este espectáculo, los enemigos vinieron al día siguiente pidiendo suplicantes la paz. 16

La fortaleza de las empresas militares debe inculcarse 17
también en las empresas civiles, porque la misma alabanza merecen las acciones del foro que las de la milicia. Cuando Tiberio Graco[16], durante su tribunado obtenido con el favor del pueblo a costa de generosísimas concesiones, tenía oprimida la República y se pasaba los días diciendo abiertamente que, una vez desaparecido el senado, todos los asuntos tenían que ser gestionados por la plebe, los senadores, convocados al templo de la Fe Pública por el cónsul Mucio Escévola, deliberaban qué había que hacer en aquellas circunstancias. Como quiera que todos estaban de acuerdo en que el cónsul debía velar por la República, incluso valiéndose de las armas

[15] Se trata de la batalla de Pidna, contra Perseo, que acabó con el triunfo de Paulo Emilio. El Catón al que hace alusión es hijo del célebre Catón el Censor, legado en la batalla y pretor designado el año 152.

[16] El tribunado de Tiberio Graco y sus intentos de mejora de la plebe están magistralmente narrados por PLUTARCO, *Tiberio Graco* IX. El fracaso de sus proyectos se produjo por el derecho al veto interpuesto por otro tribuno, Marco Octavio. Cuando a instancias de Graco, éste fue depuesto por la plebe, se quebró el estado de derecho y dio pie a la intervención posterior del sector nobiliario y de los terratenientes romanos que acabaron con todo intento de reforma.

si era preciso, Escévola dijo que él nunca haría nada recurriendo a la violencia. Entonces Escipión Nasica[17] dijo: «Puesto que el cónsul, por someterse al imperio de la ley, hace que la autoridad romana se derrumbe con todas las leyes, yo mismo, en mi condición de hombre sin cargos públicos, me ofrezco como ejecutor de vuestra voluntad». A continuación, cogió con su mano izquierda la parte baja de la toga y, levantando la diestra, dijo: «Los que quieran salvar a su patria, que me sigan». Y disipada toda duda de los buenos ciudadanos, con estas palabras obligó a Graco con todos sus facinerosos a pagar el castigo que merecían.

18 Del mismo modo, cuando el tribuno de la plebe Saturnino, el pretor Glaucia y el tribuno designado de la plebe, Equicio, habían provocado graves desórdenes en nuestra ciudad y nadie se atrevía a enfrentarse al pueblo reunido en asamblea, Marco Emilio Escauro fue el primero en exhortar a Gayo Mario, que desempeñaba su sexto consulado, a que hiciese valer por la fuerza las leyes y la libertad, y al punto le ordenó que le trajesen sus armas. Nada más traérselas, aunque se hallaba ya en una ancianidad muy avanzada y tenía el cuerpo casi decrépito, se las ciñó y, apoyándose en una lanza, se mantuvo en pie ante las puertas de la curia y, con los pocos y últimos alientos que le quedaban a su alma, logró que la República no pereciese; así pues, su presencia de ánimo impulsó al senado y al orden ecuestre a exigir la venganza de los sediciosos[18].

---

[17] Era pontífice máximo y encabezó el grupo de senadores y clientes que dieron muerte a Tiberio Graco y los miembros de la asamblea popular reunidos en el foro. Todos los cadáveres fueron arrojados al Tíber durante la noche siguiente.

[18] Las elecciones del año 99 tuvieron lugar en una atmósfera de guerra civil. Saturnino, por tercera vez, presentó su candidatura a tribuno de la plebe. El otro candidato era un tal Equicio, que se hacía pasar por hijo

Pero, como antes la gloria de la toga y de las armas, representaremos también ahora el resplandeciente brillo de los astros, el divino Julio, la efigie inequívoca de la verdadera virtud que, cuando veía que sus tropas cedían ante el empuje de la innumerable y feroz multitud de nerviones[19], arrebató el escudo a un soldado que combatía con poco valor y protegiéndose con él comenzó a luchar encarnizadamente. Con esta acción infundió valor a todo el ejército y con su divino ardor restituyó la fortuna de aquella guerra cuando ya vacilaba. Él mismo, en el curso de otra batalla, al portaestandarte de la legión Marcia que se había dado la vuelta para huir lo cogió por el cuello y le hizo mirar a la parte contraria, y tendiendo su diestra hacia el enemigo, le dijo: «¿Adónde vas? Contra los que combatimos están allí». Si con sus manos hizo cambiar a un solo soldado, con tan encendidas palabras cambió el pánico de todas las legiones y les enseñó a vencer cuando estaban preparadas para ser vencidas. 19

Por lo demás, pongamos ahora un ejemplo de valor humano: cuando Aníbal asediaba Capua, donde se encontraba el ejército romano, Vibio Accao, el prefecto de una cohorte de pelignios[20], arrojó el estandarte al otro lado de la empalizada cartaginesa lanzando todo tipo de maldiciones sobre él y sus soldados si el enemigo se apoderaba de la enseña. Y fue el primero en lanzarse, seguido de la cohorte, en pos de aquella enseña. Cuando Valerio Flaco, el tribuno de la ter- 20

---

de Tiberio Graco. Ambos fueron elegidos. En las elecciones a cónsul la atmósfera era aún peor: el candidato Gayo Memmio llegó a ser agredido y muerto a bastonazos por la multitud. La revuelta terminó con la muerte de los sediciosos en la propia curia, donde se habían refugiado.

[19] Durante la campaña de J. César contra los belgas el año 57 a. C.

[20] Los pelignios eran ciudadanos latinos, no romanos, a diferencia de los soldados que mandaba Valerio Flaco.

cera legión, vio esto, dirigiéndose a los suyos, dijo: «Según veo, asistimos aquí como espectadores del valor ajeno, pero, ¡lejos de nosotros el deshonor de que los romanos nos dejemos aventajar en gloria por los latinos! En lo que a mí respecta, he decidido morir gloriosamente o lograr un final feliz a mi valor; estoy dispuesto a morir aunque sea solo». Oído esto, el centurión Pedanio, sujetando con la mano diestra un estandarte arrancado del suelo, dijo: «Esta enseña estará conmigo dentro de la empalizada enemiga, así es que los que no quieran que me la arrebaten, que me sigan». E irrumpió con ella en el campamento cartaginés seguido de toda la legión. De esta manera, el valor temerario de estos tres hombres no permitió que Aníbal, poco antes esperanzado en apoderarse de Capua, ni siquiera pudiera conservar su propio campamento[21].

21 Quinto Occio no fue inferior a éstos en valor; en realidad recibió el sobrenombre de «Aquiles» por su fortaleza. En efecto, para no extenderme en otras hazañas suyas, con dos hechos que voy a contar se conocerá muy bien qué gran guerrero fue. Enviado a Hispania como legado del cónsul Quinto Metelo[22] luchando en la guerra contra los celtíberos a las órdenes de éste, cuando supo que un joven de este pueblo lo retaba a combate singular —estaba él en ese momento a punto de comenzar a comer—, dejando la mesa, ordenó que le llevasen las armas y el caballo fuera de la empalizada sin que nadie lo supiera para que no se lo impi-

[21] En Valerio Máximo hay dos errores históricos notables: la gesta atribuida al tribuno Valerio Flaco corresponde en realidad al cónsul Fulvio Flaco y el ataque no tuvo lugar contra Capua sino en las proximidades de Benevento y contra Hannón. De hecho, Aníbal ni siquiera se encontraba en Capua.

[22] Se trata de Quinto Cecilio Metelo, que previamente había sometido Macedonia tras derrotar a Pseudofilipo.

diese Metelo. Tras dar alcance al joven aquel de los celtíberos que caracoleaba insolentemente con su caballo alrededor, le dio muerte. A continuación, regresó al campamento lleno de alegría entre la aclamación general y llevando consigo los despojos arrancados al cuerpo del enemigo.

En otra ocasión, este mismo guerrero, al ser retado también a combate singular, dio muerte a Pirreso, que aventajaba en nobleza y valor a todos los celtíberos. Y no sintió pudor alguno en arrebatarle del ardoroso pecho al joven la espada y el sayo militar ante la expectación de los dos ejércitos. Sin embargo, también pidió que estuviesen unidos por el derecho de hospitalidad cuando se restableciese la paz entre romanos y celtíberos.

Y en verdad no podemos pasar por alto a Acilio, que 22
cuando estaba luchando como soldado de la décima legión en el ejército de Gayo César, en el combate naval entre romanos y marselleses, al serle cortada la mano derecha con la que se había asido a la nave enemiga, se agarró con la izquierda a la popa y no dejó de luchar hasta que sumergió la nave en la profundidad tras haberla capturado[23]. Desafortunadamente, esta gesta es poco conocida. Sin embargo, al ateniense Cinegiro, que puso la misma obstinación en la lucha contra los enemigos, Grecia con su elocuente poesía lo inculcó en la memoria de todos los siglos con la celebración de sus hazañas.

Marco Cesio Esceva, centurión del mismo general, con- 23
siguió en tierra firme una gloria idéntica a la que Acilio había ganado en combate naval: cuando estaba combatiendo en la defensa de una fortaleza al frente de la cual había sido

[23] LUCANO, en III 610 y ss., describe con gran profusión de datos esta escena macabra que, por lo demás, se convirtió en tópica en los relatos épicos posteriores.

puesto, y Justuleyo, el prefecto de Gneo Pompeyo, ponía todo su empeño en tomar dicha fortaleza con un gran número de soldados, a todos los que se habían acercado les dio muerte; y combatiendo sin ceder un palmo de terreno se cayó sobre el enorme montón de cuerpos que él mismo había matado[24]. Apareció con la cabeza, la espalda y las piernas destrozadas, un ojo fuera de su órbita, y su escudo atravesado por ciento veinte dardos. De este cariz fue la disciplina en el campamento del divino Julio: uno se asió al enemigo con la diestra, otro hizo lo propio tras haber perdido un ojo; el primero resultó vencedor tras haber perdido su mano, el segundo no fue vencido aunque perdió la vista.

Pero yo no sé, ¡oh Esceva!, en cuál de las dos partes de la naturaleza proseguir con la admiración de tu inexpugnable ánimo, porque nos dejaste en la duda de si con tu sobresaliente valor realizaste un combate más valeroso en las aguas o lanzando un grito de ánimo en tierra firme. Y es que en la guerra en que Gayo César, no contento con acabar sus conquistas en las costas del Océano, lanzó sus divinas manos sobre la isla de los britanos, tú, llevado en una barca con cuatro conmilitones hasta unos escollos próximos a la isla que ocupaban numerosas fuerzas enemigas, cuando la bajamar facilitó un tránsito fácil por dejar unidos escollos e isla, al acercarse un numeroso grupo de enemigos cuando ya sus compañeros habían regresado al litoral, tú solo, manteniendo la posición en medio de una lluvia de dardos y los intentos denodados del enemigo de adueñarse de ella, con tu diestra lanzaste contra el cuerpo de los enemigos tantos dardos cuantos podrían lanzar cinco soldados en un combate que durara un día entero. Al final, espada en mano, unas ve-

[24] LUCANO, en I 140 y ss., relata este mismo suceso incluyendo una arenga del centurión y su muerte valerosa.

ces golpeando con el escudo y otras con los tajos de la espada, repeliste a los más audaces y fuiste un admirable espectáculo para romanos y britanos, difícil de creer si no lo hubiesen presenciado.

Finalmente, cuando la ira y la vergüenza obligaron al enemigo a intentar todo lo que tenían a su alcance, herido en una pierna con dardo y golpeado en la cara con una gran piedra, con el yelmo deforme de tantos y tantos golpes y el escudo deshecho en innumerables agujeros, te confiaste a la mar profunda y, cargado con dos corazas, nadaste entre las aguas que habías infectado de sangre enemiga para, nada más llegar a presencia de César, sin perder las armas, sino más bien sacando buen provecho de ellas, aunque merecías toda clase de elogios, pedir perdón porque habías regresado sin escudo: grande en el combate, pero más grande aún como ejemplo de disciplina militar. De esta manera, el más excepcional apreciador del valor te honró con el ascenso a centurión tanto por tus gestas como por tus palabras.

Pero en lo tocante al excelente valor de los combatien- 24
tes, sin ningún género de dudas, el recuerdo de Lucio Siccio Dentado debe poner el broche de oro a todos los ejemplos romanos: las gestas de éste y los honores alcanzados podría pensarse perfectamente que exceden los límites de lo creíble si no fuera porque autores fidedignos, entre ellos Marco Varrón, han querido dejar constancia de ellos en sus escritos. Dicen de él que tomó parte en ciento veinte batallas y que tenía tal fortaleza de alma y cuerpo que parecía que siempre era parte decisiva en la victoria: treinta y seis veces volvió con despojos del enemigo; ocho de ellos fueron de enemigos con los que se había enfrentado en duelo singular tras ser retado en presencia de ambos ejércitos; catorce soldados fueron salvados por él de una muerte segura, recibió en el pecho cuarenta y cinco heridas, pero ni una sola en la espal-

da; nueve veces siguió al carro triunfal de los generales e hizo que todos los ciudadanos depositaran su mirada sobre los numerosos títulos que le honraban. En efecto, le precedían ocho coronas de oro, catorce cívicas, tres murales, una de asedio, ochenta y tres collares, ciento sesenta brazaletes, dieciocho lanzas, veinticinco faleras, distintivos todos ellos que serían excesivos incluso para una legión entera, pero todavía insuficientes para este soldado.

Ejemplos extranjeros

2, 1 Digna de admiración es también la sangre aquella brotada de numerosos cuerpos que confluyó en un solo lugar en Cales[25]. En esta ciudad, cuando Fulvio Flaco vengaba la perfidia de los campanos, después de condenar a la pena capital ante su tribunal a los más notables de la ciudad y recibir una carta del senado por la que se le obligaba a poner fin al castigo de éstos, el campano Tito Jubelio Taurea se presentó voluntariamente ante él y, con la voz más clara que pudo, le dijo: «Fulvio, puesto que tienes tantas ganas de saciarte con nuestra sangre, ¿por qué te detienes y no corres a desenvainar contra mí el hacha ensangrentada, para que así puedas gloriarte de haber dado muerte con tus órdenes a un hombre bastante más fuerte que tú?». Al contestarle que lo habría hecho gustoso si no se lo impidiese la voluntad del senado, contestó el campano: «Mírame, yo no he recibido ninguna orden del senado y hago algo verdaderamente grato a tus ojos, pero que es más grande que lo que tú podrías hacer». A continuación, tras dar muerte a su mujer e hijos, se

[25] Ciudad próxima a Capua.

atravesó con la espada. ¿En qué consideración no hemos de tener a aquel hombre que quiso dar testimonio con la muerte de los suyos y la suya propia de que había preferido escarnecer la crueldad de Fulvio antes que valerse de la misericordia del senado?

¡Veamos ahora la fuerza de ánimo de Darío! Al liberar a 2
los persas de la sórdida y cruel tiranía de los magos, cuando tenía a uno de éstos a sus pies, en el suelo, tras sacarle de un lugar en que se había escondido, a un compañero de tan notoria empresa que dudaba si propinarle un golpe, no fuera a ser que le diera al propio Darío en lugar de al mago, le dijo: «No hay motivo para que uses la espada con miedo a hacerme daño; aunque nos mates a los dos, hazlo con tal de que éste muera lo antes posible».

En este momento viene a la memoria el noble espartano 3
Leónidas: nada hay más valeroso que sus decisiones, sus empresas y su muerte. En efecto, haciendo frente a toda Asia con trescientos ciudadanos en las Termópilas, gracias a su pertinaz valor hizo desesperar de un final feliz al ilustre Jerjes, odioso al mar y a la tierra y no sólo temido por los hombres, y quien incluso amenazaba con poner grilletes al mar[26] y tinieblas al cielo. Finalmente, por culpa de la criminal traición de los habitantes de aquella región, privado de la posición ventajosa de aquel lugar que le era muy favorable[27], prefirió morir luchando antes que abandonar el puesto que su patria le había asignado. Con espíritu tan enardecido

[26] Al cruzar entre Asia y Europa valiéndose de barcas entrelazadas unas con otras, Jerjes lo hizo como si de tierra firme se tratara, rompiendo así el orden natural. Tal hecho fue interpretado como *hýbris* por Esquilo en la tragedia *Los persas,* por lo que el monarca persa se hizo acreedor al castigo divino.

[27] El desfiladero de las Termópilas, que abría el paso desde Tesalia a la península helena.

exhortó a los suyos a un combate en el que habrían de perecer, que dijo: «Compañeros, comed como si fuerais a cenar en los infiernos». La muerte, pues, les era anunciada con toda franqueza, pero los lacedemonios, como si lo que se les había anunciado fuese la victoria, obedecieron intrépidos la orden.

4 El suelo de Tirea es célebre más que por el espacio geográfico en sí por la batalla y muerte gloriosa de Otríades. Éste, en unas letras escritas con su propia sangre, poco antes de morir, notificó la derrota del enemigo llevándola al seno de su patria con el título cruento de un trofeo[28].

5 A los brillantísimos resultados del valor espartano sigue un ejemplo de su decadencia miserable. Epaminondas, símbolo del mayor esplendor de Tebas y de la primera derrota de los lacedemonios, cuando había golpeado la vetusta gloria de la ilustre Esparta y el invicto valor de sus habitantes por aquel entonces, con sus exitosos triunfos en Leuctra y Mantinea, traspasado por una lanza, cuando le empezaba a flaquear la sangre y la respiración, a los que trataban de socorrerle les preguntó, primero, si su escudo estaba a salvo y, después, si los enemigos habían sido derrotados por completo. Cuando supo que ambas cosas habían sucedido como él deseaba, dijo: «Conmilitones, éste no es el final de mi vi-

[28] Al explicar la fiesta de los *Terminalia* (23 de febrero) atribuida a Numa y en honor de Término, piedra o tronco plantados en el campo para fijar las lindes, Ovidio relata esta hazaña de Otríades. La rivalidad entre argivos y espartanos por la posesión de Tirea llevó a un combate de 300 campeones por cada bando. En el combate sólo sobrevivió el espartano Otríades que, para no sufrir la vergüenza de regresar solo a su patria, se quitó la vida habiendo levantado antes un trofeo con las armas de los caídos y escrito en el mismo, con su propia sangre, su nombre, para indicar que la victoria correspondía a los espartanos.

da, sino que se acerca el comienzo de algo mejor y más grande: es ahora cuando nace vuestro Epaminondas porque muere de esta manera. Bajo mi guía y tutela veo a Tebas convertida en cabeza de Grecia y la vigorosa y fuerte ciudad de Esparta está derrumbada por nuestras armas: Grecia ya está libre de la amarga tiranía. Muero, pues, sin haber engendrado, pero no sin hijos, porque dejo dos maravillosas hijas, Leuctra y Mantinea». Ordenó después que le extrajesen de su cuerpo la lanza y murió con aquel mismo semblante con que habría entrado vencedor sano y salvo en las murallas de su patria, si los dioses inmortales le hubiesen permitido poder disfrutar de sus victorias.

Y no pequeña fue también la determinación del atenien- 6
se Terámenes, obligado a morir en la cárcel pública, cuando no dudó en beber la poción venenosa a que le obligaron los Treinta Tiranos: entre bromas, hizo que la parte de la pócima que había sobrado, al caer al suelo, emitiese un ruido bien perceptible[29], y sonriendo al esclavo público que le había traído el veneno, dijo: «Bebo por la salud de Critias; procura darte prisa en llevarle esta copa». Era en efecto Critias el más cruel de los Treinta Tiranos. En verdad, soportar con tanta facilidad un suplicio es liberarse del mismo. De esta manera, Terámenes, como si muriese en su propio lecho en su casa, dejó de vivir; a los ojos de sus enemigos, castigado; a sus propios ojos, porque le había llegado la hora.

Pero Terámenes adquirió su entereza de ánimo del mun- 7
do de las letras y de la enseñanza. En cambio, al numantino Retógenes le bastó como maestra la fiereza de su gente para adquirir un valor semejante. En efecto, cuando la situación de Numancia ya era insostenible y dado que aventajaba a

[29] Era señal de buen augurio.

todos sus conciudadanos en nobleza, riquezas y honores, tras reunir de todas partes material incendiario, prendió fuego a su barrio, que era el más floreciente de la ciudad. A continuación colocó la espada desenvainada en medio y ordenó a los ciudadanos que combatiesen entre sí de dos en dos, de manera que el vencido fuese arrojado sobre las casas en llamas tras cortarle la cabeza. Este hombre, tras morir todos bajo el peso de una ley de muerte tan terrible, se arrojó también él en último lugar sobre las llamas.

8 Pero, pasemos a relatar el final de una ciudad igualmente enemiga del pueblo romano. Una vez conquistada Cartago, la mujer de Asdrúbal, echándole en cara su impiedad, porque se había contentado con pedirle a Escipión que le perdonase la vida sólo a ella, cogiendo con ambas manos a los hijos comunes que no rehusaban la muerte, se arrojó sobre el fuego de su patria en llamas.

9 Añadiré ahora a este ejemplo de fuerza de ánimo femenino otro igualmente valeroso de dos jóvenes muchachas. Durante la sangrienta revuelta de Siracusa, cuando toda la familia del rey Gelón, a causa de las públicas matanzas, se vio reducida a una hija solamente, Harmonía, y los enemigos irrumpieron por doquier con el ánimo de quitarla de en medio, su nodriza entregó a las espadas enemigas a una joven igual que Harmonía vestida con ropa propia de una princesa. Y ni siquiera cuando le iban a dar muerte con la espada, reveló su verdadera condición esta muchacha. Admirada de su valor, Harmonía no soportó sobrevivir a un ejemplo de fidelidad tan grande y, habiendo hecho venir de nuevo a los sicarios, les confesó quién era y después fue igualmente degollada. De esta manera, a una la mentira no descubierta y a la otra la verdad sin tapujos les acarreó la muerte.

CAPÍTULO 3

Sobre el aguante

Con las acciones egregias de los hombres, al igual que de las mujeres, la fortaleza se muestra a los ojos humanos y a la vez exhorta también a dejarse ver la paciencia, ciertamente no asentada sobre raíces poco sólidas o arraigadas en espíritus poco generosos, sino más bien unida a ella por su semejanza de tal modo que podría parecer que incluso ha nacido de ella o con ella.

¿Qué hay, pues, más coincidente con los hechos que he 3, 1
referido antes que lo hecho por Mucio? Como llevara mal que Porsena, el rey de los etruscos, atacara nuestra ciudad con una guerra larga y duradera, Mucio, ciñéndose la espada, penetró a escondidas en su campamento e intentó darle muerte cuando estaba celebrando un sacrificio ante el altar. Por lo demás, apresado cuando estaba a punto de llevar a cabo su acción piadosa a la vez que valiente, no ocultó el motivo de su presencia allí y dio muestras de su capacidad de sufrimiento con una paciencia admirable. Según creo, por odio a su mano diestra, porque no había sido capaz de cumplir con el deber de dar muerte al rey, la puso sobre el fuego y soportó que se la quemaran por completo. Seguramente los dioses inmortales no presenciaron nunca ante sus altares con ojos tan atentos un sacrificio semejante. Y obligó al mismísimo Porsena, olvidándose del peligro que había corrido, a convertir en admiración la venganza, pues le dijo: «Regresa junto a los tuyos, Mucio, y diles que tú, aunque intentabas darme muerte, has logrado que te perdone la vida». Y Mucio, sin adular la clemencia de Porsena, más triste

porque Porsenna seguía vivo que feliz por su salvación, regresó a la ciudad con el sobrenombre eternamente glorioso de «Escévola»[30].

2 También fue plausible el valor de Pompeyo, quien, como embajador, interceptado por el rey Gencio, al ordenársele que expusiese las decisiones del senado, acercó un dedo a una lucerna encendida para que se lo quemaran. Con esta muestra de sufrimiento hizo desesperar al rey de sacarle cualquier información a base de tormentos, a la vez que le infundió un gran deseo de establecer vínculos de amistad con el pueblo romano. Pero, para no verme obligado a proseguir en la memoria detestable de nuestras guerras civiles escrutando más ejemplos de esta naturaleza en casa, a los dos ya expuestos, que confieren una gloria sin par a dos de las más ilustres familias a la vez que no contienen ningún desdoro para el Estado, añadiré ejemplos extranjeros.

Ejemplos extranjeros

3, 1 Según una vieja costumbre de Macedonia, niños de muy nobles familias asistían al rey Alejandro cuando celebraba sacrificios. Uno de ellos, cogiendo un pebetero, se colocó delante del rey. Un carbón encendido cayó sobre su brazo y aunque se quemaba tanto que el olor de su cuerpo chamuscado llegaba hasta las narices de los que estaban a su alrededor, sofocó, sin embargo, en silencio el dolor y mantuvo su brazo inmóvil para no interrumpir el sacrificio de Alejandro moviendo el pebetero o para no quebrantar el ritual religioso profiriendo un gemido. El rey entonces, viendo con

[30] Es decir, «El Zurdo».

deleite la capacidad de sufrimiento del niño, quiso precisamente por ello probar su perseverancia. Prolongó deliberadamente el sacrificio más tiempo del debido, pero ni siquiera esto le hizo desistir de su decisión. Si Darío hubiese podido poner sus ojos sobre un espectáculo tan maravilloso, habría podido saber que soldados de una raza así no podrían ser vencidos, al advertir de qué fuerza estaba dotada una niñez como ésta.

También es una vehemente y constante milicia del espíritu la filosofía, rica en obras literarias, maestra del saber de venerables cosas sagradas. Cuando ésta penetra en los corazones, dejando a un lado toda falta de honestidad y las lisonjas que de nada sirven, afianza todo con el baluarte de una sólida virtud y lo hace más fuerte que el miedo y el dolor.

Voy a comenzar por Zenón de Elea. Éste, al ser de suma 2
prudencia en el análisis de las cosas y siempre el más dispuesto a incitar a la fortaleza el ánimo de los jóvenes, con el ejemplo de su valor dio público testimonio de sus preceptos. En efecto, habiendo salido de su patria, en la que podía disfrutar de una libertad sin preocupaciones, se dirigió a Agrigento, que por entonces era víctima de una miserable esclavitud. Confiaba tanto en su valía personal y en sus costumbres que tenía la esperanza de poder acabar con la crueldad de un tirano como Fálaris, de mente realmente loca. Cuando poco después se dio cuenta de que en el tirano podían más sus modales despóticos que los buenos consejos, infundió en los jóvenes más nobles de la ciudad el deseo de liberar a su patria de la tiranía. Al haber llegado a oídos del tirano noticias de ello, reunido el pueblo en el foro, comenzó a torturarlo con toda clase de tormentos, tratando de saber con ello a quiénes había hecho partícipes de su determinación. Pero él no dio el nombre de ninguno, sino que

al contrario, convirtió en sospechosos a todos los que estaban próximos al tirano y que eran los que más confianza le merecían. Y proclamando a gritos la apatía y cobardía de los agrigentinos hizo que de repente, movidos por un impulso de la razón, se liaran a pedradas con Fálaris. En consecuencia, la voz sin súplicas de un solo viejo puesto en el potro de tormento, sin gritos de dolor, sino más bien con una convincente exhortación, hizo cambiar los sentimientos y la suerte de toda una ciudad.

3 Otro filósofo del mismo nombre[31], cuando era torturado por el tirano Nearco, que había decidido darle muerte para castigarle y para que revelara los nombres de los cómplices, triunfante sobre el dolor, pero con ánimo de venganza, dijo que había algo que le convenía oír en secreto. Una vez libre del potro de tortura, cuando advirtió que era el momento oportuno para llevar a cabo su treta, de un mordisco le arrancó la oreja y no la soltó hasta que él se quedó sin vida y el tirano sin oreja.

4 Émulo de semejante capacidad de sufrimiento, Anaxarco[32], cuando era torturado por Nicocreonte, el tirano de Chipre, quien no podía impedir por ningún medio que a su vez él torturase al tirano con el azote de los insultos más mordaces, al que le amenazaba con cortarle la lengua, le dijo: «Joven afeminado, esta parte de mi cuerpo no estará en tu poder» y, al punto, arrancándose la lengua con los dientes y masticándola, se la escupió a la cara dejando bien clara su ira. Aquella lengua había dejado atónitos y llenos de admiración los oídos de muchos, especialmente del rey Alejan-

---

[31] Puede tratarse del Zenón fundador de la escuela estoica, aunque Diógenes Laercio cuenta esta misma anécdota de Zenón de Elea, del que ha hablado en el capítulo anterior.

[32] Filósofo seguidor de Demócrito, acompañó a Alejandro en la expedición de Oriente.

dro, cuando expuso sabiamente y con gran claridad las particularidades de la tierra, las características del mar, las órbitas de los astros y, en suma, la naturaleza del mundo. Y murió casi con más gloria aún que vivió, porque con un final tan valiente confirmó la doctrina de su actividad profesional que no sólo abandonó con la vida, sino que hizo más ilustre con su muerte.

El tirano Jerónimo también fatigó en vano las manos de 5
los torturadores en la persona del muy prestigioso Teódoto: rompieron sobre él las varas, despedazaron las mancuerdas, descoyuntaron el potro, apagaron sobre él las planchas encendidas, sin lograr que diera nombres de los cómplices de tiranicidio. Más aún, al hombre de confianza del tirano en el que recaía, como si de un gozne se tratara, la parte más cruel de la tiranía, acusándolo falsamente, lo apartó de la confianza que en él tenía el tirano y, con su capacidad de sufrimiento, no sólo logró mantener el secreto sino que vengó además su tormento. De esta manera, mientras Jerónimo laceraba cruelmente a su enemigo, perdió sin motivos a un amigo.

Se cree que entre los indios el ejercicio de la paciencia 6
se practica tan obstinadamente que hay quienes pasan toda su vida desnudos, unas veces fortaleciendo su cuerpo con el riguroso frío del monte Cáucaso y otras exponiéndolo a las llamas sin que se les escape un quejido. Y éstos, con el desprecio del dolor, consiguen no poca gloria y el título de «sabios».

Estos ejemplos han emanado de corazones grandes y 7
eruditos, el que sigue, no menos admirable, nos lo proporciona un simple esclavo. Un esclavo bárbaro, tomándose muy a mal que Asdrúbal había dado muerte a su amo, abalanzándose sobre él súbitamente, lo mató. Tras ser capturado y sufrir toda clase de tormentos, mantuvo muy obstina-

damente, sin embargo, en su semblante la alegría que le había proporcionado su venganza. Y es que la virtud tiene un acceso nada fastidioso: sus puertas están abiertas a las almas valientes y proporciona una fuente de alimento abundante o escasa sin distinción de clases sociales; está por igual a disposición de todos y valora en más qué deseos tienes de ella que la dignidad que aportas y, a la hora de tomar sus bienes, deja que seas tú mismo quien los sopese, para que te lleves contigo cuanto tu alma sea capaz de soportar. De todo ello resulta que incluso los de cuna humilde pueden alcanzar la más alta dignidad y que los nacidos de familias que cuentan con un buen número de antepasados ilustres, caídos en algún deshonor, convierten en tinieblas la luz del prestigio recibido de sus mayores.

Todo esto se aprecia mucho mejor con sus ejemplos y de ellos voy a hablar antes de nada, especialmente de aquellos cuyo cambio a un estado mejor proporciona una materia espléndida para el relato.

CAPÍTULO 4

Sobre aquellos que, de origen humilde, llegaron a ser ilustres

4, 1 Una rústica choza fue la cuna de Tulo Hostilio: su adolescencia la pasó apacentando rebaños, en su madurez dirigió los destinos de Roma y duplicó su poder; su vejez, adornada con excelentísimos ***, resplandeció en el pedestal más alto de la majestad[33].

[33] Su apelativo obedece a las campañas militares: destruyó Alba Longa, combatió con Fidenas, Veyos y los sabinos, y dio el derecho de ciudadanía a los senadores más notables de Alba Longa. En cualquier caso,

Pero Tulo Hostilio, aunque es un gran ejemplo de admirable ascenso en el poder, no es sin embargo más que un ejemplo doméstico. A Tarquinio fue la fortuna la que lo llevó a nuestra ciudad para ocupar el poder de Roma, extranjero porque ***[34], más extranjero porque nació en Corinto, desdeñable, porque era hijo de un mercader, y hasta podría ponerse rojo de vergüenza por haber nacido además cuando su padre era un exiliado[35]. Sin embargo, a base de esfuerzo, logró que su cambio de condición social fuera visto como algo digno de gloria y no de envidia. Efectivamente, amplió los límites del Imperio, incrementó el culto a los dioses con nuevos colegios sacerdotales, amplió el número de senadores, dejó tras de sí un orden ecuestre mucho más rico y, lo que significa la mayor gloria que pudo alcanzar, con sus preclaras virtudes logró que esta ciudad no se arrepintiera de haber tomado prestado un rey de entre sus vecinos antes que de haberlo elegido de entre sus ciudadanos. 2

Pero fue en Tulio[36] en quien la fortuna dejó ver más que en ningún otro su poder dando a esta ciudad un rey nacido 3

---

tras este legendario rey se esconde la sospecha de sucederse un rey guerrero y otro organizador sucesivamente.

[34] Cabe pensar que el término que falta hace alusión sencillamente a su condición de no nacido en Roma; el hecho de que insista a continuación en su condición de extranjero es porque no sólo no nació en Roma ni en Italia, sino que era de origen griego por parte de padre.

[35] Tarquinio el Viejo, según la tradición, era hijo del corintio Demarato y se estableció en Roma cambiando su nombre primitivo, Lucumón (en etrusco, nombre genérico de la nobleza) por el de Lucio Tarquinio. Su gran riqueza y carácter afable le granjearon la simpatía del pueblo, que lo eligió rey a la muerte de Anco Marcio. Llevó a cabo guerras victoriosas contra los vecinos, aumentó en cien unidades el número de senadores, instituyó juegos públicos y drenó las zonas pantanosas de la ciudad.

[36] Servio Tulio, según la tradición, era hijo de una mujer noble de la ciudad latina de Cornículo y había caído prisionero de los romanos, pero

de una esclava. A él le cupo en suerte ocupar el trono durante muchos años, realizar cuatro veces el censo de la población y celebrar el triunfo tres veces. En suma, sus orígenes y el lugar que llegó a ocupar los atestigua claramente la inscripción de su estatua con su cognomen de esclavo y el apelativo de rey.

4 También Varrón llegó a ocupar el consulado en una maravillosa progresión desde la modesta carnicería de su padre. Y en verdad la fortuna no estimó en mucho concederle las doce fasces a quien había crecido con las ganancias de una mercancía muy sórdida, sino que le dio como colega en el cargo a Lucio Paulo Emilio. Además, la fortuna se introdujo de tal modo en su seno que permitió que Paulo, que no había querido trabar combate, muriese cuando por su culpa en Cannas pereció la mayor parte del ejército romano, mientras que él volvió sano y salvo a la ciudad. Más aún, la fortuna hizo salir al senado ante las puertas de la ciudad para darle las gracias porque había querido regresar y logró que le nombraran dictador pese a ser culpable de una humillante derrota[37].

5 No es pequeño el rubor que produce el consulado de Marco Perpenna, como que llegó a ser cónsul[38] antes que ciudadano, si bien como guerrero fue más útil a la Repúbli-

criado en el palacio de Tarquinio el Viejo, al casarse con la hija de éste le sucedió en el trono.

[37] Se trata de Marco Terencio Varrón, querido de las masas populares, demagogo y cobarde a los ojos de Polibio. Fue el causante de la derrota de Cannas, pero el senado, dada la difícil situación de Roma, lo recibió a las puertas de la ciudad cuando regresó con los soldados que habían sobrevivido.

[38] El 130 a. C. La información proporcionada por Valerio Máximo es inexacta porque la *lex Papia* fue promulgada el año 65 a. C. Además, Perpenna murió en el viaje de regreso a Roma y no pudo celebrar el triunfo que se le había concedido.

ca de lo que lo había sido Varrón como general. En efecto, hizo prisionero al rey Aristonico y se erigió en vengador de la masacre sufrida por Craso; y aunque triunfó en vida, tras su muerte fue condenado en virtud de la ley Papia, pues a su padre, que se había arrogado el derecho de ciudadanía que no le correspondía, los sabelios, tras un juicio, lo obligaron a retornar a su primitiva condición social[39]. De esta manera, el nombre de Marco Perpenna quedó oscurecido, su consulado no tuvo validez, su poder se esfumó como una nube, su triunfo fue efímero y de manera injusta peregrinó en nuestra ciudad malamente como si fuera una ciudad ajena a él.

Sin embargo, la progresión de Marco Porcio Catón, que 6
convirtió su nombre, desconocido en Túsculo, en el más famoso de Roma, debió ser propiciada por los votos del pueblo: las letras latinas gozaron de prestigio gracias a sus escritos, coadyuvó a la disciplina del ejército, incrementó la autoridad del senado, propagó la familia de la que más tarde nacería otro Catón, su descendiente más ilustre[40].

Ejemplos extranjeros

Pero, añadamos a los ejemplos del mundo romano ejem- 4, 1
plos de extranjeros. Sócrates, tenido por el hombre más sabio, no sólo por la opinión pública sino también por el oráculo de Apolo, pese a haber nacido de Fenárete, una comadrona, y de Sofronisco, un marmolista, alcanzó la cima más alta de

[39] Es decir, a la condición de ciudadano latino, pero no ciudadano romano.

[40] Catón de Útica, del que Lucano en la *Farsalia* escribiría el insigne verso que lo equiparaba a los dioses, ejemplo de estoicismo, que prefirió suicidarse antes que ver el fin de la República.

la gloria. Y no sin razón, pues cuando el talento de hombres doctos divagaba en disputas estériles y trataba de explicar las dimensiones del sol, la luna y los otros astros más con argumentos baladíes que con pruebas ciertas, osando incluso abarcar con sus explicaciones todo el cosmos, él fue el primero que obligó a sus mentes a alejarse de estos errores absurdos y a indagar en lo íntimo de la naturaleza humana y la soledad del corazón como el mejor maestro de vida si queremos considerar la virtud en sí misma.

2 Los propios hombres de su tiempo ignoraban quién era el padre de Eurípides y la madre de Demóstenes. Los documentos escritos de casi todos los hombres cultos dicen que la madre del segundo fue una vendedora de hortalizas y el padre del primero un vendedor de navajas. Pero, ¿qué hay más ilustre que la fuerza trágica de uno y la elocuencia del otro?

CAPÍTULO 5

Sobre los que, nacidos de padres ilustres, degeneraron

Viene ahora la segunda parte de lo que prometí y que ha de ser expuesta con las imágenes veladas de hombres ilustres, puesto que hemos de hablar de aquellos que resultaron indignos de su esplendor y que constituyen ejemplos excepcionales de estar imbuidos de los vicios más abyectos y abominables, la pereza y la incapacidad.

5, 1 ¿Qué hay, pues, más semejante a un monstruo que Escipión, el hijo de Escipión Africano el Viejo? Pese a haber nacido en medio de una gloria familiar tan grande, se dejó hacer prisionero de un insignificante destacamento militar del rey Antíoco. Y cuando su acción debió tener lugar entre

las de los dos nombres más ilustres, el de su padre y el de su tío paterno, el uno, célebre por haber conquistado África, y el otro, porque empezaba ya a sobresalir por haber recuperado la mayor parte de Asia[41], a él le habría bastado con darse voluntariamente muerte antes que brindar sus manos al enemigo para que se las encadenase y obtener así un pequeño respiro gracias a un enemigo del que, poco después, Lucio Escipión habría de obtener el triunfo más sonado a los ojos de los dioses y de los hombres.

Este mismo Escipión, cuando presentó su candidatura a pretor, apareció en el Campo de Marte con una toga tan sucia que, si no hubiese sido por la ayuda de Cicereyo, en otro tiempo secretario de su padre, jamás habría obtenido del pueblo tal magistratura. Aunque, ¿qué diferencia pudo haber entre no obtener el cargo y obtenerlo de esta manera? Cuando sus allegados se dieron cuenta de que deshonraba aquel cargo, hicieron que ni lo ejerciese ni promulgase leyes, y además, le quitaron del dedo el anillo en que estaba grabada la cabeza del Africano. ¡Santos dioses, qué tinieblas permitisteis que naciesen de tan refulgente luz!

Ve ahora qué clase de vida más perdida en la lujuria vi- 2
vió el hijo del celebérrimo ciudadano y general Quinto Fabio Máximo «el Alobrógico».

Dejando a un lado otros escándalos, podrían, sin embargo, verse bien patentes sus vergonzosas costumbres, que llegaron a tal punto que el pretor urbano Quinto Pompeyo tuvo que prohibirle hacer uso de los bienes paternos y nunca en una ciudad tan grande se dio un decreto semejante: con gran dolor, los ciudadanos soportaban que aquel dinero que debería servir para dar lustre a la familia Fabia fuera dilapi-

[41] Su tío era Lucio Cornelio Escipión, llamado «el Asiático» por su triunfo sobre Antíoco III en Magnesia.

dado en toda clase de vicios. Así pues, a quien la excesiva indulgencia de su padre había dejado heredero de una espléndida fortuna, la severidad del pueblo lo desheredó.

3 Se hizo con el favor del pueblo Clodio Pulcro[42], pero al sujetar su puñal en la estola de Fulvia sometió el prestigio militar a los caprichos de una mujer. Pulcro, el hijo de éstos, además de vivir una juventud afeminada y trivial, se hizo desgraciadamente famoso por sus depravados amoríos con una vulgar prostituta y terminó muriendo de una muerte que causa sonrojo: tras devorar glotonamente tetinas de cerda pagó con la vida su fea y sórdida intemperancia.

4 También Hortensio Corbión, el nieto de aquel ilustre Quinto Hortensio que ocupó la cima de la oratoria en provecho de los ciudadanos más dignos e importantes, vivió toda su vida de una manera más abyecta y obscena que cualquier prostituta y, al final, su lengua terminó expuesta entre lupanares al capricho de todos, tanto cuanto la de su abuelo había velado en el foro por el bien de todos los ciudadanos.

6 Me doy cuenta de qué peligroso camino estoy siguiendo, así que daré marcha atrás para no enfrascarme en algún otro relato inútil si persisto en seguir entrelazando otros naufragios de esta índole. Daré, pues, marcha atrás y dejaré que estas sombras deformes permanezcan en el abismo más profundo de su vergüenza. Es bastante mejor narrar qué hombres ilustres se permitieron innovaciones en el vestir y en otros hábitos de la vida.

[42] Se trata del famoso tribuno de la plebe Clodio, del que se conocen relaciones amorosas con Fulvia y con Pompeya, la segunda esposa de César, y objeto del odio de Cicerón por culparle de su destierro.

CAPÍTULO 6

De aquellos que, nacidos de hombres ilustres, vistieron o introdujeron modas con más permisividad de la que toleraba la costumbre de sus antepasados

Publio Escipión, cuando en Sicilia meditaba la ruina de 6, 1
los cartagineses buscando cómo aumentar y trasladar su ejército a África, entre los proyectos y trabajos de una empresa de esta envergadura, se aficionó al gimnasio y empezó a vestir palio y sandalias. No por ello atacó con más blandura al enemigo, y no sé si incluso con más fogosidad, porque las naturalezas diligentes y esforzadas alimentan ánimos más vehementes cuanto más se relajan. Podría creer además que él pensaba conseguir un favor mayor de sus aliados al dar pruebas de aceptar su manera de vivir y sus multitudinarias competiciones gimnásticas. Sin embargo, asistía a ellas sólo después de haber fatigado largo tiempo sus espaldas y de haber puesto a prueba su fortaleza a base de ejercicios militares, pues en éstos buscaba el entrenamiento, en la gimnasia simplemente una relajación del esfuerzo.

Todavía hoy vemos en el Capitolio una estatua de Lucio 2
Escipión vestido con clámide y calzando sandalias. La verdad es que él mismo quiso que pusieran su efigie con este vestido, porque en ocasiones vestía así.

Tampoco Lucio Sila, aunque era un general del ejército, 3
consideró inadecuado pasear por Nápoles con clámide y sandalias.

Por su parte, Gayo Duilio[43], que fue el primero en obte- 4
ner una victoria naval sobre los cartagineses, siempre que

[43] El año 260 a. C., durante la Primera Guerra Púnica, el cónsul Gayo Duilio se enfrentó a los cartagineses cerca de Milazzo, sobre la costa septentrional

asistía a un banquete fuera de casa tuvo la costumbre de regresar de la cena a su domicilio precedido de un flautista y un tocador de lira a la luz de una antorcha de cera, dando así testimonio con una celebración nocturna de su insigne triunfo en la guerra.

5 También Papirio Masón, cuando el senado le había negado la celebración del triunfo pese a su brillante acción militar en beneficio del Estado, lo celebró él mismo por su cuenta en el monte Albano y dio así un ejemplo a los demás. Y cuando asistía a los espectáculos públicos, en lugar de una corona de laurel se ceñía una corona de mirto[44].

6 Y ya casi insolente fue lo que hizo Gayo Mario. En efecto, después de sus triunfos sobre Jugurta, los cimbrios y los teutones, bebió siempre de un cántaro, porque se decía que el padre Líber, al volver de Asia tras el triunfo sobre los indios, también bebió de un recipiente así. Con esta manera de beber el vino, equiparaba sus victorias a las del dios.

7 Por su parte, Marco Catón, siendo pretor, procedió judicialmente contra Marco Escauro y los otros reos sin vestir la túnica, sino ciñendo solamente la toga pretexta.

CAPÍTULO 7

Sobre la confianza en uno mismo

Pero éste y otros ejemplos similares son indicios de una virtud que se permite algunas licencias en la renovación de

---

de Sicilia, al oeste de Mesina, y los derrotó capturándoles 50 naves. Se hizo famosa la técnica de combate mediante puentes móviles que facilitó combatir como en tierra firme. Los espolones de las naves cartaginesas adornaron la tribuna rostral desde la que los oradores se dirigían al pueblo.

[44] La corona de mirto simbolizaba ya en la antigua Grecia el triunfo atlético y militar de los vencedores, de la misma manera que, más tarde, en Roma lo hacía la corona de laurel.

costumbres: los ejemplos que voy a exponer a continuación darán a conocer cuánta confianza en sí mismos tienen algunos.

Cuando Publio y Gneo Escipión, con la mayor parte de 7, 1
su ejército, fueron derrotados en Hispania por las tropas cartaginesas y todos los pueblos de aquella provincia se pusieron del lado cartaginés, al no atreverse ninguno de nuestros generales a partir hacia allí para restablecer la situación, Publio Escipión, que contaba con sólo veintitrés años, prometió que lo haría. Con esta confianza en sí mismo devolvió al pueblo romano la esperanza de la salvación y de la victoria.

Esta confianza en sí mismo la ejerció también en Hispa- 1a
nia. Cuando asediaba la ciudad de Badia[45], ordenó a los que se presentaban ante su tribunal que compareciesen al día siguiente en el templo que se encontraba dentro de los muros del enemigo. E inmediatamente, después de haberse apoderado de la ciudad, dictó sentencias en el sitial puesto al efecto en el momento y el lugar que previamente había dicho. Nada más noble que esta confianza, nada más cierto que esta predicción, nada más eficaz que esta rapidez de hacer lo prometido, nada, en fin, más digno que su dignidad.

Y no fue menos valiente ni menos próspero su paso a 1b
África, adonde llevó su ejército desde Sicilia contra la opinión del senado, porque, si no hubiese confiado más en su decisión que en la del senado para realizar esta empresa, no se habría encontrado el modo de poner fin a la Segunda Guerra Púnica.

Una confianza igual demostró en el hecho que sigue: 1c
después de llegar a África, a unos exploradores de Aníbal cogidos prisioneros en el campamento y traídos a su presen-

[45] Actual Santa María de Bedoza.

cia ni los torturó ni les preguntó sobre las intenciones y las fuerzas del ejército cartaginés, sino que puso el máximo cuidado en que los llevaran con las mayores atenciones junto a los manípulos. Después de preguntarles si habían ya visto pormenorizadamente todo aquello que se les había ordenado que inspeccionaran, bien alimentados ellos y sus caballos, los dejó partir sanos y salvos. Con esta prueba de confianza plena en sí mismo, golpeó la moral del enemigo antes de vencer sus armas.

1d Pero, pasemos ahora a hechos domésticos que atestiguan la excepcional confianza en sí mismo. Cuando Lucio Escipión rendía cuentas al senado de cuatro millones de sestercios relativos a la guerra de Antioquía, rompió el libro que él mismo había traído en el que estaban registrados los ingresos y los gastos y con el que fácilmente podía refutar la acusación de sus enemigos. Estaba indignado por el hecho de que se dudara de la administración que había llevado. Más aún, dijo lo que sigue: «Senadores, no voy a dar cuenta a vuestro erario de los cuatro millones de sestercios, yo, que además de combatir a las órdenes de otro, con mi actuación he enriquecido el tesoro público en doscientos millones de sestercios. Y no creo que se haya llegado a tal grado de malicia que haya que abrir una investigación sobre mi inocencia, ya que, después de haber puesto África entera a vuestra disposición, ninguna otra cosa saqué de ella que se me pudiera imputar, salvo el cognomen. Así pues, ni me hicieron avaro los tesoros cartagineses ni a mi hermano los de Asia, sino que ambos somos más ricos en envidia de otros que en dinero». El senado entero aprobó la defensa tan vehemente de Escipión, así como aquel hecho famoso que sigue: cuando tuvo necesidad de sacar del erario público un dinero imprescindible para la República, como quiera que los cuestores no se atrevían a abrirlo porque se lo impedía la ley, a

título personal pidió las llaves y, una vez abierto el erario, obligó a la ley a ceder ante la necesidad. Ciertamente esta confianza se la dio su conciencia, gracias a la cual podía recordar que él siempre había observado todas las leyes.

No me cansaré relatando hechos suyos de esta índole, 1e
porque él mismo tampoco se cansó nunca de proporcionarnos virtudes de esta guisa.

El tribuno de la plebe Marco Nevio o, como algunos recuerdan, los dos Petilios, habían fijado una fecha determinada para que compareciese ante el pueblo. Ese día, conducido allí al foro acompañado de una gran muchedumbre, subió a la tribuna de oradores y, ciñéndose la corona del triunfo, dijo: «Quirites, tal día como hoy obligué a la soberbia Cartago a someterse a nuestras leyes. Es justo, pues, que vosotros y yo vayamos al Capitolio a dar gracias a los dioses». A estas palabras suyas tan brillantes siguió un suceso igualmente célebre: mientras se dirigía al templo de Júpiter Óptimo Máximo le acompañaron dándole escolta el senado en pleno, todo el orden ecuestre y toda la plebe. Ya sólo quedaba que el tribuno iniciara el proceso en nombre del pueblo sin estar presente el pueblo y que permaneciese en el foro solo y abandonado haciendo el mayor ridículo con su calumnia. Para evitar, pues, este trago, también él fue al Capitolio y de acusador de Escipión se convirtió en su ferviente admirador.

Egregio sucesor de su abuelo, Escipión Emiliano, cuan- 2
do estaba asediando una ciudad muy bien fortificada, aconsejándole algunos que colocase alrededor de los muros pinchos de hierro y que cubriese todos los vados con planchas de plomo guarnecidas de puntas de clavos para que los enemigos no pudieran hacer salidas imprevistas contra nuestras posiciones, les respondió que no era propio de su persona querer capturar a alguien y al mismo tiempo tenerle miedo.

3 A cualquier parte de ejemplos memorables que vuelva, quiera o no quiera, necesariamente tengo que echar mano del nombre de los Escipiones. ¿Cómo olvidarme, llegado a este punto, de Escipión Nasica, el más ilustre autor de una sentencia que testimonia la confianza en sí mismo? En cierta ocasión en que iba en aumento la carestía de alimento, el tribuno de la plebe Gayo Curiacio convocó a los cónsules a presencia del pueblo para que propusieran al senado la compra de trigo y enviaran legados para cumplir este encargo. Con el fin de impedir que se cumpliera este objetivo escasamente útil, Nasica empezó a hablar en sentido contrario: «Guardad silencio, Quirites —dijo—, yo sé mejor que vosotros lo que conviene a la República». Oído esto, todos, en absoluto silencio, se preocuparon más por la autoridad que les inspiraba Nasica que por sus propios víveres.

4 Debe ser recordado eternamente también el ánimo de Livio Salinátor. Cuando había derrotado por completo a Asdrúbal y al ejército de los cartagineses en Umbría[46] y le dijeron que, con muy pocos efectivos, podría acabar con los galos y los lígures que estaban desperdigados en desbandada sin jefes ni enseñas, respondió que convenía ser parcos en esa actitud para que no faltase a los enemigos quien anunciase una derrota tan grande.

5 Esta prestancia de ánimo se vio en tiempo de guerra; en tiempo de paz, no menos digna de elogio fue la prestancia de ánimo que puso de manifiesto en el senado el cónsul Publio Furio Filo. A Quinto Metelo y a Quinto Pompeyo, que habían sido antes cónsules, acérrimos enemigos suyos y que además desaprobaban su ansiada marcha a Hispania, la pro-

---

[46] En el año 207 a. C., en la batalla del Metauro; ahí pereció Asdrúbal, a cuyo cadáver le arrancaron la cabeza y de regreso a Apulia la arrojaron sobre las avanzadas cartaginesas.

vincia que le había correspondido en el sorteo, los obligó a ir allí como legados a sus órdenes. ¡Confianza no sólo propia de un valiente, sino incluso casi temeraria! Con ella se atrevió a poner a ambos lados a dos personas que le profesaban un odio acérrimo y, rodeado de enemigos, fue capaz de desempeñar un cargo que apenas resulta seguro en medio de amigos.

Si esta actuación de Filo le gusta a alguien, necesaria- 6
mente ha de gustarle también la de Lucio Craso, un brillantísimo orador de tiempo atrás[47]. Cuando ejercía como procónsul en la provincia de la Galia, Gayo Carbón, a cuyo padre había hecho condenar, llegó hasta allí para inspeccionar su gobierno; y no sólo no lo apartó del cargo, sino que además le asignó un lugar a su lado en el tribunal y no tomó decisión alguna sin antes haber consultado su parecer. Así pues, el enérgico y vehemente Carbón, en su inspección de la Galia no consiguió otra cosa que comprobar que su padre, culpable, había sido justamente enviado al exilio por el hombre más íntegro de todos.

Ciertamente Catón el Viejo repetidas veces fue llamado 7
a juicio por sus enemigos y, resultando inocente de todas las acusaciones, terminó por provocar tanta confianza en su inocencia que, citado por sus enemigos a un proceso público, pidió como juez a Tiberio Graco, del que discrepaba enormemente en la forma de entender la administración del estado. Con esta prestancia de ánimo cortó por lo sano la manía persecutoria de sus enemigos.

Igual fue la suerte de Marco Escauro, igual de larga y 8
robusta su ancianidad, igual su ánimo. Cuando fue acusado en el foro de haber recibido dinero del rey Mitridates para

---

[47] De él dice Cicerón, *Bruto* 143, que se disputaba la primacía de la oratoria con Antonio y Escévola y lo considera un orador perfecto.

traicionar a la República, se defendió de la acusación en los siguientes términos: «Es injusto, Quirites, que cuando he vivido con unos, deba rendir cuentas a otros, pero me atreveré todavía a haceros una pregunta a vosotros que mayoritariamente no habéis conocido ni mis actos ni mis honores: el sucrense Vario Severo dice que Emilio Escauro, sobornado por el rey, ha traicionado al pueblo romano; Emilio Escauro declara que no tiene nada que ver con esa acusación, ¿a cuál de los dos dais crédito?». El pueblo, entonces, conmovido por la admiración que le profesaba, con un persistente clamor hizo retirar a Vario aquella insensatísima acusación[48].

9 Por el contrario, Marco Antonio, aquel ilustre orador, dio pruebas de cuán inocente era no rechazando, sino asumiendo, su propia defensa. Al partir para Asia como cuestor, había llegado ya a Brindis, cuando recibió una carta comunicándole que se le acusaba de incesto ante el tribunal del pretor Lucio Casio, tribunal del que, por la severidad del pretor, se decía que era el potro de tortura de los acusados. Y aunque él podía evitarlo beneficiándose de la ley Memia, que prohibía encausar a los que estaban ausentes por razones de servicio al estado, hizo, sin embargo, el camino de regreso a Roma. Con esta decisión, tan llena de buena confianza en sí mismo, logró no sólo una rápida absolución sino también un viaje más honroso.

---

[48] Aunque en este pasaje Valerio Máximo parece sugerir que la *Lex Varia* tenía que ver con el delito de concusión, en realidad la ley, así llamada por el tribuno Quinto Vario Severo (año 90), se promulgó para limitar la extensión del derecho de ciudadanía. Vario atacó inútilmente a Escauro y paradójicamente fue víctima de su propia ley un año más tarde. Sobre este siniestro personaje volverá a cargar las tintas en VIII 6, 4. Un análisis pormenorizado de esta ley es el realizado por E. Gruen, «The Lex Varia», *JRS* 55 (1965), 59-73.

Hay también maravillosos ejemplos de confianza públi- 10
ca. Así, en aquella guerra habida contra Pirro, como quiera que los cartagineses enviaran por su cuenta ciento treinta naves al puerto de Ostia para ayudar a los romanos, al senado le pareció oportuno enviar legados al almirante de los cartagineses para comunicarle que el pueblo romano solía declarar guerras que podía afrontar con sus soldados y que, por lo tanto, hiciesen regresar la flota a Cartago.

De igual manera, unos años más tarde, cuando el senado se atrevió a enviar tropas de refuerzo a Hispania tras el desastre de Cannas, que dejó exhaustas las fuerzas romanas, consiguió que se vendiera bien caro el terreno ocupado por el campamento enemigo, como si los cartagineses no lo hubieran ocupado, precisamente en el momento en que Aníbal golpeaba con sus armas la puerta Capena[49]. Comportarse de esta manera en circunstancias adversas, ¿qué otra cosa es sino convertir la cruel fortuna en ayuda de uno mismo una vez que ha sido vencida por el pudor?

El senado y el poeta Accio[50] están separados por un 11
gran trecho. Sin embargo, para poder pasar mejor desde él a ejemplos extranjeros, hablemos de él ahora.

Este poeta nunca se puso en pie cuando Julio César, que se encontraba en la cima de la gloria y del poder, venía al colegio de poetas[51]; y se comportaba de este modo no porque ignorara la autoridad de César, sino porque él se con-

[49] Es decir, las puertas mismas de Roma, ya que la puerta Capena era la que daba acceso a la Vía Apia que conducía a la Campania.

[50] Difícilmente puede ser cierta esta anécdota ya que, cuando el tragediógrafo Accio murió, Julio César sólo contaba seis años. De ser cierta, el Accio al que aquí se alude ha de ser necesariamente otro.

[51] El colegio de poetas se reunía, al menos después, en el templo *Herculis Musarum* y se menciona por vez primera en esta anécdota recogida por Valerio Máximo en torno al año 90 a. C.

sideraba superior en la comparación de sus aficiones comunes. Así es que no se le pudo acusar de insolencia, porque allí se competía en materia literaria y no en títulos de nobleza.

Ejemplos extranjeros

7, 1 Ni siquiera Eurípides fue arrogante a los ojos de los atenienses cuando, ante la petición del pueblo de que suprimiera cierto pasaje de una tragedia, saliendo al escenario, dijo que él solía escribir tragedias para adoctrinar al pueblo, no para aprender de él. En verdad, es digna de alabanza la confianza que valora la estima propia en su justa medida y que se arroga lo justo para mantenerse alejada del desprecio y de la insolencia. Y así es también digno de elogio lo que Eurípides contestó al poeta trágico Alcestis. Estando junto a él se quejaba de que durante tres días no había sido capaz de escribir más de tres versos y, además, con un gran esfuerzo, mientras que Alcestis se vanagloriaba de haber escrito cien con suma facilidad. «Pero hay una diferencia —dijo—, que los tuyos tendrán valor sólo tres días mientras que los míos perdurarán eternamente». En efecto, los prolíficos versos de uno fueron pronto olvidados, mientras que los del otro, larga y esmeradamente trabajados, discurrirán por los siglos henchidos por las velas de la gloria.

2 Añadiré un ejemplo más sacado del mundo de la escena. El flautista Antigénidas a un discípulo suyo muy aventajado, pero de escaso éxito entre el público, a todos cuantos le oían, dijo: «Toca para mí y para las musas», ya que la excelencia del arte, aunque se vea privada de los halagos de la fortuna, no tiene por qué privarse de la justa confianza en sí

misma, y la alabanza que sabe se merece, si no la consigue de otros, la obtiene sin embargo de la crítica recibida de los más íntimos.

Zeuxis, por su parte, tras haber pintado a Helena, no 3 creyó conveniente esperar la opinión de los hombres sobre su obra, sino que de inmediato escribió sobre el lienzo estos versos:

No es vergonzoso que los troyanos y los aqueos de hermo-
[sas grebas
sufran tanto desde hace tiempo por una mujer semejante[52].

¿Concedió el pintor tanto mérito a su mano como para creer que con ella había alcanzado tanta hermosura cuanta pudo producir Leda en su celestial parto u Homero con su divino talento?[53].

También Fidias[54] aludió a los versos de Homero con sus 4 egregias palabras. Una vez concluida la estatua de Júpiter Olímpico, la más hermosa y admirable de cuantas cincelaron manos humanas, preguntado por un amigo en qué modelo se había inspirado para perfilar en marfil la cabeza de Júpiter como extraída del cielo mismo, con palabras propias de un maestro a su discípulo, le respondió con los siguientes versos homéricos:

---

[52] *Ilíada* III 156-57.

[53] Leda, amada por Zeus, que acudía a su encuentro metamorfoseado en cisne, tuvo cuatro hijos famosos: Helena y Clitemestra, esposas respectivas de Menelao y Agamenón, y Cástor y Pólux, los Dioscuros.

[54] El más famoso escultor griego (siglo v a. C.). Dirigió las obras del Partenón y fue autor, entre otras, de la Atenea Prómacos de la Acrópolis y de la estatua de Júpiter Olímpico.

Dijo, y con su negro entrecejo asintió el Cronida;
y su divina cabellera ondeó sobre la cabeza
del señor inmortal. E hizo temblar el vasto Olimpo[55].

5 Los más ilustres generales no me permiten que insista más tiempo en ejemplos de menos importancia. Epaminondas, cuando sus conciudadanos, airados contra él, le encomendaron por desprecio que empedrara las calles de la ciudad —aquel oficio era el más humillante para ellos—, sin dudarlo un instante, aceptó el encargo y aseguró que pondría todo su empeño para que, en breve tiempo, ese oficio resultara hermosísimo. Después, con su admirable proceder, consiguió que aquella actividad tan vergonzante fuera deseada en Tebas como si se tratara del más distinguido honor.

6 Aníbal, por su parte, cuando estaba exiliado en la corte del rey Prusias y le sugería que entablara una batalla, como quiera que las entrañas de la víctima del sacrificio le anunciaban lo contrario, dijo: «Contéstame, ¿acaso prefieres dar más crédito a unos trocitos de hígado de ternera que a un viejo general?». Si te fijas en estas palabras observarás que fueron breves y casi lacónicas, pero si examinas su contenido, éste es amplio y válido. En efecto, ante sus pies arrojó Aníbal las imágenes de las dos Hispanias tras quitárselas al pueblo romano, las fuerzas de las Galias y de Liguria sometidas y acatando su autoridad, las cimas de los Alpes abiertas a su paso mostrando un nuevo camino, el lago Trasimeno marcado en el recuerdo de manera cruel, y también Cannas, el más célebre testimonio de la victoria cartaginesa, y la toma de Capua y la devastación de Italia entera. No toleró, pues, con buen ánimo que su gloria, ampliamente puesta de manifiesto, fuera relegada por el hígado de una víctima. Y

[55] *Ilíada* I 528-530.

es que, en lo que concierne a trucos bélicos y a la estrategia militar, incluso a juicio de Marte, el corazón de Aníbal debería tener más peso que todos los fuegos sagrados de los presagios y todos los altares de Bitinia.

Muestra también un altanero talante aquel dicho célebre 7
del rey Cotis[56]. Cuando supo que los atenienses le habían concedido el derecho de ciudadanía, dijo: «También yo les daré a ellos el de mi pueblo». Equiparó a Tracia con Atenas para que no se pensase que, juzgando a su país indigno de dar a su vez aquella prerrogativa, era inferior a los atenienses por su linaje.

Notablemente se comportaron también aquellos dos es- 8
partanos: tanto el que, increpado por uno porque había venido a combatir cojeando, le respondió que su intención era combatir y no huir, como aquel otro que, al decirle alguien que el sol solía nublarse con las flechas de los persas, le respondió: «¡Estupendo! Combatiremos a la sombra»[57].

Otro hombre de la misma ciudad e igual valor, a un huésped suyo que le estaba mostrando las elevadas y anchas murallas de su patria, le dijo: «Si habéis levantado estas murallas para defender a las mujeres, bien; pero si lo habéis hecho para proteger a los hombres, es una vergüenza».

---

[56] Se trata del suegro del general ateniense Ifícrates, que mandaba las tropas de Atenas y que forzó a los atenienses y sus aliados a firmar la paz de Antalcidas en el 387 a. C.

[57] Estas dos respuestas la tradición las atribuye a Agesilao y a Leónidas, dos de los Trescientos héroes espartanos que murieron en las Termópilas cuando retrasaron la entrada de los persas en el territorio helénico, gesta, por lo demás, celebrada por Simónides en unos versos inmortales grabados en el epitafio que conmemora la hazaña.

CAPÍTULO 8

Sobre la perseverancia

Después de haber tratado detenidamente y de buen grado ejemplos de la buena confianza en sí mismo, sólo me falta, como si de una deuda se tratara, exponer ejemplos de perseverancia. La naturaleza, en efecto, se ha comportado de tal modo que cuantos confían a su ánimo algo correcto y justo, aunque los critiquen, lo defienden con pasión una vez hecho; y si aún no lo han hecho, aunque le pongan toda clase de trabas, tratan de llevarlo a cabo a toda costa y sin demora.

8, 1 Pero, mientras busco ejemplos del tema propuesto, para dar una visión general el mejor ejemplo de perseverancia que se me ocurre es el de Fulvio Flaco[58]. Había éste ocupado con las armas Capua, que había sido convencida por las falsas promesas de Aníbal de que gracias a su infame traición iba a conseguir la hegemonía de Italia. Por este motivo, tan justo evaluador de la culpa de los enemigos como glorioso vencedor, decidió dar muerte a todos los senadores de Campania como artífices que eran de un decreto tan nefando. En consecuencia, una vez encadenados, los dividió en dos grupos y los introdujo en las prisiones de Teano y Cales dispuesto a cumplir su propósito una vez concluidas otras obligaciones que le parecían más apremiantes para el interés de la república. Pero, como se corrió el rumor de que la pe-

[58] Se trata de Quinto Fulvio Flaco, cónsul el 212 a. C. que junto con su colega Apio Claudio Pulcro atacó el campamento de Hannón llevándose la mayoría de las provisiones destinadas a Capua, rival de Roma y partidaria de Aníbal.

na se iba a mitigar por mediación del senado de Roma, para que los condenados no se libraran de la pena merecida, durante la noche, a lomos de un caballo, se dirigió a Teano y, una vez ejecutados los que allí estaban en prisión, sobre la marcha fue también a Cales para concluir lo que de manera perseverante había concebido. Cuando ya tenía a los condenados atados al poste de ejecución, recibió una carta del senado de Roma que en vano pretendía que se le perdonara la vida a los campanos: cogiéndola en la mano izquierda tal como le llegó, dio la orden al lictor de que actuase conforme exigía la ley y sólo la abrió cuando ya nada podía hacer para cumplir lo que se le ordenaba. Con esta firmeza superó incluso la gloria que le había proporcionado la victoria, porque, si uno se pone a evaluarlo por la gloria que obtuvo considerándola en sí misma, se encontrará que fue mayor la gloria que obtuvo por haber castigado a Capua que por haberla conquistado.

Y así como es digna de admiración esta perseverancia 2
en la severidad, lo es también la perseverancia en la piedad que Quinto Fabio Máximo mostró de manera constante para con la patria. Él había entregado una suma de dinero por el rescate de unos prisioneros que tenía Aníbal; engañado, nada de esto dijo en público. Cuando era dictador, el senado concedió los mismos poderes al prefecto de caballería Minucio, que estaba a su lado; nada dijo. Cuando además fue víctima de otras muchas injusticias, se mantuvo con la misma actitud de ánimo y nunca se permitió montar en cólera contra la República. Tanta perseverancia en el amor a sus conciudadanos, ¿por qué? ¿Acaso no fue igual su perseverancia en el transcurso de la guerra? Tras la derrota de Cannas parecía que el poder de Roma, casi destruido por completo, apenas podía ya formar un ejército. En consecuencia, creyendo preferible burlar y eludir al ejército carta-

ginés antes que enfrentarse a él en campo abierto, aunque constantemente le provocaban las amenazas de Aníbal, que a menudo incluso le brindaba ocasiones propicias para obtener algún éxito, nunca cambió de opinión, ni siquiera intentando pequeñas escaramuzas. Y lo que es más difícil aún, siempre dio pruebas de que estaba por encima de la ira y la esperanza. Así pues, al igual que Escipión luchando, así también éste, sin luchar, parece claro que proporcionó a nuestra ciudad un excelente servicio: el uno, con sus acciones relámpago, destruyó Cartago; el otro, con su táctica de dar largas[59], consiguió que Roma no fuera destruida.

3 Con la narración que sigue quedará claro que Gayo Pisón desempeñó su consulado de manera admirable y perseverante en unas circunstancias turbulentas para la República. Marco Palicano, el hombre más sedicioso, mediante halagos perniciosos se había granjeado el favor del pueblo, que intentaba infligir la mayor deshonra a las elecciones a cónsul al desear otorgarle los máximos poderes a un hombre cuyas fechorías, de lo más horrible, merecían un castigo más que cualquier otra clase de honores.

Y no le faltaba a la tumultuosa muchedumbre la tea incendiaria de los tribunos dispuestos a secundar su temeridad cuando se hallaba en efervescencia o a inflamarla con sus acciones cuando tenía visos de extinguirse. En esta situación de la ciudad, digna de compasión y sonrojo, Pisón, llevado casi en brazos de los tribunos ante la tribuna de oradores, como quiera que lo rodearan por todas partes y le preguntaran si iba a anunciar oficialmente el nombramiento de Palicano como cónsul elegido por sufragio popular, en primer lugar contestó que no pensaba él que la República estuviera

---

[59] Precisamente por eso recibió el sobrenombre de Cunctátor, «contemporizador».

tan ofuscada como para llegar a ese grado de indignidad. Después, al perseverar la plebe en su acoso y decirle: «Pero, ¿y si se diera el caso?», le respondió: «No lo voy a proclamar». Ciertamente, con esta respuesta tan cortante, privó del consulado a Palicano antes de que lo hubiera conseguido legalmente.

Pisón no tuvo en consideración los grandes y terribles peligros que corrió cuando no quiso que la admirable rectitud de su forma de proceder cambiara.

Por otra parte, Metelo el Numídico, con una perseveran- 4
cia semejante, sufrió también un contratiempo que su majestuosidad y costumbres no merecían: al advertir qué dirección tomaban los intentos de Saturnino[60], un funesto tribuno de la plebe, y con qué daño para la República brotarían si no se les atajaba, prefirió partir para el exilio antes que aprobar una ley suya. ¿Puede alguien decir que hubo un hombre más firme que este que, para no tener que cambiar de opinión, prefirió verse privado de su propia patria, en la que disfrutaba del más alto grado de dignidad?

Por lo demás, ya que no puedo poner a nadie por delante 5
de él, pondré en el mismo nivel, y con todo merecimiento, al augur Quinto Escévola.

Una vez dispersas y abatidas las facciones enemigas, Sila, tras hacerse dueño de Roma, había reunido al senado bajo la amenaza de las armas e intentaba ansiosamente que, lo antes posible, Gayo Mario fuera declarado enemigo público[61]. Al no atreverse nadie a contravenir su voluntad, so-

---

[60] Lucio Apuleyo Saturnino pertenecía al partido de los optimates y se había pasado al partido popular por discrepancias con el senado, que lo había apartado de la dirección del abastecimiento de cereales mientras era cuestor de Ostia.

[61] La crueldad de Sila llegó hasta el punto de exhumar el cadáver de Mario y arrojarlo al Anio. Plutarco dice también que mientras Sila pro-

lamente Escévola, preguntado sobre el particular, no quiso emitir su opinión. Más aún, cuando Sila le amenazaba con toda clase de truculencias, le dijo: «Aunque me pongas delante todas esas tropas con las que has rodeado la curia, aunque me amenaces con la mismísima muerte, nunca vas a conseguir que a costa de mi sangre, senil y escasa, declare enemigo público a Mario, gracias al cual Roma e Italia entera están a salvo»[62].

6 ¿Qué tienen que ver las mujeres con la asamblea del pueblo? Si se guarda el respeto a la tradición, nada; pero cuando la paz del hogar se ve amenazada por las revueltas civiles, corre peligro la autoridad de las antiguas instituciones y vale más lo que consigue la violencia que lo que aconseja y ordena la decencia. Así es que a ti, Sempronia, hermana de Tiberio y Gayo Graco, esposa de Escipión Emiliano, al incluirte entre las obligaciones importantísimas que tienen los hombres, no lo hago gratuitamente y con mala intención, sino con el ánimo de rendirte honores porque, llevada por un tribuno de la plebe a presencia del pueblo en medio de la mayor confusión, en nada mermaste la grandeza de los tuyos. Fuiste obligada a permanecer en un lugar donde solían perturbarse incluso los ciudadanos más notables, la más alta autoridad te hostigaba con mirada torva profiriendo toda clase de amenazas, atronando todo el foro con el griterío de una muchedumbre ignorante, e intentaba con un afán desmedido que tú le dieras un beso a Equicio, que buscaba el falso derecho de pertenecer a la familia Sempronia como si

---

nunciaba un discurso en el templo de Belona, sus esbirros masacraron a más de seis mil prisioneros samnitas que se hallaban cerca y, aunque los gritos se oían en el templo, Sila, impasible, pidió a los senadores que prestaran atención al discurso, ya que fuera estaban dando una lección a un montón de miserables.

[62] Especialmente tras su éxito sobre los cimbrios y los teutones.

fuera hijo natural de tu hermano Tiberio. Tú, sin embargo, rechazaste a aquel monstruo, surgido de no sé qué tinieblas, que intentaba con audacia execrable usurpar un parentesco que no le correspondía[63].

Las personalidades más brillantes de nuestra ciudad no 7
se indignarán si, entre el brillo eximio de ellos, se muestra también el valor de los centuriones[64] para que podamos contemplarlo, pues, del mismo modo que los humildes deben admirar a los nobles, así también los nobles deben favorecer más que despreciar al que accede por vez primera a los honores si tiene buenas condiciones naturales. ¿O es que acaso hemos de rechazar a Ticio de este grupo de ejemplos? Éste, estando de centinela en el campamento de César, fue cogido prisionero por un destacamento de Escipión y, al prometerle que le perdonaría la vida sólo si aseguraba que en adelante se pasaría a las filas de Gneo Pompeyo, el yerno de César, no dudó en responder lo que sigue: «Escipión, te doy las gracias, pero no puedo aceptar seguir viviendo con esa condición». ¡Noble ánimo, aun sin imágenes de antepasados!

La misma firmeza de carácter siguió también Mevio, un 8
centurión a las órdenes del divino Augusto. Tras haber combatido brillantemente en numerosas ocasiones durante la guerra contra Antonio, rodeado por una emboscada inesperada de enemigos y llevado a Alejandría a presencia de

[63] La demagogia que corrió por Roma durante las revueltas de Saturnino y Glaucia puso prácticamente fin al sistema republicano. Entre otras leyes, propusieron a la asamblea del pueblo una *Lex Appuleia de maiestate* que consistía en poder entregar al tribunal a cualquier persona culpable de haber perjudicado los intereses del pueblo. Propusieron también que Mario fuera elegido cónsul ¡por sexta vez! el año 100, Saturnino tribuno de la plebe por segunda vez y Glaucia pretor.

[64] En la escala militar, los centuriones solían proceder de los estratos más humildes de la población, no de la nobleza, y se llegaba a este puesto de responsabilidad y a la vez honorífico por méritos militares.

Antonio, cuando le preguntaron sobre qué debía hacerse con él, respondió: «Ordena que me corten el cuello, porque ni por conservar la vida ni por el tormento de la muerte puedo cambiar tanto como para dejar de ser soldado de César o empezar a serlo tuyo». Por lo demás, cuanto más perseverantemente despreció la vida, tanto más fácilmente la obtuvo: Antonio, en efecto, le concedió el perdón en consideración a su valor.

Ejemplos extranjeros

8, 1 Quedan aún muchos ejemplos romanos de un valor como éste, pero hay que evitar la saturación con la moderación oportuna; en consecuencia, permitiré a mi pluma que pase a los ejemplos extranjeros.

El puesto de honor que lo ocupe Blasio, cuya perseverancia fue la más pertinaz. Deseando éste devolver a los romanos su patria, Salapia, ocupada por un destacamento cartaginés, se atrevió a sumar a esta empresa, más por deseo que por esperanza, a Dasio, con el que tenía enormes discrepancias en la administración de la República y que era además amigo íntimo de Aníbal, pero sin el cual no podía llevar a cabo su propósito. Éste al punto contó a Aníbal la conversación tenida entre ambos así como lo que pensaba hacer para, de esta manera, hacerse aún más amigo de Aníbal y más odioso a su enemigo.

Aníbal ordenó que los dos compareciesen ante él, uno para probar su acusación y el otro para defenderse. Pero cuando el asunto se debatía ante el tribunal y los ojos de todos estaban puestos en aquel litigio, al presentársele al juez un asunto más urgente que no debía dilatar, Blasio, con sem-

blante fingido y en voz baja comenzó a incitar a Dasio a que tomase partido por los romanos antes que por los cartagineses. Entonces Dasio dijo en voz alta que Blasio, en presencia del general, lo estaba provocando contra el general mismo. Como esta actitud parecía increíble y sólo había llegado a los oídos de uno solo, aparte de que provenía del enemigo, nadie le dio crédito. Pero no mucho después la admirable perseverancia de Blasio terminó por ganarse a Dasio y entregó a Marcelo no sólo Salapia, sino también quinientos númidas que estaban en ella para defenderla.

Por otra parte, Foción, aunque los atenienses habían lle- 2
vado a cabo una gestión, y además con éxito, contrariamente a lo que él había aconsejado, se mantuvo en sus trece con tal firmeza que llegó a sostener en medio de la asamblea que, si bien se alegraba del éxito de ellos, su consejo había sido mucho mejor: no condenó, pues, lo que rectamente había visto por el hecho de que había resultado bien lo que otro había aconsejado mal; seguía pensando que el consejo ajeno había resultado más útil, pero el suyo más sabio. Y es que, en verdad, el azar hace a los ánimos proclives a la temeridad cuando secundan una mala determinación, y cuanto más nociva es, tanto más inesperadamente se muestra favorable.

Foción era un hombre reflexivo, de costumbres misericordiosas y liberales además de moderadas con una gran dulzura; lo que le valió que todos los hombres, de manera unánime, le otorgaran el sobrenombre de «el Bueno»[65]. De esta manera, la perseverancia, que por su propia naturaleza parece más rígida, hizo fluir suavemente mansedumbre de

[65] Foción (s. IV a. C.) sin embargo, aunque fue elegido estratego cuarenta y cinco veces y mandó parte de la flota en la batalla de Naxos, acusado de traición, se vio obligado a envenenarse.

su corazón; sin embargo, el ánimo de Sócrates, por su virilidad, nos brindó un ejemplo de perseverancia algo más resuelta.

3 Todos los atenienses, instigados por un furor muy injusto y violento, habían pronunciado una triste sentencia sobre la cabeza de los diez estrategos que habían destruido la flota de los lacedemonios junto a las Arginusas[66]. Sócrates, que en aquel momento y de manera casual ocupaba el cargo del que dependía la ejecución de los acuerdos tomados por el pueblo, considerando injusto que tantos ciudadanos y que habían prestado tan buen servicio fueran víctimas del furor de la envidia por una causa de la que no eran culpables, opuso a la temeridad de la plebe su firmeza y, en medio de una asamblea sumamente agitada y de encendidas amenazas, no se dejó conminar para tener que rubricar con su firma que también él se sumaba a aquella locura colectiva. Pero la asamblea, oponiéndose a que Sócrates hiciese uso de la vía legal a que tenía derecho, persistió en manchar sus manos con la sangre de unos estrategos que no se merecían aquel castigo. Sócrates sin embargo no tuvo miedo de que el furor desenfrenado por undécima vez de su patria le acarrease su propia muerte.

4 Aunque no del mismo renombre, pero igual testimonio de firmeza, puede considerarse el ejemplo que sigue: a Efialtes, un eficaz abogado de Atenas y hombre leal donde los

[66] En abierta oposición a la masa, Sócrates intervino en el proceso del año 406 en el que la asamblea popular, después de la victoria de las Arginusas, condenó a muerte a todos los estrategos porque no pudieron proteger a los náufragos en un mar tempestuoso y dar sepultura a sus cuerpos.

haya[67], se le ordenó acusar públicamente y denunciar, entre otros, a Demóstrato, cuyo hijo era Demócares, un joven de eximia belleza y con el que estaba unido por un amor ferviente. De esta manera, además del truculento oficio de fiscal que le correspondía por sorteo, se había convertido a la vez en reo miserable por su afecto particular y tuvo que sufrir el no poder mirar al joven, que acudió a suplicarle que fuera clemente con su padre, y el no poder rechazarlo ni dirigirle la mirada cuando se echó a sus pies suplicante, sino que, cubriéndose la cabeza, entre lágrimas y lamentos, tuvo que soportar que diera rienda suelta a todas sus súplicas y, en consonancia con su lealtad a la ley, condenó al acusado Demóstrato. No sé si obtuvo una victoria más dolorosa que célebre, puesto que antes de condenar al culpable tuvo que vencerse a sí mismo.

Este ejemplo anterior se vio sobrepasado en severidad 5
por el ejemplo de Dión de Siracusa. A algunos que le aconsejaban que tomara precauciones contra Heráclides y Calipo, hombres de su entera confianza, porque andaban tendiéndole trampas, les respondió que él prefería morir antes que poner en el mismo rasero que a sus enemigos a sus amigos por el simple temor a morir de muerte violenta.

El ejemplo que sigue es famoso tanto por lo admirable 6
del hecho en sí mismo cuanto por la celebridad de su autor.

Alejandro, el rey de Macedonia, cuando era ya célebre por el triunfo sobre las selectas tropas de Darío, totalmente sudoroso por el calor del verano y la fatiga del viaje en Cilicia, bañó su cuerpo en el río Cidno que, famoso por la limpieza de sus aguas, fluye a través de Tarso. Inmediatamente

---

[67] No se trata del famoso Efialtes que traicionó a los griegos y propició la derrota de las Termópilas, sino del homónimo hijo del poeta Simónides que inmortalizó precisamente esta gesta de los espartanos.

después, paralizados sus nervios por el excesivo frío del agua y rígidas las articulaciones, fue llevado a una ciudad próxima al campamento en medio de la consternación de todo el ejército.

Yacía enfermo en Tarso y la esperanza de una victoria inminente parecía más que dudosa a causa de su enfermedad. Así pues, los médicos llamados junto a él buscaban los remedios para su salud con el máximo empeño. Cuando el tratamiento de todos apuntaba a una determinada poción y el médico Filipo, que era su amigo y compañero, la tenía ya preparada en sus manos y dispuesto a dársela, llegó una carta remitida por Parmenión, advirtiendo al rey que tuviese cuidado de Filipo ya que había sido sobornado por Darío. Nada más leerla, sin demora alguna, ingirió la pócima y después dio la carta a Filipo para que la leyera. Como premio a este testimonio tan grande de confianza en un amigo, los dioses inmortales le concedieron la más digna recompensa. Y es que los dioses no quisieron que el remedio de su salvación fuera impedido por una acusación falsa.

LIBRO IV

CAPÍTULO 1

Sobre la moderación

Pasaré a la cualidad más beneficiosa del espíritu, la moderación, que impide que la desmesura y la temeridad arrastren a nuestros pensamientos, convirtiéndose así en una virtud libre de toda crítica y en la que abundan en cambio los motivos de alabanza. Pero, veamos sus efectos en hombres ilustres:

Para comenzar desde los inicios de la más alta magis- 1, 1
tratura, Publio Valerio, que alcanzó el sobrenombre de «Publícola» por su respeto a la soberanía popular, ya que, cuando advirtió que, una vez suprimida la monarquía, y gracias al consulado, todo el poder regio y sus atributos habían recaído sobre él, llevado por su moderación consiguió que el aspecto más aborrecible de su cargo fuera tolerable, para lo cual separó las segures de las fasces y se sometió a la asamblea popular[1].

[1] «Publícola» o «amigo del pueblo» sería el sobrenombre que recibió por sus méritos P. Valerio, que fue nombrado cónsul tras la abdicación de

Además, rebajó también su poder aceptando como colega a Espurio Lucrecio, a quien ordenó que se le entregaran las fasces antes que a él mismo, por ser de mayor edad. Consiguió que los comicios centuriados aprobaran una ley por la que ningún magistrado podría flagelar o matar a un ciudadano romano sin apelación. De este modo, atenuó poco a poco su poder para que la ciudad fuera más libre.

En cuanto a que demolió su casa porque, al estar en un lugar demasiado elevado, parecía una fortaleza, ¿acaso no es verdad que cuanto más humilde sea tu hogar mayor será tu gloria?

2 Da pena dejar a Publícola, pero es también agradable mencionar a Furio Camilo, cuyo paso de la mayor deshonra al sumo poder fue tan moderado que, cuando estaba desterrado en Árdea[2] y los romanos solicitaron su ayuda, ya que los galos habían tomado la ciudad, no fue a Veyos ni asumió el mando del ejército, hasta que no supo que su dictadura había sido aprobada con todos los trámites legales.

Fue magnífico el triunfo de Camilo en Veyos[3], gloriosa fue su victoria sobre los galos, pero es mucho más admirable esa demora suya[4]. Y es que es mucho más difícil derro-

---

Tarquinio (cf. T. Livio, I 7-8; Plutarco, *Publícola* 10). Fue nombrado cónsul en cuatro ocasiones y murió con enorme gloria por sus triunfos militares y su sabia y moderada administración. Entre los méritos a los que alude Valerio Máximo estaría el haber acercado las altas magistraturas al pueblo, ya que Publio redujo el número de fasces de 24 a 12.

[2] Ciudad del Lacio.

[3] Antigua ciudad de Etruria donde se produjo el enfrentamiento con los galos.

[4] Marco Furio Camilo fue censor, tribuno militar y dictador en el s. iv a. C., obteniendo sobre los galos un valiosísimo triunfo, gracias al cual se le dio el sobrenombre de segundo fundador de Roma. Cf. T. Livio, V 10 ss.; Cicerón, *Tusculanas* I 37, 90; Suetonio, *Tiberio* 3; Virgilio, *Eneida* VI 825; Plutarco, *Camilo* 24.

tarse a sí mismo que a un enemigo, sin que debamos ni huir de la adversidad con precipitación irreflexiva, ni gozar de un triunfo con alegría desbordante.

De una moderación semejante a la de Furio fue Marcio 3
Rutilio Censorino. No en vano, al ser nombrado censor por segunda vez, convocó una asamblea popular a la que dirigió las críticas más duras que pudo por haberle otorgado de nuevo ese poder cuando, en la antigüedad, se había establecido que no debía prorrogarse el plazo por tratarse de un poder excepcional[5].

Lo cierto es que tanto Censorino como el pueblo actuaron rectamente: el uno porque les amonestó para que otorgaran los honores con moderación, y el otro porque, de hecho, había confiado esos honores a una persona moderada.

¡Y qué decir del comportamiento como cónsul de Lucio 4
Quincio Cincinato! Cuando los senadores pretendieron que continuara en esa magistratura —no ya sólo por sus grandes logros, sino también porque el pueblo intentaba elegir a los mismos tribunos para el siguiente año—, como ninguna de esas decisiones le parecía legal, se negó, consiguiendo así, por una parte, oponerse a la voluntad del senado y, por otra, obligar a los tribunos a imitar su ejemplo de mesura[6].

Y éste fue el único motivo por el que tanto el senado como el pueblo evitaron que se les criticara duramente por no haber actuado conforme a la ley.

En cuanto a Fabio Máximo, cuando advirtió que había 5
sido cónsul durante cinco años, y que en otras muchas ocasiones lo habían sido su padre, su abuelo, su bisabuelo y demás antepasados, en los comicios en los que su hijo iba a

---

[5] Cf. T. Livio, XV 17; Plutarco, *Coriolano* 1.

[6] Patricio romano nombrado cónsul en el 460 a. C. Es citado normalmente como referente de la austeridad de los primeros mandatarios de Roma. Cf. T. Livio, III 21, 26, 28; Cicerón, *Sobre la vejez* 56.

ser nombrado cónsul por acuerdo unánime, solicitó encarecidamente al pueblo que librara por una vez de ese honor a la familia Fabia, no porque desconfiara de las cualidades de su hijo —que era brillante—, sino para que no se perpetuase el poder de una sola familia[7].

¿Qué hay, pues, más positivo o más poderoso que esta moderación, que superó incluso lazos tan estrechos como el cariño de un padre?

6 Nuestros antepasados no fueron tan desagradecidos como para no reconocer las hazañas de Escipión el Viejo. De hecho, intentaron compensar sus enormes méritos con las distinciones apropiadas. De este modo, quisieron erigirle estatuas en la plaza de los Comicios, en las tribunas del foro, en la Curia, e incluso en el templo del propio Júpiter Óptimo Máximo. Quisieron colocar en los lechos de las estatuas de los dioses en el Capitolio su imagen tumbado y cubierto con vestiduras triunfales[8]. Quisieron concederle el consulado y la dictadura sin límites, con carácter vitalicio.

Pero Escipión no permitió que se le concediera ninguno de estos honores, ni por plebiscito, ni por decreto del senado, y puso tanto empeño en rechazarlos como había puesto en merecerlos[9].

---

[7] Se refiere Valerio a Quinto Fabio Máximo Ruliano, padre de Quinto Fabio Máximo Gurges.

[8] El término *pulvinar*, que hemos traducido como «lecho», designa una especie de almohadas sobre las que se colocaban imágenes de los dioses en los templos, y mediante las que se intentaba representar la imagen de esos dioses disfrutando de un banquete.

[9] En opinión de C. Van Nerom, si comparamos la versión del discurso de Tito Sempronio Graco a favor de Escipión que aparece en T. Livio, XXXVIII 56, con lo que aparece en este capítulo de Valerio y en Séneca (*Sobre la brevedad de la vida* XVII 6 y *Consolación a Polibio* XIV 4), llegamos a la conclusión de que el discurso de Graco sería más bien político, pero no aludiría a la época de César, sino que reflejaría la crítica de

Con similar determinación defendió en el senado la causa de Aníbal, cuando los cartagineses enviaron unos mensajeros para acusarle de estar provocando revueltas entre ellos. Adujo entonces Escipión que no era apropiado que los senadores se entrometieran en los asuntos del pueblo cartaginés y, guiado por su gran moderación, tuvo en cuenta la vida de Aníbal y la dignidad de su pueblo, contentándose con haber obtenido la victoria sobre uno y otro[10].

En cuanto a Marco Marcelo —que fue el primero que 7
demostró que Aníbal podía ser derrotado y que Siracusa no era inexpugnable—, cuando durante su consulado llegaron a Roma unos sicilianos para quejarse de su actuación, él no convocó al senado para que debatiese esta cuestión, ya que como su colega Valerio Levino estaba casualmente fuera de Roma, los sicilianos podrían sentirse intimidados a la hora de manifestar su descontento[11].

---

un republicano contra Augusto. Cf. «Le discours de T. Sempronius Gracchus père en faveur de Scipion l'Asiatique (LIVIO, XXXVIII 56)», *Latomus* XXV (1966), 426-47.

[10] Publio Cornelio Escipión nació en el 236 a. C. Fue nombrado edil curul en el 213, procónsul en Hispania en el 210, donde obtuvo importantes victorias contra los cartagineses. En el 205 fue nombrado cónsul por primera vez. Posteriormente fue enviado a África, donde obtuvo nuevas victorias sobre los cartagineses y sobre su líder, Aníbal. Regresa, pues, triunfante en el 201, siendo nombrado nuevamente cónsul en el 194 y apodado «*Africanus*». Fue también censor en el 199 y *princeps senatus*, pero murió en el exilio voluntario en el 183. Cf. T. LIVIO, XXXIII 20; XXXVIII 56; CATÓN, VI 19; CICERÓN, *Sobre el supremo bien y sobre el supremo mal* II 32, 106; IV 9, 22; *Sobre el orador* 152; OROSIO, *Historias* IV 28.

[11] Marco Claudio Marcelo sirvió en la Primera Guerra Púnica y fue augur, edil curul y pretor. Cónsul en el 222 a. C., pretor en el 216 y nuevamente cónsul en el 215. En el 214 es puesto al frente de Sicilia y, en el 213, comienza el asedio de Siracusa, capturada al año siguiente. Su trato con los ciudadanos fue duro, lo que pudo motivar las quejas mencionadas por Valerio Máximo, quejas que se producirían en el 210, año en el que

Sin embargo, tan pronto como regresó Levino, propuso que se les dejase hablar, y permitió pacientemente que expusieran las quejas que tuvieran contra su persona.

Una vez cumplido este trámite, habiéndoles mandado Levino que se retiraran, Marcelo les obligó a quedarse para que escuchasen su defensa, y una vez que ya se habían manifestado las dos partes, al abandonar ellos la curia, les acompañó para que el senado se pronunciase con mayor libertad.

Incluso, al ser rechazadas las acusaciones, los sicilianos le rogaron suplicantes que les aceptase bajo su protección, y él los acogió con clemencia. Además, cuando obtuvo por sorteo el gobierno de Sicilia, se lo cedió a su colega. De este modo, por muchas alabanzas que podamos mencionar acerca de Marcelo, no alcanzaremos las muestras de moderación que tuvo para con los aliados [12].

8 ¡De qué forma tan admirable se comportó también Tiberio Graco! Y es que mientras fue tribuno de la plebe, a pesar de ser enemigo declarado de los dos Escipiones, el Africano y el Asiático, en una ocasión en la que el Asiático no pudo pagar una cantidad determinada de dinero y estuvo a punto de ser encarcelado por orden del cónsul, Tiberio Graco apeló al colegio de los tribunos y, cuando vio que ninguno de ellos intercedía por Escipión, se apartó de sus colegas y presentó formalmente un decreto [13].

Marcelo compartió el consulado con Valerio Levino. Éste, por su parte, fue pretor en el 227 y en el 215, y cónsul en el 220 y en el 210, sucediendo a M. Marcelo en el gobierno de Sicilia.

[12] Cf. T. Livio, XXVI 29 ss.; Plutarco, *Marcelo* 23.

[13] Tiberio Sempronio Graco había servido bajo Escipión el Asiático en el 190 a. C. y, siendo ya tribuno, defendió a Escipión en la acusación aludida por Valerio Máximo. Posteriormente fue edil, pretor, procónsul en Hispania y cónsul en el 177 y en el 169. Fue también censor y celebró varios triunfos por sus victorias sobre los sardos. Cf. T. Livio, XXXVIII

Nadie tuvo ninguna duda de que, al redactar éste, se serviría de palabras airadas contra el Asiático, y ciertamente, en el inicio del decreto, juró que no se había reconciliado con los Escipiones. Sin embargo, continuaba así: que si el día de la celebración de su triunfo Lucio Cornelio Escipión había conducido a la cárcel delante de su carruaje a los líderes de los enemigos, ahora le parecía indigno e impropio de la majestad de la República encarcelarle, por lo cual no iba a permitir que eso ocurriera.

De este modo, el pueblo romano supo que su decisión había sido rechazada por Graco y que su moderación era digna de toda alabanza.

También Gayo Claudio Nerón merece ser citado entre 9
los principales modelos de moderación.

Había compartido la gloria con Livio Salinátor cuando aplastaron a Asdrúbal. Sin embargo, prefirió seguir a caballo a Livio Salinátor cuando éste celebraba el triunfo, que también a él por igual le había concedido el senado, porque pensaba que la hazaña de la provincia había sido encabezada por aquél[14].

---

52 ss.; Gelio, VI 19; Plinio, *Historia Natural* XXXIII 143; Polibio, XXI 24, 17; Cicerón, *En defensa de Murena* XIV 31; *Bruto* 79; *Sobre la adivinación* I 18, 33; *Orador* I 48, 211; Plutarco, *Catón M.* 18; Eutropio, IV 4, 3; y el propio Valerio Máximo, IV 1, 6; 6, 1; VIII 1, 1.

[14] Gayo Claudio Nerón sirvió bajo Claudio Marcelo (citado en IV 1, 7) y tomó parte como pretor y propretor en el asedio de Nola. Fue cónsul en el 207 a. C. con Marco Livio Salinátor, con quien había mantenido antes cierta rivalidad, tal como refleja también el propio Valerio Máximo en IV 2, 2. Después de la victoria sobre Asdrúbal, Nerón y Livio fueron censores en el 204, renovándose su vieja enemistad. Cf. Polibio, XXI 24, 17; Cicerón, *En defensa de Murena* XIV 31; Livio, XXXVIII 9; Plinio, *Historia Natural* XXXIII 143; Plutarco, *Catón M.* 18; Gelio, VI 19; Eutropio, IV 4, 3.

Así pues, celebrando el triunfo sin carruaje, obtuvo incluso una gloria mayor, porque si de Livio se alababa su victoria, de él se elogiaba también su modestia.

10 No podemos pasar por alto la actuación del Menor de los Africanos, quien, cuando iba a realizar el sacrificio propio de la terminación del censo, en el momento en el que el escriba se disponía a leer la fórmula ritual fijada por los libros públicos —esa fórmula con la que rogaban a los dioses inmortales que favorecieran y protegieran al estado romano—, dijo: «Como la situación es ya suficientemente estable y buena, suplico sólo que la conserven así de incólume siempre». Y ordenó que inmediatamente se corrigiera la fórmula en los libros públicos de esa manera[15].

Y lo cierto es que, a partir de ese instante, los censores han sido moderados al leer sus votos en el sacrificio del censo, pues se dieron cuenta entonces de que había que desear la ampliación del Imperio Romano cuando se buscaba el triunfo dentro de las siete millas de la ciudad, pero una vez que eran dueños de la mayor parte del mundo, ansiar más era mostrar una ambición excesiva, de manera que serían en gran manera felices si no perdían nada de lo que ya tenían.

Y no fue distinta la moderación de la que hizo gala ante el tribunal durante su censura, porque, por ejemplo, en una ocasión en que pasaba revista a las centurias de la caballería, después de que se hubiese adelantado Gayo Licinio Sa-

---

[15] Publio Cornelio Emiliano, llamado *Africanus Posterior, Secundus* o *Minor,* fue adoptado por Publio Cornelio Escipión, hijo del *Africanus Maior*. Fue tribuno militar en Celtiberia, obtuvo numerosos triunfos militares en África y en Hispania, y, entre otras magistraturas, fue censor en el 142 a. C. Murió a los 56 años de edad, probablemente envenenado. Cf. Cicerón, *Sobre el orador* II 40, 170; *Familiares* IX 21; *En defensa de Milón* VII 17; Livio, *Períocas* 54. Su moderación es destacada también por Cicerón en *Sobre la amistad* XIX 69.

cerdote al ser mencionado[16], el Africano afirmó que sabía ciertamente que éste había cometido perjurio, por lo que, si alguien quería acusarle, actuaría como testigo.

Pero como nadie daba ese paso, dijo: «Haz pasar tu caballo, Sacerdote, y date por contento con la nota censoria, porque no quiero que parezca que, en este caso, yo he actuado como acusador, testigo y juez».

Como ejemplo de moderación similar, podemos men- 11
cionar también a Quinto Escévola, un hombre ilustrísimo que, al ser citado como testigo contra un acusado y al considerar que iba a perjudicar bastante a quien se hallaba en tal trance, afirmó que se marcharía a no ser que hubiera otros testigos que aseverasen su testimonio, ya que era nefasto que alguien fuese condenado a muerte por las declaraciones de una única persona[17].

De este modo, demostró lealtad a sus creencias y dio un gran ejemplo de servicio al bien general.

Soy consciente de la importancia de los ciudadanos, he- 12
chos y dichos que estoy mencionando en estas páginas, necesariamente breves. Pero, como he de tratar de forma su-

---

[16] Gayo Licinio Sacerdote es un caballero romano del que conocemos únicamente esta información ofrecida por Valerio. Es citado también por Cicerón *(En defensa de Cluencio* 134) y, sin *cognomen*, por Plutarco *(Máximas, Escipión el Joven* 12).

[17] Quinto Mucio Escévola el Pontífice fue tribuno de la plebe en el 106 a. C., edil curul, pretor, propretor y cónsul en el 95. Se destaca normalmente su conocimiento del derecho, su administración prudente, su moderación y su justicia, tal como vemos en Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses* III 80: «modelo de templanza y prudencia», o *En defensa de Plancio* 23: «hombre que destacaba sobre el resto por su talento, justicia e integridad». Cf. asimismo: Cicerón, *Sobre el orador* I 170; *Sobre las leyes* II 47; *Tópicos* 37; *Sobre los deberes* III 47, 62, 116; *Cartas a Ático* V 17, 5; VI 1, 15; *Bruto* 29, 115, 145; Plinio, *Historia Natural* VIII 53; Veleyo, II 26, 2; Lucano, II 126-129 y el propio Valerio Máximo, VIII 15, 6; IX 11, 2.

cinta, no muchos, sino muchísimos hechos, y se me acumulan infinitas personas y hazañas destacadas por su nobleza, no he podido conseguir ambos objetivos.

Por otra parte, el propósito de nuestra empresa no es narrar todo aquello que sea digno de alabanza, sino tan sólo lo que merece ser recordado. Por ello, si se me permite, los dos Metelos, tanto el Macedónico como el Numídico, ilustres representantes de la patria, me perdonarán si los menciono de manera excesivamente breve:

Metelo el Macedónico había tenido un violento enfrentamiento con Escipión el Africano, y lo cierto es que, por intentar el uno imitar el valor del otro, había nacido entre ellos una seria y dura hostilidad. Sin embargo, a pesar de eso, habiendo oído decir Metelo que Escipión había sido asesinado, se lanzó a la calle y, con rostro apenado y voz entrecortada, exclamó: «¡Corred, corred, ciudadanos! ¡Las murallas de nuestra ciudad han sido abatidas: han atacado violentamente a Escipión el Africano mientras dormía en su casa!» —¡Ay de la República, tan desgraciada por la muerte del Africano como feliz por haber escuchado unos lamentos tan humanos y responsables como los del Macedónico!—. Y es que, en ese momento, se vio qué caudillo había muerto y cómo era también el que continuaba con vida [18].

El propio Macedónico alentó a sus hijos a que portaran sobre sus hombros el lecho fúnebre y, a este honroso gesto,

---

[18] Quinto Cecilio Metelo Macedónico luchó con Lucio Emilio Paulo y fue probablemente tribuno en el 150 a. C. (cf. Valerio Máximo, VI 9, 10). Fue enviado a Macedonia como pretor en el 148 y permaneció allí hasta el 146, reorganizando esa provincia y obteniendo así el sobrenombre de «Macedónico». Fue también cónsul en el 143, augur, y murió en el 115. Su enemistad con Escipión Emiliano surgió por la rivalidad entre estos dos ilustres hombres que combatieron ambos a las órdenes de Paulo Emilio. Cf. Cicerón, *Sobre la amistad* 77; *Sobre los deberes* I 25, 87; Livio, *Períocas* 59; Plinio, *Historia Natural* VII 45; Veleyo, I 11.

añadió el de sus palabras: «En lo sucesivo, no podréis prestar este servicio a otro hombre más ilustre».

¿Dónde habían quedado sus agrias disputas en la curia? ¿Dónde tantos enfrentamientos ante las tribunas? ¿Dónde los combates, simplemente dialécticos, entre estos ilustres ciudadanos y generales? Todo eso se olvidó gracias a esa moderación que debemos contemplar con el mayor de los respetos.

Metelo el Numídico, al ser desterrado por el partido po- 13
pular, se retiró a Asia. Pues bien, en una ocasión en que estaba allí contemplando unos juegos en Trales, le fue entregada una misiva cuyo contenido era que, por acuerdo unánime del senado y del pueblo, se le había concedido el regreso a la ciudad. Pero él, sin abandonar el teatro hasta que no terminó el espectáculo, no demostró señal alguna de alegría a los que le rodeaban. Por el contrario, contuvo su enorme júbilo y lo cierto es que su expresión durante su regreso era la misma que cuando fue desterrado[19].

Su moderación, pues, era tal que supo mantenerse firme tanto en circunstancias favorables como adversas.

Entre tantas familias citadas dignas de alabanza, se nie- 14
ga a ser privado de esta gloria el nombre de Porcio Catón el Menor quien, con sus muestras nada despreciables de moderación extrema, nos obliga a mencionar y a no privar de esta gloria merecida a la familia Porcia.

---

[19] Quinto Cecilio Metelo Numídico fue cónsul en el 109 a. C., y obtuvo la administración de Numidia, donde derrotó a Jugurta en dos ocasiones (Livio, *Epítome* 65; Salustio, *La guerra de Jugurta* 43-81), después de lo cual celebró en Roma su triunfo y obtuvo el *cognomen* de Numídico (Salustio, *La guerra de Jugurta* 88; Aurelio Víctor, *Hombres ilustres* 62; Gelio, I 12, 9). Fue acusado de malversación pero resultó absuelto (Valerio Máximo, II 10, 1). Metelo no quiso suscribir una ley agraria aprobada por los demás magistrados, negativa que le supuso el exilio (Plutarco, *Mario* 31, 1).

Y es que cuando Catón había llevado a la ciudad el dinero que había logrado en Chipre gracias a su gran diligencia e integridad, el senado, como pago a este gesto, ordenó que se hiciera un informe para que quedara incluido como candidato con carácter extraordinario. Pero él no lo consintió, afirmando que era injusto que se le concediera a él lo que no se le concedía a ningún otro. Además, para evitar que se hiciese innovación alguna con su persona, consideró que era preferible experimentar el azar de las elecciones que los favores del senado[20].

Cuando me disponía a pasar a los ejemplos extranjeros, se me viene a la cabeza Marco Bíbulo, un hombre de prestigio extraordinario que había alcanzado los más altos honores. Pues bien, mientras Bíbulo se hallaba en Siria, supo que dos hijos suyos, de magníficas dotes, habían sido asesinados en Egipto por soldados de Gabinio. La reina Cleopatra le envió a los asesinos encadenados para que vengara como quisiera el terrible crimen que habían cometido. Pero Bíbulo, cuando se le ofreció esta posibilidad, inmejorable para alguien que sufría como él, obligó a su dolor a ceder el paso a la moderación y ordenó que esos asesinos, manchados con

---

[20] Marco Porcio Catón nació en Útica en el 95 a. C. Fue cuestor en el 64, tribuno en el 63 e intervino activamente en la ejecución de los partidarios de Catilina. En el 59 se opuso con obstinación a César, lo que le valió la cárcel. Al salir de ella marchó a Chipre, que es donde le encontramos en la mención de Valerio Máximo. Posteriormente, sus méritos le hicieron ser nombrado pretor en el 54, y administró también con éxito Útica. Pero, después de la victoria de César sobre Pompeyo, al que Catón había apoyado con denuedo, se suicidó (46 a. C.). Su fama se debe, pues, a su carácter tenaz, a su estoicismo, honradez y valor. De él escribió Lucano el famoso verso que lo equiparaba a los dioses: *Victrix causa deis placuit, sed victa Catoni* («la causa vencedora agradó a los dioses, la vencida, en cambio, a Catón»). Cf. PLUTARCO, *Catón el Menor* 39; DIÓN CASIO, XXXIX 4; VALERIO MÁXIMO, VIII 15, 10; CICERÓN, *Cartas a Ático* I 18, 7; II 1, 8; *Filípicas* XIII 14, 30; *Bruto* 118; SÉNECA, *Diálogos* I 2.

su propia sangre, fuesen inmediatamente devueltos sanos y salvos a Cleopatra, añadiendo que la decisión del castigo no le correspondía a él, sino al senado.

Ejemplos extranjeros

Arquitas de Tarento se refugió en Metaponto para pro- 1, 1
fundizar en la filosofía pitagórica[21] y, cuando, después de haber compuesto una gran obra, tras mucho trabajo y largo tiempo, volvió a su patria y comenzó a revisar sus tierras, advirtió entonces que un granjero negligente lo tenía todo abandonado y baldío. Ante esto, al echarse a la cara a tan mal sirviente, le dijo: «Te hubiera castigado si no estuviese enojado contigo». Y prefirió permitir que se marchara impune antes que dejarse arrastrar por su ira y castigarle con demasiada severidad[22].

Si la moderación de Arquitas fue quizás excesiva, más 2
atemperada fue la de Platón. En una ocasión en que se había encolerizado por el delito de un esclavo, temiendo no atinar en el castigo elegido, dejó esa decisión a su amigo Espeusipo, pues creía que su comportamiento sería indigno si la culpa del esclavo y su castigo mereciesen la misma reprobación[23].

---

[21] Metaponto es la ciudad donde nació y vivió Pitágoras.

[22] Arquitas fue un filósofo pitagórico y matemático que vivió en los siglos v y iv a. C., a quien se atribuyen tratados científicos y filosóficos. Cf. Cicerón, *Catilinarias* XII 39; *Tusculanas* IV 36, 77; 22, 64; *República* I 38, 59; Vitrubio, I 1, 16; *prefacio* 9, 13; Columela, I 1, 7; Varrón, *Sobre la agricultura* I 18; Gelio, X 12, 9; Lactancio, *Sobre la ira* 18; Quintiliano, *Inst. orat.* I 10, 17.

[23] Espeusipo fue un filósofo ateniense que nació en el 393 a. C. y murió en el 339. Fue discípulo de Isócrates y de Platón, a quien sucedió al

Y no menos admiración produce la mesura y templanza de su actitud frente a su discípulo Jenócrates, porque, aunque le dijeron que éste, en numerosas ocasiones, había hablado mal de él, rechazó esas acusaciones sin vacilar. Insistió entonces con tenacidad el acusador y le preguntó que por qué no le creía, ante lo cual añadió Platón que no era creíble que a quien él estimaba tanto no le estimara igualmente a él[24].

E incluso cuando ese difamador había llegado a recurrir a un juramento, Platón, para no discutir sobre ese perjurio, afirmó que Jenócrates nunca habría dicho nada si no lo hubiera creído conveniente.

Se diría que su vida estaba guiada por un espíritu bien armado y propio, no de un cuerpo mortal, sino de una fortaleza divina, ya que rechazando invicto los ataques de los vicios humanos había conservado en su interior, como resguardados en su alma, todos los dones de la virtud.

3 Dión de Siracusa no puede compararse con Platón por su sabiduría, pero sí por su notable moderación, que es bastante más difícil de conseguir.

Pues bien, Dión, al ser desterrado por el tirano Dionisio, se había dirigido a Mégara y, queriendo encontrarse allí con

---

frente de la Escuela. Escribió diálogos al estilo de Platón y tratados similares a los de Aristóteles. Cf. Diógenes Laercio, IV 1-5; *Fragmentos de Filósofos Griegos* III, 75-99; Gelio, III 17; IX 5; Plutarco, *Sobre la educación de los hijos* 14; Cicerón, *Sobre el orador* III 18, 67.

[24] Jenócrates fue un filósofo de Calcedonia del siglo iv a. C., mencionado por Cicerón, *Académicos* I 4, 47; *Sobre los deberes* I 30, 109; *Sobre la naturaleza de los dioses* I 13, 34; *Tusculanas* I 10, 20; V 18, 51; 37, 167; Diógenes Laercio, *Jenócrates* V 7; Plutarco, *Dión* 17. Su moderación es destacada por Valerio Máximo, IV 14, ext. 3 y VII 2, 6; su sinceridad por Valerio Máximo, II 10, ext. 2; Cicerón, *En defensa de Balbo* V 12; *Cartas a Ático* I 16, 4; y su abstinencia por Valerio Máximo, IV 3, 3; Cicerón, *Tusculanas* V 32, 91.

Teodoro, el señor de aquella ciudad, como no le permitían la entrada en su casa y estuvo retenido mucho tiempo delante de la puerta, le dijo a un compañero: «Debemos tener paciencia porque, tal vez, nosotros, cuando estábamos en una posición de dignidad, hemos actuado de forma parecida»[25].

Y fue esa misma templanza la que suavizó las penas de su destierro.

Trasibulo merece igualmente ser citado en este lugar, 4
porque cuando los atenienses, debido a la crueldad de los Treinta Tiranos, habían tenido que abandonar sus hogares y vivían dispersos y errantes arrostrando mil calamidades, dotándoles de valor y de armas les hizo volver a su patria[26].

Pero si insigne fue su victoria por devolverles la libertad, más insigne parece aún por su moderación, ya que consiguió la aprobación de un plebiscito para que no se hiciera mención de lo pasado. Y ese olvido, al que los atenienses llaman «amnistía», devolvió a su antiguo estado a una ciudad abatida y convulsa.

No es menos admirable lo siguiente: 5

---

[25] Dión, hijo de Hiparino, nació en el 410 a. C. y fue discípulo y amigo de Platón. Estaba casado con la hija del tirano Dionisio I, por quien, como comenta el texto, fue desterrado. Pero Dión marchó al Peloponeso y a Corinto para preparar un ejército contra el tirano, al que derrotó, apoderándose de Siracusa en el 357 a. C. Finalmente, murió asesinado en el 354. Cf. Cicerón, *Sobre el orador* III 34, 139; *Sobre los deberes* I 44, 155; *Tusculanas* V 35, 100; *Ático* XV 10; Quintiliano, *Inst. orat.* I 10, 48; Gelio, III 17, 2; Nepote, *Dión* 9.

[26] Trasibulo fue un célebre ateniense recordado por su constancia, lealtad, grandeza de ánimo y patriotismo. Tras ser desterrado por los Treinta Tiranos, preparó un ejército y los derrotó, destacando su comportamiento humano contra sus enemigos. Cf. Jenofonte, *Helénicas* II 4, 40 ss.; Valerio Máximo, V 6, ext. 2.

Estasipo de Tegea, cuando sus amigos le animaban a que quitara de en medio o a que relegara en el gobierno de la nación a un duro rival que, a su vez, era un hombre noble y honrado, se negó a hacerlo, para evitar que ninguna persona malvada e impía obtuviera un lugar apropiado sólo para un buen ciudadano que velara por su patria. De este modo, prefirió soportar él ataques continuos de su enemigo antes que su patria careciese de un ilustre defensor[27].

6 También Pítaco tenía su pecho forjado en la moderación, pues cuando los ciudadanos le otorgaron la tiranía, se limitó a recordarle al poeta Alceo que tenía poder para perseguirle, a pesar de que éste, con gran encono, había lanzado contra él la amargura de su odio y los recursos de su ingenio[28].

7 La mención anterior me obliga a referir la moderación de los Siete Sabios[29]: Uno había comprado a los pescadores que lanzaban sus redes en Mileto todo lo que hubiesen capturado. Pero cuando éstos sacaron una mesa délfica[30] de oro, se planteó una discusión, ya que los pescadores afirma-

[27] Estasipo fue líder de los laconios en Tegea durante el siglo IV a. C. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 18; 5, 6-9.

[28] Pítaco fue un filósofo de Mitilene nacido el 650 a. C., uno de los Siete Sabios de Grecia, que expulsó al tirano Melancro de Lesbos y fue igualmente destacado militar. Escribió tratados filosóficos y versos elegíacos y murió en el 569 a. C. Cf. JUVENCIO, II 6; NEPOTE, *Trasíbulo* 4.

[29] Pítaco formaba parte de este ilustre grupo. En realidad, los Siete Sabios pertenecen a las primeras décadas del siglo VI a. C. y la lista primera comprende a cuatro miembros de las ciudades orientales (Tales de Mileto, Biante de Priene, Cleóbulo de Lindos y Pítaco de Mitilene) y a tres de las peninsulares (Solón de Atenas, Quilón de Esparta y Periandro, el tirano de Corinto). Este canon debió formarse a inicios del siglo V, aunque la primera vez que se menciona es en PLATÓN (*Protágoras* 343 a). Posteriormente algunos fueron excluidos, como Periandro, y sustituidos por otros.

[30] En forma de trípode.

ban que habían vendido únicamente los peces, mientras que el comprador defendía que había adquirido todo lo que saliese. Dada la novedad del asunto y la suma de dinero que se dilucidaba, una vez llevada la cuestión a la asamblea popular, se determinó consultar al oráculo de Apolo en Delfos acerca de a quién debían adjudicarle la mesa.

El dios respondió que había que dar la mesa al que aventajase a los demás en sabiduría, expresándose en los siguientes términos: «¿Quién aventaja a todos los demás en sabiduría? A ése le asigno el trípode».

Entonces los milesios, por acuerdo general, entregaron la mesa a Tales. Éste se la cedió a Bías, Bías a Pítaco, éste a otro, y así sucesivamente hasta que, una vez que la mesa había pasado por los Siete Sabios, le llegó finalmente a Solón, quien trasladó el título y el premio de la prudencia extrema al propio Apolo.

Y para ofrecer algún testimonio de la moderación de 8
Teopompo, rey de Esparta, contaremos que cuando él el primero había determinado que se instituyese en Lacedemonia el nombramiento de éforos para que sirvieran de contrapunto al poder regio —algo similar a lo que ocurre en Roma con los tribunos de la plebe frente al poder consular—, y su mujer le había dicho que, con ello, dejaría a sus hijos un poder más limitado, Teopompo le respondió que su poder sería, efectivamente, más limitado, pero también más duradero[31]. Fue ésta una decisión sabia, ya que el único poder realmente seguro es aquel que pone algún freno a sus posibles desmanes. Así pues, Teopompo, alejándose de todo ti-

[31] Teopompo fue un rey de Lacedemonia del siglo VIII-VII a. C., que gobernó durante la época de la guerra meseniaca. Cf. CICERÓN, *República* II 33, 58; PLUTARCO, *Licurgo* 7. En cuanto al número de éforos instituido por Teopompo, fue de cinco.

po de abusos al constreñir su poder con vínculos legítimos, se acercó más al corazón de los ciudadanos.

9 Por su parte Antíoco, cuando las fronteras de su imperio quedaron reducidas por Lucio Escipión a la zona situada más allá del monte Tauro —con lo cual perdía las tierras de Asia y los pueblos cercanos—, agradeció al pueblo romano, sin ningún recelo, el haberle librado de la administración de vastos territorios, otorgándole un imperio de límites reducidos. Y es que, ciertamente, nada hay tan preclaro o magnífico que no deba ir acompañado de moderación[32].

CAPÍTULO 2

Personas que han llegado a ser amigos o parientes a pesar de ser, en principio, enemigos

Puesto que la virtud de la moderación ha sido ya ejemplificada con numerosos e ilustres personajes modélicos, pasemos con agrado al camino glorioso que lleva a los hombres desde el odio hasta la amistad.

Y es que, si observamos complacidos cómo el mar se calma tras la tempestad, y cómo el cielo recobra su azul una vez se disipan las nubes, si la consecución de la paz después de la guerra es motivo de gozo para muchos, hay que cele-

[32] Antíoco III «El Grande» (242-187 a. C.) se enfrentó a numerosos problemas en su imperio, como rebeliones de los sátrapas en el Este, pero adquirió el sobrenombre de «Grande» por sus triunfos militares, que le permitieron extender el imperio seléucida. La derrota a la que alude Valerio Máximo se produjo en Magnesia. Cf. Livio, XXXIII 13-39 y 55; Eutropio, IV 3-4; Cicerón, *En defensa de Sestio* 27, 58; *En defensa del rey Deyótaro* 13, 35; Salustio, *Historias* IV 13.

brar también en nuestra exposición el olvido de la dureza de las ofensas recibidas.

Marco Emilio Lépido, que fue dos veces cónsul y pontí- 2, 1
fice máximo, y que alcanzó los honores que merecía por la integridad de su comportamiento, fue a su vez duro y sempiterno enemigo de Fulvio Flaco, que tenía méritos semejantes a los suyos. Pero, cuando ambos fueron proclamados censores, Lépido depuso esa enemistad en el mismo Campo de Marte, por considerar que no era apropiado que discutieran por asuntos personales quienes estaban unidos en su función pública[33].

Esta decisión fue aplaudida por sus contemporáneos y considerada como digna de alabanza por los analistas de la antigüedad.

Tampoco quisieron éstos que se olvidase la noble deci- 2
sión de Livio Salinátor de poner fin a sus disputas personales. No en vano, a pesar de que sentía un enorme rencor contra Nerón, por cuyo testimonio había sido enviado al exilio, cuando consiguió regresar y los ciudadanos hicieron que compartiera con él el consulado, se impuso a sí mismo la tarea de olvidar su propio carácter, que era muy fuerte, y

[33] Marco Emilio Lépido fue miembro de la embajada enviada a Oriente en el 201-200 a. C. en la que se le daba un ultimátum a Filipo. Posteriormente fue nombrado edil curul en el 193, pretor en Sicilia en el 191, cónsul en el 187, pontífice máximo en el 180 y censor en el 179 junto a Fulvio Nobilior, tal como menciona Valerio Máximo en este capítulo. Lépido y Fulvio se reconciliaron a pesar de que Lépido culpaba a Fulvio por no haber sido elegido cónsul en el 189 y en el 188. Juntos construyeron la basílica Fulvia-Emilia (cf. Varrón, *La lengua latina* VI 4). Lépido mantuvo el rango de *princeps senatus* hasta su muerte en el 152. En cuanto a Marco Fulvio Nobilior, fue pretor en el 193 y obtuvo importantes triunfos en Hispania, alcanzando el consulado en el 189. Cicerón, *Sobre el orador* II 71, 287; Livio, XL 42-45; XLV 6; *Períocas* 51; Gelio, XII 8, 5-6.

de olvidar también la durísima injusticia de la que había sido víctima, para no desempeñar mal sus funciones de cónsul y no mostrar una enemistad inquebrantable mientras compartían labores propias del consulado[34].

Este cambio de actitud en una época tan difícil fue muy positivo tanto para la ciudad como para Italia, porque, gracias al esfuerzo conjunto de estos dos hombres valerosos, pudieron derrotar a las temibles fuerzas púnicas.

3 Famoso también fue el ejemplo ofrecido por Africano el Viejo y Tiberio Graco al olvidar su enemistad, ya que habiendo llegado a un banquete sagrado como enemigos, salieron de él unidos por la amistad y el parentesco. Y es que Escipión, no contento con haber alcanzado un acuerdo con Graco, en el banquete ofrecido a Júpiter en el Capitolio y promovido por el Senado, le prometió la mano de su hija Cornelia[35].

4 Fue también notable la humanidad que demostró Marco Cicerón, quien defendió con gran empeño a Aulo Gabinio, acusado de cohecho, a pesar de que éste, durante su consulado, le había expulsado de Roma[36].

---

[34] Livio Salinátor fue cónsul en el 219 a. C. y obtuvo importantes triunfos contra los ilíricos. Pero fue acusado por no repartir el botín (Livio, XXVII 34) y exiliado ocho años. Posteriormente, fue cónsul con C. Claudio Nerón, con quien, según relata Livio (XXVII 35), se enemistó; aunque, como narra Valerio Máximo, hicieron las paces para luchar juntos contra Asdrúbal. Cf. Manilio, I 790; Sidonio, *Poemas* VII 7, 555; Valerio Máximo, III 7, 4; IV 1, 9; VII 2, 6; Silio, XV 601-867.

[35] Se trata de la madre de los dos famosos hermanos Tiberio y Gayo Graco. Cf. el propio Valerio Máximo, IV 1, 6, 8; 6, 1 (vid. notas); Livio, XXXVIII 57; Plutarco, *Tiberio Graco* 4; Séneca, *Controversias* V 2, 3; Gelio, I 12, 8; Amiano, XX 3, 4.

[36] Aulo Gabinio, tribuno de la plebe en el 67 a. C. y legado de Pompeyo, compartió el consulado en el 58 con Lucio Calpurnio Pisón. Entre las actuaciones de los cónsules de ese año destaca que enviaron a Cicerón al exilio (Dión, XXXVIII 30). Posteriormente fue procónsul en Siria en

Además, protegió en dos juicios públicos a Publio Vatinio, que siempre se había opuesto a que recibiera honores, y lo hizo sin merecer ninguna acusación de ligereza, e incluso siendo alabado por ello, porque es mucho más glorioso olvidar las injurias haciendo favores que perseverar en un odio enconado[37].

Este comportamiento de Cicerón pareció tan loable que 5
ni siquiera Publio Pulcro, a pesar de ser enemigo acérrimo suyo, tuvo dudas en imitarlo[38]. Y así, aunque acusado de incesto por los tres Léntulos, defendió a uno de ellos, que era reo de cohecho, y al mirar a los jueces, al pretor y al templo de Vesta, decidió tratarle como un amigo, precisamente en el mismo sitio donde ese Léntulo, movido por su deseo de

---

el 57, volvió a Roma en el 55, siendo acusado por Gayo Memmio de un crimen de lesa majestad, de cohecho y de intrigas. Cicerón, olvidando el pasado, le defendió, pero fue condenado y sólo las súplicas de su hijo Sisenna consiguieron cambiar la pena de muerte por el exilio. Cf. CICERÓN, *En defensa de Rabirio* 8; *Cartas a Quinto* II 8.

[37] Publio Vatinio, de quien se destaca siempre que consiguió grandes honores a pesar de su comportamiento poco honroso (cf. CICERÓN, *Contra Vatinio),* fue cuestor, procónsul en Hispania e intentó conseguir sin éxito la pretura. A pesar de que Cicerón escribió un discurso durísimo contra él al volver de su exilio, gracias a Pompeyo y César consiguió reconciliarse y que el ilustre abogado le defendiera (QUINTILIANO, *Inst. orat.* VI 5). Después de numerosos avatares fue nombrado augur, logró alcanzar el consulado y fue enviado por César para contener a los ilíricos (CÉSAR, *Guerra Civil* III 100), sin que los historiadores aclaren nada acerca de su muerte.

[38] Publio Clodio Pulcro había nacido en el 92 a. C. Fue cuestor en el 61 y, en el proceso de Catilina, según la opinión de Cicerón, apoyó a los defensores. Su enemistad con el Arpinate se debería también a que éste le acusó de haberse introducido vestido de mujer en el ritual de la Bona Dea. Además Publio, como tribuno en el 58, firmó el exilio de Cicerón. Finalmente fue asesinado en el 52 a. C. Cf. CICERÓN, *Sobre las respuestas a los arúspices* I; *Cartas a Ático* I 9.

mancillar el nombre de Pulcro con una sucia calumnia, había pronunciado duras acusaciones contra él.

6 En cuanto a Caninio Galo, su comportamiento fue admirable tanto en el papel de reo como en el de acusador, ya que, por una parte, tomó en matrimonio a la hija de Gayo Antonio, a quien había condenado, y, por otra, acogió como administrador de sus bienes a Marco Colonio, por quien había sido condenado[39].

7 Si la vida de Celio Rufo es destacable por su corrupción, no lo es menos por la misericordia que demostró hacia Quinto Pompeyo. En efecto, después de humillarle en un juicio público, cuando Cornelia, madre de Pompeyo, no le devolvía a su hijo los bienes recibidos en fideicomiso, éste le escribió pidiéndole ayuda, ante lo cual Celio socorrió con gran firmeza al ausente.

Además, leyó esa carta en el juicio como muestra de la extrema necesidad de Pompeyo, consiguiendo acabar con la impía avaricia de Cornelia.

No hay que criticar, pues, una acción propia de una gran humanidad, simplemente por haber sido protagonizada por Celio[40].

---

[39] Fue legado de César en varias misiones y luchó en África, donde estuvo como procónsul en el 46 a. C. Alcanzó incluso el consulado durante unos días en el año 45. Cf. CICERÓN, *Familiares* VII 30.

[40] Marco Celio Rufo fue un orador muy elogiado, aunque se criticó su comportamiento como persona. De hecho fue asesinado, después de haber sido tribuno en el 52 a. C., edil curul en el 50 y pretor en el 48. Cf. CICERÓN, *Familiares* VIII 1, 4; *Bruto* 273, 279 ss.; VELEYO, II 68; QUINTILIANO, *Inst. orat.* X 1, 115; PLINIO, *Historia Natural* VII 49, 50.

CAPÍTULO 3

Sobre la abstinencia y la sobriedad

Con gran esmero y el mayor empeño hay que referir los siguientes ejemplos, porque voy a tratar con cuánta determinación e inteligencia han sido apartados del pecho de los hombres ilustres las acometidas del placer y de la avaricia, como quien se libra de la locura. Y es que, sin duda, nuestras familias, nuestra ciudad y nuestro imperio serán eternos si quedan arrinconadas la lujuria y la ambición. No en vano, allí donde han penetrado estas plagas, terribles para el género humano, domina la injusticia, se desbordan las infamias, tiene su asiento la violencia y se generan guerras. Mencionemos, pues, en términos elogiosos costumbres contrarias a vicios tan crueles.

Cuando Escipión iba a cumplir veinticuatro años, aplas- 3, 1
tó en Hispania la ciudad de Cartago Nova, victoria que le había hecho concebir esperanzas de apoderarse de la Cartago africana porque, además, se había hecho con los numerosos rehenes que los cartagineses tenían encerrados en esa ciudad. Entre ellos figuraba una doncella de eximia belleza, que estaba en la flor de la juventud. Pues bien, al descubrir Escipión, también joven, soltero y vencedor, que ella había nacido en una familia noble de los celtíberos y que estaba prometida a Indíbil, ilustre representante de este pueblo, habiendo llamado a sus padres y a su prometido, se la entregó sana y salva. Además, le concedió como añadido a la dote el oro que había obtenido por liberar a la muchacha.

Por su parte Indíbil, obligado por esta muestra de continencia y generosidad, devolvió a los romanos el favor recibido, convirtiendo a los celtíberos en aliados suyos[41].

2 Si Hispania fue testigo de la abstinencia de este héroe, de la de Marco Catón lo fueron Epiro, Acaya, las islas Cícladas, la costa de Asia y la provincia de Chipre. No en vano, pese a que había recibido el encargo de transportar los tributos de allí, mantuvo su mente alejada de todos los placeres carnales y beneficios deshonestos, por más que estaba rodeado de ambas tentaciones por doquier. Y es que tenía en su poder riquezas regias y numerosas ciudades de Grecia, sede de todo tipo de placeres, eran paso obligado de su navegación. Esto es lo que nos relata en sus escritos Munacio Rufo, fiel compañero en su expedición a Chipre. Yo no dispongo de este testimonio, pero mi elogio se basa en una prueba particular, y es que la sobriedad y Catón nacieron de las mismas entrañas de la naturaleza[42].

3 Es sabido que Druso Germánico, ilustre miembro de la familia Claudia, ornamento excepcional de la patria, y lo que tiene incluso mayor valor, quien por las gestas realizadas durante su vida resulta semejante en grandeza a su padrastro Augusto y a su hermano —divinos ojos de la República—, reservó además todo su amor para su esposa[43].

---

[41] Se refiere a Escipión Africano el Viejo. Cf. IV 1, 6, 12; 2, 3. Acerca de lo relatado en este capítulo, *vid.* Livio, IV 3, 1; XXVI 49, 11 ss.; Polibio, X 18, 7 ss.; Gelio, VII 8, 3; Silio, XV 268 ss.; etc.

[42] Acerca de Marco Porcio Catón, *vid.* IV 1, 14; VIII 15, 10; Veleyo, II 45; Dión, XXXIX 4. En cuanto a Munacio Rufo, mencionado como *fidus comes Cypriacae expeditionis* de Catón en el 58 a. C., aparece citado en Pauly, XVI, 1, *s.v. Munatius* 37.

[43] Claudio Druso Germánico nació en el 38 a. C. Era hijo de Tiberio Claudio Nerón y de Livia, así pues era hermano de Tiberio e hijastro de Augusto. Fue cuestor en el 18 a. C., realizó empresas como someter a los retios y dindélicos, organizar el censo y dominar Germania, lo que le va-

También Antonia, una mujer que aventajó a los ilustres varones de su familia, compensó el amor de su marido con eterna fidelidad, ya que, después de la muerte de su esposo, a pesar de ser aún joven y bella, en lugar de casarse de nuevo convivió con su suegra, de manera que en un mismo lecho se consumió el vigor del marido y envejeció la madura viudez de la esposa[44].

Que este lecho ponga el broche final a los ejemplos referidos a este tema.

Hablemos ahora de personas que despreciaron siempre el dinero: 4

Gneo Marcio, joven de una familia patricia, ilustre descendiente del rey Anco, y apodado «Coriolano» por haber tomado la ciudad volsca de Corioli, después de ser elogiado ante los soldados por el cónsul Póstumo Cominio[45], que expuso en un detallado discurso las grandes hazañas de este hombre de conspicuo valor, cuando iba a recibir todos los honores militares, así como cien yugadas de tierra, diez prisioneros a elegir y otros tantos caballos bien enjaezados, un rebaño de cien bueyes y tanta plata cuanta pudiese cargar, no quiso aceptar sino que se mantuviese con vida a un enemigo preso, y que le entregasen un caballo que pudiera uti-

---

lió el sobrenombre de Germánico. En el 9 fue nombrado cónsul, pero ese mismo año murió al caerse del caballo. Cf. Plinio, *Historia Natural* VII 20; Dión, LV 1.

[44] Antonia era hija de Marco Antonio y de Octavia, la hermana de Augusto. Había nacido en el 36 a. C. y tuvo tres hijos de su matrimonio con Druso Germánico: Germánico, Livila y Claudio. Como indica Valerio Máximo, no volvió a casarse después de la muerte de su esposo, y fue la encargada de criar a su nieto, el futuro emperador Calígula. Murió suicidándose en el 37 d. C. Cf. Suetonio, *Calígula* 1; *Claudio* 1, 3-4; Tácito, *Anales* III 3.

[45] Póstumo Cominio fue cónsul en el 501 y en el 493 a. C. Cf. Livio, II 33.

lizar en la guerra[46]. Ante una moderación tan encomiable, no sabríamos si merecería un elogio mayor por la recompensa que rechazó o por la que aceptó.

Por su parte Manio Curio, el más perfecto ejemplo romano de comportamiento valeroso y frugal, se ofreció a la vista de unos embajadores de los samnitas sentado junto al fuego en un rudo banco y cenando en un plato de madera —la ambientación sirve ya de indicio para suponer los manjares—. Pues bien, cuando, a pesar de su pobreza, rechazó las riquezas que le ofrecían los samnitas, éstos quedaron admirados ya que, habiéndole llevado una gran cantidad de dinero procedente del erario público, invitado con amables palabras a que lo aceptara, él se echó a reír e inmediatamente les dijo:

«Embajadores de una misión inútil, por no decir ridícula, decid a los samnitas que Manio Curio prefiere mandar sobre los ricos antes que hacerse él mismo rico. Llevaos, pues, esa recompensa que, si bien es valiosa, no puede sino avivar la maldad de los hombres. Y acordaos de que yo no podría ni ser vencido en combate, ni comprado con dinero»[47].

---

[46] Gneo Marcio, como indica Valerio Máximo, fue apodado «Coriolano» después de su victoria en la ciudad de Corioli en el 493 a. C., hecho que le valió también el ser considerado por Cicerón como el Temístocles romano. Padeció el exilio por oponerse a la tiranía, y esto le llevó a convertirse en el líder de los volscos, aunque según se nos indica en esta obra, volvió de nuevo con los romanos ante la petición de su madre y de su esposa (I 8, 4; V 2, 1). Cf. Livio, II 33; 52; Séneca, *Sobre los beneficios* V 16; Plinio, *Historia Natural* III 5, 9; Dionisio de Halicarnaso, VI 94, 1 ss.; Plutarco, *Coriolano* 10-11.

[47] Manio Curio Dentado fue un importante soldado y hombre de estado romano. Alcanzó el consulado en el 290, 284, 275 y 274. Después de sus victorias sobre los sabinos, los samnitas, Pirro y los lucanos, protagonizó varias celebraciones triunfales y murió en el 270. Fue idealizado por

Él mismo, después de expulsar de Italia al rey Pirro, no tocó nada del botín regio con el que el ejército y Roma se habían enriquecido. Y aunque el senado había decretado que se entregaran siete yugadas de tierra para cada ciudadano, y cincuenta para él, no aceptó que su lote fuera mayor que el de los demás, porque le parecía injusto que un ciudadano romano no se contentara con la misma recompensa que el resto.

Algo similar pensó Fabricio Luscino, persona destacada 6
en su época si nos atenemos a sus honores y a su autoridad, pero semejante a los más pobres según el censo. Pues bien, Fabricio, que tenía a todos los samnitas como clientes, devolvió al Samnio las diez mil monedas de bronce y cinco libras de plata, así como los diez esclavos que le habían enviado[48].

De este modo, a pesar de que no tenía dinero, era muy rico gracias a su sobriedad, y estaba rodeado de una nume-

---

Catón, de quien dicen que derivan diversos relatos sobre su frugalidad. Cf. Plinio, *Historia Natural* VII 16, 15; Livio, VL 38; *Epítome* 11; Cicerón, *República* III 6; *Bruto* 55; *En defensa de Murena* VIII 17; *Sobre la vejez* XVI 55; Plutarco, *Máximas romanas* 2.

[48] Gayo Fabricio Luscino fue cónsul en el 282 a. C. y en el 278, censor en el 275. Celebró numerosos triunfos por sus victorias sobre los brucios, lucanos, samnitas y tarentinos. Como se indica en este capítulo, en el 284 encabezó una embajada enviada ante Pirro (cf. IV 3, 14) para tratar sobre el intercambio y la devolución de unos cautivos, siendo tentado en vano por el rey. Este comportamiento, así como su negativa a envenenar al rey, le granjearon fama acerca de su pobreza, austeridad y carácter incorruptible. Se dice también que Cineas, el orador de Tesalia enviado a Roma con los regalos para Pirro, no encontró lugar alguno en Roma donde guardarlos. Cf. Livio, *Epítome* 13; Justino, XVIII 2, 6; Valerio Máximo, II 9, 4; IV 4, 3, 10; Cicerón, *Sobre los deberes* I 13, 40; III 22, 86; *Tusculanas* III 23, 56; *En defensa de Plancio* 25, 60; *Sobre la naturaleza de los dioses* II 66, 165; *Sobre la vejez* XIII 43; Gelio, I 14; Plutarco, *Pirro* 18, 20, 21.

rosa familia de esclavos de los que no abusaba, ya que su mayor fortuna no radicaba en poseer mucho, sino en desear poco.

Así pues, si bien su hogar no se llenó ni de bronce, ni de plata, ni de esclavos samnitas, sí se cubrió empero con la gloria que obtuvo por su actitud.

En cuanto a los votos de Fabricio, fueron semejantes a esa actuación suya de rechazar la recompensa: y es que, en una ocasión en que fue enviado como mensajero ante Pirro, habiendo oído allí cómo un tesalio, llamado Cineas, contaba que un ilustre sabio de Atenas aconsejaba no hacer nada que no estuviera motivado por el placer, consideró monstruoso ese planteamiento y renegó al punto de ese tipo de sabiduría para Pirro y los samnitas.

De este modo, por mucho que en Atenas estén orgullosos de su filosofía, sin embargo, alguien prudente hubiera preferido la recusación de Fabricio a los preceptos de Epicuro. Este consejo es ratificado también por el fin de unos y de otros, ya que la ciudad que se entregó al disfrute de los placeres, perdió un gran imperio, y fue dominada por la que se deleitó con el trabajo. Además, si aquélla no fue capaz de mantener su libertad, ésta sí pudo concedérsela.

7 Bien podríamos creer que Quinto Tuberón, llamado Cato[49], fue discípulo de Curio y de Fabricio. Y es que, mientras desempeñaba el consulado, cuando una embajada de los etolios le había ofrecido vasos de plata maciza fabricados con esmero exquisito y aptos para cualquier uso —ya que, a su regreso de una visita que le hicieron en el pasado para felicitarle, contaron que habían visto sobre su mesa vajilla de barro—, aconsejándoles que no pensaran que había que

[49] Este sobrenombre de Cato, atribuido por Valerio a Quinto Tuberón, en realidad corresponde a Sexto Elio Peto Cato, cónsul en el 198 a. C.

socorrer su sobriedad como si fuera pobreza, les ordenó marcharse con su carga[50].

¡Qué provechosa hubiera resultado esta decisión de relegar los asuntos particulares ante los etolios, si los siglos siguientes hubieran querido seguir su ejemplo de frugalidad!

Por contra, ¿adónde hemos llegado cuando ahora es difícil que, incluso los esclavos, acepten una vajilla de barro que, antes, no provocó sonrojo alguno a un cónsul?

Por su parte Paulo, cuando derrotó al rey Perseo, con el 8
botín capturado había remediado la pobreza ya antigua y ancestral de nuestra ciudad hasta tal punto que consiguió, entonces por vez primera, que el pueblo romano no tuviera que pagar tributos. Sin embargo, no enriqueció en absoluto su propio hogar, porque pensaba que ya se había beneficiado bastante si de aquella victoria los demás habían conseguido dinero y él, en cambio, la gloria[51].

Similar fue el comportamiento de Quinto Fabio Gurges, 9
Numerio Fabio Píctor y Quinto Ogulnio, quienes, cuando fueron enviados como embajadores ante el rey Ptolomeo, entregaron al tesoro público los dones que éste les había

[50] Quinto Elio Tuberón, como nos relata Plinio *(Historia Nat.* XXXIII 14, 2), no sólo rechazó el regalo de la vajilla de plata, sino que se conformó hasta el final de su vida con dos recipientes que su suegro L. Paulo le había regalado por su valor cuando derrotó al rey Perseo. Cf. Valerio Máximo, IV 4, 8-9; Livio, XLV 7, 8; Plutarco, *Paulo Emilio* V 27, 28; Plinio, *Historia Natural* XXXIII 50, 11.

[51] La mención a Quinto Tuberón en el capítulo anterior ha llevado sin duda a Valerio a mencionar ahora a L. Paulo Emilio, su suegro. Lucio fue augur en el 192 a. C., pretor en Hispania desde el 191 hasta el 189, cónsul en el 182 y en el 168, censor en el 164. A pesar de estos cargos, cuando murió en el 160 no era rico en absoluto, porque del botín de la victoria sobre el rey Perseo sólo se quedó con su biblioteca. Cicerón, *Sobre los deberes* II 22, 76; Plutarco, *Paulo Emilio* 28; Plinio, *Historia Natural* XXXIII 17.

concedido para uso particular. Además, lo hicieron antes de comunicar al senado el resultado de su misión, porque creían que, cuando se desempeña una función pública, no se debe recibir nada más que el elogio por haber realizado bien la tarea[52].

Ahora bien, para que sirva de ejemplo de la humanidad del senado y de la atenta disciplina de nuestros antepasados, hemos de referir también que se devolvió a los embajadores lo que éstos habían entregado al erario, decisión tomada no sólo por los senadores, sino también por el pueblo y por los cuestores, que entregaron a cada uno las cantidades asignadas. De este modo, en esa ocasión, todos obtuvieron la justa recompensa que merecían por su actuación: Ptolomeo por su generosidad, los legados por su moderación y el senado y el pueblo por su equidad.

10 Este hecho prueba que la moderación de Calpurnio Pisón fue semejante, y mereció la misma alabanza, que la de los Fabios y la de Ogulnio. Y es que cuando, en calidad de cónsul, liberó Sicilia de una cruenta guerra suscitada por fugitivos, con una actitud propia de un general, recompensó a aquellos que le habían ayudado ejemplarmente.

Entre ellos estaba su propio hijo, a quien, por participar en duros combates en algunos lugares, honró con una corona de oro de tres libras, no sin antes recordarle que, como no era conveniente que entrara en casa de un magistrado dinero obtenido del tesoro público, le advertía que solamente obtendría esa cantidad de oro en su herencia, de manera que

---

[52] Quinto Fabio Gurges (sobrenombre que se debería a lo devorado que se hallaba su patrimonio), Numerio Fabio Píctor y Quinto Ogulnio son personajes destacados de la primera mitad del siglo tercero, época en la que fueron cónsules en varias ocasiones, tribunos, censores... Cf. Livio, X 6 ss., 31 ss.; XVI 23; *Epítome* 11-14; Macrobio, *Saturnales* III 13, 6; Juvenal, VI 265; Valerio Máximo, V 7, 1; VIII 14, 6.

obtuvo el reconocimiento público de un general y la recompensa particular de un padre[53].

Por otra parte, si algún hombre ilustre en nuestra época 11
utilizara piel de cabra en lugar de ricos cobertores, si rigiera Hispania acompañado tan sólo de tres esclavos, si dirigiera una provincia de ultramar con un gasto de quinientos ases, o se conformara con la misma comida y con el mismo vino que los marineros ¿no sería visto como un miserable? Pues bien, Catón el Viejo soportó estas duras penalidades porque, como estaba acostumbrado a la frugalidad, que era grata para él, aguantó este tipo de vida como si fuera el mayor de los placeres[54].

Catón el Joven se alejó bastante de esa antigua modera- 12
ción, algo lógico habiendo nacido en una ciudad ya rica y suntuosa. Ahora bien, cuando intervino en las guerras civiles, llevó consigo a su hijo y contó con doce esclavos, ciertamente más de los que había utilizado el Viejo, pero menos de lo que era usual en su época[55].

---

[53] L. Calpurnio Pisón Frugi (sobrenombre obtenido por su frugalidad) fue tribuno en el 149 a. C., cónsul en el 133, y censor en el 120. Junto a esta tarea pública, escribió anales. Acerca de la guerra mencionada por Valerio contra unos fugitivos, *vid.* Orosio, *Historias* V 6-9; Floro, *Epítome* II 7, 2-9; Frontino, *Estratagemas* VI 1, 26; Plinio, *Historia Natural* XXXIII 2; Valerio Máximo, II 7, 9; VI 9, 8; IX 12, ext. 1.

[54] Cf. Livio, XXXII 8; Plutarco, *Catón el Mayor* 6; Plinio, *Historia Natural* XIV 3; Frontino, *Estratagemas* IV 3, 1; Valerio Máximo, IV 1, 14; 3, 2.

[55] Catón el Joven o el Menor (95-46 a. C.) era nieto del anterior. Fue cuestor en el 64, tribuno en el 63 y duro acusador de los partidarios de Catilina. Se opuso también a César, lo cual le costó la cárcel. Contó siempre con fama de justo. Sirvió en Sicilia y en Asia, terminando su vida como gobernador de Útica en la época de la guerra civil entre César y Pompeyo. De hecho, los uticenses le honraron porque, después de la derrota pompeyana, prefirió suicidarse antes que pedir el perdón del vencedor. Cf. Plutarco, *Catón el Menor;* Cicerón, *En defensa de Murena* II

13 Se entusiasma mi espíritu recordando hombres tan ilustres como Escipión Emiliano, quien, después de dos famosos consulados y otras tantas celebraciones triunfales y gloriosas, desempeñó el cargo de embajador acompañado por siete esclavos. Y creo que hubiera podido comprar más con el botín de Cartago y Numancia, de no haber preferido quedarse él con la gloria de la acción, y que las riquezas fuesen para Roma.

Así pues, cuando viajaba por pueblos aliados y extranjeros, no se contaban sus esclavos sino sus victorias, y no se calculaba el peso de su oro y de su plata, sino el prestigio que le rodeaba[56].

14 Ahora bien, esta moderación se ha conocido igualmente en numerosas ocasiones en la plebe. Será suficiente con haber referido dos ejemplos separados por muchos siglos:

Pirro, una vez que ya no inspiraba temor y que languidecían las fuerzas de los epirotas, como no había podido debilitar el valor del pueblo romano, intentó comprar su favor, de manera que transportó casi todas sus regias riquezas a nuestra ciudad. Pero cuando sus mensajeros distribuyeron por los distintos hogares, sin olvidarse de ninguno, regalos valiosos de distinto género, apropiados tanto para hombres

---

3; XXVI 25; *Filípicas* XIII 14, 30; *Bruto* 118; Lucano le llama *durus* (II 380); Claudiano *rigidus* (*Poemas* 22, 382) y Marcial *severus* (I *prefacio*). Cf. Valerio Máximo, II 10, 8.

[56] Cf. IV 1, 10. Se refiere Valerio a P. Cornelio Escipión Emiliano o *Africanus Minor*, cuya modestia es también alabada por Cicerón (*República* VI 2, 2; *Académicos* II 2, 5; *Sobre la amistad* XIX 69; *Sobre el orador* III 7, 28; o en *Sobre los deberes* II 22, 76): *Abstinentiam coluit, imitatus patrem, nihilo enim locupletior Carthagine eversa* («siguiendo el ejemplo de su padre, cultivó la abstinencia, sin que aumentara su patrimonio tras la destrucción de Cartago»); Plutarco, *Cuestiones romanas* 14.

como para mujeres, este paladín de la petulancia tarentina, más pretencioso que eficaz, fue rechazado, consiguiendo con ello aumentar la gloria de nuestra ciudad por sus costumbres[57].

También en aquella época turbulenta con la que habían afligido a la República Gayo Mario y Lucio Cinna destacó por su magnífica moderación el pueblo romano, pues cuando éstos habían entregado los hogares de los proscritos a las manos del vulgo para que los saquearan, no encontraron a nadie dispuesto a lucrarse de la desgracia de los demás, ya que todos se abstuvieron de ello como si fueran a profanar un templo venerable. Y lo cierto es que esta moderación tan respetuosa de la plebe constituyó un reproche callado contra los crueles vencedores[58].

Ejemplos extranjeros

Para no privar a los extranjeros de elogio en esta mate- 3, 1
ria, Pericles, príncipe de los atenienses, cuando era colega en el arcontado del tragediógrafo Sófocles, en una ocasión en que éste se hallaba desempeñando una tarea pública y

---

[57] Pirro, rey de Epiro (319-272 a. C.), es conocido por sus victorias Pírricas contra los romanos, victorias en las que sufrió terribles pérdidas. El mismo año en el que murió, Tarento cayó en manos de Roma. LIVIO, *Epítome* 14; PLUTARCO, *Pirro* 18.

[58] Mario y Cinna habían intervenido en la Guerra Social, se opusieron a Sila, y marcharon contra Roma, apoderándose de ella y siendo nombrados cónsules en el 86, año en el que hicieron gala de una violencia desmesurada. Mario, en realidad, fue cónsul en siete ocasiones y también Cinna repitió esta magistratura en el 85 y en el 84. Cf. LIVIO, *Epítome* 73 ss.; CICERÓN, *Filípicas* II 42, 8; TÁCITO, *Historias* I 51; VELEYO, XXII 22, 5; VALERIO MÁXIMO, IV 3, 14 y V 3, 3.

había alabado con ardientes palabras la belleza de un joven noble que pasaba, Pericles, increpando su exceso, le dijo que un arconte debía mantener sus ojos alejados no sólo de la ambición del dinero, sino también del deseo libidinoso[59].

2 En cuanto a Sófocles, siendo ya anciano, cuando alguien le preguntó que si todavía practicaba el sexo, dijo: «No, por los dioses, ya me he librado de ese terrible cautiverio»[60].

Hemos oído que Jenócrates practicó la abstinencia en su vejez. De ello dará fe en abundancia el relato que viene a continuación:

Una noche de fiesta, Frine, una conocida prostituta ateniense, se recostó junto a él cuando estaba ebrio, haciendo la apuesta con unos jóvenes de si podría corromper su moderación. Pero él, sin enfadarse ni por el acercamiento ni por la proposición, dejó que Frine permaneciera allí, marchándose al poco tiempo, sin que ella hubiera conseguido su propósito.

Esta es una acción propia de un espíritu en el que se unían la moderación y la sabiduría. Ahora bien, tampoco son despreciables las palabras de la prostituta, porque cuando los jóvenes se burlaron de ella porque, a pesar de ser tan hermosa y elegante, no había podido seducir a un viejo ebrio, respondió cuando la acosaban que ella había pactado

---

[59] Pericles (499-429), procedente de una familia aristócrata, se convirtió pronto en líder popular y obtuvo numerosos triunfos militares y políticos. En esta labor política, en el 443 compartió con el tragediógrafo Sófocles (aprox. 497-406) el cargo de tribuno del erario, magistratura a la que alude Valerio Máximo. Estos dos personajes griegos serán mencionados una y otra vez por Valerio en su obra: II 6, 5; IV 3, ext. 1; V 10, ext. 1; VII 9, ext. 2. Cf. Cicerón, *Sobre los deberes* I 40, 144; Plutarco, *Epítome* 8.

[60] Cicerón, *Sobre la vejez* XIV 47; Amiano Marcelino, XXV 4, 2.

con ellos el premio por la victoria sobre un hombre y no sobre una estatua[61].

¿Acaso podríamos encontrar palabras más apropiadas que las de la meretriz para reflejar la sobriedad de Jenócrates? Frine, a pesar de su belleza, no pudo debilitar ni un ápice la tenaz abstinencia de éste, ¿y qué?, ¿es que acaso consiguió el rey Alejandro convencerle a pesar de todas sus riquezas?

Todo lo contrario, porque Jenócrates se comportó del mismo modo que antes, es decir, como una estatua tentada en vano. De hecho, Alejandro le había enviado unos mensajeros con algunos talentos, y él los recibió en la Academia de la forma habitual, con escaso aparato y modestos recursos.

Al día siguiente, cuando le preguntaron a quién quería que se entregase el dinero, les respondió: «¿Es que no os disteis cuenta en la cena de ayer que yo no lo necesito?». De este modo, un rey quiso comprar la amistad de un filósofo, pero el filósofo no quiso vendérsela al rey[62].

Y es que, por mucho que Alejandro consiguiese el so- 4
brenombre de «invicto», tampoco pudo doblegar la moderación del cínico Diógenes, a quien se acercó al verle sentado al sol, y le dijo que si podía ayudarle en algo.

Ante esta pregunta Diógenes, un hombre de oscuro origen pero de sólida prestancia, sin moverse de la roca en la

---

[61] A propósito de Jenócrates, *vid.* Valerio Máximo, IV 1, ext. 2. Esta anécdota es mencionada por Diógenes Laercio, IV 7; Acrón, *Comentario a las «Sátiras» de Horacio* II 3, 250.

[62] Diógenes Laercio, *Jenócrates* III 7; Cicerón, *Tusculanas* V 32, 91; Plutarco, *Alejandro* 8.

que estaba, le contestó: «Luego trataremos de otros asuntos, pero lo que desearía ahora es que no me quitases el sol»[63].

Esta respuesta dio origen a ese dicho tan conocido de que, aunque Alejandro, con sus riquezas, intentó mover de su sitio a Diógenes, tardó menos en derrotar a Darío con sus armas.

En otra ocasión en que el mismo Diógenes estaba lavando verduras en Siracusa, Aristipo le dijo: «Si quisieras adular a Dionisio, no comerías eso», y él replicó: «Pues si tú quisieras comer esto, no adularías a Dionisio»[64].

CAPÍTULO 4

Sobre la pobreza

En un libro de anécdotas escrito por Pomponio Rufo hemos leído que las mejores joyas para una madre son los hijos. Pues bien, se dice que cuando a Cornelia, la madre de los Gracos, una matrona de Campania que estaba hospedada en su casa le mostró sus joyas como si fueran las más bellas de la época, Cornelia la entretuvo con su charla hasta que

---

[63] El cínico Diógenes es un personaje controvertido que vivió en Atenas y Corinto durante el siglo IV y que protagonizó numerosas anécdotas como la mencionada por Valerio, debido a su intento de vivir de una forma austera y natural. Cf. CICERÓN, *Tusculanas* V 32, 92; PLUTARCO, *Sobre el exilio* I 5.

[64] Aristipo de Cirene fue discípulo de Sócrates y, frente a Diógenes, sería el prototipo de una vida lujosa y hedonista. Cf. DIÓGENES LAERCIO, *Aristipo* IV 68; HORACIO, *Epodos* I 1, 18; *Sátiras* II 3, 99; CICERÓN, *Sobre los deberes* I 41, 148; SÉNECA, *Sobre los beneficios* VII 25, 1.

sus hijos regresaron de la escuela y, entonces, le dijo: «Éstas son mis joyas»[65].

Todo lo tiene el que no ansía nada. O, dicho con más precisión, piense el que tiene todo tipo de bienes que, mientras que los materiales suelen perderse, los que consisten en unos buenos sentimientos no pueden sufrir embate alguno de la fortuna.

Y ¿qué decir de considerar las riquezas como el primer objetivo de la felicidad y la pobreza como el último grado de la miseria, cuando aquéllas, a pesar de su apariencia agradable, guardan en su interior numerosas amarguras y, en cambio, el aspecto negativo de la pobreza encierra bienes firmes y sólidos?[66].

Esto quedará mejor demostrado con ejemplos vivos que con palabras.

Una vez suprimida la monarquía a causa de la desmesu- 4, 1
rada soberbia de Tarquinio, Valerio Publícola y Junio Bruto fueron los primeros cónsules. De ellos, Junio Bruto desempeñó esta magistratura otros tres años, obteniendo el favor unánime del pueblo romano, de manera que, con sus numerosas y grandes hazañas, realzó aún más el honor de su familia. Sin embargo, este hito de nuestra historia murió con

---

[65] Pomponio Rufo, a quien menciona Valerio Máximo como su fuente, es identificado a veces con Marco Pomponio, el amigo de Gayo Sempronio Graco que aparece en CICERÓN *(Sobre la adivinación* II 62), VELEYO (II 6, 6) o en el propio VALERIO MÁXIMO (IV 7, 2). En cuanto a Cornelia, era hija de Escipión Africano y tuvo doce hijos, aunque sólo tres de ellos alcanzaron la madurez. No volvió a casarse después de la muerte de su esposo, dedicándose por entero a su vida interior y a sus hijos.

[66] Cf. SÉNECA, *Diálogos* XII 1. Este proemio al capítulo 4 del libro IV rompe un tanto la continuidad de la estructura, hecho que ha llevado a algunos autores como Alewell a pensar que no sería obra de Valerio Máximo, sino de un lector. Cf. K. ALEWELL, *Über das rhetorisches paradeigma,* Leipzig, 1913, pág. 42.

un patrimonio que no era suficiente ni para pagar sus exequias, por lo que hubo que recurrir al dinero público[67].

No necesitamos hacer más averiguaciones acerca de la pobreza de tan ilustre varón. La mejor demostración de lo que poseyó en vida es que, cuando murió, no tuvo ni para un lecho fúnebre ni para una pira.

2 ¿Y qué grandeza nos imaginamos que alcanzaría Menenio Agripa, a quien el senado y la plebe eligieron para que pusiera paz entre ellos? La que le corresponde a un defensor del bien general. Pues lo cierto es que murió con tan pocos recursos que si el pueblo no hubiera entregado un sextante por cabeza para su funeral, Agripa hubiera carecido del honor de una sepultura. No es extraño, entonces, que los ciudadanos, que estaban divididos en una perniciosa sedición, quisieran reducirse a uno solo con las manos de Agripa, unas manos que les parecían pobres, pero sagradas[68]. Y, por ello, si Menenio Agripa, en vida, no tenía nada digno de ser censado, después de muerto contó con el patrimonio insuperable de la concordia romana.

---

[67] A Lucio Junio Bruto se le considera uno de los dos primeros cónsules de la República romana, por lo cual no es extraño que Bruto pretendiera ser descendiente suyo. Cf. Livio, I 56; II 16; VIII 43; Dionisio, V 48, 1 ss.; Amiano Marcelino, XIV 6, 11; Apuleyo, *Apología* 18; Cicerón, *Filípicas* VI 66, 2; *Del supremo bien y del supremo mal* XX 13; *República* II 25, 46; *Sobre el orador* I 9, 37; *Tusculanas* IV 1, 2; Floro, *Epítome, Pref.* 6, I 9-10.

[68] Menenio Agripa Lanatus fue un célebre tribuno que reconcilió a la plebe con los patricios, aunque tal vez este papel de mediador fue un invento motivado por su origen plebeyo. Murió en el 498 a. C. Cf. Livio, II 16, 32; Plinio, *Historia Natural* XXXIII 10, 48; Quintiliano, *Inst. orat.* XV 11, 19; Dionisio, VI 45.

Convendría confesar la plata que había en los hogares 3
de Gayo Fabricio y de Quinto Emilio Papo, los hombres más ilustres de su siglo:

Ambos poseían el plato y el salero para los sacrificios a los dioses, pero Fabricio era más rico, porque quiso que su plato tuviera una pequeña base de cuerno. En cuanto a Papo, demostró también tener bastante carácter, pues cuando recibió estos objetos como parte de una herencia, no estimó oportuno venderlos por motivos religiosos[69].

¿Y no es cierto también que aquellos ricos hacendados, 4
que eran reclamados de sus tareas agrícolas para convertirse en cónsules, cultivaban por placer el terreno estéril y reseco de Pupinia[70], y disfrutaban bañados en sudor mientras removían la tierra?

Y en cuanto a aquellos generales tan ilustres en los conflictos de Roma, ¿acaso no se convirtieron en boyeros —voy a utilizar el término justo— por su falta de patrimonio familiar?

A Atilio, sin embargo, le vieron sembrando quienes ha- 5
bían sido enviados por el senado a llamarle para que asumiera el poder supremo del pueblo romano[71].

Y lo cierto es que aquellas manos encallecidas por los trabajos del campo dieron estabilidad al estado, hicieron sucumbir a poderosas tropas enemigas y, si poco antes habían

---

[69] Gayo Fabricio Luscino y Quinto Emilio Papo compartieron el consulado en el 282 y en el 278 a. C., y fueron censores en el 275. Son ejemplo de personas brillantes en lo político y en lo militar, destacándose siempre su austeridad y frugalidad. De hecho, Gayo Fabricio es mencionado por Valerio Máximo en I 8, 6; II 9, 4; IV 3, 6; 4, 10 o VI 5, 1. Cf. Plinio, *Historia Natural* XXXIII 12; Apuleyo, *Apología* 18.

[70] Región situada en las proximidades de Roma.

[71] De hecho, el sobrenombre de Gayo Atilio Régulo es «*Serranus*». Cf. Cicerón, *Roscio* XVIII 50; Séneca, *Diálogos* XII 10, 7; Virgilio, *Eneida* VI 841-844; Plinio, *Historia Natural* XVIII 3, 4.

dirigido el yugo de bueyes mientras araban, dirigieron luego las riendas de carros triunfales, sin que le causara ningún rubor retomar la agreste esteva del arado una vez dejado el bastón de marfil.

Atilio podría consolar a los pobres, pero más aún enseña a los ricos que la obtención de una fama sólida no es el resultado de una acumulación ansiosa de riquezas.

6 Del mismo nombre y de la misma sangre, Atilio Régulo[72], después de haber obtenido una gran fama en la Primera Guerra Púnica por sus heroicas victorias en África, cuando acabó con el poderío de la orgullosísima Cartago gracias a sus numerosos triunfos, y cuando había sabido que su mandato había sido prorrogado durante un año más, envió a los cónsules un escrito en el que les decía que había muerto en Pupinia el campesino que cuidaba de una pequeña finca suya de siete yugadas, y que, aprovechando esta ocasión, un trabajador a sueldo se había llevado de allí unos aperos de labranza. Por ello, les rogaba que le fuera enviado un sucesor, para que no quedaran abandonadas las tierras con las que se mantenían su mujer y sus hijos.

Una vez el senado tuvo conocimiento de esta situación a través de los cónsules, ordenó que las tierras de Atilio se alquilaran a un granjero para trabajarlas, que se entregaran alimentos a su mujer y a sus hijos, y que el estado le recompensara por lo que había perdido.

---

[72] Se trata de Marco Atilio Régulo, que obtuvo una importante victoria naval sobre Amílcar en el 256 a. C. y conquistó muchas ciudades. Cf. Orosio, *Historias* IV 8; Polibio, I 25, 5-28; Frontino, *Estratagemas* IV 3, 3; Apuleyo, *Apología* 18. Acerca de su pobreza y moderación, *vid.* Frontino, *Estratagemas* IV 3, 3.

Éste fue el precio que pagó nuestro erario por ese ejemplo de virtud de Atilio, de quien se gloriarán siempre todas las generaciones de Roma.

De igual magnitud fueron los latifundios de Lucio Quin- 7
cio Cincinato[73]: tuvo siete yugadas de tierra, de las que perdió tres en concepto de un pago que entregó al erario para ayudar a un amigo. Con la renta obtenida por esta pequeña extensión de tierra pagó también la indemnización impuesta a su hijo Cesón, por no haberse presentado en un juicio.

Y, sin embargo, a pesar de trabajar las cuatro yugadas restantes, no sólo conservó la dignidad de su familia, sino que además le fue ofrecida la dictadura. En cambio, en la actualidad, el que tiene una casa del tamaño de todas las tierras de Cincinato, piensa que vive en la miseria.

¿Qué decir de la familia Elia? ¡Cuánta riqueza! En una 8
generación convivieron dieciséis Elios en una casita situada donde ahora están los monumentos de Mario. Además de eso, tenían una sola finca en el campo de Veyos —que necesitaba menos manos que dueños tenía en realidad— y sitio reservado para ver los espectáculos del Circo Máximo y del Flaminio, privilegio que les había otorgado la República como recompensa por su valor[74].

Esta familia no poseyó ningún escrúpulo de plata[75] hasta 9
que Paulo, una vez derrotado Perseo, entregó a su yerno Quinto Elio Tuberón cinco libras de plata procedentes del

[73] Patricio y cónsul romano del siglo v a. C. ya mencionado por VALERIO MÁXIMO en IV 1, 4 como ejemplo de moderación. Acerca de su pobreza, *vid.* CICERÓN, *Sobre la vejez* XVI 56; LIVIO, III 19-24; DIONISIO, X 5 ss.; PLINIO, *Historia Natural* XVIII 3.

[74] La familia Elia era una familia muy ilustre pero plebeya, y se dividió en varias ramas: Galos, Adrianos, Lamias, Petos, Tuberones... Cf. CICERÓN, *Sobre la adivinación* I 28, 59; JUVENAL, VI 92.

[75] El escrúpulo equivalía a la cuarta parte de la onza.

botín[76]. Y guardo silencio sobre el hecho de que el hombre principal de nuestra ciudad le dio su hija en matrimonio a un joven del que veía que tenía un hogar falto de recursos.

Y lo cierto es que murió tan pobre que si su esposa no hubiese vendido el campo, que fue lo único que les había dejado, no hubiese tenido de dónde recibir una dote.

Pero en esa época estaba en su esplendor el espíritu de hombres y mujeres, y lo que se tenía en cuenta a la hora de estimar todos los bienes de una persona era su dignidad. Era esto lo que sembraba la concordia entre las autoridades, lo que creaba parentescos, y lo que prevalecía tanto en el foro como en los hogares particulares. Cada uno se esforzaba por multiplicar el patrimonio de su patria y no el suyo propio, y prefería ser pobre en una nación rica, antes que rico en una nación pobre.

Estas intenciones tan nobles tenían como precio el que no se pudiese comprar con dinero ninguno de los méritos que se obtenían con el valor, y que el estado tuviese que solventar la precaria situación de estos hombres ilustres.

10 Así pues, cuando durante la Segunda Guerra Púnica Gneo Escipión había escrito al senado desde Hispania solicitando que le fuese enviado un sucesor, porque tenía soltera a una hija en la flor de la edad, y no podía proporcionarle una dote si no estaba presente, el senado entonces, para que la República no perdiese a este gran general, actuó en calidad de padre y, siguiendo el consejo de la esposa y de los allegados

[76] La austeridad de Lucio Paulo Emilio y de su yerno Quinto Elio Tuberón fue ya destacada por Valerio Máximo en IV 3, 7 y 8. No es extraño que Paulo entregara parte del botín a su yerno ya que, como vimos, de las posesiones de Perseo sólo se quedó con su biblioteca. Plinio, *Historia Natural* XXXIII 50; Plutarco, *Paulo Emilio* 29.

de Escipión, determinando la dote, tomó la cuantía del dinero público y dio a la joven en matrimonio[77].

El montante de la dote era de cuarenta mil ases, con lo cual podemos conocer no sólo la humanidad de los senadores, sino también el carácter de los antiguos patrimonios. Y es que eran tan reducidos que pareció que Tuccia, la hija de Cesón, había aportado a su marido una grandísima dote de diez mil ases. Y porque Megulia entró en casa de su marido con cincuenta mil ases, recibió el sobrenombre de «Dotada».

Gracias también a la generosidad del senado, las hijas de Fabricio Luscino[78] y de Escipión se libraron de unas nupcias sin dote, ya que de herencia paterna no habían recibido para aportar sino su merecida gloria.

Marco Escauro, por su parte, en el primero de los tres 11
libros que escribió sobre su vida relata lo menguado de la herencia que recibió de su padre, pues dice que le quedaron sólo seis esclavos y una suma total de treinta y cinco mil ases. Con este dinero se nutrió el espíritu de aquel futuro príncipe del senado[79].

---

[77] Gneo Cornelio Escipión, hermano de Publio, fue cónsul en el 222 a. C., y fue enviado a Hispania, como indica Valerio Máximo, en el 218 para que mantuviera allí ocupados a los cartagineses y para que no enviaran refuerzos a Aníbal. Finalmente murió en el 211 cerca de Cartago Nova. Cf. Séneca, *Consolación a Helvia* 12.

[78] Mencionado ya como ejemplo de austeridad en este mismo libro: IV 3, 6 y 4, 3.

[79] Marco Emilio Escauro escribió realmente una autobiografía, que no tuvo demasiado éxito y se perdió pronto. Fue cónsul en el 115 a. C., procónsul, *princeps senatus* y censor en el 109. Fue una persona controvertida, admirada entre otros por Cicerón *(Sobre el orador* I 49, 214), pero criticada por Salustio *(La guerra de Jugurta* 15). Cf. el propio Valerio Máximo, IV 7, 8; Cicerón, *Bruto* 112.

Así pues, los que no cesamos de quejarnos de nuestras escasas propiedades, debemos fijarnos en estos ejemplos y consolarnos con ellos. Porque, o no tenían ningún dinero, o poquísimo, un número reducido de esclavos, siete yugadas de tierra reseca, funerales que carecen de financiación propia, hijas sin dote... pero, a la vez, vemos consulados ilustres, magníficas dictaduras y triunfos sin número, ¿por qué entonces nos quejamos de noche y de día —como si fuera la peor calamidad del mundo— de poseer una fortuna reducida, cuando unas ubres, algo vacías sí, pero seguras, proporcionaron sustento sólido a la virtud de Publícolas, Emilios, Fabricios, Curios, Escipiones y Escauros?

Cobremos, pues, ánimo y, con esta contemplación del pasado, reforcemos nuestros espíritus debilitados por el ansia de dinero. En fin, que por la cabaña de Rómulo, por la humilde sede del antiguo Capitolio y por el fuego eterno de Vesta, que aún hoy se contenta con pobres utensilios, juro que ninguna riqueza es preferible a la pobreza de varones tan ilustres.

CAPÍTULO 5

Sobre la vergüenza

Parece oportuno pasar al tema de la vergüenza, pues ésta encomendó a los hombres más justos que se olvidaran de su bienestar particular y desearan que el de Roma fuese lo más próspero posible, que se levantaran por doquier templos dignos de ella como si de una divinidad se tratara, que se le erigieran altares, porque es madre de toda determinación honesta, guardiana de los cultos solemnes, maestra de la inocencia, querida por los pueblos allegados, aceptada por

los extraños, y dotada de una imagen favorable en todo tiempo y lugar.

Pero para pasar de las alabanzas a los hechos: desde la fundación de la ciudad hasta el consulado del Africano y de Tiberio Longo[80], los cónsules y el pueblo compartían asiento para contemplar los juegos. Sin embargo, ningún plebeyo quiso sentarse nunca delante de los senadores en el teatro. Hasta tal punto era respetuosa la vergüenza de nuestros ciudadanos. 5, 1

Pero ésta no se ha mostrado nunca mayor que el día en que Lucio Flaminino se sentó en la última parte del teatro por haber sido apartado del senado por los censores Marco Catón y Lucio Flaco, a pesar de que había sido cónsul y de que era hermano de Tito Flaminino, vencedor de Macedonia y de Filipo. Sin embargo, todos le obligaron a trasladarse a una localidad propia de su dignidad[81].

Terencio Varrón infligió un duro golpe a la República con su temerario ataque en Cannas. Pero al no aceptar, por vergüenza, la dictadura que le ofrecían el senado en pleno y el pueblo, redimió la culpa de aquel desastre, y consiguió que la derrota se achacara a la ira de los dioses y su modestia a su carácter. 2

[80] Publio Cornelio Escipión Africano y Tiberio Sempronio Longo fueron cónsules en el 218 a. C., en el inicio de la Segunda Guerra Púnica.

[81] Lucio Flaminino, que aparece en otros autores como Gayo Flaminio, alcanzó grandes dignidades, ya que fue cuestor en el 210 a. C., edil curul, pretor y cónsul en el 187. Pero en el 184, Marco Porcio Catón consiguió que le expulsaran del senado porque, en la Galia, había asistido a un espectáculo en un prostíbulo y había ordenado la ejecución de un hombre. CICERÓN, *Sobre la vejez* XII 42; LIVIO, XXXIV 44; XXXIX 29; PLUTARCO, *Flaminino* 18-19; CATÓN, 17; y el propio VALERIO MÁXIMO, II 9, 3; VI 6, 3.

Por ello, en sus imágenes podría colocarse una inscripción en el sentido de que obtuvo más gloria Varrón por rechazar la dictadura que otros por realizar grandes gestas[82].

3 Pasemos ahora a un ejemplo preclaro de vergüenza:

La fortuna, con muy mala voluntad, propició que en las elecciones a pretor compitieran en el Campo de Marte Gneo Escipión —hijo del Africano el Viejo— y el escriba Gayo Cicereyo, de manera que el pueblo criticaba esta desmesura, ya que se había mezclado en una votación la sangre de un hombre ilustre y la de un cliente.

Pero Cicereyo transformó estas acusaciones contra él en alabanzas, pues cuando vio que todas las centurias le preferían a él antes que a Escipión, descendió de la tribuna, se quitó la toga cándida y comenzó a hacer propaganda de su rival, afirmando que sería mejor que la pretura recayera en un descendiente del Africano que en él mismo. Y no fue desmesurado el premio por esta muestra de mesura, ya que si Escipión consiguió entonces aquel honor, las mayores felicitaciones fueron para Cicereyo[83].

---

[82] Gayo Terencio Varrón, de familia muy humilde, llegó a ser cuestor, edil, pretor e incluso cónsul en el 217 a. C. La derrota romana de Cannas ante los cartagineses se produjo en el 216, y en ella pereció el otro cónsul, L. Paulo Emilio, que no estaba de acuerdo con la estrategia de Varrón. Éste tuvo que huir, a pesar de lo cual, como relata Valerio, se le siguieron encomendando magistraturas, como procónsul, legado, propretor o triúnviro. Cf. Livio, XXII 25 ss.; XXIII 27; XXX 26 y XXXI 49; Frontino, *Estratagemas* IV 5, 6; Valerio Máximo, III 4, 4-5.

[83] Gayo Cicereyo estaba relacionado con la familia de los Escipiones, ya que era el secretario del Africano Menor. A pesar de que, como narra Valerio, cedió la pretura a Gneo Escipión en el 174 a. C., posteriormente la alcanzó, consiguiendo también importantes triunfos militares. Cf. Livio, XLI 27-8; XLII 1-8; Valerio Máximo, III 5, 1 y IV 5, 3. En opinión de P. Botteri (en «Africani filius», *Index* II, 1971, págs. 198-207), el Lucio Cornelio Escipión mencionado por Tito Livio no era hijo del Africano, porque parece que éste sólo tuvo un hijo, Publio, de manera que el

Para no dejar bruscamente los comicios mencionaremos que Lucio Craso, candidato al consulado, cuando se vio obligado a solicitar el voto por todo el foro, como hacían todos los candidatos, se negó, sin embargo, a hacerlo en presencia de su suegro Quinto Escévola, hombre de gran seriedad y sabiduría. Así pues, le rogaba que se marchara, mientras él se dedicaba a esa tarea inoportuna, teniendo mayor respeto por la dignidad de aquél que consideración por su propia toga cándida[84]. 4

Por su parte Pompeyo Magno, después de su derrota ante César en Farsalia, cuando entró en la ciudad de Larisa al día siguiente y todo el pueblo había salido a su encuentro, les dijo: «Marchaos y otorgad ese honor al vencedor». Yo diría que Pompeyo, con este gesto, demostró que no merecía ser vencido sino por el propio César, y ante todo demostró ser una persona moderada en la calamidad. No en vano, cuando no pudo hacer ya gala de su honor, la hizo de su vergüenza[85]. 5

También Gayo César dio cumplidas muestras de esta vergüenza en numerosas ocasiones, especialmente el último 6

testimonio que ofrece Valerio Máximo en este capítulo sería una invención literaria.

[84] Lucio Licinio Craso había nacido en el 140 a. C. Fue un excelente orador muy elogiado por Cicerón. Llegó a ser cuestor en Asia, tribuno de la plebe, edil curul con Quinto Mucio Escévola en el 100 a. C., y censor en el 92. Los hechos mencionados por Valerio remontan al 95 a. C. Cf. CICERÓN, *Sobre el orador* I 7, 24 ss.; *Bruto* 26, 43, 64; *Sobre los deberes* III 11-16; *La invención retórica* II 37; TÁCITO, *Diálogo sobre los oradores* 18 y 26; VELEYO, II 9.

[85] Gneo Pompeyo había nacido en el 106 a. C. y alcanzó grandes honores en los momentos finales de la República: consulados, triunfos, embajadas, triunvirato con César y Craso..., pero fue vencido por César en Farsalia en el 48 a. C., siendo asesinado poco después. VALERIO MÁXIMO, I 8, 9; LUCANO, VII 712-21; DIÓN, XLII 1; PLUTARCO, *Pompeyo* 73.

día de su vida. Y es que, al ser herido por los numerosos golpes de los parricidas, en el mismo instante en que veía cómo su espíritu divino abandonaba su cuerpo mortal, a pesar de las veintitrés puñaladas recibidas, no pudo dejar de someterse a la vergüenza y se bajó la toga con ambas manos para que la parte inferior de su cuerpo quedara cubierta. En este caso, no se trata de la muerte de un hombre, sino del regreso a su sede de un dios inmortal[86].

Ejemplos extranjeros

5, 1 El ejemplo que sigue debe incluirse entre los extranjeros, ya que se produjo antes de que se concediese la ciudadanía romana a Etruria. Pues bien, en esa región, un joven de gran belleza llamado Espurina que, con su agradable aspecto, había atraído la mirada de numerosas damas ilustres y que, precisamente por eso, advirtió que no era bien mirado por los maridos y padres de ellas, afeó su rostro con heridas, ya que prefirió hacer gala de esa deformidad y de una buena reputación antes de que su belleza provocase la lujuria de los demás[87].

2 En Atenas, un hombre de edad muy avanzada, cuando había venido al teatro para ver los juegos y ningún ciudadano le hacía sitio, se acercó por casualidad a unos embajadores lacedemonios. Éstos, conmovidos por la edad del anciano y por el respeto que merecen los cabellos blancos y los

---

[86] Seguramente, la mención a Pompeyo en el capítulo anterior ha llevado a Valerio Máximo a referirse al asesinato de Julio César en las idus de marzo del 44. PLUTARCO, *César* 66; SUETONIO, *César* 82.

[87] Desde luego *Spurinna* es un nombre de origen etrusco, y este joven aparece mencionado por Valerio Máximo y por AMBROSIO, *De virg*. 3.

años, le cedieron un sitio entre ellos en el lugar más distinguido. El pueblo, al ver este gesto, demostró con un gran aplauso su admiración por el comportamiento de los extranjeros. Y cuentan que uno de los lacedemonios había dicho: «¡Vaya, los atenienses saben qué es lo correcto, pero no se molestan en hacerlo!»[88].

CAPÍTULO 6

Sobre el amor conyugal

Del sentimiento anterior, plácido y sereno, voy a pasar a otro igualmente honorable, pero algo más apasionado y exaltado. Y es que voy a someter a la consideración del lector ciertos ejemplos de amor conyugal, exponiendo casos que deben ser examinados con el mayor respeto. Son casos en los que se mantuvo intacta la lealtad de los cónyuges, casos difíciles de imitar pero útiles de conocer, porque quien se fija en comportamientos extraordinarios no debe avergonzarse por tener uno medianamente bueno.

Tiberio Graco, cogidas en su casa una serpiente macho 6, 1
y una hembra, se enteró por un adivino de que, si liberaba al macho, moriría su esposa rápidamente, y que si soltaba a la hembra, sería él quien fallecería.

Ante esto, eligiendo la parte del augurio favorable para su mujer y no para él, ordenó que mataran al macho y que soltaran a la hembra, después de lo cual se sentó a esperar su propia muerte mientras observaba la muerte de la serpiente.

---

[88] Cf. CICERÓN, *Sobre la vejez* XVIII 64.

De este modo, no sé si creer que Cornelia fue más feliz por haber tenido un esposo semejante o más desgraciada por haberlo perdido[89].

En cambio tú, Admeto, rey de Tesalia, al ser condenado por un gran juez debido a un delito grave y cruel, permitiste que cambiaran la suerte de tu esposa por la tuya y, para no morir tú, fuiste capaz de seguir con vida mientras ella se ofrecía voluntariamente a la muerte, ¡y eso que antes habías disfrutado de la generosidad de sus padres![90].

2 Víctima de la inicua fortuna fue Gayo Plaucio el Númida, menos ilustre que Graco, aunque perteneciente también al orden senatorial, y ejemplo de amor semejante. Y es que, al enterarse de la muerte de su esposa, no pudiendo soportar el dolor, se atravesó el pecho con una espada.

Incluso, cuando la actuación de sus sirvientes le impidió culminar su propósito, a pesar de que le ataron, tan pronto como encontró una oportunidad se cortó las vendas, se abrió la herida y, con sus propias manos, se arrancó de las entrañas y del corazón su espíritu, incapaz ya de soportar el sufrimiento por la muerte de su esposa. Con este fin tan

[89] Son numerosas las ocasiones en que Valerio Máximo demuestra la admiración que le produce el comportamiento de Tiberio Graco, como en IV 1, 6 y 8; VIII 1, 1; o en IV 2, 3, donde precisamente se nos cuenta cómo obtuvo a Cornelia en matrimonio. Cf. Cicerón, *Sobre la adivinación* I 18, 36; XXII 29, 62; Plutarco, *Tiberio Graco* 1; Plinio, *Historia Natural* VII 36.

[90] Aparece en numerosos relatos mitológicos, ya que se dice que formó parte de la expedición de los argonautas, que fue amado por Apolo y que, efectivamente, castigado por Ártemis, obtuvo su salvación causando la muerte de su esposa Alcestis, la hija de Pelias. Cf. Higino, *Fábulas* 14, 50-51, 173, 256; Ovidio, *Tristes* V 14, 37; *Pónticas* III 1, 106; *Cartas de las heroínas* V 151; Tibulo, II 3, 11; Propercio, II 6, 23; Tertuliano, *Apologético* 14.

violento demostró cuán arraigado estaba en su pecho el fuego del amor conyugal.

Por su parte, Marco Plaucio compartió con el anterior 3
tanto el nombre como el amor porque cuando, atendiendo una orden del senado, conducía a Asia una flota de aliados de sesenta naves, al llegar a Tarento, su mujer, Orestila, que le había acompañado, enfermó y murió. Preparado entonces el funeral, y colocada sobre una pira, mientras la cubrían con ungüentos y la besaban, Plaucio se clavó un puñal.

Sus amigos no pudieron ya sino tomar su cuerpo y, tal como estaba, cubierto con la toga y calzado, lo colocaron junto a su esposa, encendieron las teas y los incineraron juntos[91]. Hicieron allí un sepulcro, que aún ahora puede verse en Tarento, y que se llama «De los dos enamorados».

Y no tengo duda alguna de que, si los muertos conservan realmente algún sentimiento, Plaucio y Orestila habrán llevado a las tinieblas un semblante que refleja la muerte compartida. No en vano, cuando se comparte un amor apasionado y honesto, es mejor unirse con la muerte que separarse por la vida.

En ese mismo sentido debemos destacar el amor de Ju- 4
lia, la hija de Gayo César. Y es que cuando, durante la elección de unos ediles, vio que desde el Campo de Marte le traían a casa los ropas ensangrentadas de su esposo, Pompeyo Magno, atemorizada por si éste había sufrido algún daño, perdió el conocimiento y, debido al pánico y al terrible dolor que sintió, perdió al niño que llevaba en las entrañas, lo cual supuso una gran pérdida para todo el mundo, un mundo que no hubiera sufrido la furia destructora de tantas guerras

[91] Sabemos que Marco Plaucio fue cónsul en el 126 a. C.

civiles si la unión de César y Pompeyo se hubiese reforzado por este vínculo de sangre[92].

5 También el castísimo fuego de tu amor, Porcia, hija de Marco Catón, será recordado con admiración todos los siglos venideros. Pues cuando te enteraste de que tu esposo, Bruto, había sido derrotado y había caído muerto en Filipos, como nadie te proporcionaba una espada, no dudaste en tragar carbones encendidos, imitando con tu carácter femenino la muerte viril de tu padre.

Y no sé si tu acción es incluso más valerosa que la suya, porque mientras que él se suicidó de una forma ya conocida, tú ideaste un nuevo tipo de muerte[93].

Ejemplos extranjeros

6, 1 Hay también amores extranjeros legítimos e inusitados, que no han sido borrados por las tinieblas de la ignorancia, y de los cuales será suficiente mencionar unos pocos:

Por ejemplo, es sencillo comprender cuánto amaba Artemisa, reina de Caria, a su difunto marido Mausolo, al ver la magnificencia de los rituales de todo tipo y del monu-

---

[92] Julia y Pompeyo se habían casado en el 59 a. C. El hecho relatado por Valerio se habría producido en el 55, aunque realmente Pompeyo no había muerto, y la sangre que empapaba la toga que vio Julia no era de su esposo. Sin embargo ella murió al año siguiente durante un parto, falleciendo el bebé algunos días después. Cf. LUCANO, I 3; VELEYO, XXII 47; PLUTARCO, *Pompeyo* 53.

[93] Porcia se había casado en segundas nupcias con Bruto en el 45 a. C. y compartió los ideales republicanos de su padre y hermanos. Su muerte se produjo en el 43 o en el 42 a. C., aunque no se sabe bien si se debió a inhalaciones tóxicas o al motivo aducido por Valerio. Cf. CICERÓN, *Bruto* 9, 2; PLUTARCO, *Bruto* 53.

mento que ha llegado a convertirse en una de las siete maravillas del mundo.

Pero ¿para qué mencionarlos o para qué hablar de aquel famoso túmulo, cuando dicen que ella misma intentó convertirse en un sepulcro vivo y espirante para Mausolo, bebiendo sus huesos espolvoreados en una copa?[94].

También la reina Hipsicratea amó a su esposo Mitridates 2
de una forma desmedida. De hecho, por él renunció a todo tipo de placeres y decidió cambiar su belleza femenina por un aspecto viril: cortándose los cabellos, se acostumbró a los caballos y a las armas, con la intención de acompañarle sin vacilar en sus empresas y aventuras.

Incluso, una vez que fue derrotado por Gneo Pompeyo, le siguió con fuerzas y ánimo infatigables en su huida a través de fieras naciones.

Tamaña fidelidad fue el mayor de los consuelos y el solaz que ayudó a Mitridates a olvidar una situación tan dura y difícil. Y es que, al estar acompañado por su esposa en ese exilio, era como si su hogar y sus penates fueran también con él[95].

Pero ¿para qué escudriñar en Asia, para qué en los de- 3
siertos infinitos de esas tierras bárbaras, o para qué en luga-

---

[94] Cf. Cicerón, *Tusculanas* III 31, 75; Gelio, X 18; Lucano, VIII 697; Mela, I 85 y Plinio, *Historia Natural* XXXVI 5, 4. La muerte de Mausolo se produjo en el 353 a. C. pero Artemisa no pudo ver terminada la obra erigida en honor a su esposo, ya que murió en el 351 por no haber superado su pérdida.

[95] Mitridates VI no destacaba precisamente por su humanidad, ya que mató a su madre y a sus hermanos (Valerio Máximo, IX 11, ext. 2) y fue el más poderoso y cruel enemigo de Roma durante el s. I a. C. En estas guerras, que empezaron en el 89 a. C., fue derrotado finalmente por Pompeyo (74 a. C.) y tuvo que huir a la Cólquide, siendo acompañado por su esposa. Cf. Valerio Máximo, IX 1, ext. 3; Plutarco, *Pompey.* XXXII 6.

res recónditos del Ponto, cuando Lacedemonia, el mayor de los orgullos de toda Grecia, nos ofrece un ejemplo insuperable de esposa fiel, un ejemplo comparable incluso por su magnitud con las mayores y mejores glorias de esa patria?

Los minios[96], cuyo origen se remonta a los ilustres compañeros de Jasón y a la isla de Lemnos, permanecieron durante algunos siglos en una sede estable, pero tras ser expulsados por una rama de los pelasgos, como carecían de recursos fuera de allí, ocuparon suplicantes las altas cumbres del monte Taigeto.

La ciudad de Esparta, por respeto a los Tindáridas[97] —pues la famosa nave Argo había hecho brillar a ese par de hermanos destinados a convertirse en astros—, los admitió entre ellos y compartieron sus leyes y bienes materiales.

Pero los minios devolvieron este gran favor con la injuria de aspirar a ese reino que tan bien se había portado con ellos. No es extraño entonces que fueran encerrados en la cárcel pública y condenados a la pena capital.

Ahora bien, como según la costumbre tradicional entre los lacedemonios, la ejecución se produciría por la noche, sus mujeres, de sangre noble, solicitaron a los guardianes que les concedieran permiso para entrar en la cárcel y hablar con sus maridos, que estaban a punto de morir. Pero, una vez que se les permitió la entrada, cambiaron sus ropas con sus maridos y les facilitaron la huida, ya que éstos llevaban la cabeza cubierta en señal de dolor. ¿Qué más decir, pues,

[96] Son los argonautas, y reciben ese nombre de minios a partir de Minias, rey de los Yolcos. Cf. Higino, *Fábulas* 14; Servio, *Comentario a las églogas de Virgilio* IV 34.

[97] Cástor y Pólux, hijos de Tíndaro.

sino que los minios se habían casado con unas mujeres dignas de ellos?[98].

CAPÍTULO 7

Sobre la amistad

Centrémonos ahora en el poderoso vínculo de la amistad, valiosísimo y en absoluto inferior al de la sangre en ningún aspecto. Incluso, podríamos considerarlo más seguro aún y probado, porque el parentesco depende de un hecho fortuito, del nacimiento, pero a la amistad sólo se llega por una intención basada en el deseo firme de dos amigos.

Por ello es más fácil alejarse sin reproches de un pariente que de un amigo, ya que la primera ruptura no conlleva necesariamente la acusación de iniquidad, pero la segunda lleva aparejada la de ligereza.

La vida humana es baldía, pues, si no cuenta con el apoyo de algún amigo. Ahora bien, por eso esa protección necesaria no debe elegirse al azar y, una vez realizada la elección correcta, no conviene desperdiciarla.

Por otra parte, las amistades sinceras y fieles se reconocen principalmente en circunstancias adversas, en las que todo lo que se hace está motivado por los buenos deseos. En cambio, las atenciones a un amigo afortunado proceden más de la adulación que del cariño, y son más sospechosas de pretender algo que de ofrecerlo.

Añádase a esto el que los hombres desafortunados buscan compartir su situación con un amigo considerándole so-

---

[98] Su comportamiento es alabado por Ovidio, *Metamorfosis* VI 720; *Tristes* III 9, 13; Lucano, VI 385; Plutarco, *Sobre mujeres ilustres* 8.

bre todo como ayuda o consuelo. Sin embargo, quien dispone de una situación cómoda y próspera, como se ve favorecido ya por la ayuda divina, necesita mucho menos la humana.

No es extraño entonces que se hayan grabado con más fuerza en la historia los nombres de aquellos que no abandonaron a sus amigos en la adversidad que el de quienes los siguieron en un próspero ascenso.

Nadie habla de los amigos de Sardanápalo[99], y Orestes es casi más conocido por ser amigo de Pílades que por ser hijo de Agamenón. Y es que, si la amistad de los primeros queda mancillada por haber consistido en compartir lujos y placeres, en cambio la de Orestes y Pílades queda realzada por el hecho de haber compartido las mismas miserias[100].

De todas formas, ¿por qué fijarnos en ejemplos extranjeros cuando podemos mencionar antes los romanos?

7, 1 Se consideró que Tiberio Graco había sido enemigo de la patria, y con razón, puesto que tenía más aprecio a su propio poder que al bienestar de ésta. Sin embargo, merece la pena conocer la constancia y la lealtad con que su amigo Gayo Blosio de Cumas le ayudó en propósitos tan nefastos[101].

---

[99] Rey asirio célebre por su vida fastuosa.

[100] De hecho, Pílades es utilizado por Marcial como prototipo de amigo fiel (VI 11, 9; X 11, 2-3), ya que, como sabemos, ayudó a Orestes a vengarse de su madre Clitemestra y, posteriormente, compartió también con él la huida, ofreciéndose él mismo a una ejecución segura para evitar la de su amigo.

[101] Blosio era estoico y es famoso sobre todo por esa amistad con Tiberio Graco: Cicerón, *Sobre la amistad* XI 37; *En defensa de Plancio* XXXVI 88; Plutarco, *Tiberio Graco* 8, 20; y el propio Valerio Máximo, VII 2, 6. Esta amistad fue tan fuerte que, a pesar de que los cónsules Rupilio y Lenate en el 132 a. C. atacaron duramente a Graco en el juicio

De hecho, a pesar de que Graco había sido acusado de ser enemigo de la República, condenado a muerte y privado incluso del honor de la sepultura, no le faltó el apoyo de su amigo, ya que, cuando el senado encomendó a los cónsules Rupilio y Lenate que, de acuerdo con la costumbre ancestral, decretaran un castigo contra los que habían colaborado con Graco, Blosio acudió ante Lelio, que era el principal consejero de los cónsules, para defenderse. Y su excusa no fue otra que la de la amistad. Ante esto, Lelio le preguntó: «Y entonces ¿qué?, ¿si Graco te hubiese ordenado que prendieses fuego al templo de Júpiter Óptimo Máximo, lo hubieras hecho también movido por esa amistad de la que me hablas?». Y Blosio contestó: «Graco nunca me habría dado esa orden».

Basta, pues, e incluso sobra con esto. Blosio se atrevió a defender las costumbres de su amigo, a pesar de que habían sido condenadas por acuerdo unánime del senado.

Con todo, lo que viene a continuación supera con mucho al caso citado, tanto en audacia como en peligro. Y es que, en pleno interrogatorio de Lelio, Blosio se mantuvo en el mismo grado de firmeza y respondió que hubiera cometido incluso esa acción si Graco se la hubiese encomendado. ¿Quién le habría condenado, si se hubiese mantenido en silencio? ¿Quién no le hubiera considerado prudente si hubiese dicho lo que convenía en esa situación? Pero Blosio no intentó defenderse ni con un silencio lógico, ni con prudentes palabras, porque no quería dañar el recuerdo de esa infausta amistad.

En esa misma familia descubrimos otros ejemplos, igual- 2
mente notables, de una firme amistad. No en vano, cuando

mencionado por Valerio, al fin la presión se volvió contra ellos mismos (Veleyo, II 7).

tanto los planes como la situación de Gayo Graco habían caído en desgracia y estaban arruinados, cuando todos los que favorecían su conspiración estaban siendo perseguidos, solamente hubo dos amigos, Pomponio y Letorio, que, exponiéndose ellos mismos, a pesar de que Graco no contaba ya con apoyo alguno, le protegieron de la lluvia de dardos que le disparaban desde todas partes.

Y así Pomponio, para que Graco escapara con más facilidad, consiguió con enorme tesón contener durante algún tiempo a un violento escuadrón de perseguidores en la puerta Trigémina, sin que pudieran sacarle vivo de allí, ya que sólo pudieron pasar por encima de su cadáver, e incluso después de muerto creo yo que seguía resistiendo.

Por su parte, Letorio se detuvo en el puente Sublicio y lo protegió luchando ardorosamente hasta que Graco logró atravesarlo. Entonces, viéndose abrumado ya por el acoso de los perseguidores, dirigió su espada contra sí mismo y saltó, precipitándose a las profundidades del Tíber.

Es significativo cómo, con este suicidio, Letorio dio la vida por un amigo en el mismo puente desde donde se había arrojado Horacio Cocles luchando en este caso por toda la patria[102].

---

[102] Hemos pasado de un hermano (Tiberio) a otro (Gayo), que intentaron conseguir grandes reformas en la legislación y organización política de Roma en la segunda mitad del siglo II a. C. De hecho, Gayo Graco, en el 122 a. C., propuso ofrecer la ciudadanía latina a todos los aliados de Roma, pero este proyecto fue desestimado, como indica Valerio, produciéndose así en el 121 una cruel persecución contra Graco y sus seguidores, en la que murieron Letorio o Marco Pomponio. Cicerón, *Sobre la adivinación* II 62; Plutarco, *Gayo Graco* XVI 2; Veleyo, II 6, 6; Ovidio, *Fastos* VI 722. En cuanto a la mención a Horacio Cocles, éste se había arrojado de ese mismo puente, salvándose milagrosamente, después de una lucha encarnizada contra el ejército de Porsenna (Polibio, VI 55,

¡Qué buenos soldados hubieran podido tener los Gracos si hubieran querido seguir la senda de su padre o de su abuelo materno!

¡Con qué afán, con qué perseverancia de ánimo hubieran contribuido a esos triunfos y trofeos Blosio, Pomponio y Letorio, valientes compañeros de ese plan tan insensato, que mantuvieron su condición de amigos a pesar de los auspicios adversos, y que, puesto que fueron ejemplos desgraciados de amistad fiel, por ese mismo motivo se convierten en ejemplos aún más válidos!

En cuanto a Lucio Regino, si le juzgamos por cómo 3
cumplió sus deberes públicos, deberá ser maltratado por las críticas de la posteridad. Pero, si se le valora por su fiel contribución a la amistad, deberá permanecer en ese lugar honorífico reservado para las personas notables. Y es que, mientras era tribuno de la plebe, al ser encarcelado Cepión porque, según parece, había sido el causante de que nuestro ejército sucumbiese ante los cimbrios y teutones, Regino, acordándose de su estrecha y antigua amistad, lo liberó de la cárcel y, no contento con este gesto de amigo, le acompañó también en su huida[103].

¡Oh, amistad! ¡Cuán grande e insuperable es tu divino poder! Mientras la República decretaba un castigo, tú la libertad; mientras aquélla otorgaba a Regino tratamiento sagrado, tú le enviabas al exilio —ésta es la dulce naturaleza de tus órdenes—, ya que él prefirió el suplicio antes que los honores.

1-4; Virgilio, *Eneida* VIII 649; Tito Livio, II 10; Plinio, *Historia Natural* XXXIV 5, 11).

[103] Lucio Regino ayudó a su amigo Quinto Servilio Cepión, cónsul en el 106 a. C., y le acompañó en su exilio a Esmirna. Cf. Cicerón, *Sobre el orador* II 28, 124; 50, 203; Salustio, *La guerra de Jugurta* I 14, 1; Veleyo, II 18, 2; Gelio, XV 28.

4 Es admirable ese logro tuyo, pero más loable parece aún lo que viene a continuación.

Fíjate hasta qué punto hiciste que se entregara Volumnio por un amigo sin perjudicar en nada a la República. Pues este Volumnio, que pertenecía al orden ecuestre, había trabado amistad con Marco Luculo, a quien dio muerte Marco Antonio porque había tomado partido por Bruto y Casio. En ese momento, aunque Volumnio tuvo la oportunidad de huir, permaneció junto al cadáver de su amigo y prodigó tanto sus lágrimas y gemidos que, por esa excesiva consideración, se buscó la muerte, ya que sus continuos e inconsolables lamentos llamaron la atención de Antonio, que le hizo presentarse ante él.

Cuando estuvo en su presencia, Volumnio le dijo: «Ordena, general, que sea conducido ante el cadáver de Luculo y ejecutado allí, porque no debe sobrevivirle quien ha sido el principal instigador de esta campaña infausta para él».

¿Qué hay más leal que estas buenas intenciones? Libró a su amigo muerto del odio de su enemigo, se inculpó del crimen cometido y, para que su amigo inspirara más lástima, aumentó la ira contra sí mismo.

Además, no fue difícil convencer a Antonio, de manera que, conducido Volumnio a donde había pedido, besó con fruición la mano de Luculo, colocó junto a su pecho la cabeza seccionada de su amigo y, bajando él su propia cabeza, se ofreció a la espada del vencedor[104].

Que nos cuente ahora Grecia cómo Teseo, debido a sus amores nefastos con Pirítoo, aceptó bajar a los reinos del

[104] Publio Volumnio era un filósofo que, por amistad, acompañó a Bruto en la guerra contra los triúnviros y, como relata Valerio, murió junto a su amigo en el 42 a. C. Cf. Veleyo, II 70-72; Suetonio, *Augusto* 13, 94; Plutarco, *Antonio* 21-22; *Bruto* 38-53.

Padre Dite. No merece la pena narrar eso y, además, creerlo es de estúpidos.

Ver mezclada la sangre de amigos, las heridas de uno junto a las de otro, uno muerto junto al otro, eso es un ejemplo verdadero de amistad romana, lo demás son ejemplos de un pueblo dispuesto a inventar leyendas monstruosas.

5 También Lucio Petronio merece compartir estas alabanzas, pues debe obtener una gloria semejante quien, por amistad, realizó acciones igualmente destacadas.

Petronio había nacido en una familia muy humilde, había alcanzado el orden ecuestre y una alta graduación en el ejército gracias al apoyo de Publio Celio, a quien, si bien no había tenido ocasión de mostrarle su agradecimiento en circunstancias favorables, sí lo hizo en una situación que la fortuna quiso que fuese adversa.

El cónsul Octavio había puesto a Celio al frente de Piacenza, de manera que cuando ésta cayó en manos del ejército de Cinna, Celio, que ya era anciano y de salud enfermiza, quiso evitar ser capturado por el enemigo, y recurrió a Petronio para que le diese muerte.

Éste intentó en vano hacerle cambiar de opinión, pero como Celio perseveraba en sus ruegos, le mató y unió su propia muerte a la de su amigo, para no sobrevivir a aquel por quien había conseguido todos sus honores.

De este modo, la causa de la muerte de uno fue la vergüenza y la del otro la piedad.

6 Junto a Petronio, debemos mencionar a Servio Terencio, a pesar de que no tuvo ocasión de morir por su amigo, como había sido su deseo. Pero debemos juzgarle por su noble intento y no por su resultado fallido, ya que, si por él hubiera sido, habría muerto y Décimo Bruto se habría librado de la muerte.

Y es que, cuando Bruto huía de Módena, al enterarse de que habían llegado unos caballeros enviados por Antonio para matarle, intentó esconderse en algún lugar secreto para evitar el castigo al que había sido condenado. Terencio entonces, ante la aparición de esos perseguidores, se dejó llevar por su lealtad, mintió y, aprovechando la oscuridad, fingió ser Bruto y ofreció su cuerpo para que fuera acuchillado por los caballeros.

Pero reconocido por Furio, a quien se le había encomendado la venganza contra Bruto, no consiguió evitar con su muerte el suplicio de su amigo. Por eso decíamos que siguió con vida aun contra su voluntad, simplemente por capricho de la fortuna[105].

7 Pero pasemos de ese aspecto horrendo y triste de la amistad fiel, a otro alegre y sereno, de manera que, sacándola de ese lugar donde estaba rodeada de lágrimas, gemidos y muerte, la coloquemos en otro más digno, germen de felicidad, donde pueda brillar con sus gracias, honores y feraces recursos.

Resurge, pues, de aquel lugar que se te cree encomendado en las tinieblas sagradas; resurge ya tú, Décimo Lelio, y tú también, Marco Agripa, quienes con firme determinación y presagios favorables conseguisteis uno al mejor de los amigos entre los hombres y el otro entre los dioses[106]. Sacad a la luz junto a vosotros a todo ese grupo bienaventu-

[105] Cf. Dión, 46, 2; Orosio, *Historias* VI 18, 3-6; o el propio Valerio Máximo, IX 13, 3.

[106] Décimo Lelio (cf. IV 7, 1 y VIII 8, 1), amigo fiel de Escipión, es elogiado una y otra vez por Cicerón, cuyo tratado sobre la amistad se titula precisamente *Lelio*. En cuanto a Marco Agripa, fue yerno y muy amigo de Augusto, de ahí la mención de Valerio a la divinidad.

rado que, siguiendo vuestro ejemplo, sirvió en la venerable milicia de la amistad sincera, colmado de premios y alabanzas.

De ese modo, cuando las edades venideras observen vuestros espíritus firmes, vuestro esfuerzo infatigable, vuestra discreción inexpugnable y vuestro celo continuo en defensa del honor y de la vida de un amigo, cuando observen la constancia de vuestra bondad y los ubérrimos frutos de vuestra actitud en el cultivo de la amistad, entonces esas edades se volverán no sólo más placenteras sino también más piadosas.

Ejemplos extranjeros

Aunque mi espíritu se deleita al mencionar a personajes 7, 1
romanos, la benevolencia propia de Roma me aconseja narrar también las acciones de los extranjeros que así lo merezcan.

Pues bien, Damón y Fincias, iniciados en los ritos de la filosofía pitagórica, se sentían unidos por una amistad tan fuerte que, cuando Dionisio de Siracusa pretendió matar a uno de ellos y le concedió un tiempo antes de la ejecución para que fuera a su casa y pusiera en orden sus asuntos, el otro no dudó en ofrecerse al tirano como garantía del regreso de su amigo.

Se había librado de una muerte inminente quien tenía ya la espada pendiendo sobre su cuello, y había ofrecido a ella su cabeza aquel a quien se le permitía vivir impune.

Todos, pues, y especialmente Dionisio, aguardaban el resultado de esta situación nueva e incierta. La verdad es que, cuando fue anocheciendo y no se producía el regreso,

todos acusaban de estúpido al temerario fiador, pero éste les decía que no tenía duda alguna acerca del regreso de su amigo.

Y así fue, porque, en el momento preciso y a la hora determinada por Dionisio, llegó el que había obtenido ese plazo. El tirano, admirado por el sentimiento que unía a los amigos, revocó la pena y, además, les suplicó que le admitieran como tercer componente de ese grupo, prometiendo comportarse con lealtad semejante a la de ellos.

¿No son éstos los poderes de la amistad? Damón y Fincias pudieron despreciar la muerte, olvidar el dulce deseo de conservar la vida, amansar la crueldad, transformar el odio en amor y sustituir un castigo por una buena acción[107].

Por ello, les debemos casi tanta veneración como a los dioses inmortales y a sus ritos, pues si a éstos se les atribuye la salvación pública, a aquéllos la de unos particulares, y si éstos residen en lugares sagrados, aquéllos ocupan los corazones leales de los hombres como templos llenos de un espíritu sagrado.

2 Así lo comprendió también el rey Alejandro. Tras apoderarse del campamento de Darío, en el que se encontraban todos los parientes del rey persa, se dispuso a hablar con ellos acompañado de su queridísimo Hefestión.

La madre de Darío, alegre por la llegada de éstos, se inclinó y, al erguirse y ver a Hefestión, que destacaba por su estatura y su belleza, le saludó con halagos propios de los persas, pues pensaba que se trataba de Alejandro.

Cuando advirtió su error, buscaba palabras de excusa llena de pánico, ante lo cual Alejandro le dijo: «No te preo-

---

[107] Cf. Cicerón, *Sobre los deberes* III 10, 45; *Tusculanas* V 22, 63; *Del supremo bien y del supremo mal* II 24, 79.

cupes por la confusión, pues éste es también Alejandro»[108]. No sé con quién debemos congratularnos más, si con el que pronunció estas palabras o con aquel al que le tocó escucharlas, ya que, en esas pocas palabras, aquel rey dotado de un espíritu invencible compartió con su compañero todo ese mundo del que se había apoderado en sus victorias o en sus proyectos ¡Qué impresionante don constituyen, pues, estas palabras tanto para el que las pronunció como para aquel que las escuchó!

Personalmente, yo venero la generosidad, porque he experimentado también el buen trato del más ilustre y elocuente de los hombres. Y no tengo miedo de considerar a este Pompeyo mío como un Alejandro resucitado para mí, pues Hefestión fue para Alejandro como su otro «yo».

Por eso, que recaiga sobre mi persona el peor de los castigos si, al citar ejemplos de amistad constante y fiel, no hago mención de aquel que, cual padre de amantísimo corazón, con sus atenciones hizo florecer mi vida y le dio tranquilidad en los malos momentos, aquel de quien he recibido dones generosos, la persona que me ha ayudado a afrontar adversidades y quien, con sus consejos y auspicios, consiguió que mis palabras fueran más vivas y brillantes.

No es extraño entonces que, después de la pérdida de este gran amigo, haya temido la envidia de algunos, pues fuera cual fuera el provecho que había obtenido yo —por supuesto, no gracias a mis méritos— lo había compartido con aquellos que quisieron servirse de él. Pero sé que, por muy modesta que se muestre la prosperidad, no puede evitar las dentelladas de la envidia. Por eso, ¿en qué apartado reti-

---

[108] Alejandro y Hefestión se habían educado juntos, compartiendo siempre Hefestión los secretos y los planes de Alejandro. Cf. Curcio Rufo, III 12, 15-16, etc.

ro puedes esconderte o con qué gestos de bondad puedes calmar a aquellos que se alegran y disfrutan tanto de los males ajenos como de los bienes propios? Se enriquecen al ver las calamidades de los demás, obtienen provecho de sus desgracias, se hacen inmortales con sus muertes. Con todo, la inestabilidad de nuestra suerte, que es el mejor juez contra la insolencia, estimará hasta qué punto gentes que no han tenido nunca problemas pueden disfrutar con los ajenos.

CAPÍTULO 8

Sobre la generosidad

8, 1 Puesto que nuestra obra, partiendo de sus benévolos objetivos, ha llegado a un tema que me produce dolor, pasemos a considerar la generosidad, virtud que tiene, probablemente, dos fuentes principales, la razón y los buenos sentimientos.

De hecho, justamente cuando se ha producido por la unión de estos dos motivos es cuando tiene auténtica razón de ser, porque, aunque la generosidad es grande por sí misma, ellos son los que la convierten en un don de incalculable valor y, si se produce además en el momento preciso, se vuelve todavía más eficaz, ya que a su grandeza se le añade el valor inestimable de la oportunidad.

Esta virtud es la que ha propiciado que, en nuestros días, sigamos alabando la insignificante suma de dinero entregada por Fabio Máximo hace muchos siglos, ya que, para liberar a unos romanos apresados por Aníbal, debía entregar una cantidad pactada de antemano. Ahora bien, como el senado no le proporcionaba ese dinero, envió a su hijo a la ciudad y vendió las únicas tierras que poseía, obteniendo así

el dinero fijado como recompensa, que entregó rápidamente a Aníbal.

Si valoramos la cantidad, esta recompensa era pequeña, siete yugadas de terreno en la reseca Pupinia, pero si se la mide con el corazón, era la mayor de las cantidades, porque Fabio prefirió quedarse sin patrimonio antes que su patria quedara sin palabra[109].

Además su acción merece el mayor reconocimiento, porque intentar conseguir algo con todos los recursos de que se dispone, y no simplemente utilizar esos recursos, es la prueba más segura de una voluntad firme. Y es que una cosa es dar lo que se puede, y otra dar todavía más de lo que se puede.

Sin salir de esa misma época, podemos mencionar a Bu- 2
sa, una mujer de grandes riquezas que vivía en la región de Apulia. Busa ofreció también un ejemplo notable de generosidad, aunque sus recursos no podían compararse con la estrechez de los medios de la familia Fabia. En efecto, ella, con gran bondad, proporcionó alimentos en la ciudad de Canusio a unos diez mil romanos que habían sobrevivido a la batalla de Cannas, aunque esa ayuda no supuso menoscabo alguno para su fortuna. En cambio Fabio, para que Roma conservara su honor, tuvo que pasar de la penuria a la pobreza extrema[110].

También en el destacado caso de Quinto Consididio de- 3
bemos elogiar su generosidad, fuente de provechos nada despreciables. Pues, cuando la República se encontraba tan conmocionada por la furia de Catilina que ni siquiera los ricos hacendados podían pagar sus deudas a sus acreedores

[109] Cf. LIVIO, XXII; PLUTARCO, *Moralia* 7; y el propio VALERIO MÁXIMO, III 8, 2; IV 1, 5 (*vid.* notas en estos caps.).

[110] Cf. LIVIO, XXII 52-54; DIÓN, *Fragmentos* 57, 29.

—tal era la devaluación de las posesiones ocasionada por la revuelta—, en una ocasión en que Considio había concedido un crédito de quince millones de sestercios, no permitió que ninguno de sus acreedores fuese llamado a juicio para responder ni por el capital ni por los intereses y, en lo que le fue posible, suavizó la acritud de la confusión popular mostrándose él tranquilo, y dando oportunas y admirables pruebas de que negociaría con dinero, pero no con la sangre de ningún ciudadano[111].

Por eso aquellos que, en la actualidad, disfrutan con los negocios cuando se llevan a casa un dinero manchado de sangre, advertirán cuán censurable es su alegría si leen con detenimiento el senadoconsulto en el que se plasmó el agradecimiento a Considio.

4 Tengo la impresión de que el pueblo romano empieza a cansarse de que elogie tanto la generosidad de ciudadanos particulares sin decir nada de la suya. Pues bien, para expresar nuestra mayor alabanza, trataremos sobre los sentimientos de reyes, ciudades y gentes, ya que la gloria de cualquier hecho preclaro reverdece cada vez que es recordada. Y así, por ejemplo, diremos que, una vez subyugada militarmente Asia, se le entregó como regalo al rey Átalo, pues se creyó que nuestro imperio sería mejor y más noble si demostraba que prefería regalar la región más rica y más bella de la tierra que retenerla en beneficio propio[112]. Y fue ésta precisa-

---

[111] Se refiere Valerio a Quinto Considio, senador del siglo I a. C. muy elogiado. Cicerón, *Verrinas* I 7, 18; *En defensa de Cluencio* 38; *Cartas a Ático* II 24; Plutarco, *César* 14.

[112] Átalo fue rey de Pérgamo desde el 241 hasta el 197 a. C., y fue siempre aliado de Roma, aunque, en este caso, Valerio parece haber confundido a este rey con su hijo y sucesor Éumenes II, que reinó del 197 al 158. Cf. Cicerón, *En defensa de Sestio* XXVII 58; Livio, XXXVII 55; XXXVIII 39; y Valerio Máximo, I 8, ext. 8; V 2, ext. 3.

mente la recompensa más provechosa de la victoria, porque el dominio de un territorio tan amplio podría haber provocado envidia, pero el haber mostrado tanta generosidad no pudo convertirse sino en motivo de gloria.

No hay palabras que puedan elogiar como se merece el 5
carácter divino de esa generosidad romana. Pues, en otra ocasión, una vez derrotado Filipo, rey de Macedonia, cuando toda Grecia se reunió para asistir a los Juegos Ístmicos, se hizo silencio mediante la señal de una trompeta y Tito Quincio Flaminino ordenó al pregonero que proclamara lo siguiente: «El senado, el pueblo romano y el general Tito Quincio Flaminino ordenan que todas las ciudades de Grecia que estaban en manos del rey Filipo queden libres y exentas de tributo».

Ante estas palabras, se produjo una alegría desorbitada y realmente inesperada, después de la cual todos los presentes, agitados, se quedaron en silencio como si no creyeran que habían escuchado realmente lo que habían escuchado.

Pero, al repetirse el anuncio, comenzaron todos a llenar el cielo con tales gritos que hay constancia de que las aves que pasaban volando por allí cayeron a tierra atónitas y despavoridas[113].

Hubiéramos considerado una acción propia ya de un espíritu noble el haber librado de la esclavitud a tantos individuos cuantas ciudades, ilustres y opulentas, alcanzaron entonces la libertad gracias al pueblo romano.

---

[113] Tito Quincio Flaminino (229 a. C.-174) fue tribuno militar en el 208; cuestor en Tarento, triúnviro, celebró numerosos triunfos como general, censor en el 189. Los hechos mencionados por Valerio ocurrieron en los Juegos Ístmicos del 196 a. C., en los que Flaminino puso de manifiesto su política de convertir las ciudades griegas en clientes de Roma. Cf. PLUTARCO, *Flaminino* 10; POLIBIO, XVIII 29-46.

Además, a su grandeza se añade el que no sólo demostramos nuestra generosidad, sino que también supimos alabar las ocasiones en las que era otro el que la demostraba. Y si el elogio es merecido en el primer caso, también lo es en el segundo, por haber expresado admiración a los demás.

Ejemplos extranjeros

8, 1 Hierón, rey de Siracusa, al enterarse de la calamitosa derrota de los romanos junto al lago Trasimeno, donó a nuestra ciudad trescientos mil modios de trigo, doscientos mil de cebada y doscientas cuarenta libras de oro. Pero, como sabía que nuestros antepasados, por orgullo, no querrían aceptar el oro, lo fundió y moldeó una imagen de la Victoria, pues así la religiosidad les obligaría a recibirlo. De este modo, no sólo nos envió un regalo, sino que, además, tomó precauciones para que no le fuera devuelto [114].

2 Semejante fue el comportamiento de Gilias de Agrigento, que dio muestras de albergar en sus entrañas a la generosidad personificada. Era muy rico, pero poseía muchos más bienes espirituales que materiales, y por ello, como siempre estaba más preocupado por dar dinero que por obtenerlo, su hogar parecía un centro de beneficencia. Gracias a él, se levantaban edificios para uso público, gracias a él se ofrecían espectáculos amenos para el pueblo, magníficos banquetes y subsidios cuando subía el precio del trigo.

Incluso, una vez había realizado estas donaciones de carácter público, demostraba su bondad a los particulares, pues donaba alimentos a los que trabajaban por poco salario, do-

---

[114] Se refiere Valerio a Hierón II (269-215 a. C.), que colaboró con los romanos en la Segunda Guerra Púnica. Cf. Livio, XXII 37, 5.

taba a las doncellas acuciadas por la necesidad y ayudaba a los que habían sufrido alguna calamidad.

En cuanto a los huéspedes que eran acogidos por él, tanto en el campo como en la ciudad, eran tratados con gran generosidad de manera que, cuando se marchaban, portaban los más diversos regalos. Hubo una ocasión en que alimentó y vistió a quinientos caballeros gelenses que habían sido empujados a sus posesiones por una tempestad.

¿Para qué contar más? Se diría que no era un mortal, sino la mano benigna de la fortuna propicia. Así pues, lo que pertenecía a Gilias era en realidad patrimonio de la comunidad, y tanto los ciudadanos de Agrigento como los de las ciudades vecinas elevaban continuamente votos por su salud y bienestar.

Por eso, si comparamos su actuación con la de los que tienen sus arcas cerradas en escondites inexorables, ¿no parecen más nobles los gastos de aquél que los ahorros de éstos?

LIBRO V

CAPÍTULO 1

Sobre la humanidad y la clemencia

¿Qué mejores compañeros podríamos buscar para la generosidad que la humanidad y la clemencia, virtudes que requieren la misma clase de reconocimiento?

De éstas, la primera ayuda a los que padecen penurias económicas, la segunda a los abrumados por sus ocupaciones, y la tercera a aquellos cuya fortuna es incierta. Y si no sabes cuál de estas tres virtudes es la mejor, en mi opinión, la que prevalece es aquella cuyo nombre procede de la propia divinidad.

En primer lugar voy a referir todas aquellas acciones del 1a
senado que rebosan humanidad y clemencia: por ejemplo, cuando habían venido a Roma unos mensajeros cartagineses para conseguir la liberación de unos prisioneros, se les devolvió, sin dilación ni recompensa alguna, un número de dos mil setecientos cuarenta y tres jóvenes, con lo cual se liberó a un ejército muy numeroso, se despreció una enorme suma de dinero y se perdonaron innumerables injurias púnicas. Pienso, incluso, que los propios mensajeros se queda-

ron estupefactos y exclamaron entre ellos: «¡Cuán grande es la generosidad del pueblo romano, equiparable a la magnanimidad de los dioses! ¡Sin duda, esta embajada nuestra ha conseguido resultados más positivos de los que esperábamos, pues hemos recibido un beneficio que nunca nosotros hubiésemos dado![1]».

1b El siguiente caso es un nuevo indicio nada despreciable de la humanidad del senado:

Cuando Sífax, en otro tiempo rey muy poderoso de Numidia, murió prisionero en una cárcel de Tíbur, se le rindieron exequias públicas, porque, de este modo, el don de su vida culminaría con el honor de la sepultura[2].

1c Una clemencia semejante se tuvo con Perseo, pues tras su muerte en Alba, donde había sido relegado bajo custodia, el senado envió un cuestor para que el estado cargara con los gastos del entierro, y para evitar que yaciera sin honores su regio cadáver[3].

1d La ayuda mencionada se proporcionó a enemigos desgraciados y a los muertos, en cambio la siguiente a amigos, personas afortunadas y vivas:

Por ejemplo, concluida la guerra de Macedonia, Musócares, hijo de Masinisa, fue devuelto a su padre por el general Paulo, que envió también con él a los soldados de caballería con los que había venido el joven para ayudar a los

---

[1] Livio, XXX 43.

[2] Sífax se había aliado con Publio Cornelio Escipión y con Gneo Cornelio Escipión en Hispania, pues intentó, sin conseguirlo, mantener su amistad con romanos y cartagineses durante las Guerras Púnicas. Fue derrotado por los romanos y, como indica Valerio, murió prisionero en Tíbur en el 201 a. C. Cf. Livio, XXX 45, 4.

[3] Perseo, rey de Macedonia, había sido derrotado en el 168 a. C. por los romanos, y murió en cautividad algunos años después en Alba Fucens. Cf. Livio, XLV 42; Plutarco, *Paulo Emilio* 39; Polibio, XXX 17.

romanos. Pero una tempestad dispersó la flota y Musócares, que resultó herido, fue conducido enfermo a Brindis.

Cuando el senado tuvo conocimiento de este hecho, ordenó inmediatamente que marchara allí un cuestor para que proporcionara al adolescente cuidados, hospitalidad y todo cuanto necesitara para recuperar su salud. Además, encargaron al cuestor que le entregara generosamente todo lo que precisaran tanto él mismo como sus acompañantes, y que revisara las naves para que el joven y los suyos pudieran llegar sin riesgo a África. Por otra parte, el senado ordenó que se entregara a cada caballero una libra de plata y quinientos sestercios. La humanidad de los senadores dio tales muestras de diligencia y esmero que habría podido conseguir incluso que, si el joven hubiese perecido, su padre tolerase esa pérdida con mejor ánimo[4].

También los senadores, cuando se supo que Prusias, rey 1e de Bitinia, acudía a felicitarles por la victoria sobre Perseo, enviaron camino de Capua al cuestor Publio Cornelio Escipión, para que saliera a su encuentro. Además, determinaron que se le asignara el mejor alojamiento posible en Roma y que se proporcionaran fondos de las arcas públicas no sólo para él mismo, sino también para su séquito. Tal fue la cordialidad que mostraron todos los ciudadanos en el recibimiento, que si Prusias había llegado lleno de admiración hacia nosotros, se volvió a su reino con sentimientos redoblados a nuestro favor[5].

---

[4] Cf. Livio, XLII 29, 62-67; XLV 14, aunque Livio llama al joven «Misagenes». En cuanto al año en que se produjeron los sucesos relatados en este capítulo, fue el 171 a. C.

[5] La referencia a Perseo (1c), derrotado por los romanos en el 168 a. C., ha llevado a Valerio a mencionar la admiración que Prusias II sintió ante esa victoria romana. Cf. Livio, XLV 44, 7; Polibio, XXX 18; Diodoro, XXXI 15; Dión, *Fragmentos* 28.

1f Ni siquiera Egipto se ha visto privado de la humanidad romana: su rey Ptolomeo, despojado del poder por su hermano menor, había llegado suplicante a Roma, cubierto de andrajos, y acompañado por unos pocos siervos, acogiéndose a la hospitalidad de un pintor alejandrino.

Cuando se anunció este hecho a los senadores, hicieron venir al joven y se excusaron de la forma más correcta posible por no haber enviado a recibirle a un cuestor, como establecía la costumbre de los mayores, y por no haberle ofrecido la hospitalidad pública. Añadieron, además, que el descuido no se había debido a desinterés, sino a su llegada súbita e inesperada. Rápidamente, le condujeron desde la curia a un albergue público y le animaron para que, una vez se quitara los andrajos que llevaba, solicitara audiencia. Incluso se ocuparon de que un cuestor le entregara todos los días algunos presentes.

Con esta serie de honores elevaron a ese desgraciado hasta el nivel regio y consiguieron que las esperanzas que tenía depositadas en la ayuda del pueblo romano superaran al temor por su propia fortuna[6].

2 Para pasar del senado en general a algunos de sus miembros en particular, narraremos cómo, durante la Primera Guerra Púnica, el cónsul Lucio Cornelio conquistó la ciudad de Olbia e hizo que sacaran de la tienda en noble comitiva el cadáver de Hannón, un general cartaginés que había caído después de una encarnizada lucha. Incluso, no dudó en participar él mismo en las exequias, pues pensaba que su victo-

[6] Livio, XLV 12; Diodoro, XXXI 18. Valerio se refiere a Ptolomeo VI, que reinó en Egipto desde el 181 hasta el 146 a. C. Los sucesos narrados acaecieron en el 164. Al año siguiente los hermanos se reconciliaron y Ptolomeo recuperó su trono, aunque murió combatiendo en el 145.

ria produciría menos envidia tanto entre los dioses como entre los hombres si hacía gala de una gran humanidad[7].

¿Y qué decir de Quincio Crispino, cuya bondad no pu- 3
dieron quebrantar ni dos sentimientos tan poderosos como la ira y la gloria? Quincio había acogido en su hogar con la mayor generosidad al campano Badio y, gracias a sus atentos cuidados, consiguió que éste recuperara la salud.

Por ello, cuando Badio le provocó para que combatiera después de aquella vergonzosa retirada de los campanos, a pesar de que Quincio era bastante superior tanto física como moralmente, prefirió increpar al ingrato en vez de derrotarle, y le dijo: «¿Qué pretendes, loco? ¿Hasta dónde te arrastra ese ímpetu insano? ¿Es que no te basta mostrar tu loca impiedad en un asunto público, y por ello quieres cometer también una injusticia como hombre? ¡Quincio es el único de los romanos contra quien quieres ejercitar tus armas criminales, la persona a cuyos penates debes tu honor y tu vida! Por contra, en mi caso, nuestro pacto de amistad y los dioses de la hospitalidad —sagrados para mí y prendas viles para tu corazón— me impiden luchar contra ti en enfrentamiento abierto.

Te digo más, si en un choque fortuito de nuestros ejércitos te hubiera reconocido al hacerte caer con un golpe de mi arma, hubiera retirado mi espada aunque hubiese estado ya sobre tu cuello. Sea, pues, tu crimen haber querido matar a tu anfitrión, el mío el no haberte matado yo. Busca, pues, otra mano para que te mate, porque la mía ya ha dado muestras de cómo te ha salvado».

---

[7] Cf. Livio, XXIII 40; XXVII 6; Silio, VI 671 ss.; Orosio, *Historias* IV 7, 11.

Lo cierto es que la divinidad dio a cada uno de ellos el trato que merecía, ya que Badio murió en ese combate, y Quincio salió cubierto de gloria de una brillante batalla[8].

4 En cuánto a la clemencia de Marco Marcelo, ¿acaso no debe ser recordada como un ejemplo ilustre y memorable? Efectivamente, éste, después de la toma de Siracusa, se situó en lo alto de la fortaleza para contemplar desde allí la fortuna de esa ciudad, antes opulenta, pero derrotada ya en ese momento. Y lo cierto es que, al ver ese triste final, no pudo contener las lágrimas, de manera que si le hubiera visto alguien que no le conocía, habría creído que la victoria le había correspondido a otro.

De este modo, el día de tu destrucción, Siracusa, fuiste testigo de algo grato, ya que si no habías podido permanecer en pie, al menos caíste después de una derrota menor y ante un moderado vencedor[9].

5 En cuanto a Quinto Metelo, cuando luchaba en Hispania contra los celtíberos, asedió la ciudad de Centóbriga. Pues bien, al acercar las máquinas pesadas al muro, observó que éste iba a abrirse ya por el único punto vulnerable. Sin embargo, prefirió mostrar su humanidad antes que alcanzar esa inminente victoria. Y es que, cuando las armas de los centobrigenses comenzaron a descargar golpes contra los hijos de Retógenes, que se había pasado a los romanos, Metelo desistió del asedio para evitar que los niños sufrieran este su-

---

[8] Cf. Livio, XXIV 39; XXV 18; XXVII 6. Tito Quincio Crispino alcanzó realmente ese triunfo del que habla Valerio, pues fue prefecto, pretor y cónsul.

[9] La mención a Quincio Crispino en el apartado anterior ha llevado a Valerio a citar a Marco Marcelo, ya que eran amigos y compartieron, por ejemplo, el consulado. Los hechos apuntados acaecieron en el 211 a. C. cuando terminó el duro asedio de la ciudad. Cf. Livio, XXV 39 ss.; Plutarco, *Marcelo* 19; Cicerón, *Verrinas* II 2, 4; Silio, XIV 670; y el propio Valerio Máximo, IV 1, 7 *(vid.* nota).

plicio cruel ante los ojos de su padre, desoyendo, incluso, al propio Retógenes, que decía que el peligro de sus hijos no era impedimento para culminar el ataque.

Con un comportamiento tan humano, si bien Metelo no se apoderó de esta ciudad, sí cautivó a todos los habitantes de las ciudades celtíberas, y consiguió que no hubiese ya necesidad de más asedios para anexionarlas al pueblo romano[10].

También el Africano Menor ofreció numerosas y dignas 6
muestras de humanidad, pues una vez que se apoderó de Cartago, envió misivas por las ciudades de Sicilia para que, sin dilación, mandaran mensajeros a recuperar los objetos que los cartagineses les habían robado de sus templos y se ocuparan en reintegrarlos a sus lugares de origen[11]. ¡Qué noble comportamiento, grato tanto para los dioses como para los hombres!

En el siguiente caso encontramos una humanidad se- 7
mejante a la anterior. Un cuestor que estaba subastando cautivos envió al Africano a un joven de eximia belleza y noble aspecto. Pues bien, al enterarse de que el joven era númida, que era huérfano de padre, que se había criado en casa de su tío materno Masinisa y que, sin que éste lo supiera, había comenzado a luchar contra los romanos siendo aún demasiado joven, pensó que debía perdonar esta falta y ofrecerle el respeto que merecía un rey amigo y de sempiterna fidelidad hacia el pueblo romano.

---

[10] Se refiere Valerio a Quinto Metelo Macedónico o Celtibérico, que tomó Centóbriga en el 143 a. C. Cf. el propio Valerio Máximo, IV 1, 12; VII 1, 1; 4, 5.

[11] Escipión Africano el Menor se apoderó de Cartago en el 146 a. C., y ha sido ya citado en IV 1, 10; 3, 13. Cf. Cicerón, *Verrinas* II 2, 2-3; 35; 86-87; IV 33, 72-73; 34, 74; 39, 84; 43, 93; 44, 97; Diodoro, XIII 90, 5.

Por ello, después de regalarle al joven un anillo, una fíbula de oro, una túnica laticlavia[12], un capote hispano y un caballo bellamente enjaezado, le rodeó de una serie de caballeros para que le acompañaran y le envió ante Masinisa, pues creía que esas recompensas propias de la victoria devolverían a los dioses sus ornamentos y a los hombres la reconciliación familiar[13].

8 Ante alabanzas de este carácter, no podemos dejar de recordar a Lucio Paulo, pues cuando supo que iban a conducir ante él a Perseo, que había pasado de ser rey a cautivo, se presentó ante él revestido con los ornamentos propios del Imperio Romano, le sostuvo con su mano derecha cuando iba a inclinarse ante él, y le reconfortó en lengua griega. Incluso, permitió que entrara en su tienda, ordenó que tomara asiento junto a él en el consejo y no le juzgó indigno de sentarse a su mesa.

Así pues, si analizamos la batalla en la que fue derrotado Perseo, y la sucesión de eventos que hemos relatado, se nos plantea qué espectáculo nos deleita más, porque si magnífico es vencer a un enemigo, no menos loable es saber compadecerse de un infeliz[14].

9 La humanidad de Lucio Paulo me aconseja no silenciar tampoco la clemencia de Gneo Pompeyo. A Tigranes, rey de Armenia que había acaudillado grandes guerras contra el

---

[12] Es decir, con banda de púrpura, signo de poder.

[13] Cf. SALUSTIO, *La guerra de Jugurta* 35; LIVIO, XXVII 19; XXXVIII 35. Este hecho sucedió en el año 209 a. C., y Valerio Máximo parece confundir al protagonista, ya que, según él, fue el Africano Mayor, pero según Salustio o Livio, es Escipión Emiliano, es decir, el Africano Menor.

[14] Cf. POLIBIO, XXIX 20; LIVIO, XLV 4, 8; PLUTARCO, *Paulo Emilio* 26 ss.; VELEYO, I 9, 4; DIODORO, XXX 23; SALUSTIO, *Fragmentos de las Historias* 69, 7. El noble comportamiento de Lucio Paulo Emilio tras su victoria sobre Perseo ha sido ya elogiado por VALERIO MÁXIMO en IV 3, 8 y 4, 9.

pueblo romano y había cobijado con sus fuerzas al más hostil de nuestros enemigos, Mitridates, cuando fue expulsado del Ponto, no permitió Pompeyo que se postrara suplicante ante él por más tiempo, sino que lo animó con palabras de aliento, ordenó que volviera a ponerse sobre la cabeza la diadema que había arrojado y, una vez dadas las órdenes precisas, le restituyó a su fortuna anterior, pues creía que tan noble era someter a reyes como nombrarlos[15].

¡Qué ilustre ejemplo de humanidad nos ofrece Gneo Pom- 10
peyo, y en cambio qué miserablemente le faltó a él esa misma humanidad! Pues quien había puesto esa insignia regia sobre las sienes de Tigranes, fue despojado él mismo de tres coronas triunfales, y no pudo ser enterrado en unas tierras que habían sido suyas poco antes. Es más, con la cabeza seccionada, sin contar con un funeral, fue transportado como nefasto presente de la perfidia egipcia, llegando a provocar incluso la compasión del vencedor.

De hecho César, tan pronto como lo vio, se olvidó de su carácter de enemigo, adoptó el de suegro y derramó por Pompeyo tanto sus propias lágrimas como las de su hija. Posteriormente, ordenó que la cabeza fuese incinerada con abundantes y costosas esencias.

Lo cierto es que si el corazón de este divino príncipe no hubiese sido tan benevolente, quien poco antes había alcanzado la cumbre del Imperio Romano hubiera yacido sin los

---

[15] Tigranes II era yerno de Mitridates y fue derrotado por Pompeyo en el 69 a. C., perdiendo su trono de Siria y otros reinos, con la excepción de Armenia. Cf. AMIANO, XIV 8, 10; EUTROPIO, VI 7, 11; CICERÓN, *En defensa de Sestio* XXVII 58; PLINIO, *Historia Natural* VI 28; PLUTARCO, *Pompeyo* 33; o VALERIO MÁXIMO, III 19 ss.

honores de una tumba —¡tanto puede hacer variar la fortuna los asuntos de los mortales![16]—.

Este mismo César, al enterarse de la muerte de Catón, dijo que ambos se habían envidiado mutuamente por la gloria que poseían, y conservó íntegro el patrimonio del fallecido para su hijo. ¡Por Hércules, que salvar a Catón no hubiese sido una de las menores hazañas de César![17].

11 Tampoco el espíritu de Marco Antonio careció de ese sentido de humanidad, pues entregó el cadáver de Marco Bruto a un liberto suyo, para que organizara el funeral y lo incinerara con todos los honores.

Además, ordenó que le colocaran encima su túnica de general, ya que, en su opinión, una vez que un enemigo había sucumbido, no tenía razón de ser el odio. Incluso, al enterarse de que el liberto se había quedado con la túnica, lleno de ira, le increpó advirtiéndole en primer lugar: «¿Cómo? ¿Es que acaso no sabías de quién era el sepelio que te había encomendado?».

De este modo, los campos de Filipos, que habían sido fieles espectadores de su valentía y de su piadosa victoria, oyeron no sin agrado estas palabras motivadas por su gran generosidad e indignación[18].

---

[16] Cf. Plutarco, *Pompeyo* 80; *César* 48. El elogio a Pompeyo en el capítulo anterior ha llevado a Valerio a elogiar también a Julio César por su comportamiento ante el asesinato de su yerno y enemigo en el 48 a. C. Esta alianza compartida aparece también en IV 5, 5 y 6.

[17] Cf. Plutarco, *César* 5; *Catón* 72-73; Dión, XLIII 12, 1. Acerca de la relación entre Catón y César *vid.* IV 1, 14; 3, 2 y 11.

[18] En esa batalla de Filipos (42 a. C.) Marco Antonio vengó el asesinato de Julio César, mencionado en el capítulo anterior. Plutarco, *Bruto* 53; *Antonio* 22 y 69.

Ejemplos extranjeros

Como, al recordar este ejemplo romano, me he trasladado a Macedonia, me veo obligado a elogiar las costumbres de Alejandro, ya que, si demostró en la guerra un coraje merecedor de gloria infinita, hizo gala también de una clemencia digna de singular estima. 1, 1

Pues bien, cuando Alejandro recorría todos los pueblos en expediciones infatigables, sorprendido en cierta región por un temporal de nieve, estando él en un lugar elevado y caliente, pudo ver a un soldado macedonio ya anciano y entumecido por el frío. Entonces, atendiendo no a la diferencia de fortuna, sino de edad, descendió y, con las mismas manos con que había hecho sucumbir a las tropas de Darío, colocó al anciano, encorvado por el frío, en el sitio que antes ocupaba él, hecho que resultaría favorable para él, porque entre los persas el haberse sentado en el trono real era castigado con la pena capital[19].

¿Cómo puede extrañarnos entonces que todos consideraran como una tarea grata el permanecer tantos años en campaña militar, cuando su general valoraba más la seguridad de un simple soldado raso que su propia majestad?

Él mismo, en el momento en el que tuvo que sucumbir, no ante ningún hombre, sino ante las leyes de la naturaleza y ante la fortuna, a pesar de que se sentía desfallecer debido

---

[19] Cf. Curcio Rufo, VIII 4, 15 ss.; Frontino, IV 6, 3. Alejandro Magno es uno de los principales protagonistas de los elogios de Valerio Máximo, ya que aparece en IV 3, ext. 3; 7, ext. 2; VI 4, ext. 3; VII 3, ext. 1 y 4; 11, ext. 2; VIII 14, ext. 2; o IX 3, ext. 1.

a la dureza de su enfermedad, se irguió y tendió la mano a todos los que quisieron estrechársela.

¿Quién no habría deseado besar una mano que, cercana ya a la muerte e impulsada más por su humanidad que por las fuerzas, supo abrazar al mayor de los ejércitos?[20].

2 Si no contó con tanta fuerza, sí al menos será recordado el ejemplo de Pisístrato, el tirano ateniense. Y es que, cuando un joven enamorado de su hija, doncella aún, se la encontró en un lugar público y la besó, Pisístrato, a pesar de que su esposa le pedía que le condenara a muerte, replicó: «Si matamos a los que nos aman, ¿qué haremos a los que nos odian?» —expresión que no merecía, en absoluto, haber sido pronunciada por un tirano—.

Éste fue el modo en que soportó esa injuria inferida a su hija, pero más loable aún es su comportamiento ante una injuria recibida en sus propias carnes: pues, al ser criticado e insultado sin fin durante una cena por su amigo Trasipo, contuvo su enojo y su lengua como si no escuchara bien a su súbdito.

Pero, temiendo que Trasipo se escapara en breve del banquete por recelo, cuando ya se iba, intentó retenerle con afectuosa insistencia. Trasipo, completamente ebrio, le escupió en la cara, pero ni aun así pudo despertar la ira vengativa del tirano. Es más, éste incluso contuvo a sus hijos cuando intentaban vengar la afrenta recibida por su padre.

Al día siguiente, al ver que Trasipo pretendía suicidarse, se acercó a él y, dándole su palabra de mantener su amistad, le hizo desistir de esa intención.

---

[20] Curcio Rufo, X 5, 4.

Aunque no hubiera hecho nada más digno de ser recordado, sólo por este comportamiento hubiera merecido pasar a la posteridad[21].

Igual de manso fue el carácter del rey Pirro. Pues, al en- 3
terarse de que, en cierto banquete de unos tarentinos, se habían vertido opiniones poco honrosas acerca de él, hizo venir a los comensales y les preguntó si habían pronunciado realmente los insultos que habían llegado a sus oídos. Ante lo cual, uno de ellos dijo: «Si no nos hubiésemos quedado sin vino, eso que te han contado sería pura nadería frente a lo que podríamos haber dicho de ti».

La gracia y la sencillez de la excusa de este crápula, así como la confesión sincera de la verdad, transformaron en risa la ira del rey, un rey que, por su gesto de clemencia y de moderación, consiguió que los tarentinos mostraran su gratitud cuando estaban sobrios, y que hablaran bien de él cuando estaban borrachos.

Con esa misma humanidad se comportó en otra ocasión, pues, cuando unos embajadores romanos vinieron a su campamento para liberar a unos prisioneros, envió a su encuentro al moloso Licón para que les acompañara y se ocupara de que no sufrieran ningún daño.

Además, para que el recibimiento fuese más digno, salió a saludarles él mismo a las puertas con toda la pompa regia, con lo cual demostró que su buena fortuna no le había corrompido, hasta el punto de no olvidar sus obligaciones ni

---

[21] Plutarco, *Máximas de reyes y generales, Pisístrato* 3 *(Mor.* 189C); Séneca, *Sobre la ira* III 2, 4. Son numerosas también las alusiones de Valerio a este controvertido tirano ateniense que murió en el 528 a. C. y bajo el cual alcanzó Atenas un gran esplendor. Cf. Valerio Máximo, I 2, ext. 2; VIII 9, ext. 1.

siquiera con las personas que, en ese momento, eran sus mayores enemigos[22].

4 La recompensa obligada por esos buenos sentimientos le llegó en el momento de su muerte, pues cuando invadió Argos con presagios desfavorables, Alcioneo, el hijo del rey Antígono —que había acudido para ayudar a los combatientes—, llevó feliz ante su padre, como quien lleva el mejor de los trofeos de la victoria, la cabeza seccionada de Pirro.

Antígono entonces reprendió a su hijo porque, sin acordarse de la desgracia de un gran hombre, con esa alegría desmesurada, estaba insultando la volubilidad de la fortuna humana. Por ello, tomó la cabeza del suelo, la cubrió con la causía que él llevaba puesta, según es costumbre entre los macedonios[23], la unió al resto del cadáver y procuró que fuera incinerado con los mayores honores.

Además, hizo que le trajeran a Heleno, el hijo de Pirro, a quien tenían como prisionero, ordenó que le dieran el trato propio de un rey, y le entregó una urna de oro con los restos de su padre para que los llevara al Epiro, su patria, junto a su hermano Alejandro[24].

5 Cuando nuestro ejército y los cónsules tuvieron que pasar, no sólo inermes, sino incluso desnudos bajo el yugo de los samnitas en las Horcas Caudinas, a su llegada a una ciudad de Campania, los habitantes los acogieron como a auténticos vencedores que llevaran orgullosos ante sí los des-

---

[22] Como sabemos, Pirro (319-272), rey de los epirotas, luchó contra los romanos a petición de los tarentinos obteniendo sus famosas victorias pírricas. Cf. PLUTARCO, *Pirro* 20; QUINTILIANO, *Inst. orat.* VI 3,10; VALERIO MÁXIMO, IV 3, 6, 14.

[23] La causía era un sombrero de fieltro de alas anchas, utilizado especialmente por los macedonios para protegerse del sol.

[24] Cf. PLUTARCO, *Pirro* 34; JUSTINO, XXV 5.

pojos de los enemigos. Además, entregando con benevolencia honrosas insignias a los cónsules, y ropa, armas, caballos y víveres a los soldados, les hicieron olvidar la escasez y la vergüenza de la derrota romana[25].

Si hubiesen demostrado este mismo carácter atacando a Aníbal en favor de nuestro Imperio, no le hubieran ofrecido al cartaginés la posibilidad de ensangrentar aún más sus crueles armas.

Puesto que he mencionado a nuestro más acérrimo ene- 6
migo, terminaré este capítulo hablando también de las ocasiones en que demostró benevolencia hacia el pueblo romano:

Por ejemplo, Aníbal buscó con empeño el cadáver de Emilio Paulo, asesinado en Cannas, y no permitió que yaciera insepulto[26]. Aníbal permitió que se diera sepultura con todos los honores a Tiberio Graco, después de que éste cayera en una emboscada de los lucanos, y entregó sus restos a nuestros soldados para que los condujesen a la patria[27]. En cuanto a Marco Marcelo, muerto en los campos de Brucio cuando espiaba los movimientos de los cartagineses con más avidez que precauciones, Aníbal permitió que se le incinerara con todos los honores, y colocó su cuerpo sobre la pira cubierto con una capa roja y una corona de oro[28].

---

[25] Como narra LIVIO (IX 2 ss.), los romanos fueron derrotados en las Horcas Caudinas por los samnitas en el 321 a. C., ya que fueron asediados en este desfiladero y, para salir, tuvieron que pasar por ese yugo mencionado por Valerio. Cf. EUTROPIO, X 17; CICERÓN, *Sobre los deberes* III 30, 109; GELIO, XVII 21, 36; y el propio VALERIO MÁXIMO, III 8, 1.

[26] Este hecho acaeció en el 216 a. C. Cf. LIVIO, XXII 52; VALERIO MÁXIMO, III 4, 4.

[27] Cf. LIVIO, XXV 16 ss.; DIODORO, XXVI 26. Acerca de Tiberio Graco, *vid.* IV 1, 8; 2, 3; 6, 1; 7, 1.

[28] Cf. LIVIO, XXVII 28; PLUTARCO, *Marcelo* 30; VALERIO MÁXIMO, I 6, 9; IV 1, 7; V 1, 4.

Así pues, la dulzura de la humanidad penetra en los corazones de los bárbaros, por violentos que sean, suaviza los ojos torvos y crueles de los enemigos y doblega sus espíritus llenos de insolencia por la victoria. Y no le resulta ni arduo ni difícil encontrar el camino de la paz ya sea entre armas enemigas, o entre espadas empuñadas en una lucha cuerpo a cuerpo. Vence a la ira, somete al odio y mezcla la sangre y las lágrimas de los enemigos. Fue ella la que provocó esa respuesta admirable de Aníbal al permitir la celebración de los funerales de esos generales romanos.

Por ello Paulo, Graco o Marcelo le proporcionaron más gloria al ser enterrados que al ser derrotados. Y si Aníbal les derrotó gracias a su astucia cartaginesa, les honró con una generosidad propia de un romano. También vosotros, espíritus fuertes y piadosos, obtuvisteis unas exequias nada despreciables. Pues, al caer de una forma deseable y noble, en la patria y luchando por la patria, recuperasteis con vuestro valor el orgullo propio de la tarea suprema que se os había encomendado, un orgullo perdido por la adversidad de la fortuna.

CAPÍTULO 2

Sobre la gratitud

He decidido ofrecer ahora ejemplos y actuaciones tanto de personas gratas como ingratas, para que, al ser comparados, reciban la recompensa que debe seguir al vicio y a la virtud. Ahora bien, puesto que estas actitudes se diferencian entre sí por tener una intención contraria, también nuestra pluma las separará y dedicará su tiempo en primer lugar a

aquellas que merecen elogio, para pasar después a las que generan crítica.

Y para comenzar con asuntos de carácter público: cuan- 2, 1
do Marcio intentó *** la patria y, una vez conducido ya el imponente ejército de los volscos ante las puertas de la ciudad, amenazaba al Imperio Romano con desgracias y tinieblas, su madre Veturia y su esposa Volumnia impidieron con sus súplicas que llevara a cabo esa empresa.

Para honrar a estas mujeres, el senado recompensó al grupo de las matronas con decretos muy generosos. Así, obligó a los varones a ceder el paso a las mujeres, con lo cual se significó que, para la salvación de la República, habían sido más decisivas las estolas femeninas que las armas. Y a los ornamentos ya tradicionales de las orejas, les añadió como nuevo signo de distinción una cinta. Además, les permitió que utilizaran vestidos de color púrpura y guarniciones de oro.

Incluso los senadores ordenaron que se erigiera a la Fortuna Femenina un templo y un altar en el lugar en el que habían detenido con sus súplicas a Coriolano, demostrando con este gesto religioso admirable que sabían reconocer el beneficio recibido[29].

Con ocasión de la Segunda Guerra Púnica el senado volvió a hacer gala de un comportamiento similar, pues cuando Capua estaba siendo asediada por Fulvio, dos mujeres campanas no quisieron negar su ayuda a los romanos. Nos referimos a una madre de familia, Vestia Opia, y a una meretriz, Cluvia Fácula, de las cuales una ofreció sacrificios todos los

---

[29] Livio, II 40; Plutarco, *Coriolano* 37; Dionisio, VIII 33 ss. Acerca de la venganza de Gneo Marcio Coriolano, *vid.* Valerio Máximo, IV 3, 4.

días por la salvación de nuestro ejército, y la otra no dejó de suministrar alimentos a los soldados romanos prisioneros.

Por ello, una vez que la ciudad fue sometida, el senado devolvió a éstas su libertad y sus bienes. Además, les aseguró que, si solicitaban una recompensa mayor, se les concedería gustosamente.

No debe extrañarnos que, en medio de una celebración tan gozosa, los senadores se acordaran de mostrar su agradecimiento a dos mujeres tan humildes, ni que lo hicieran con tanta diligencia[30].

2 ¿No demostraron también ser muy agradecidos aquellos jóvenes romanos que se alistaron ante los cónsules Naucio y Minucio para ayudar a los tusculanos, cuyos territorios estaban ocupados por los ecuos? Lo que les movió fue que, unos pocos meses antes, los tusculanos habían apoyado al Imperio Romano con enorme tesón y arrojo. Así pues, se produjo un hecho inaudito: que un ejército se alistó voluntariamente para que no pareciera que nuestra patria carecía de corazones agradecidos[31].

3 El pueblo volvió a demostrar su gratitud en el caso de Quinto Fabio Máximo. Pues cuando éste murió después de ejercer provechosamente cinco consulados, el pueblo compitió por entregar dinero para que las exequias fuesen lo más ilustres y honrosas posible[32]. Ya habrá alguno que intente quitar méritos a la virtud cuando advierta que los hom-

---

[30] LIVIO, XXVI 33-34. Este hecho ocurrió en el 212 a. C.

[31] LIVIO, III 26 ss.; DIONISIO, X 23 ss. Aunque Livio sitúa este hecho en el 453 a. C., acaeció en el 458.

[32] Quinto Fabio Máximo murió en el 203 a. C., aunque Valerio confunde aquí los funerales de Quinto Fabio Cunctátor y los de Quinto Fabio Máximo Ruliano. Cf. PLUTARCO, *Fabio Máximo* 27. Acerca de su vida *vid.* VALERIO MÁXIMO, III 8, 2; IV 1, 5; 8, 1.

bres de pro son enterrados con más fortuna que la que acompaña a los pusilánimes durante su vida.

Pero en el caso de Fabio, lo cierto es que él pudo disfrutar también en vida de la fama y de ese agradecimiento extraordinario cuando, por voluntad de la plebe (hecho nunca antes visto) Minucio, comandante de la caballería, fue equiparado a él en calidad de dictador, dividiéndose el ejército en dos partes. 4

Y es que, en el enfrentamiento de Minucio contra Aníbal en Samnio, cuando el romano iba ya a sufrir un calamitoso final por haber iniciado el combate en un momento inoportuno, se salvó gracias a la ayuda de Fabio. Ante esto, no sólo le llamó padre y quiso que sus legiones le saludasen como salvador, sino que anuló el mando bipartito del ejército, y sometió su cargo de comandante de caballería al de dictador, como era lógico. De este modo, con ese acto de gratitud, corrigió la imprudente decisión de la plebe[33].

¡Por Hércules, de qué forma igualmente agradecida se comportó Quinto Terencio Culeón! Éste, aunque había nacido en una familia pretoriana y destacaba como pocos dentro del orden senatorial, ofreció un ejemplo inmejorable al marchar, cubierto con un píleo, detrás del carro triunfal del Africano el Mayor, en señal de agradecimiento porque éste le había liberado de su cautiverio entre los cartagineses[34]. 5

---

[33] Marco Minucio Rufo había sido cónsul en el 221 a. C. y, en la batalla mencionada por Valerio, se salvó gracias a la ayuda de Fabio Máximo. Cf. Livio, XXII 8 ss.; Plutarco, *Fabio Máximo* 11-13; Polibio, III 102; Diodoro, XXVI 33; Nepote, *Aníbal* V 3; Orosio, *Historias* IV 13; Silio, IX 561 ss.

[34] Quinto Terencio Culeón fue liberado por Escipión en el 201 a. C. y, efectivamente, en la procesión triunfal se cubrió con el píleo, que era el sombrero que simbolizaba la libertad y la condición de ciudadanos. Cf. Livio, XXX 43 ss.; XXXIV 48; Cicerón, *En defensa de Murena* XIV 31; *A los Pisones* XXV 61; Plutarco, *Flaminino* 13 ss.

De ese modo, ante todo el pueblo romano, ofreció a quien podía considerar como artífice de su libertad el reconocimiento justo por el favor recibido.

6 No un romano cubierto con píleo, sino dos mil siguieron el cortejo triunfal de Flaminino tras su victoria sobre el rey Filipo. No en vano, había sido Flaminino quien, con su esfuerzo, los reunió y les permitió volver a su estado primitivo, después de que hubieran sido capturados durante las Guerras Púnicas y obligados a servir como esclavos en Grecia. *** Estas acciones, que supusieron la fama de un general por derrotar al enemigo y que salvaron también a muchos ciudadanos, proporcionaron espectáculo al pueblo.

Por otra parte, la salvación de éstos fue muy bien acogida por dos motivos, porque afectaba a muchas personas y porque habían recuperado ese estado tan anhelado de libertad[35].

7 Por otra parte, el cónsul Metelo Pío —que no debe su sobrenombre como otros a las victorias, sino a las lágrimas que derramó como hijo entrañable ante el destierro de su padre— no dudó en pedir apoyo al pueblo en favor de Quinto Calidio, candidato a la pretura. Y es que éste, en calidad de tribuno de la plebe, había presentado una ley para que pudiera volver del exilio el padre de Metelo.

Incluso consideró siempre a Quinto Calidio defensor de su casa y de su familia, sin que esto supusiera deterioro para su indudable liderazgo, ya que si estaba rebajando su eximia

---

[35] *Vid.* VALERIO MÁXIMO, IV 8, 5. Tito Flaminino (tribuno militar en el 208 a. C., cuestor en el 205, decénviro y cónsul en el 198) debe su fama especialmente a su victoria sobre Filipo en Cinoscéfalos en el 197. Cf. LIVIO, XXXII-XL; PLUTARCO, *Flaminino* 13; DIODORO, XXVIII 12; CICERÓN, *A los Pisones* XXV 61; *En defensa de Murena* XIV 31; POLIBIO, XVIII-XXIII.

dignidad, conseguida con todos los honores, ante un hombre muy inferior, no lo hacía por humildad, sino por gratitud[36].

No sólo reseñable, sino también impulsiva, fue la de- 8
mostración de gratitud de Gayo Mario, pues a dos cohortes de camertinos que habían combatido valerosamente contra los violentos cimbrios les concedió en la propia batalla el derecho de ciudadanía y no la condición usual de aliados. Posteriormente, se excusó de forma sincera y noble diciendo que el fragor de las armas le había impedido escuchar las palabras del derecho civil. Y hemos de reconocer que, en aquellos tiempos, había que defender las leyes más que escucharlas[37].

Quien rivaliza con Gayo Mario en todos los aspectos, y 9
también en los elogios, es Lucio Sila. Pues bien, siendo éste ya dictador, se descubrió ante Pompeyo, que entonces era un simple ciudadano, se levantó de la silla sobre la que montaba, bajó del caballo y, ante toda la asamblea, dijo que realizaba este gesto de buen grado, porque recordaba que cuando Pompeyo tenía dieciocho años le había ayudado en el ejército de su padre. Muchos méritos adornan a Pompeyo, pero no sé si hay alguno más admirable que el haber obligado a Sila a olvidar su condición ante la magnitud del favor recibido[38].

Dejemos ya un lugar entre tantas personalidades ilustres 10
para individuos de ínfima condición que supieron también

[36] Metelo Pío consiguió efectivamente en el 80 a. C. que se revocase el exilio de su padre Quinto Cecilio Metelo Numídico. Cf. Cicerón, *En defensa de Plancio* 29, 69.

[37] Este hecho sucedió en el 102 a. C. Cf. Cicerón, *En defensa de Balbo* 20; Plutarco, *Mario* 28. *Vid.* así mismo Valerio Máximo, IV 3, 14.

[38] La mención a Gayo Mario en el capítulo anterior ha llevado a Valerio a detenerse en Sila, ya que éste fue nombrado cuestor por Mario en el 104 a. C. Plutarco, *Pompeyo* 8; *Craso* 6; Salustio, *Historias* V 9.

mostrar su agradecimiento: cuando el senado ordenó al pretor Marco Cornuto que preparara el funeral de Hircio y de Pansa, los encargados de los servicios fúnebres prometieron que tanto los materiales como su trabajo serían gratuitos, porque eran conscientes de que ambos habían muerto luchando por la República. Y sólo después de muchas súplicas consiguieron que aceptaran encargarse del funeral por un sestercio. Este acuerdo no hace sino acrecentar el elogio que merecen, puesto que despreciaron dinero personas que precisamente no vivían sino para ganar dinero[39].

Que los reyes de pueblos extranjeros sigan descansando en paz, y que me perdonen por situarles después de personas de ínfima condición, pero, o no los nombraba o, si lo hacía, debían ser situados a continuación de los ejemplos romanos. Pero para no mezclar sus acciones nobles con las de esas personas humildes, les incluiremos en un apartado propio, sin que parezcan por eso ni inferiores a los ya mencionados, ni tampoco destacados sobre ellos.

Ejemplos extranjeros

2, 1 Cuando Darío no era rey aún, en una ocasión en que contemplaba con deleite una camisa de Silosonte de Samos, tanta era la admiración que reflejaban sus ojos, que el vendedor le regaló espontáneamente la citada prenda[40].

---

[39] Hircio y Pansa, cónsules en el 43 a. C., murieron durante el asedio de Módena.

[40] El término utilizado por Valerio es *amiculum,* diminutivo de *amictum.* Se refiere a una prenda corta, ajustada y fina. El protagonista de este ejemplo es Darío I (550-486 a. C.), que se hizo con la isla de Samos en el 512. Cf. HERÓDOTO, III 139; ESTRABÓN, XIV 18.

La enorme gratitud que este gesto hizo nacer en su espíritu lo demuestra el que, al hacerse Darío con el poder, entregó a Silosonte no sólo la ciudad sino la isla entera de Samos. No tuvo en cuenta, pues, el precio del artículo regalado, sino la ocasión que provocó su generosa respuesta, y se dio más importancia a la persona de quien venía el regalo que al propio destinatario.

También el rey Mitridates hizo gala de un corazón espe- 2
cialmente agradecido, pues cuando Leonico, que le había defendido valerosamente, fue capturado por los rodios en un combate naval, con tal de recuperarle, aceptó entregar a todos los enemigos capturados. Y es que, en su opinión, era preferible estar rodeado de enemigos, que no devolver un favor a quien se había portado bien con él.

Generoso se mostró igualmente el pueblo romano con 3
un extraordinario regalo, al entregar Asia como presente al rey Átalo. Pero Átalo respondió también con gratitud en su testamento, ya que legó Asia al pueblo romano. Por eso, en este caso, los elogios que recuerdan la generosidad de unos y la gratitud del otro no pueden ser tantos como las ilustres ciudades que fueron, o donadas amistosamente, o devueltas por gratitud[41].

Por otra parte, no sé si, realmente, el corazón del rey 4
Masinisa dio cumplida muestra de su gratitud. Pero lo cierto es que, después de que Escipión le ayudara con su intervención y su apoyo a reforzar su poder, el rey, lleno de lealtad, guardó siempre el recuerdo de esa noble acción hasta el fi-

---

[41] PLINIO, *Historia Natural* XXXIII 11, 53; JUSTINO, XXXVI 4, 6; FLORO, II 20; EUTROPIO, IV 18; OROSIO, V 8; VELEYO, II 4, 1 y 38; VALERIO MÁXIMO, IV 8, 4. En efecto, Átalo III (que reinó del 138 a. C. al 134) quiso que en su testamento figurase la fórmula: *Populus romanus meorum heres esto* («Que sea el pueblo romano el heredero de mis pertenencias»).

nal de su vida, una vida que, por cierto, los dioses quisieron que fuera larga. Y ello hasta el punto de que no sólo África, sino todas las naciones supieron que Masinisa estimaba más a la familia Cornelia y a Roma que a sí mismo[42].

Así, aunque se hallaba en una difícil situación por la guerra contra los cartagineses, y aunque apenas tenía fuerzas para proteger su propio imperio, sin embargo, le entregó sin vacilar siquiera a Escipión Emiliano —solamente porque era nieto del Africano— una importante y selecta parte del ejército numídico, para que la condujera a Hispania ante el cónsul Luculo, que era quien había enviado a Escipión a pedir ayuda. Con ello, Masinisa antepuso el agradecimiento por el favor recibido al peligro que le acuciaba a él mismo[43].

Posteriormente, cuando a una edad ya muy avanzada estaba repartiendo las grandes riquezas de su reino entre sus cincuenta y cuatro hijos, moribundo en el lecho, pidió vivamente por carta a Manio Manilio, procónsul en África, que hiciera venir a Escipión Emiliano, que en esa época formaba parte de su ejército. Y es que pensaba que su muerte sería más propicia si su último aliento y sus últimas órdenes salían de su boca mientras estrechaba las manos de Escipión.

Incluso, por si su muerte se producía antes de la llegada de éste, había encomendado a su mujer y a sus hijos que, de todos los pueblos, reconociesen únicamente al romano, y de todas las familias romanas, sólo a la de Escipión. Además, que mantuviesen todos los bienes indivisos hasta su llegada, para que él fuera el único que dividiera el reino. Por último,

---

[42] Masinisa era rey de Numidia y contó, efectivamente, con el apoyo del Africano. Cf. Livio, XXX 15-17 y 44; XXXVII 25, 9; Polibio, XI 21, 2; Salustio, *Conjuración de Catilina* V 4.

[43] Cf. Valerio Máximo, II 4, 4; Plinio, *Historia Natural* VII 47.

dispuso que consideraran esta decisión como testamento de carácter inviolable y sagrado.

Masinisa, ocupado por tantos y tan diversos asuntos, vivió hasta los cien años demostrando siempre una actitud benefactora infatigable[44].

Este comportamiento y otros similares hacen que se nutra y cobre vigor la bondad del género humano. Son ésas sus brasas, ésos los estímulos que le inflaman en el deseo de ayudar y de hacer méritos. Y lo cierto es que no hay riqueza más noble y más valiosa que el que se considere que has prodigado generosa y extensamente tus favores.

Ahora bien, una vez que hemos considerado la gratitud como un sentimiento sagrado, para que resulte aún más apreciable, vamos a ofrecer también algunos ejemplos de personas ingratas.

CAPÍTULO 3

Sobre la ingratitud

A pesar de que los senadores habían alcanzado el rango 3, 1
supremo del honor gracias al padre de nuestra ciudad, no dudaron en torturarle en la Curia, y no consideraron sacrílego asesinar a quien había insuflado un hálito eterno al Imperio Romano.

Por ello, a esa generación terriblemente dura y cruel, que se manchó impía con la sangre de su fundador, no pue-

[44] Cf. EUTROPIO, IV 11; VALERIO MÁXIMO, VIII 13, ext. 1; CICERÓN, *Sobre la vejez* X 34.

de disculparla ni siquiera la piedad demostrada por generaciones posteriores[45].

2a Como consecuencia de este error, propio de un corazón olvidadizo e ingrato, viene el lógico arrepentimiento de nuestra ciudad:

Furio Camilo, que había robustecido como nadie las fuerzas romanas y había sido su más firme baluarte, no pudo mantenerse a salvo en una ciudad a la que él mismo había aportado seguridad y fortuna. Y es que fue acusado por Lucio Apuleyo, tribuno de la plebe, de apropiación indebida del botín de Veyes y, después de una sentencia dura o, mejor dicho, férrea, fue enviado al exilio precisamente en unos momentos en los que más debía ser consolado que cargado de cadenas, ya que había perdido a un hijo modélico que se hallaba en plena flor de la juventud.

Pero la patria, sin acordarse de las nobles acciones de este héroe, celebró juntas las exequias del hijo y la condena del padre.

«Faltan quince mil ases del tesoro», decía quejoso el tribuno de la plebe, y ésta fue la cantidad en la que se concretó la pena. ¡Suma indigna si por ella el pueblo romano quedó privado de un líder como Camilo![46].

2b Cuando aún no se había apagado el dolor por lo ocurrido, se produjo un nuevo motivo de lamento: porque después de que el Africano el Viejo transformara en dueño de Cartago a un pueblo romano debilitado y roto por las Guerras Púnicas, a un pueblo casi exánime y moribundo, los ciudadanos, para compensar con injusticias esta heroica acción, lo relegaron a una aldea inmunda y a un pantano deshabitado.

---

[45] Cf. Livio, I 16; Plutarco, *Cuestiones romanas* 27; Dión, II 56, 1 ss.

[46] Acerca de Camilo, *vid.* Valerio Máximo, IV 1, 2; Livio, V 32; Plutarco, *Camilo* 12.

Pero el Africano no se marchó a la tumba sin contar la dureza de este exilio voluntario, ya que ordenó que sobre su sepulcro se escribiera: «¡Qué ingrata eres patria, que no acoges ni mis huesos!»[47]. ¿Hay algo más indigno que esta vicisitud, algo más justo que sus quejas, o más moderado que esta venganza suya? Se negó a recibir sus cenizas aquella tierra que, precisamente gracias a él, no había quedado reducida a cenizas.

Ésta fue la única venganza con la que Escipión respondió a la ingratitud de Roma, pero su venganza resulta incluso más dolorosa, ¡por Hércules!, que la violenta actitud de Coriolano, quien atacó a la patria con las armas del terror[48], mientras que Escipión utilizó sólo la de la vergüenza, porque no quiso expresar queja alguna —tan fuertes y sinceros eran sus buenos sentimientos— hasta que no le llegó la muerte.

Tal vez, en esas penurias del Africano, pudo servirle de 2c consuelo lo que le sucedió a su hermano, a quien su victoria sobre el rey Antíoco, su logro de anexionar Asia al Imperio del pueblo romano y su impresionante triunfo le depararon el ser acusado de apropiación indebida y conducido a prisión[49].

---

[47] Acerca de este personaje, vid. Valerio Máximo, IV 1, 6, 12; 2, 3; 3, 1. Sobre su muerte: Livio, XXXVIII 50 ss.; Cicerón, *Sobre la vejez* VI 19; Séneca, *Cartas morales* 86. El comportamiento del Africano, al exiliarse voluntariamente en Literno y al renunciar a la gloria y al prestigio, se convirtió en modelo de humanidad y moderación, contrastando por ejemplo con el relato de la actitud patética y humana de Pompeyo en Lucano, VI 647 ss.

[48] Sobre la venganza de Coriolano, *vid.* Valerio Máximo, I 8, 4; IV 3, 4 y V 2, 1.

[49] Acerca de esta condena contra el Asiático, *vid.* Livio, XXXVIII 28, 54; Valerio Máximo, III 3, 1; IV 1, 8; Gelio, VI 19, 1.

2d El Africano el Joven no fue en absoluto inferior en valor a su abuelo, pero tampoco tuvo un final más afortunado, ya que después de haber borrado de la faz de la tierra dos ciudades hostiles para el Imperio Romano, Numancia y Cartago, si bien encontró en su patria a un asesino que le quitó la vida, no pudo hallar en el foro a quien le vengara[50].

2e ¿Quién ignora que Escipión Nasica mereció tantos elogios por su actividad judicial como los dos Africanos por las armas?

No permitió que Tiberio Graco estrangulara al estado ahogándolo con su mano letal, pero debido a una valoración de sus virtudes totalmente injusta por parte de los ciudadanos, tuvo que retirarse a Pérgamo en calidad de legado, y pasó allí el resto de su vida, sin echar en falta a su ingrata patria en absoluto[51].

2f No vamos a cambiar de nombre, porque aún no se me han agotado los motivos de queja ante el trato recibido por la familia Cornelia. En efecto, después de que Publio Léntulo, el ciudadano más ilustre y patriota que podamos imaginar, escapara de los sacrílegos planes de Gayo Graco en el Aventino, y saliera de una lucha justa y temible con graves heridas, la única recompensa que obtuvo de ese combate en el que había devuelto a Roma las leyes, la paz y la libertad, fue que no se le permitiera morir en nuestra ciudad.

---

[50] Sobre este personaje, *vid.* IV 1, 10; 3, 13; V 1, 6. Escipión murió a los 56 años de edad en extrañas circunstancias en los momentos turbulentos de la revuelta de los Gracos, a quienes se oponía vivamente. Cf. CICERÓN, *Sobre el orador* II 40, 170; *Familiares* IX 21; *En defensa de Milón* VII 16.

[51] Publio Cornelio Escipión Nasica, llamado Serapión, fue cónsul y, al igual que Escipión Emiliano, se opuso a las reformas de los Gracos. Acerca de su valor y de su muerte lamentable en el destierro, *vid.* CICERÓN, *Bruto* 212; *Sobre los deberes* I 22, 76; *República* VI 8, 8.

De hecho, empujado por las envidias y las críticas, consiguió que el senado le permitiera formar parte de una embajada honoraria y, una vez celebrada la asamblea, en la que solicitó a los dioses inmortales no tener que volver nunca a nuestro ingrato pueblo, marchó a Sicilia y, permaneciendo ya siempre allí, vio cumplido su deseo[52].

Así pues, cinco son las muestras conocidas de ingratitud de la patria hacia otros tantos ciudadanos Cornelios.

Hay también entre éstos exilios voluntarios, como el de 2g
Ahala, jefe de la caballería, quien, habiendo matado a Espurio Melio porque aspiraba a implantar una tiranía, pagó con el exilio el castigo por haber defendido la libertad de los ciudadanos[53].

Por otra parte, mientras que el comportamiento del se- 3
nado o del pueblo debe ser censurado con moderación, como si hubiera sido provocado por una tempestad repentina, en cambio, sí debemos dar rienda suelta a nuestra indignación contra personas ingratas, ya que teniendo capacidad de decisión y pudiendo elegir en un sentido o en otro, prefirieron una acción criminal a un comportamiento piadoso.

¿Con qué nube o con qué chaparrón de insultos merece que se cubra, pues, la impía cabeza de Sextilio? Y es que, cuando Gayo César —que le había defendido de una gravísima acusación con enorme esfuerzo y con éxito—, en tiem-

[52] Cicerón, *Catilinarias* IV 6; *Filípicas* VIII 5; Livio, XLII 49. Se refiere Valerio a Publio Cornelio Léntulo, tribuno militar, edil curul y cónsul, que fue herido en el 121 a. C. en su lucha contra los Gracos y murió poco después en Sicilia.

[53] Gayo Servilio Ahala fue recordado en Roma como uno de los que consiguieron librarla de la tiranía en el 439 a. C. Cf. Catón, I 3; Livio, IV 13 ss.; Cicerón, *Catilinarias* I 1; *Sobre la vejez* XVI 56; *En defensa de Milón* III 8, XXX 83.

pos de la proscripción de Cinna, huyó y se vio obligado a rogarle que de nuevo le ayudara a esconderse en sus tierras de Tarquinio para evitar la muerte, Sextilio no dudó en arrancarle de la santidad de su pérfida mesa y de los altares de su nefasto hogar, para entregarle como víctima expirante al cruel vencedor.

Imaginemos que el acusador, convertido en acusado suplicante por un cambio de la fortuna política, le hubiera pedido de rodillas a Sextilio esa misma dolorosa ayuda, pues también hubiera sido cruelmente rechazado, porque las miserias hacen parecer complacientes a quienes las injurias hacen odiosos.

Sextilio, con sus propias manos, arrojó no a su acusador, sino a su defensor, a la furia sangrienta de un enemigo. Si lo hizo por miedo a la muerte, es indigno de vivir; si por la esperanza de conseguir una recompensa, merece la muerte como nadie[54].

4 Pasemos a otra acción semejante a la anterior y propia de un corazón ingrato: por petición de Marco Celio, Marco Cicerón defendió a Gayo Popilio Lenate, originario de la región de Piceno, demostrando un afán acorde a su elocuencia y, de hecho, a pesar de que era un juicio complicado, consiguió devolverle sano y salvo a su hogar.

Posteriormente, este Popilio, sin que mediara ninguna agresión ni insulto alguno por parte de Cicerón, suplicó espontáneamente a Marco Antonio que le mandara a él para perseguir y matar a Cicerón, que estaba proscrito. De hecho, tan pronto como consiguió que se le encomendara tan detestable misión, corrió eufórico a Gaeta y ordenó que se ejecutara a ese hombre —voy a omitir su intachable reputa-

[54] Julio César Estrabón fue asesinado finalmente el 87 a. C. Cf. CICERÓN, *Sobre el orador* III 3, 10; *Bruto* 177.

ción—, a quien debía venerar por el empeño enorme que había puesto en salvarle. Con ello, en un instante, amputó no sólo la cumbre de la elocuencia romana, sino también aquella mano que había ganado inmejorable fama de pacificadora por haber conseguido una tranquilidad serena y duradera.

Portando esta carga volvió raudo a Roma, como si llevara un rico botín, sin que se le ocurriera pensar, cuando realizaba tan infausta acción, que aquella cabeza que portaba, en el pasado, había salvado brillantemente en un juicio a la suya propia[55].

Resultan inútiles las palabras para criticar tamaña monstruosidad, porque no hay ya otro Cicerón que pueda deplorar la desgracia de Cicerón tan bien como él lo hacía.

No sé cómo exponer ahora tu caso, Pompeyo Magno, 5
pues al recapacitar sobre la grandeza de tu fortuna, que en otro tiempo había llegado a deslumbrar con su fulgor a todas las tierras y a todos los mares, recuerdo también que tu desgracia fue tan calamitosa que me siento incapaz de describirla con mi pluma. Pero aunque yo guardara silencio, nadie dejaría de reprocharte cómo ordenaste asesinar a Gneo Carbón, quien, cuando eras muy joven, te había defendido en el foro para que conservaras tus bienes paternos. Lo cierto es que, con una acción tan ingrata, tuviste un comportamiento más propio de la violencia de Lucio Sila que de tu propia dignidad[56].

[55] Esta muerte se produjo el siete de diciembre del 43. Cf. Séneca, *Sobre la clemencia* 7; *Controversias* III 17; Plutarco, *Cicerón* 48; Dión, XLVII 1.

[56] Efectivamente, Gneo Papirio Carbón fue capturado por Pompeyo y ejecutado, a pesar de que le había defendido. Había sido colega de Cinna en el consulado del 85, manteniendo una política moderada. Cicerón, *Bruto* 230; Plutarco, *Pompeyo* 4; 10; Dión, *Fragmentos* 107; Valerio Máximo, VI 2, 8; Veleyo, II 29.

Ejemplos extranjeros

3, 1 Pero que no se atrevan las ciudades extranjeras a insultarnos por haber confesado estos defectos, porque, por una parte, los cartagineses decidieron librarse de la presencia de Aníbal, a pesar de que éste, luchando por ellos y por sus victorias, había terminado con un número tan elevado de generales y de ejércitos romanos que, aunque esa cifra hubiese correspondido sólo a soldados rasos, ya le hubiera proporcionado gran gloria[57].

2 En cuanto a Lacedemonia, no engendró a ningún hombre más grande o más útil que Licurgo, de quien se dice que, cuando acudió al oráculo de Apolo en Delfos, éste le respondió que no sabía si incluirle entre los hombres o entre los dioses. Sin embargo, ni la probada integridad de su vida, ni su patriotismo siempre constante, ni sus leyes tan beneficiosas le sirvieron de nada para librarle del odio de sus conciudadanos. De hecho, fue apedreado más de una vez, fue arrojado del foro en alguna ocasión, le arrancaron también un ojo y, por último, le expulsaron incluso de su patria. ¿Qué pueden hacer entonces las demás ciudades si aquella que reclama las mayores alabanzas por su constancia, moderación y seriedad demostró ser tan ingrata con quien se había portado tan bien con ella?[58].

---

[57] Estos hechos acaecieron en el 195 a. C., año en el que Aníbal tuvo que acudir, efectivamente, ante el rey Antíoco para buscar ayuda Cf. Livio, XXXIII 20 y 47; Nepote, *Aníbal* 7.

[58] Herodiano, I 65; Justino, III 3; Plutarco, *Licurgo* 5 y 29. Efectivamente, Licurgo vivió exiliado voluntariamente en Creta, donde murió y donde quiso que sus huesos fuesen arrojados al mar para no volver, ni

En cuanto a los atenienses, quítales a Teseo: Atenas se 3
queda en nada o al menos pierde gran parte de su gloria, si es que es cierto que Teseo reunió en esta ciudad a ciudadanos antes diseminados por distintos lugares, a quienes, aunque habían vivido errantes y de una forma agreste, les permitió formar y dar vida a una gran ciudad[59].

Fue también Teseo el que, siendo prácticamente un niño, les liberó del cruel y poderoso imperio del rey Minos. Él fue el que domó la insolencia desmedida de los tebanos, el que ayudó a los hijos de Hércules y el que, gracias a su valor o a su fuerza, dominó todo tipo de monstruosidades y de crímenes. Sin embargo murió exiliado por los atenienses, y sus huesos quedaron en Esciros, una isla demasiado pequeña para ese exilio[60].

En cuanto a Solón, entregó a los atenienses unas leyes tan extraordinarias y tan útiles que, si hubieran querido aprovecharlas eternamente, hubieran tenido un imperio perpetuo. Además, recuperó Salamina, que se alzaba como una fortaleza cercana y amenazadora contra ellos; fue el primero en intuir que Pisístrato tramaba una tiranía; el único que se atrevió a decir que esa tiranía debía ser combatida con las armas *** Pues bien, ese mismo Solón tuvo que huir y pa-

---

siquiera muerto, a su patria, no sea que sus conciudadanos quisiesen cambiar sus leyes (JUSTINO, III 3).

[59] Teseo habría regresado a su patria a la muerte de su padre, y habría reunido doce ciudades del Ática, fundando así la ciudad de Atenas en el 1236 a. C.

[60] Cf. HIGINO, *Fábulas* 30; OVIDIO, *Metamorfosis* VII 433; ESTACIO, *Tebaida* XII 576. Acerca de su muerte, unos cuentan que fue asesinado por Licomedes, y otros que cayó accidentalmente por un precipicio. LICOFRÓN, *Alejandro* 1324 ss.

sar su vejez en Chipre, sin que pudiera contar ni siquiera con una tumba en esa patria a la que tanto había ayudado[61].

Qué bien se hubieran portado los atenienses con Milcíades si, después de que éste sometiera a trescientos mil persas en Maratón, le hubieran enviado directamente al exilio en vez de obligarle a morir encadenado en una cárcel. Pero podría pensarse que habían creído suficiente aquel ultraje contra un personaje tan respetable. Pues no, porque después de obligarle a morir así, no permitieron que su cuerpo fuera enterrado, hasta que Cimón, su hijo, se entregó para que le apresaran a él también. Así pues, la única herencia paterna que pudo gloriarse de conocer este hijo de un gran general, futuro adalid de su propia época, fueron cadenas y cárcel[62].

También Aristides, en quien se simboliza la justicia de toda Grecia, ejemplo eximio de constancia, fue obligado a abandonar su patria. ¡Afortunada Atenas, si después de este exilio pudo encontrar a algún hombre honrado o a algún buen ciudadano, cuando la integridad en persona se había visto obligada a marcharse de allí![63].

Pero es Temístocles el caso más conocido de todos los que han soportado la ingratitud de su patria, pues después de haberla convertido en una nación segura, ilustre, rica y situada a la cabeza de Grecia, experimentó su rencor hasta tal punto que se vio obligado a huir y a recurrir a la misericordia de Jerjes, nada favorable para él porque, precisa-

---

[61] Uno de los Siete Sabios de Grecia. Nació en el 640 a. C. y murió en su exilio de Chipre en el 558 a. C. HERODIANO, I 29; V 113; PLUTARCO, *Solón* 26 y 32.

[62] PLUTARCO, *Cimón* 4; NEPOTE, *Cimón* 1; JUSTINO, II 15, 18; VELEYO, I 8, 6.

[63] De hecho, Aristides era conocido por los atenienses como «el Justo» y, al volver del exilio, siguió demostrando su patriotismo. CICERÓN, *Sobre los deberes* III 4, 16; *Tusculanas* V 36, 105; PLUTARCO, *Aristides* 7; NEPOTE, *Aristides* 1.

mente, había sido vencido por Temístocles poco tiempo antes[64].

En cuanto a Foción, que contaba con las cualidades más favorables para ganarse el afecto de los demás, dotado como nadie de clemencia y de generosidad, estuvo a punto de ser colocado en el potro por los atenienses. E, incluso, después de su muerte, no encontró ni un pedazo de tierra ática que cobijara sus huesos, y tuvo que ser enterrado fuera de aquellos límites en los que había vivido como un ciudadano intachable[65].

¿Qué más hay que hacer entonces para considerar como una auténtica «locura colectiva» el hecho de castigar, como si se tratara de los delitos más graves, acciones inmejorables en opinión de cualquiera, y el de responder a los favores con injusticias?

Si este comportamiento debe parecer intolerable en todas partes, mucho más en Atenas, la ciudad en la que se estipuló un procedimiento contra los ingratos, procedimiento justo y necesario porque, quien olvida corresponder con agradecimiento a quien le había ayudado antes, está eliminando esa costumbre de hacer y recibir favores sin la cual no podría mantenerse la vida humana. ¿Qué dura no será entonces la crítica que merezcan aquellos que, a pesar de que contaban con las leyes más justas, ofrecieron las res-

---

[64] Plutarco, *Temístocles* 27 ss.; Nepote, *Temístocles* 8; Valerio Máximo, VII 2, ext. 9. Temístocles fue exiliado en el 471 a. C. y, a pesar de las peticiones para que dirigiera el ejército persa contra Grecia, no aceptó por patriotismo. Como vemos, todos los personajes mencionados por Valerio en este capítulo aparecen en las biografías de Nepote, que puede haber sido su fuente.

[65] A pesar de que era conocido como *chrēstós* o «el Bueno», Foción fue condenado a morir envenenado con cicuta a los 83 años de edad (en el 317 a. C.). Nepote, *Foción* 44; Valerio Máximo, III 8, 2; V 4, ext. 2.

puestas más injustas y prefirieron atender a sus inclinaciones en vez de a las leyes? Y si, por la providencia de los dioses, hubiera podido conseguirse que estos magníficos varones cuyas desgracias he narrado, y que contaban con una ley contra los ingratos, hubieran cambiado los tribunales de su patria por los de otra ciudad, ¿acaso con esa petición no hubieran convertido a un pueblo elocuente e ingenioso en otro mudo y sumiso?

«Tus hogares dispersos y las cabañas esparcidas por tus pueblos se convirtieron en cumbre de Grecia; brilla Maratón con el triunfo sobre Persia; Salamina y Artemisio cuentan las derrotas navales de Jerjes; murallas abatidas por manos poderosas resurgen con más belleza aún. Pues bien: ¿dónde vivieron los autores de estas hazañas? ¿Dónde están sepultados? Responde.

¿No conseguiste acaso, ingrata, que Teseo tuviera que ser enterrado en un peñasco, y que Milcíades tuviera que morir en una prisión; que Cimón soportara las cadenas de su padre y que Temístocles, aun siendo el vencedor, se abrazara suplicante a las rodillas del enemigo al que había vencido; o que Solón, Aristides y Foción abandonaran sus hogares y que, dispersadas vergonzosa y miserablemente sus cenizas, las venerases como si fueran sagradas, así como las de Edipo, mancillado por haber asesinado a su padre y por su matrimonio con su madre, a quien honras con un altar situado entre el propio Areópago, que es sede venerable de debates divinos y humanos, y la elevada fortaleza de la protectora Minerva? Hasta tal punto disfrutas más con los males ajenos que con tu propia fortuna. Así pues, en función de esa ley que te obliga por juramento, puesto que no has querido mostrar tu gratitud a quienes lo habían merecido por sus acciones, paga tu justo castigo a aquellos a los que has perjudicado». Callan mudas las sombras de aquéllos, forzadas por la

necesidad del destino, pero en cambio, ingrata Atenas, no calla mi pluma esta crítica y la expresa libremente.

Pero olvidemos ya los ejemplos de ingratitud, y tratemos 4 mejor sobre personas piadosas, pues es bastante más placentero hablar sobre una cualidad positiva que sobre una negativa. Venid, pues, a mis manos, fructíferas esperanzas de vuestros padres, hijos nacidos con auspicios favorables, que convertís en agradable tarea el haberos engendrado y dado la vida.

CAPÍTULO 4

Sobre la piedad para con padres, hermanos y patria

Coriolano, hombre del mayor coraje, de noble determi- 4, 1 nación y que ha prestado el mejor servicio a la República, abatido por la más injusta de las condenas, tuvo que refugiarse entre los volscos, enemigos entonces de los romanos.

Pero, como el valor es muy apreciado en cualquier parte, ese lugar al que había huido buscando protección le ofreció al poco tiempo el sumo poder y, de este modo, aquel a quien los ciudadanos habían negado el papel de propicio general, se convirtió en terrible enemigo para ellos. Y es que, después de derrotar a nuestros ejércitos en una sucesión de victorias, proporcionó a los soldados volscos la posibilidad de llegar hasta las propias murallas de Roma.

De este modo, ese pueblo tan orgulloso a la hora de apreciar a las personas valiosas, ese pueblo que no había mostrado la más mínima piedad para este reo, se vio obligado a rogarle después de haberle desterrado. Pero los mensajeros que enviaron a esta misión de súplica no obtuvieron

resultado alguno. Enviaron después a unos sacerdotes con sus ínfulas, pero tampoco consiguieron nada. El senado vacilaba, el pueblo temblaba, tanto hombres como mujeres lamentaban su ya inminente final. Entonces Veturia, la madre de Coriolano, tomó a los hijos de éste y a su esposa, Volumnia, y se dirigió al campamento de los volscos.

Cuando Coriolano la vio, dijo: «Has luchado contra mi ira, patria, y has vencido gracias a las súplicas de aquella cuyo vientre me entregó a ti, a la que he atacado con razón». Y al momento, libró al territorio romano de la presión de las armas enemigas.

Así pues, la piedad inundó completamente el pecho de Coriolano, haciendo que olvidara el dolor de la injuria recibida, la esperanza de alcanzar una victoria, la vergüenza de haber incumplido una misión y el temor a la muerte. De este modo, la simple aparición de su madre transformó una guerra atroz en una paz beneficiosa para todos[66].

2 Fue esa misma piedad la que dotó de la fuerza de un hombre al Africano el Viejo cuando apenas era un niño, y la que le armó con furia inagotable para que ayudara a su padre en una batalla. Y es que en una ocasión en que éste, durante su consulado, combatía contra Aníbal junto al río Tesino con auspicios desfavorables, intervino su hijo y le salvó cuando estaba ya gravemente herido. Así pues, ni la debilidad propia de su juventud, ni la inexperiencia en lo militar, ni el previsible final de esta infausta batalla, un final que habría atemorizado incluso a un soldado veterano, sirvieron para impedir que este joven alcanzara una doble corona

---

[66] Coriolano ha sido ya mencionado por VALERIO en IV 3, 4; V 2, 1 ó 3, 2b. Cf. PLUTARCO, *Coriolano* 20 ss.

triunfal, ya que había librado de la muerte a su general y a su padre[67].

Si los ciudadanos romanos conocen estos preclaros ejemplos de oídas, los siguientes los han visto con sus propios ojos. 3

El tribuno de la plebe Pomponio citó ante el pueblo a Lucio Manlio Torcuato, porque a éste, teniendo ocasión de culminar con éxito la guerra, se le había terminado ya el límite de tiempo de su cargo, y porque, cargando a su hijo con las tareas del campo, le estaba privando de afrontar tareas públicas, a pesar de que era un joven extraordinario.

Cuando el joven Manlio se enteró de esto, marchó raudo a la ciudad y, tan pronto como amaneció, se presentó en casa de Pomponio. Éste, creyendo que el hijo venía a acusar a su padre por ser tratado con excesiva severidad, ordenó a todos que salieran de la habitación, porque quería escuchar su testimonio con más libertad y sin testigos. Pero el joven, en cuanto encontró un momento apropiado para cumplir su propósito, sacó la espada que llevaba escondida y obligó al tribuno, aterrorizado ante estas amenazas, a jurar que retiraría la acusación contra su padre, consiguiendo así que Torcuato no tuviera que comparecer.

Es loable demostrar piedad hacia un padre complaciente, pero en el caso de Manlio, si tenemos en cuenta lo adusto del padre, tanto más loable era la ayuda del joven, ya que,

---

[67] Gneo Cornelio Escipión había comenzado la Segunda Guerra Púnica en el 218 a. C., año en que su hijo le ayudó a salir con vida de la batalla mencionada por Valerio. Cf. Celio Antípatro, *Fragmentos* 17; Livio, XXI 46; Polibio, X 3; Plinio, *Historia Natural* XVI 5; Floro, *Epítome* I 21, 10; Dión, *Fragmentos* 56, 43; Silio, IV 456; Séneca, *Sobre los beneficios* III 33, 1.

para este gesto de afecto, no le incitaba otro motivo que el amor natural[68].

4 Imitando este comportamiento tan respetuoso, el mismo día en que Marco Cota tomó la toga viril, al descender del Capitolio, citó a juicio a Gneo Carbón, que había condenado anteriormente a su padre. Con ello, consiguió que se le acusara y se le condenara, estrenando su madurez con esta gran hazaña[69].

5 También fue importante la autoridad paterna en el caso de Gayo Flaminio. Cuando era tribuno de la plebe, a pesar de la oposición y de la negativa del senado, se dispuso a promulgar una ley para repartir las tierras galas entre los particulares, sin prestar atención ni a las súplicas ni a las amenazas de los senadores, y sin que le importara siquiera la posibilidad de enfrentarse al ejército si persistía en su empeño.

Sin embargo, desistió tan pronto como su padre puso su mano sobre él cuando iba a presentar la ley ante la tribuna, después de lo cual descendió de allí vencido por la voluntad de su padre. En cuanto a la asamblea, nadie se atrevió a reprender este abandono ni con el más ligero murmullo[70].

---

[68] En este ejemplo se ha apuntado la existencia de un error por parte de Valerio, que cita al padre como Lucio Manlio Torcuato, cuando, en realidad, era el dictador Lucio Manlio Capitolino Imperioso. Estos hechos acaecieron en el 362 a. C. Cf. Livio, VII 4-5; Cicerón, *Sobre los deberes* III 31, 112; Plinio, *Historia Natural* XVI 4; Séneca, *Sobre los beneficios* III 37; o el propio Valerio Máximo, VI 9, 1.

[69] Posteriormente, Marco Aurelio Cota llegó a ser cónsul en el 74 a. C. Dión, XXXVI 23.

[70] Estos hechos acaecieron en el 228 a. C. y, tiempo después, Gayo Flaminio llegó a ser pretor, cónsul, comandante de caballería, etc. Cicerón, *La invención retórica* II 17, 32; *Bruto* 67; Livio, XXI 63, 2; Valerio Máximo, I 6, 6.

Aunque merece la pena destacar estos ejemplos de hombres piadosos, tal vez les supera en valentía y en decisión lo que hizo la virgen vestal Claudia. Pues mientras contemplaba la celebración de un triunfo de su padre, al ver cómo un tribuno de la plebe le arrojaba violentamente del carro, se interpuso entre ambos con increíble rapidez y, encendida por la furia, defendió la autoridad que más le importaba. 6

De este modo, el padre celebró un triunfo en el Capitolio, pero la hija celebró otro ante el templo de Vesta, y no sé quién merece realmente más elogios, si el que se dejó guiar por sus victorias, o la que lo hizo por su piedad[71].

Perdonadme, altares de la antigüedad, y concededme vuestra venia, ¡oh fuegos eternos!, si en el transcurso de mi obra paso de vuestro templo, el lugar más venerable, a otro lugar de Roma que es ciertamente más necesario que honroso. Pues ningún embate de la fortuna, ninguna calamidad consigue mermar la piedad, por el contrario, ésta se hace más firme cuanto más adversidades experimenta. 7

Y así, en una ocasión en que un pretor condenó a muerte en su tribunal a una mujer noble, se la entregó a un triúnviro para que ejecutase la pena en la cárcel. Pero el encargado de custodiarla, conmovido y apenado, no la estranguló enseguida: permitió que la visitara su hija, aunque se aseguró bien de que ésta no llevaba comida, confiado en que la madre moriría de hambre.

Después de algunos días, preguntándose cómo podía la prisionera aguantar durante tanto tiempo, espió atentamente las visitas de la hija y descubrió que ésta calmaba el hambre de su madre con la leche de sus pechos.

[71] Claudia era hija del cónsul Apio Pulcro que celebró su triunfo en el año 143 a. C. Cf. Cicerón, *En defensa de Celio* XIV 34; Dión, *Fragmentos* 74, 2; Orosio, *Historias* V 4, 7.

El guardián entonces relató este hecho al triúnviro, el triúnviro al pretor, el pretor al consejo de los jueces y, admirados todos por el tenor de esta acción inaudita, indultaron a la mujer[72]. ¿Hasta dónde no puede llegar, o qué recursos no inventará la piedad si, en esta ocasión, descubrió una nueva forma de alimentar a una madre en la cárcel? Tal vez alguien podría objetar que esta acción contravino las leyes de la naturaleza, pero es que la primera ley de la naturaleza es amar a los progenitores.

Ejemplos extranjeros

4, 1 Algo similar podemos decir de la piedad de Pero, pues también él alimentó como si fuera un bebé a su padre, Micón, cuando éste sufrió una desgracia semejante a la anterior y fue encarcelado siendo ya anciano[73].

Atónitos y asombrados se quedan los ojos de los hombres cuando ven la representación de esta escena y, admirados, ven renovado en la nueva imagen lo que sucedió en el pasado, al imaginarse que esas siluetas muertas son realmente cuerpos vivos y animados. Esto mismo debe suceder también con los pensamientos, pues el recuento escrito de los hechos pasados como si fueran presentes ayuda también a mantenerlos presentes de forma más eficaz que la propia pintura.

2 En cuanto a ti, Cimón, no voy a permitir que te cubran las sombras del silencio, porque no dudaste en encerrarte voluntariamente en una prisión, y comprar así una sepultura

---

[72] Plinio, *Historia Natural* VII 36.

[73] Higino, *Fábulas* 254; aunque, según Higino, quien alimentó a Micón fue su hija Jantipe.

para tu padre. Y aunque tú, luego preclaro ciudadano y general, tuviste la oportunidad de escapar, conseguiste incluso más gloria en la cárcel que en la curia. No olvides que, si el resto de las virtudes generan gran admiración, la piedad es fuente inagotable de estima[74].

También os abrazaré con mi recuerdo a vosotros, her- 3
manos dotados de un valor cuya nobleza superó a vuestro linaje porque, a pesar de tener un origen hispano muy humilde, con vuestra muerte admirable alcanzasteis la gloria. No en vano, elegisteis la muerte con tal de conseguir alimentos para vuestros padres y, así, pactasteis con los paciecos que entregaran doce mil sestercios a vuestros progenitores después de vuestra muerte, y que, a cambio, vosotros terminaríais con el tirano Etpasto, que había asesinado al padre de vuestros interlocutores.

Y no sólo os atrevisteis a realizar esta noble acción, sino que además la ejecutasteis con fortaleza y valor, de manera que, simplemente con vuestras manos, conseguisteis la venganza sobre los paciecos, el castigo para Etpasto, alimento para vuestros padres y un destino glorioso para vosotros. Por eso, todavía ahora seguís con vida en vuestros túmulos, porque preferisteis asegurar la vejez de vuestros mayores a garantizar la vuestra[75].

Hay dos pares de hermanos que son también bastante 4
conocidos: por una parte Cleobis y Bitón y, por otra, Anfínomo y Anapias; los primeros, porque llevaron a su madre a

---

[74] Cimón era ateniense, hijo de Milcíades (Valerio Máximo, V 3, ext. 3), y entró voluntariamente en prisión para liberar a su padre. Nepote, *Cimón* 1; Justino, II 15, 18 ss.; Séneca, *Controversias* IX 11 ss.; Veleyo, I 8, 6.

[75] Los paciecos eran una noble familia hispana, pero no se conoce el nombre de los hermanos elogiados por Valerio. Cf. Cicerón, *Familiares* VI 19.

que cumpliera con los ritos de Juno, y los segundos porque atravesaron lugares en llamas con su padre y su madre sobre los hombros. Ahora bien, ninguno de ellos se propuso morir por sus progenitores[76].

5 No pretendo despreciar las hazañas argivas, ni disminuir la fama del Etna, pero sí quiero, por una parte, aportar un poco de luz a un ejemplo poco conocido de respeto a los antepasados y, por otra, rendir homenaje de buen grado a los escitas por ese comportamiento. Y es que, mientras Darío atacaba los territorios escitas con todas las fuerzas de que disponía, éstos en retirada general habían alcanzado ya las zonas desérticas más alejadas. Entonces, cuando unos mensajeros enviados por Darío les preguntaron cuándo dejarían de huir y empezarían a luchar, contestaron que ellos no tenían ni ciudades ni fértiles campos por los que combatir, pero que tan pronto como llegaran a los sepulcros de sus antepasados, demostrarían cómo acostumbraban a combatir los escitas[77].

Éstas fueron las únicas, las piadosas palabras que libraron a ese pueblo bárbaro y cruel de toda acusación de fiereza. Así pues, la naturaleza es la primera y la mejor maestra de piedad, ya que sin necesidad de recomendaciones orales ni escritas, con fuerzas innatas y secretas, colma los pechos de los hijos de amor hacia sus padres. ¿De qué sirve entonces la educación? Tal vez, para pulir más los espíritus, pero

[76] En el caso de los hermanos argivos Cleobis y Bitón, llevaron en carro a su madre a una distancia de ocho estadios, para que cumpliera con esos ritos. Su madre pidió entonces a la diosa que les recompensara y ésta lo hizo causándoles la muerte mientras dormían plácidamente. Cf. HERODIANO, I 31; CICERÓN, *Tusculanas* I 47, 113. En cuanto al segundo par de hermanos, salvaron así a sus padres durante la erupción del Etna. Cf. ESTRABÓN, VI 2, y en el poema anónimo *Aetna* de la *Appendix Vergiliana*.

[77] HERODIANO, IV 127.

no para hacerlos mejores, porque una virtud sólida nace más que se hace.

¿Quién pudo inculcar a estos pueblos nómadas, que se 6
ocultaban en las oscuridades de los bosques y que, semejantes a fieras, cubrían sus cuerpos con pieles de animales, una respuesta como la que dieron a Darío?

Pues exactamente la misma fuerza que dotó de voz al hijo de Creso, antes mudo, cuando tuvo que defender la vida de su padre. Y es que, después que Ciro había tomado Cerdeña, un persa que no conocía personalmente a Creso recibió la orden de asesinarle y se lanzó a cumplir esa misión. Pero el hijo, olvidando lo que la fortuna le había negado al nacer, le gritó que no matara al rey Creso, y le hizo retroceder cuando ya casi le había atravesado la garganta con un puñal. De este modo, quien había estado mudo hasta aquel día, recuperó la voz para salvar a su padre[78].

Fue este mismo cariño el que, durante la guerra itálica, 7
armó a un joven de Pinna, llamado Pultón, con tal empuje tanto físico como moral que, estando al frente de su ciudad, que estaba asediada, cuando el general romano le permitió ver a su padre, prisionero y rodeado por las armas de los soldados, y amenazó con darle muerte si no les permitía irrumpir en la ciudad, él solo salvó a su padre de las manos enemigas. De este modo, su comportamiento es digno de elogio por doble motivo, porque salvó a su padre y porque no quiso traicionar a su patria[79].

---

[78] Estos hechos se produjeron en el 548 a. C. Cf. HERODIANO, I 85; CICERÓN, *Sobre la adivinación* I 53, 121; *Del supremo bien...* II 27, 87; GELIO, V 9; SÉNECA, *Controversias* II 1, 7.

[79] *Retórica a Herennio* II 28, 45.

CAPÍTULO 5

[*Sobre la amistad y el amor fraterno*]

Semejante a la anterior es la fuerza que alcanzan los buenos sentimientos entre hermanos, pues si es lógico que la primera semilla del amor la genere el hecho de haber recibido muchos e importantes favores, también es cierto que la segunda debe generarla el haber recibido esos favores junto a otra persona, porque en ese caso el recuerdo es más dulce aún. Pensemos que has ocupado el mismo seno antes incluso de nacer, que has pasado la infancia en la misma cuna, que has llamado padres a las mismas personas, que éstos han tenido los mismos deseos para los hermanos, unos hermanos que han recibido la misma gloria de las imágenes de sus antepasados. Se quiere a una esposa, son dulces los hijos, gratos los amigos, bien acogidos los parientes, pero no puede entregarse a una persona a quien has conocido luego el mismo cariño que has apurado ya antes con tu hermano.

5, 1 Para esta afirmación me baso en Escipión el Africano, quien, aunque estaba unido a Lelio por una amistad estrechísima, sin embargo suplicó al senado que no le entregaran a su amigo la provincia que le había correspondido en suerte a su hermano, y prometió incluso que iría a Asia como legado para su hermano Lucio Escipión, sin importarle que él era ya maduro y que recibiría órdenes de alguien más joven, que él tenía enorme valor y que su hermano era débil, que él era famoso y el otro desconocido, y lo que es más, quien ya era el Africano serviría a quien todavía no era el Asiático.

Y así, de sus dos ilustres sobrenombres, optó por uno y se olvidó del otro, aceptó los honores de un triunfo y cedió los de otro, con lo cual demostró más entrega en su comportamiento que su propio hermano en el mando[80].

Por su parte, el cónsul Marco Fabio, después de una fa- 2
mosa batalla en la que derrotó a los etruscos y a los habitantes de Veyos, no quiso celebrar el triunfo que le ofrecieron con gran empeño el senado y el pueblo. Y el motivo era que en esa batalla había caído su hermano, el antiguo cónsul Quinto Fabio, que había luchado con gran valor. ¿Cuál no sería la fuerza del amor fraterno que anidaba en su corazón, cuando consiguió apagar incluso el deseo del más ilustre de los honores?[81].

Si la Roma del pasado se enorgullece con el ejemplo 3
anterior, con el siguiente se enorgullece nuestra época, que ha podido contemplar, en primer lugar, el vínculo fraterno de la familia Claudia y, ahora, también el de la familia Julia. No en vano, nuestro padre, el emperador, sentía un cariño tan fuerte por su hermano Druso que, cuando se enteró en Tesino[82], adonde había acudido para abrazar a sus padres después de una victoria, de que Druso había sufrido graves y peligrosas heridas en Germania, partió rápidamente lleno de preocupación.

La prueba de que hizo este viaje raudo y precipitado, como si su hermano y él compartiesen un solo espíritu, es

[80] Los dos hermanos mencionados son Publio Cornelio Escipión Africano el Viejo y Lucio Cornelio Escipión. La marcha voluntaria del primero de ellos a Asia se produjo en el 190 a. C. Cf. Livio, XXXVII 1, 7-10; Cicerón, *Filípicas* II 7, 17; *En defensa de Murena* XIV 32.

[81] Se refiere Valerio a Marco y Quinto Fabio Vibulano. Este último falleció luchando contra los habitantes de Veyos (480 a. C.). Cf. Livio, II 46-7.

[82] Ciudad de la Galia Cisalpina, llamada en la actualidad Pavía.

que atravesó los Alpes y el Rin sin parar ni de día ni de noche, cambiando de montura cada doscientas millas y cruzando por una zona sometida recientemente, para lo que se contentó con la única compañía del general Namantabagio.

Pero, en ese esfuerzo y en ese peligro inusitados, en esa situación en la que no contó con ningún otro apoyo humano, le acompañaban el sagrado numen de la piedad, los dioses que protegen a los hombres de eximio valor y Júpiter, el más fiel guardián del Imperio Romano.

En cuanto a Druso, aunque estaba ya más cercano a la muerte que a rendirle honores, sin apenas fuerzas ni físicas ni morales, en el mismo instante que separa la vida y la muerte, ordenó que sus legiones avanzasen rápidamente hacia su hermano para tributarle un recibimiento propio de un general. Dispuso, además, que se levantase para él una tienda a la derecha, y quiso que se le reconociese su carácter consular y de mando supremo, de manera que abandonó la vida a la vez que se sometía a la dignidad de su hermano[83].

Junto a estos ejemplos, sí que no podríamos encontrar ningún otro que exprese igualmente el cariño fraterno, a no ser el de Cástor y Pólux.

4 Además, espero que a estos ilustres generales de todas las épocas no les molestará si, en este capítulo, menciono también el amor fraternal demostrado por un soldado raso hacia su hermano: cuando este soldado militaba en el ejército de Gneo Pompeyo, había matado a un partidario de Sertorio[84] que le había atacado violentamente en una lucha

---

[83] Nerón Claudio Druso murió en el 9 d. C., tras caerse de su caballo. Cf. PLINIO, *Historia Natural* VII 20; TÁCITO, *Anales* III 5.

[84] Sertorio, general partidario de Mario que, después del triunfo de Sila, huyó de Roma y constituyó un reino independiente, hasta que fue asesinado.

cuerpo a cuerpo. Pero, al despojarle de sus armas, se dio cuenta de que era su hermano. Ante esto, imprecando e insultando una y otra vez a los dioses por el botín obtenido en esa impía victoria, llevó el cadáver a su campamento, lo cubrió con ropas lujosas y lo colocó sobre una pira. Arrojó entonces sobre ella una antorcha, y al momento, con la misma espada con la que le había matado, se atravesó el pecho, y se arrojó sobre el cadáver de su hermano para arder en las mismas llamas. Si no hubiera sabido nada, hubiera podido vivir sin remordimiento, pero, como prefirió ser fiel a sus sentimientos fraternales antes que ser perdonado, acompañó a su hermano en la muerte.

CAPÍTULO 6

[*Sobre el amor de los romanos a su patria*]

El respeto a las obligaciones ha demostrado, pues, su poder cuando está reforzado por el vínculo estrecho de la sangre. Resta ahora que lo demuestre cuando lo que se comparte es la patria. A la majestad de ésta somete sus fuerzas la autoridad paterna, tan semejante a la protección divina, y ante la patria cede voluntaria y gustosamente el cariño fraterno. Con la mayor razón, porque en caso de que tu hogar sea destruido, el estado puede mantenerse a salvo, en cambio, la ruina de la ciudad conlleva la de los hogares de todos los ciudadanos.

Pero, ¿para qué intentar explicar con palabras una realidad que tiene tal fuerza que algunas personas han entregado la vida por ella?

Bruto, el primer cónsul, montado sobre su caballo se en- 6, 1
frentó en una batalla con Arrunte, el hijo de Tarquinio el

Soberbio, que había sido expulsado del reino. Pues bien, cuando entrechocaron sus lanzas, se causaron tales heridas el uno al otro que murieron ambos[85].

Se puede decir, pues, con justicia que al pueblo romano le costó cara su libertad.

2 En una ocasión, en mitad del foro se hundió la tierra y se produjo repentinamente una grieta enorme. El oráculo informó que ese hueco tan sólo podría rellenarse con aquello en lo que más destacaba el Imperio Romano, ante lo cual Curcio, un joven de espíritu y linaje intachables, creyendo que nuestra ciudad sobresalía fundamentalmente por el valor demostrado en las guerras, se cubrió con insignias militares, subió a su caballo y, espoleándole con todas sus fuerzas, se lanzó a aquella sima.

En reconocimiento a este gesto, todos los ciudadanos comenzaron a depositar allí frutos y, al momento, la tierra recuperó su estado original.

Muchas hazañas destacadas se produjeron luego en el foro romano, pero no hemos conocido hasta nuestros días ningún caso de patriotismo semejante al de Curcio[86].

Aunque este ejemplo se lleva la palma en cuanto a gloria, mencionaremos otro similar.

3 Cuando el pretor Genucio Cipo salía por una puerta ataviado como un general, sucedió un prodigio insólito e inaudito: y es que, de repente, le salieron como cuernos en la cabeza, a lo que respondió el oráculo que, si Genucio volvía a la ciudad, sería rey.

---

[85] Cicerón, *Filípicas* III 4, 9; Livio, I 56 ss., II 6; Plutarco, *Publícola* 9; Valerio Máximo, IV 4, 1.

[86] Estos hechos acaecieron en el 362 a. C. Livio, VII 6; Plinio, *Historia Natural* XV 20; Orosio, *Historias* III 5; Varrón, *La lengua latina* V 32 y 148.

Pero él, para evitar que esto sucediera, se obligó a un exilio perpetuo y voluntario. ¡Qué magnífico ejemplo de patriotismo que, por la gloria que merece, debe ser antepuesto incluso a los siete reyes! Para dar prueba de este hecho se colocó una imagen de bronce de su cabeza sobre la puerta por la que había salido, y se denominó a esa puerta «Raudúscula», ya que, en el pasado, al bronce se le llamaba «raudus»[87].

4 En esta sucesión de hechos loables y casi imposibles de mejorar, Genucio da paso al pretor Elio, a quien se le había posado un picoverde sobre la cabeza mientras administraba justicia. Los augures auspiciaron entonces que, si no le hacía nada al ave, su hogar florecería, mientras que se arruinaría la situación del estado. Por contra, si mataba al pájaro, la situación de su familia y del estado sería la contraria.

Ante esto Elio, sin dudarlo, mató al picoverde a la vista de los senadores. Poco después, la familia Elia perdió en la batalla de Cannas a diecisiete varones de valor sin igual, mientras que la República, con el paso del tiempo, llegó a la cumbre del poder[88]. Naturalmente, Sila, Mario y Cinna se burlaron de esas acciones como si fueran ridículas.

5 Publio Decio Mus, que fue el primero de su familia en ser nombrado cónsul, al ver en la guerra contra los latinos que el ejército romano desfallecía y que estaba ya casi derrotado, ofreció su propia cabeza por la República ya que, inmediatamente, espoleando su caballo irrumpió en medio de las filas enemigas y, buscando la salvación de su patria

[87] La historia aparece también con alteraciones en Festo, *Comentario a las «Antigüedades» de Varrón*. Cf. Ovidio, *Metamorfosis* XV 565-581, 609-617; Plinio, *Historia Natural* XI 45.

[88] Otras fuentes refieren este ejemplo a Quinto Elio Tuberón, y hablan de catorce muertos en lugar de diecisiete. Cf. Plinio, *Historia Natural* X 18, 20; 20, 42; Frontino, *Estratagemas* IV 5, 14.

sin acordarse de la suya propia, causó graves pérdidas al enemigo hasta caer finalmente acribillado por una lluvia de flechas. Sin duda, obtuvimos una victoria inesperada gracias a sus heridas y a su sangre[89].

6 El ejemplo de este general hubiera sido único, de no haber contado con un hijo de sentimientos parecidos. Y es que, cuando éste desempeñaba su cuarto consulado, siguió el ejemplo de su padre con igual entrega y, en una batalla de dureza similar a la citada, se ofreció voluntariamente a la muerte salvando así la situación de nuestro ejército, ya difícil y debilitada.

Ante esto, es complicado saber si, para Roma, fue más útil tener como generales a los Decios o perderlos, pues si en vida consiguieron que no fuéramos vencidos, con su muerte nos dieron la victoria[90].

7 Si bien Escipión Africano el Viejo no murió por la República, lo cierto es que procuró con su valor admirable que la República no fuera destruida. Y es que, si en el estado de abatimiento de nuestra ciudad después de la derrota de Cannas, parecía que a Roma no le quedaba más salida que ser saqueada por el vencedor —y de hecho, instigados por Quinto Metelo[91], lo que quedaba de nuestro humillado ejército estaba meditando la decisión de abandonar Italia—, Escipión, que era entonces un tribuno militar jovencísimo, sacando su espada y amenazando de muerte a cada uno, les obligó a todos a jurar que no abandonarían nunca la patria.

---

[89] Estos hechos acaecieron en el 340 a. C., pero este personaje ya antes había obtenido una corona triunfal por un comportamiento heroico similar. *Vid.* Livio, VII 21; Cicerón, *Sobre la adivinación* I 24, 51; Plinio, *Historia Natural* XVI 4, 5; Valerio Máximo, I 7, 3.

[90] (295 a. C.) Livio, X 28-29; Cicerón, *Sobre la vejez* XIII 43.

[91] No es Quinto, sino Marco Cecilio Metelo.

Con este gesto, no sólo demostró un patriotismo desbordante, sino que, además, consiguió que todos los demás recuperaran el suyo[92].

Pero pasemos de ejemplos individuales a colectivos: ¡Có- 8
mo ardió por la patria y con qué amor tan generoso toda nuestra ciudad! Pues cuando, durante la Segunda Guerra Púnica, las arcas del tesoro estaban tan exhaustas que no se lograba sufragar ni siquiera el culto de los dioses, los publicanos se presentaron voluntariamente ante los censores, y les animaron a realizar todos los preparativos como si al estado le sobrara el dinero, prometiendo incluso que ellos correrían con todos los gastos y no pedirían un as hasta que no terminara la guerra[93].

También los dueños de aquellos esclavos a los que Sempronio Graco manumitió por sus grandes méritos en la batalla de Benevento renunciaron a exigirle al general compensación alguna[94]. En el ejército no hubo caballero ni centurión que reclamase su paga. El oro o la plata que guardaban hombres y mujeres, e incluso los distintivos de nobleza que poseían los niños, fueron entregados para solventar las necesidades del momento. Y no hubo nadie que quisiera servirse del beneficio concedido por el senado, que exoneraba de pagar tributos a quienes ya hubieran cumplido con sus obligaciones fiscales. Al contrario, pagaron ese impuesto con más diligencia que nadie.

Y es que no ignoraban que, en aquella ocasión en que fue tomada Veyos, cuando había que enviar oro al Apolo de Delfos en nombre de las décimas que había prometido Camilo, como no tenían posibilidad de comprarlo, las matro-

---

[92] Livio, XXII 53; Silio, X 432.

[93] Livio, XXIV 18.

[94] Livio, XXIV 14; XVIII 12.

nas entregaron sus joyas al erario[95]. E igualmente habían oído contar que las mil libras de oro que debían entregarse a los galos por haber desistido de su asedio del Capitolio se consiguieron con una donación de las mujeres[96]. Estimulados, pues, tanto por su propia disposición como por ese ejemplo del pasado, pensaron que tenían que recurrir a todo.

Ejemplos extranjeros

6, 1 Hay también ejemplos extranjeros en el mismo sentido.

El rey ateniense Codro, al ver que el Ática estaba debilitada después de la lucha contra un poderoso ejército enemigo y que había sido devastada a hierro y fuego, no teniendo ya esperanza alguna en la ayuda humana, recurrió al oráculo de Apolo Délfico y, mediante unos mensajeros, preguntó la manera de resolver aquella guerra tan complicada. La respuesta del dios fue que el final llegaría, tan sólo, si él moría a manos de los enemigos.

Esta noticia se difundió por toda Atenas, e incluso por el campamento rival, por lo cual se dio orden de que nadie hiriera a Codro.

Cuando el rey se enteró de esto, se quitó las insignias de poder, se vistió como un esclavo y marchó sobre un grupo de enemigos que estaban forrajeando. De este modo, hiriendo a uno de ellos con un golpe de hoz, forzó su propia muerte y con ello consiguió que Atenas siguiera en pie[97].

---

[95] Livio, V 23.

[96] Livio, V 48 ss.; VI 4, 3.

[97] Codro fue rey durante veintiún años y su heroica muerte le valió ser honrado como dios de los sacrificios. Cicerón, *Tusculanas* I 48, 116;

De ese mismo reguero de patriotismo manó también el espíritu de Trasibulo, quien, queriendo liberar la ciudad de Atenas del terrible dominio de los Treinta Tiranos, como acometía tamaña empresa con un pequeño contingente de soldados, uno de los implicados le dijo: «¿Cuántas gracias tendrá que darte Atenas por haber conseguido tú su libertad?». 2

Entonces él replicó: «Hagan los dioses que parezca que yo le devuelvo a ella todo el agradecimiento que le debo». Con tales sentimientos, no hizo sino aumentar los elogios que merecía por la heroica empresa de haber derrocado a los tiranos[98].

Por su parte Temístocles, a quien su valor había hecho vencedor, y a quien la ofensa de su patria le había llevado a ponerse al frente de los persas, como no quería atacar a los suyos, realizó un sacrificio en el que bebió sangre de toro derramada en una copa, después de lo cual cayó ante el altar como noble víctima de la piedad. Con esta muerte tan memorable, consiguió que Grecia no tuviese necesidad de un nuevo Temístocles[99]. 3

Sigue un ejemplo del mismo tipo. Habiéndose producido entre Cartago y Cirene una grave disputa por la delimitación del territorio, al fin, se decidió que una serie de jóvenes 4

Sobre la naturaleza de los dioses III 19, 49; *Sobre las leyes* V 22, 62; HORACIO, *Odas* III 19, 2; JUSTINO, II 6, 16-19.

[98] Curiosamente el nombre de Trasibulo significa etimológicamente «de audaces decisiones». NEPOTE, *Trasibulo* I 2; DIODORO, XIV 32; JUSTINO, V 9.

[99] Este ilustre personaje ateniense vivió desde el 551 a. C. hasta el 449, año en que se produjeron los hechos mencionados por Valerio, hechos que son relatados por otros autores de forma distinta, ya que para algunos Temístocles se envenenó, y para otros murió enfermo. CICERÓN, *Bruto* 43; TUCÍDIDES, I 138; PLUTARCO, *Temístocles* 31; NEPOTE, *Temístocles* X 4.

partiera al mismo tiempo desde los dos sitios, de manera que el punto en el que se encontraran marcaría la frontera entre ambos pueblos. Pero dos hermanos cartagineses, llamados Filenos, por traición, partieron antes de la hora fijada y, como además avivaron su marcha, ampliaron el territorio recorrido.

Cuando los jóvenes de Cirene comprendieron lo que había ocurrido, quejándose una y otra vez del engaño, intentaron anular la prueba e imponer una dura condición: aceptarían esa frontera, si los Filenos permitían ser enterrados vivos allí.

Pero el resultado no respondió a las expectativas, porque los hermanos, sin demora alguna, se ofrecieron para ser enterrados en ese lugar.

De este modo, puesto que prefirieron que los límites de su patria superaran a los de su propia vida, yacen en paz, porque, con sus manos y sus huesos, consiguieron ampliar los límites del imperio cartaginés[100].

¿Dónde están ahora las altas murallas de la soberbia Cartago? ¿Dónde la gloria marítima de su famoso puerto? ¿Dónde su flota, terror de todas las costas? ¿Dónde tantos ejércitos? ¿Dónde su gran caballería? ¿Dónde esos aires que no se conformaban con el inmenso territorio africano? Todo esto lo dividió la fortuna entre los dos Escipiones, en cambio ni siquiera la destrucción de su patria pudo extinguir el recuerdo de la ilustre gesta de los Filenos. Nada hay pues inmortal, excepto la virtud a la que puede aspirar el espíritu o la mano de un mortal.

5 Este derroche de patriotismo es propio de un ardor juvenil. Pero, en el caso de Aristóteles, que con el cuerpo decrépito y arrugado disfrutaba ya de sus últimos años dedicado

[100] Silio, XV 700; Salustio, *La guerra de Jugurta* 79-81.

al cultivo de las letras, veló con tanta valentía por el bienestar de su patria que, a pesar de que yacía ya en su lecho en Atenas, consiguió salvarla cuando estaba siendo asolada por las armas hostiles de los macedonios. De hecho, merece menos la pena conocer cómo Alejandro destruyó y arrasó la ciudad que cómo fue salvada por Aristóteles[101].

Hemos visto cuántos hombres de cualquier edad y condición han demostrado buenos y nobles sentimientos hacia su patria, y cómo el mundo ha ofrecido también una profusa pléyade de magníficos ejemplos a las sagradas leyes de la naturaleza.

CAPÍTULO 7

Sobre el amor paterno y la indulgencia para con los hijos

Larguemos velas ahora al cariño piadoso y sereno de padres a hijos, para que, con su soplo de aire puro, ofrezcan un grato aporte de ternura.

Fabio Ruliano, después de cinco gloriosos consulados, 7, 1
después de haber merecido todos los honores propios del valor militar y de la vida civil, no se molestó por marchar como legado a las órdenes de su hijo, Fabio Gurges, para terminar una guerra difícil y peligrosa, a pesar de que, por su edad, era casi más apto para luchas mentales, por así decirlo, que físicas, pues su extrema vejez le hacía buscar ya más el lecho que los esfuerzos de los combates.

[101] Finalmente, Aristóteles fue acusado de impiedad y tuvo que partir de Atenas, muriendo en el 322 a. C., a los 63 años de edad. PLUTARCO, *Alejandro* 7; DIÓGENES LAERCIO, *Aristipo* VI 4; PLINIO, *Historia Natural* VII 29.

Incluso disfrutó como nadie al seguir montado a caballo el cortejo triunfal de su hijo, un hijo a quien había llevado él mismo en brazos durante sus propios triunfos cuando era niño. Y lo cierto es que nadie consideró a Fabio como un mero adorno en esa ostentación de gloria, sino como un protagonista destacado[102].

2 Si bien no fue tan reconocido el comportamiento como padre del caballero romano Cesecio, sí fue semejante su indulgencia. Pues, cuando recibió de César —vencedor ya de todos sus enemigos externos e internos— la orden de repudiar a su hijo, porque éste, que era tribuno de la plebe, había provocado junto con su colega Márulo que se mirara mal a César por aspirar a la tiranía, Cesecio se permitió responder de este modo: «César, podrás quitarme a todos mis hijos, antes de que yo excluya a uno sólo de ellos de mi lista»[103].

Lo cierto es que tenía otros dos hijos de magnífica condición, a los que sí prometió César un tratamiento benévolo en el reconocimiento de honores y dignidades.

Aunque la suma clemencia de nuestro príncipe divino permitió que este padre no recibiera daño alguno, ¿quién no consideraría que había rebasado los límites del comportamiento humano porque no cedió ante quien había sometido al mundo entero?

3 Con todo, no sé si Octavio Balbo demostró incluso unos sentimientos más intensos y apasionados hacia su hijo. En efecto, cuando el padre fue proscrito por los triúnviros, en el momento en que se disponía a salir a escondidas por la puerta trasera y darse a la fuga, recibió de los vecinos la fal-

---

[102] Fabio Ruliano había alcanzado, realmente, todos los honores, pues había sido edil curul, general del ejército, cónsul en cinco ocasiones (322, 310, 308, 297 y 295 a. C.), dictador, censor, etc. EUTROPIO, II 9, 3; VALERIO MÁXIMO, II 2, 9; 7, 8; III 2, 9; V 2, 3.

[103] SUETONIO, *César* 73; PLUTARCO, *César* 67.

sa noticia de que, en el interior, habían matado a su hijo. Ante esto, lanzándose en busca de esa muerte de la que intentaba huir, se arrojó a los soldados dispuesto a morir, pues pensó que era preferible ese pasado en el que había podido ver a su hijo —que sorprendentemente estaba ileso— que salvar su propia vida. ¡Qué desdichados los ojos del joven, que debieron ver morir por su causa a ese padre tan querido!

Ejemplos extranjeros

Para pasar a hechos más agradables, narraremos que An- 7, 1
tíoco, hijo del rey Seleuco, abrasado por un irresistible amor hacia su madrastra Estratonice, como era consciente de lo deshonesto de su pasión, intentaba ocultar con piadoso disimulo la impía herida de su corazón. De este modo, la existencia de esos sentimientos contrapuestos encerrados en sus entrañas, su ardiente pasión y su extrema honestidad, le hicieron caer gravemente enfermo. Yacía, pues, en el lecho como moribundo, sus familiares lloraban, su padre, lleno de dolor, lamentaba la muerte de su único hijo y la soledad que le aguardaba. Todo el palacio mostraba un rostro más fúnebre que regio.

Pero la intuición del matemático Leptines o, según cuentan algunos, del médico Erasístrato, ayudó a disipar ese velo de tristeza. Pues, mientras estaba sentado junto a Antíoco, observó que éste, al entrar Estratonice en su cuarto, recuperaba el color y se le aceleraba la respiración, mientras que, cuando ella salía, palidecía de nuevo y respiraba con más fatiga, detalle que le llevó a suponer la verdad. Así pues, cada vez que Estratonice entraba o salía, cogía con disimulo el brazo del enfermo y le tomaba el pulso, que se aceleraba

y disminuía alternativamente, hasta que descubrió el mal que afectaba al joven. Acto seguido se lo comunicó a Seleuco, quien no dudó en ceder su amada esposa a su hijo, y consideró un hecho afortunado el que éste se hubiese enamorado de ella, achacando al pudor de Antíoco el que hubiese disimulado casi hasta la muerte[104].

Si consideramos su condición de persona madura, de rey y de enamorado, comprenderemos cuántas y cuán enormes dificultades debió superar su amor de padre.

2 Seleuco renunció a su esposa, pero Ariobárzanes, por su hijo, renunció a su propio reino de Capadocia en presencia de Gneo Pompeyo. Pues, cuando subió a la tribuna y, a invitación de Pompeyo, se sentó en la silla curul, observó que su hijo, al otro lado del secretario, ocupaba un lugar inferior al que correspondía a su rango. Ante esto, no consintiendo estar él por encima, se levantó de la silla y puso su diadema sobre la cabeza de su hijo, aconsejándole que pasara a la silla de la que él se había levantado. El joven comenzó a llorar, se echó a temblar, y dejó caer la diadema sin que pudiera avanzar hacia donde le había indicado su padre. Y lo que casi es inverosímil, quien renunciaba al trono estaba alegre, y triste el que lo recibía. Tan noble dilema no hubiera terminado si Pompeyo, con su autoridad, no hubiese apoyado la decisión paterna, ya que nombró rey al hijo y le ordenó tomar la diadema y sentarse en la silla curul[105].

---

[104] Seleuco I (312-281 a. C.), llamado Nicátor, fue el primer rey de Siria, persona admirada por su valor, cultura y actuación como rey y como ilustre general de Alejandro Magno. En cuanto a su hijo, Antíoco I Soter (281-260), se casó con Estratonice, con la que tuvo al tercer rey de esta dinastía: Antíoco II Theos (260-247). PLUTARCO, *Demetrio* II 38; JUSTINO, XVII 2.

[105] Ariobárzanes I había recuperado precisamente su reino gracias a la ayuda de Pompeyo, quien nombró rey finalmente al hijo, un hijo que, por su negativa a aceptar el poder, fue apodado Filopátor, es decir, «amante

La ternura de estos padres parece propia de la comedia, 8
la severidad de los siguientes de la tragedia.

CAPÍTULO 8

Sobre la severidad de algunos padres para con los hijos

Lucio Bruto, merecedor de una gloria semejante a la de 8, 1
Rómulo —porque si a éste le debemos la fundación de la ciudad, a aquél su libertad—, cuando obtuvo el sumo poder ordenó que apresaran a sus hijos, que les dieran latigazos ante su tienda, que les ataran a un palo y que les decapitaran, porque habían pretendido restaurar la tiranía de Tarquinio que él había abolido.

Se despojó, pues, de su condición de padre para actuar como cónsul y prefirió pasar el resto de su vida sin hijos antes que incumplir el castigo debido [106].

Este comportamiento fue imitado por Casio con su hijo 2
Espurio Casio, que había sido el primero en promulgar una ley agraria como tribuno de la plebe y se había ganado además el favor de los ciudadanos por muchas otras acciones populares. Pues bien, Casio, después de haberle depuesto de esa magistratura, aconsejado por parientes y amigos le condenó en su propia casa por intentar alcanzar el poder absoluto, ordenó que le dieran latigazos y que le ajusticiaran, e

de su padre». Cf. Floro, *Epítome* III 5; Cicerón, *En defensa de la Ley Manilia* II 12.

[106] Cf. Livio, II 5 o VIII 43, donde le denomina «fundador de la libertad de Roma».

incluso entregó su parte de la herencia a Ceres como ofrenda[107].

3 Por su parte, Tito Manlio Torcuato, hombre de dignidad inigualable por sus muchas hazañas, muy entendido en derecho civil y en el religioso, pensó en una circunstancia similar que no necesitaba siquiera el consejo de sus parientes, pues, cuando los macedonios enviaron mensajeros al senado para quejarse de su hijo, Décimo Silano, que estaba al frente de esa provincia, pidió a los senadores que no tomaran ninguna decisión acerca de este asunto hasta que él estudiara la disputa de los macedonios con su hijo. Así pues, por acuerdo unánime tanto del senado como de aquellos que habían venido a exponer sus quejas, asumiendo el conocimiento de esta causa, se sentó en su casa y, sin presencia extraña alguna, dedicó dos días completos a escuchar a ambas partes. Al tercero, después de reflexionar seriamente acerca de lo escuchado, dictó la siguiente sentencia: «Puesto que tengo pruebas de que mi hijo Silano ha recibido dinero de los aliados, le considero indigno tanto de la República como de mi hogar, por lo cual ordeno que desaparezca inmediatamente de mi vista».

Silano, compungido ante la dura sentencia de su padre, no pudo soportar vivir un día más y se ahorcó la noche siguiente.

Torcuato había actuado como juez severo y escrupuloso, había buscado el interés de la República, había hecho justi-

[107] Tanto el padre como el hijo se llamaban Espurio Casio Vitelino, y los méritos del hijo habían sido tales que llegó a ser cónsul en tres ocasiones, celebrando triunfos y promulgando una famosa ley agraria en el 268 a. C. Cf. Livio, II 41, 10; Dionisio, VIII 76; Cicerón, *Sobre la República* II 49, 57 y 60; Plinio, *Historia Natural* XXXIV 9; Dión Casio, X 38; y el propio Valerio Máximo, VI 3, 2, donde, según el autor, fueron el senado y el pueblo los que condenaron a Espurio Casio.

cia con Macedonia, pero su rigor de padre hubiera podido suavizarse con el suicidio de su hijo por la afrenta recibida *** Sin embargo, lo cierto es que no asistió al funeral del joven, y que mientras éste estaba celebrándose, se puso a disposición de quien quisiese consultarle[108].

Se veía a sí mismo sentado en aquel atrio en el que había sido colocada la estatua de aquel riguroso Torcuato, conocido por su severidad, y siendo tan prudente como era, se le venía a la cabeza que las imágenes de los antepasados solían colocarse con sus inscripciones en la entrada de las casas no sólo para que las nuevas generaciones conocieran las virtudes de sus antepasados, sino para que las imitaran.

En cuanto a Marco Escauro, orgullo y gloria de la patria, 4
al enterarse de que la caballería romana, después de ser derrotada por los cimbrios junto al río Adigio, huyó despavorida hacia Roma dejando abandonado al cónsul Cátulo, y al saber que su hijo había formado parte de esa huida, le envió un mensajero para decirle que hubiera preferido toparse con su cadáver muerto en la batalla, antes que verle participando en una fuga tan indecorosa. Añadió además que, si aún tenía algo de vergüenza, debía quitarse de la vista de su padre, ahora deshonrado. Que recordase lo que había aprendido en su juventud y que se plantease si Marco Escauro debía aceptar o rechazar a su hijo.

El joven, al recibir este mensaje, no tuvo más salida que dirigir contra su propio cuerpo la espada que debía haber usado contra sus enemigos[109].

---

[108] Tito Manlio Torcuato fue cónsul en el 255 y en el 224 a. C. Cf. Cicerón, *Del supremo bien...* I 7, 24.

[109] Marco Emilio Escauro había sido cónsul en el 115 a. C. y los hechos mencionados acaecieron en el 101 a. C.; cf. Valerio Máximo, IV 4, 11; Floro, *Epítome* I 38, 12; Frontino, *Estratagemas* IV 1, 13.

5 Por su parte, Aulo Fulvio, perteneciente al orden senatorial, puso tanta pasión en hacer que su hijo se retirara cuando acudía a una batalla como antes había puesto Escauro en increpar a su hijo por haberse retirado de ella. En efecto, cuando el joven, que sobresalía entre los de su edad por su ingenio, su cultura y su belleza, cometió el error de trabar amistad con Catilina, y estaba dispuesto a seguirle temerariamente en sus empresas, Aulo Fulvio le detuvo en mitad del camino y le condenó a muerte, advirtiéndole antes que no le había engendrado para que ayudara a Catilina en su ataque contra la patria, sino para que ayudara a la patria en contra de Catilina[110].

Hubiera podido retenerle, encerrándole hasta que hubiese pasado la locura del conflicto civil, pero entonces estaríamos hablando de un padre cauto y no de uno severo.

9 Para que esta severidad, desbordante y excesiva, se modere con el relato de costumbres más benévolas de nuestros antepasados, que aportan su porción de clemencia, citaremos también ejemplos de perdón junto a los ya mencionados de castigo.

CAPÍTULO 9

Sobre la moderación de los padres frente a actitudes sospechosas de sus hijos

9, 1 Lucio Gelio, después de haber desempeñado todas las magistraturas hasta llegar a la censura, a pesar de que estaba seguro de que eran ciertas unas acusaciones gravísimas lan-

---

[110] DIÓN, XXXVII 5; SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* XXXIX 6.

zadas contra su hijo, en el sentido de que había cometido estupro con su madrastra y de que planeaba matarle a él, sin embargo, no se lanzó a una venganza ciega, sino que reunió al senado en pleno, expuso sus sospechas, ofreció al joven la posibilidad de defenderse y, después de una investigación muy rigurosa, lo absolvió con una sentencia avalada no sólo por el consejo sino también por él mismo[111].

Por contra, si hubiese actuado enloquecido y arrastrado por la ira, más que castigar un crimen lo hubiera cometido.

En el caso de Quinto Hortensio, auténtico orgullo de la 2
elocuencia romana de su época, tuvo una paciencia admirable con su hijo. No en vano, cuando ya dudaba del comportamiento íntegro de éste, y veía su maldad con tan malos ojos que estaba dispuesto a nombrar heredero a Mesala, el hijo de su hermana, le defendió en un juicio de una acusación de cohecho, y dijo a los jueces que, si le condenaban, no le quedaría más consuelo que el beso de sus nietos.

Es más, a pesar de que incluyó esta frase cuando su discurso fue publicado, dando a entender que su hijo era para él más un castigo que un placer, para no alterar el orden normal de la naturaleza, nombró heredero a su hijo y no a sus nietos. Vemos, pues, cómo Quinto Hortensio supo mostrar sus afectos con moderación ya que, en vida, reconoció las costumbres de su hijo, pero, cuando murió, cumplió con los deberes propios de la sangre[112].

Similar fue el comportamiento de Quinto Fulvio, perso- 3
na de noble linaje y gran dignidad, pero con un hijo de con-

---

[111] Lucio Gelio Poplícola había sido censor en el 72 a. C. y en el 70, muriendo en el 52. En cuanto a su hijo, de igual nombre, murió en la batalla de Accio.

[112] Se trata de Quinto Hortensio Hórtalo, nacido en el 114 a. C. Cf. CICERÓN, *Cartas a Ático* X 4, 6; 17, 18; *Bruto* 228 ss.

dición bastante peor. Pues bien, habiendo implorado la ayuda del senado cuando el joven estaba escondido, ya que era buscado por un triúnviro como sospechoso en un caso de parricidio, al enterarse Quinto Fulvio de que, finalmente, su hijo había sido apresado por orden de los senadores, no sólo no quiso destacar su falta, sino que incluso dispuso que, al morir, su hijo se convirtiera en dueño de todos sus bienes, constituyendo así como heredero a aquel al que había engendrado, y no a quien había conocido luego[113].

4 A estos ejemplos que demuestran la benevolencia de hombres ilustres, voy a añadir también el comportamiento original e inusitado de un padre anónimo que, al enterarse de que su hijo maquinaba acabar con su vida, como no podría creer que alguien de su propia sangre llegara a este grado de maldad, llevando aparte a su mujer le suplicó que no le ocultara por más tiempo si, en realidad, había cambiado al niño, o si lo había engendrado de otro hombre.

Ante las negativas y el juramento de ella, olvidó sus sospechas, condujo a su hijo a un lugar solitario, le entregó una espada que tenía escondida y le ofreció su cuello dispuesto a morir, diciéndole que, para cometer ese parricidio, no necesitaba ni venenos ni asesinos a sueldo.

En ese momento, y no paulatinamente, sino de golpe, el joven recuperó la cordura. Por eso, rechazó al instante la espada y dijo: «Sigue con vida, padre, y si eres tan complaciente como para permitir que te suplique algo, vive más que yo. Únicamente, te ruego que no creas que mi amor hacia ti tiene menos valor por el hecho de haber surgido del arrepentimiento». ¡Oh lugar solitario, que pudiste más que la sangre, bosques más tranquilos que los hogares, espada

[113] Cf. Valerio Máximo, II 3, 3; 8, 4; V 2, 1.

menos dura que los alimentos, y beneficio de la muerte ofrecida más eficaz que la vida entregada!

Una vez mencionados algunos padres que recibieron 10
con paciencia las injurias de sus hijos, hablaremos de aquellos que sobrellevaron sus muertes con serenidad.

CAPÍTULO 10

Sobre padres que soportaron valerosamente la muerte de sus hijos

Cuando Horacio Pulvilo estaba consagrando en el Ca- 10, 1
pitolio un templo en honor a Júpiter Óptimo Máximo, en mitad de las fórmulas sagradas, mientras tenía su mano sobre la jamba de la puerta[114], oyó decir que había muerto su hijo. Pero ni retiró la mano de la puerta ni interrumpió el rito sagrado, pues no quería marcar un acto público con un gesto de dolor por un motivo privado, para que no pareciera que estaba allí más en función de su condición de padre que de pontífice.

Si este ejemplo es realmente notable, el que sigue no le va a la zaga.

Emilio Paulo, representación del más feliz de los padres, 2
pero también del más desgraciado, tuvo cuatro hijos de insigne belleza y noble carácter, pero, después de renunciar a dos de ellos, que fueron adoptados por las familias Fabia y

---

[114] Este rito se producía siempre en la dedicación de los templos. El caso narrado es mencionado por Livio, II 8, 8; Dionisio, V 35; o Tácito, *Historias* III 72, y acaeció en torno al año 509 a. C., año en que fue cónsul Horacio Pulvilo.

Cornelia, los otros dos le fueron arrebatados por la fortuna. Uno murió cuatro días antes de la celebración de su triunfo, y el otro sí pudo ser admirado sobre el carro triunfal, aunque murió tres días después.

De este modo, quien había tenido hijos suficientes como para donar alguno, se quedó de repente sin ninguno.

Con todo, la fortaleza de ánimo con la que sobrellevó esta desgracia queda reflejada en las palabras que añadió al discurso que pronunció ante el pueblo sobre sus acciones: «Cuando en el punto álgido de mi fortuna, Quirites, temía que el destino me deparase algún mal, supliqué a Júpiter Óptimo Máximo, a Juno Regina y a Minerva que, si se avecinaba alguna desgracia para el pueblo romano, recayera toda ella sobre mi casa. Por tanto, no puedo quejarme, porque al corresponder a mi petición, los dioses consiguieron que vosotros lamentarais mi situación, pero que yo no tuviera que deplorar la vuestra» [115].

3 Voy a mencionar un nuevo ejemplo romano y, posteriormente, pasaré ya a tratar desgracias de gentes extranjeras:

Quinto Marcio Rex, colega de Catón el Viejo en el consulado [116], perdió a su hijo, un joven de piedad extrema, de futuro esperanzador y, lo que viene a acentuar la desgracia, su único hijo. Pero, a pesar de sentirse abrumado y angustiado por esta muerte, intentó ocultar su dolor con un comportamiento tan noble que, al abandonar el entierro del jo-

[115] Lucio Paulo Emilio llegó, incluso, a merecer el título de *imperator,* por celebrar tres triunfos, y murió finalmente en el 160 a. C. Cicerón, *Tusculanas* III 28, 70; *Familiares* V 6; Livio, XLV 40-41; Plutarco, *Paulo Emilio* 35-36.

[116] No se trata de Catón el Viejo, sino de su nieto, Marco Porcio Catón.

ven, se dirigió de inmediato a la curia y convocó al senado ese mismo día, que era cuando correspondía[117].

Lo cierto es que, si no hubiese sabido sobrellevar su tristeza con tanto valor, no habría podido repartir las horas de esa jornada entre su condición de padre desventurado y la de cónsul tenaz sin haber faltado a alguna de esas dos obligaciones.

Ejemplos extranjeros

El líder ateniense Pericles, a pesar de haber perdido a dos hijos magníficos en el espacio de cuatro días, mantuvo, incluso en esos días, la expresión habitual en su rostro, sin reflejar dolor en ningún momento de sus discursos. Al contrario, fue capaz de mantener la corona en su cabeza como de costumbre, para no suprimir ningún rito por una desgracia particular. No es extraño, pues, que una fortaleza de ánimo como la suya hiciera que le atribuyeran el sobrenombre de «Júpiter Olímpico»[118]. 10, 1

Por su parte, Jenofonte, quien en lo que se refiere a la filosofía socrática es el más parecido a Platón por lo agradable y afortunado de sus palabras, mientras realizaba un sacrificio solemne se enteró de que Grilo, el mayor de sus dos hijos, había muerto en la batalla de Mantinea. Pero no por eso creyó conveniente abandonar ese rito sagrado, sino que se contentó con quitarse la corona. A continuación, preguntó la causa de la muerte y, al enterarse de que había caí- 2

[117] Gelio, XIII 20.

[118] Plinio, *Historia Natural* XXXIV 19, 74 y 83; Diodoro, XII 40; o el propio Valerio Máximo, II 6, 5; IV 3, ext. 1; VIII 9, ext. 2 .

do luchando con gran valor, volvió a ponerse la corona en la cabeza, y juró por los dioses en cuyo honor estaba haciendo el sacrificio que el orgullo por el comportamiento intachable de su hijo superaba a la amargura por su muerte. Otro, en su lugar, hubiera retirado la víctima, derribado los altares y derramado el incienso después de regarlo con sus lágrimas. En cambio Jenofonte se mantuvo firme y sereno, pues consideró que el dejarse llevar por el dolor sería más lamentable incluso que la desgracia que se le había anunciado[119].

3 Tampoco hay que olvidar a Anaxágoras. Al enterarse de la muerte de su hijo, afirmó: «No me estás anunciando algo nuevo o inesperado. Ya sabía yo que ese hijo de mi sangre era mortal».

Fue su valor el que le hizo emitir estas palabras, dotándolas de una moral muy útil. Y lo cierto es que, si lo consideramos con atención, seremos conscientes de que los hijos nacen condicionados por la ley de la naturaleza, que les entregó en un mismo momento la posibilidad de vivir y de morir, pues no puede morir sino quien ha vivido, al igual que nadie puede vivir sin que, al final, le espere la muerte[120].

---

[119] Ya el padre de Jenofonte se llamaba Grilo, nombre que el filósofo quiso poner a su primogénito. Éste, junto con su hermano Diodoro, eran conocidos como «Dioscuros». Cf. Diógenes Laercio, II 54; Plutarco, *Agesilao* 20.

[120] Anaxágoras había nacido en torno al 500 a. C. y murió en el 428 según relata Plutarco, *Pericles* IV 16. El hecho mencionado por Valerio es referido por otros autores a Solón y a Jenofonte, el filósofo citado en el ejemplo anterior. Cf. Cicerón, *Tusculanas* III 13, 30; Diógenes Laercio, IX 13.

LIBRO VI

CAPÍTULO 1

Sobre el pudor

¿Cómo invocarte a ti, Pudor, que eres base sólida de hombres y de mujeres? Y es que tú, según los ritos tradicionales, estás presente en los hogares consagrados a Vesta; tú te recuestas sobre los lechos de Juno Capitolina; tú, cumbre del Palatino, celebras con tu presencia continua los penates augustos y el sagrado lecho nupcial de Julia[1]; es tu protección la que fortalece las insignias de la niñez; por respeto a tu divinidad se mantiene pura la flor de la juventud; por contar con tu protección son valoradas las matronas. Ven, pues, y observa lo que tú mismo quisiste que sucediera.

Lucrecia, máximo exponente del pudor en Roma, dotada 1, 1
por un fatídico error de la fortuna de un espíritu viril a pesar de tener cuerpo de mujer, fue forzada violentamente por Sexto Tarquinio, hijo del rey Soberbio. Pero ella, después

[1] Los autores no se ponen de acuerdo acerca de si este «Julia» se refiere a la familia Julia, a la mujer de Tiberio, o a la de Agripa, aunque lo verosímil es que sea la mujer de Tiberio.

de quejarse con palabras muy duras ante su familia por la injuria recibida, se dio muerte con una espada que tenía escondida bajo sus ropas. Y lo cierto es que, con esta muerte tan valerosa, ofreció al pueblo romano la posibilidad de cambiar la monarquía por el gobierno de los cónsules[2].

2 Si Lucrecia no soportó la afrenta que había sufrido, tampoco lo hizo Verginio, de origen plebeyo pero con el aliento de un patricio, quien no dudó en derramar su propia sangre para evitar que su hogar fuera salpicado por el deshonor. Pues cuando el decénviro Apio Claudio quiso valerse de su poder para deshonrar a su hija, que era virgen, el padre, llevando al foro a la muchacha, le dio muerte, porque prefería ser asesino de una muchacha decente antes que padre de una hija deshonrada[3].

3 Igualmente férreo era el carácter de Poncio Aufidiano, caballero romano que, al descubrir que su hija había perdido la virginidad con su preceptor, Fannio Saturnino, no se contentó con castigar con la muerte al esclavo criminal, sino que mató también a su propia hija. De este modo, para no tener que celebrar una boda deshonrosa, optó por un amargo funeral.

4 En cuanto a la actuación de Publio Menio, ¡cuán severo guardián fue de su honra! Llegó a castigar a un liberto, por el que sentía verdadero aprecio, porque se había enterado de que le había dado un beso a su hija, que estaba ya en edad casadera, a pesar de que era consciente de que el liberto había actuado más por descuido que por deseo.

---

[2] Cf. Livio, I 57-58; Cicerón, *Sobre la República* II 25; *Sobre las leyes* II 4; Ovidio, *Fastos* II 741 y 795.

[3] El personaje mencionado es Lucio Verginio, que mató, efectivamente, a su hija Verginia según relatan Orosio, *Historias* II 13; Livio, III 14 ss.; Eutropio, I 16; o Cicerón, *Sobre la República* II 37, 63.

Lo que pretendía con la dureza del castigo era que la conciencia aún tierna de la joven se formara en la disciplina y en la castidad. Con este rigor le enseñó, pues, no sólo a conservar su honra, sino también a guardar sus labios puros para su marido.

Por su parte, Quinto Fabio Máximo Serviliano, después 5
de haber alcanzado todos los honores hasta llegar a la censura, castigó a su hijo por llevar una vida de moralidad dudosa. Pero, por haberle recriminado, se castigó a sí mismo con un exilio voluntario y con la privación de la patria[4].

Podríamos considerar demasiado cruel a este censor, si 6
no hubiera visto que Publio Atilio Filisco, después de ser obligado por su dueño a vender su cuerpo durante la niñez, se convirtió luego en un padre muy severo, ya que mató a su propia hija porque había cometido estupro. ¿Qué fuerza no habrá tenido entonces la honra en nuestra patria, si estamos viendo que los que comerciaron con el placer se convirtieron luego en jueces tan severos contra él?

Viene a continuación un ejemplo de una persona ilustre, 7
y trata de un hecho memorable: Marco Claudio Marcelo, edil curul, citó ante el pueblo al tribuno de la plebe Gayo Escantinio Capitolino, por haber incitado a su hijo a cometer estupro. Y cuando Gayo Escantinio respondió que nadie podía obligarle a ello, porque tenía poder sagrado[5] y que, por tanto, imploraba la ayuda de los demás tribunos, Marco Claudio replicó que ni todo el colegio de tribunos podría interceder para que no se realizara ese juicio sobre su honra. De este modo, Escantinio fue citado al tribunal, acusado y

---

[4] Fue cónsul en el 142 a. C., luchó valerosamente en Hispania, donde fue procónsul en el 141; fue también pontífice y, en cuanto al cargo de censor mencionado por Valerio, lo desempeñó en el 126. Cf. Valerio Máximo, II 7, 11; Orosio, *Historia* V 16.

[5] Se refiere al carácter sacrosanto de la magistratura que desempeñaba.

condenado gracias al testimonio del único testigo que había tratado de deshonrar.

Es sabido que el joven se adelantó hacia las tribunas y que, con la mirada clavada fijamente en el suelo, permaneció en pudoroso silencio, lo cual contribuyó en gran manera a conseguir su venganza[6].

8 También Metelo Céler se comportó como severo perseguidor de las intenciones deshonestas, pues citó ante el pueblo a Gneo Sergio Silo por haber tratado de corromper con dinero a una madre de familia, y le condenó bajo esta única acusación. Lo que se tuvo en cuenta en ese caso no fue la acción en sí misma, sino tan sólo el propósito, y pesó más la intención de cometer una falta que lo que valió el no haber llegado a hacerlo[7].

9 El ejemplo anterior refleja la severidad de la asamblea popular, el siguiente la de la curia: Tito Veturio, hijo de aquel Veturio que, durante su consulado, fue entregado a los samnitas a causa de un pacto vergonzoso, al verse obligado, cuando era casi un niño, a entregarse como esclavo a Publio Plocio debido a la ruina de su hogar y a sus graves deudas, presentó una querella ante los cónsules porque su dueño le había golpeado cuando se negó a mantener relaciones con él.

Una vez que los cónsules probaron este hecho ante el senado, los senadores ordenaron que Plocio fuera encerrado en prisión, demostrando que la honestidad de un romano

---

[6] Plutarco, *Marcelo* 2. Este hecho ocurrió en el año 226 a. C. y supuso que se crease la llamada ley Escantinia, ya que fue la que permitió que este reo fuese acusado y condenado. Cicerón, *Filípicas* III 6; *Familiares* VIII 12-14; Suetonio, *Domiciano* 8.

[7] Son numerosos los elogios que merecieron los dos Metelos, Céler y Nepote, por su actuación judicial. Cf. Salustio, *Conjuración de Catilina* 30; Cicerón, *Bruto* 247, 305.

estaba segura independientemente de cuál fuese su condición[8].

¿Cómo va a extrañarnos que los senadores tomaran este 10
acuerdo por unanimidad? Gayo Pescenio, triúnviro capital, arrestó a Gayo Cornelio porque había cometido estupro con un joven libre, sin que le importara el que Cornelio hubiera servido valerosamente en el ejército, ni el que, por su heroísmo, los generales le hubieran concedido en cuatro ocasiones el mando de la primera centuria.

Cuando Gayo Cornelio apeló a los tribunos, no negó esas relaciones deshonestas, aunque dijo que podía prometer que el joven en cuestión comerciaba pública y abiertamente con su cuerpo. Pero los tribunos no quisieron utilizar su derecho de veto, por lo que Cornelio fue condenado a morir en prisión, ya que los tribunos pensaron que nuestro estado no debía pactar con hombres valerosos para que comerciaran en Roma con el placer a cambio de haber afrontado batallas en el exterior.

Después de mencionar la condena contra este libidinoso 11
centurión, vamos a tratar sobre otro final igualmente vergonzoso, el del tribuno militar Marco Letorio Mergo, que fue citado ante el pueblo por Cominio, tribuno de la plebe, por haber incitado a su secretario a mantener relaciones carnales.

Letorio, incapaz de soportar los remordimientos por este hecho, antes del día fijado para el juicio, se castigó a sí mismo primero con el destierro y, posteriormente, con la muerte. Había satisfecho ya la ley natural, pero aun así, des-

[8] El padre es Tito Veturio Calvino, cónsul por primera vez en el 335 a. C. Cf. Livio, VIII 16 y 28, aunque Livio atribuye estos hechos a otro protagonista.

pués de morir, fue condenado de forma unánime por la plebe con la acusación de deshonestidad.

Las insignias militares, las águilas sagradas y el más seguro protector del Imperio Romano, la severa disciplina del ejército, le persiguieron hasta los infiernos por haber intentado corromper la pureza de aquel de quien debiera haber sido maestro.

12 Un motivo similar llevó al general Gayo Mario a declarar que Gayo Lusio, tribuno militar e hijo de su hermana, había sido muerto con razón por el soldado Gayo Plocio, a quien había intentado forzar sexualmente[9].

13 Pero voy a citar también brevemente a personas que se dejaron llevar por su propio dolor, en vez de recurrir a la justicia para vengarse de una deshonra: Sempronio Mosca mató a latigazos a Gayo Gelio después de sorprenderle cometiendo adulterio; Gayo Memio abatió a puñetazos a Lucio Octavio, tras sorprenderlo en un acto similar; Vibieno sorprendió a Carbón Atieno y luego lo castró, y otro tanto hizo Publio Cerennio con Poncio. Quien había sorprendido a Gneo Furio Broco lo entregó a sus esclavos para que abusasen de él *** Para ellos, no constituía delito el dejarse arrastrar por la ira.

Ejemplos extranjeros

1, 1 Voy a añadir, ahora, algunos ejemplos extranjeros junto a los romanos: una mujer griega, llamada Hipona, al ser apre-

[9] Cicerón, *En defensa de Milón* IV 9; Plutarco, *Mario* 14; Quintiliano, *Inst. orat.* III 2, 14; *Declamaciones* 3 y 4, aunque, en algunos testimonios, el soldado aparece como Arruntio.

sada por la flota enemiga, se arrojó al mar para proteger así su virginidad con la muerte.

Aún hoy es visible el túmulo donde yace su cuerpo, enterrado en la costa Eritrea, en una sepultura cercana a la playa. Además, los griegos, celebrándola con grandes y diarias alabanzas, hicieron brillar aún más la gloria de esta mujer, merecedora ya de fama eterna.

Éste es un ejemplo bastante impulsivo, en cambio el si- 2
guiente refleja una castidad más reflexiva. Cuando el ejército y las tropas de los galogregos[10] fueron en parte capturados y, en parte, abatidos por el cónsul Gneo Manlio en el monte Olimpo, la esposa del príncipe Orgiagonte, una mujer de extraordinaria belleza, fue violada por el centurión a quien se le había encomendado su custodia.

Pues bien, al llegar al lugar donde el centurión, mediante un mensajero, había citado a los familiares de la mujer para que llevaran el dinero del rescate, mientras ese centurión pesaba el oro, y no tenía ni ojos ni pensamiento más que para el dinero, la mujer ordenó en su lengua a los galogregos que le mataran.

La mujer se presentó ante su marido con la cabeza del cadáver entre sus manos, y, arrojándola a sus pies, le relató tanto la injuria sufrida como su venganza. ¿Qué parte, pues, de esta mujer, con la excepción de su cuerpo, había caído en manos de los enemigos? Lo cierto es que, ni su espíritu pudo ser doblegado, ni arrebatada su honestidad[11].

---

[10] Los galogregos o gálatas eran los habitantes de la Galogrecia, región de Asia Menor limitada por la Paflagonia y la Capadocia.

[11] Estos hechos acaecieron en el 189 a. C. y, según las fuentes griegas, la mujer se llamaba Quiomara. Cf. FLORO, *Epítome* II 11, 6; LIVIO, XXXVIII 15 y 19; POLIBIO, XXI 38, 1 ss.; XXII 11; PLUTARCO, *Mujeres ilustres* 22.

3 Las mujeres de los teutones suplicaron a Mario, el vencedor, que las enviara como regalo a las vírgenes vestales, afirmando que, tanto unas como otras, se abstendrían de mantener relaciones sexuales. Pero, al no ver cumplido su deseo, se ahorcaron la noche siguiente. ¡Qué bien hicieron los dioses, no concediendo a los maridos en la guerra el mismo coraje que a ellas! Pues, si hubieran querido imitar el valor de sus mujeres, el resultado de la batalla contra los teutones habría sido tal vez distinto [12].

CAPÍTULO 2

Acciones y palabras expresadas libremente

2 Si bien no me había planteado tratar acerca de caracteres libres y vehementes, visibles tanto en acciones como en palabras, tampoco voy a silenciar su existencia, una vez llegados a este punto. Y es que esta cualidad, situada a medio camino entre virtudes y defectos, merece elogio si sabe contenerse con moderación, pero si se desborda de forma imprudente, no merece sino rechazo.

No es extraño, pues, que su efecto sea más el de producir deleite en los oídos del vulgo que aprobación entre los más prudentes, pues con más frecuencia queda amparada en el perdón ajeno que en su propia previsión.

Ahora bien, puesto que me he propuesto mencionar diferentes aspectos de la vida humana, mostremos también

---

[12] La victoria de Mario sobre los teutones se produjo en el 113 a. C. Cf. PLUTARCO, *Mario* 27; FLORO, *Epítome* I 38, 16; OROSIO, *Historia* V 16.

éste en su justa medida[13], haciendo gala de nuestra sinceridad:

Después de la conquista de Priverno[14] y después de que fueran ejecutados los cabecillas de la rebelión de esta ciudad, los senadores, indignados, deliberaban acerca de qué debían hacer con el resto de los privernates. Lógicamente, la vida de éstos corría serio peligro, ya que dependía de unos vencedores que estaban aún furiosos. 2, 1

Pero, aunque eran conscientes de que el único recurso que les quedaba era la súplica, no pudieron olvidar su sangre libre e itálica, de manera que, cuando su cabecilla fue interrogado en la curia acerca del castigo que merecían, respondió: «El que merecen quienes se consideran dignos de ser libres».

Sus palabras constituyeron auténticas bofetadas, que inflamaron aún más los ánimos ya alterados de los senadores.

Entonces el cónsul Plaucio, que favorecía la causa de los privernates, le ofreció la posibilidad de retractarse de estas airadas palabras, preguntándole en qué términos firmarían la paz con los romanos, si éstos les concedían la impunidad.

Pero el acusado, sin suavizar ni un ápice su expresión, dijo: «Si se nos ofrece una paz aceptable, será eterna, en caso contrario, no será duradera».

Con estas palabras, los vencidos consiguieron no sólo el perdón, sino también que se les concediera el derecho y los beneficios de la ciudadanía[15].

Así es como osó hablar ante el senado un privernate. Pe- 2
ro tampoco el cónsul Lucio Filipo tuvo dudas en expresarse

---

[13] Es decir, el carácter impulsivo y vehemente.

[14] Ciudad de los volscos, hoy Piperno.

[15] Priverno había sido sometida en el 357 a. C. y la rebelión mencionada se produjo en el 327. Livio, VII 1; VIII 19 ss.; Virgilio, *Eneida* XI 540.

libremente frente a ese mismo orden. No en vano, reprochando a los senadores su indolencia, delante de la misma tribuna, dijo que se necesitaba otro senado, y tan lejos estuvo de arrepentirse de sus palabras que, incluso, ordenó que arrestaran a Lucio Craso, persona de gran dignidad y elocuencia, porque le había criticado gravemente en la curia. Craso entonces, rechazando al lictor, dijo: «Para mí, tú no eres cónsul, Filipo, puesto que tampoco yo soy senador para ti»[16].

3 ¿Y qué? ¿Acaso se ha librado el pueblo de los embates de la libertad? Ni mucho menos, porque ha sido igualmente acosado y también su paciencia ha sido puesta a prueba.

El tribuno de la plebe Gneo Carbón, violentísimo continuador de la revuelta de los Gracos, incluso después de que ésta fuera sofocada, y la antorcha más ardiente de nuevas contiendas civiles, cuando vio a Publio Africano, que regresaba cubierto de gloria tras la destrucción de Numancia, le acompañó casi desde las mismas puertas de la ciudad hasta la tribuna, y le preguntó su parecer acerca de la muerte de Tiberio Graco, con cuya hermana estaba casado.

Su intención era utilizar la autoridad de este héroe para avivar la chispa de la rebelión ya iniciada, porque no dudaba que, debido al estrecho parentesco, habría tenido unas palabras de compasión para la memoria del familiar muerto.

Pero el Africano respondió que le parecía justa esa muerte, ante lo cual, como los tribunos incitaron a la asamblea para que protestase violentamente, replicó: «Que se callen todos esos que consideran a Italia como una madrastra».

---

[16] Lucio Marcio Filipo fue cónsul en el 91 a. C., y tuvo notables enfrentamientos con el senado porque no era partidario de las leyes de Druso. CICERÓN, *Sobre el orador* III 1, 2; QUINTILIANO, *Inst. orat.* VII 3, 89; EUTROPIO, V 3.

Y al levantarse nuevamente un rumor, les dijo: «No conseguiréis que tema a unos hombres libres a los que he traído hasta aquí encadenados».

Todo el pueblo era nuevamente recriminado de forma ultrajante por uno sólo —¡qué honor recibe el valor!— y sin embargo guardó silencio.

La reciente victoria del Africano en Numancia, la de su padre en Macedonia, los antiguos despojos de las ruinas de Cartago y los cuellos encadenados de dos reyes, Sífax y Perseo, marchando delante de los carros triunfales bastaron para cerrar las bocas de todo el foro.

Pero este silencio no se atribuyó al temor, sino que, como gracias a las hazañas de las familias Emilia y Cornelia se habían acallado muchos temores tanto de la ciudad como de toda Italia, la plebe romana no fue libre ante el gesto de libertad de Escipión[17].

Por tanto, no debe causarnos gran admiración el que una 4
personalidad tan ilustre como Gneo Pompeyo tuviera tantos conflictos con la libertad. Y, ciertamente, se hizo merecedor de no pocos elogios, porque permaneció impasible después de haber servido de burla y escarnio a todo tipo de gentes.

Gneo Pisón, actuando como acusador en un juicio contra Manilio Crispo, que era claramente culpable, al ver que éste podía quedar en libertad gracias a Pompeyo, se dejó llevar por su entusiasmo juvenil y por el ímpetu de su acusación, y lanzó numerosas y graves ofensas contra el poderoso defensor.

Al preguntarle luego Pompeyo por qué no le acusaba formalmente también a él, Pisón contestó: «Si garantizas a

---

[17] Cf. PLUTARCO, *Máximas, Escipión M.* 22; VELEYO, II 4, 4; CICERÓN, *Sobre las leyes* III 16, 35; *En defensa de Milón* II 8.

la República que, en caso de que te demanden, tú no provocarás una guerra civil, mandaré a los jueces que traten tu asunto antes que el de Manilio».

De este modo, en una sola causa, Pisón hizo frente a dos acusados: a Manilio con el juicio, a Pompeyo expresándose libremente; y de ellos, a uno lo persiguió con la ley, al otro con sus palabras, que eran el único recurso de que disponía contra él[18].

5 ¿Y es que acaso podemos hablar de libertad sin mencionar a Catón? No más que hablar de Catón sin mencionar la libertad. Pues cuando, como juez, había tomado asiento para juzgar a un malvado senador que había sido detenido, y como le hubieran entregado un escrito de Gneo Pompeyo alabando al reo, y que, sin duda, serviría de gran ayuda para el acusado, mandó retirarlo del juicio y leyó una ley por la que se prohibía a los senadores prestar ese tipo de colaboración.

En este caso, el protagonista hace que no se elogie tanto la acción, porque lo que en otra persona parecería audacia, en Catón se considera simplemente una prueba de firmeza[19].

6 En una ocasión en que el cónsul Gneo Léntulo Marcelino se lamentó en una asamblea del poder excesivo de Pompeyo Magno, como el pueblo le hubiera apoyado por unanimidad con palabras claras, dijo: «Gritad, Quirites, gritad mientras podáis, porque pronto no podréis hacerlo impunemente».

---

[18] Es incierto si este Manilio Crispo es el tribuno de la plebe que, en el 67 a. C., promulgó una ley acerca de la guerra contra Mitridates. Cf. FORCELLINI, *Lexicon, onomasticon s.v. Crispus.*

[19] Alude Valerio Máximo en este caso a Marco Porcio Catón, el llamado Uticense o Pretorio (95-46 a. C.). Cf. VALERIO MÁXIMO, II 8, 10; PLUTARCO, *Pompeyo* 55; DIÓN CASIO, XL 6.

De este modo, el poder de ese eximio ciudadano recibió dos golpes, por una parte el de la queja contra él, y por otra el del triste lamento[20].

Favonio, al ver que Pompeyo tenía una pierna cubierta 7
por una venda blanca, le dijo: «No importa en qué parte del cuerpo lleves la diadema», aprovechando así esa pequeña venda para criticar el poder excesivo de Pompeyo. Pero éste, sin alterar su rostro en ningún sentido, evitó estos dos peligros: que pareciera que reconocía su poder tiránico, si se reía abiertamente; o el demostrarlo si se enojaba[21]. Por otra parte, con su actitud impasible ofreció una posibilidad de ataque contra él a personas de inferior clase y fortuna, de las cuales será suficiente mencionar a dos:

El formiano Helvio Mancia, de edad muy avanzada ya e 8
hijo de un liberto, estaba acusando a Lucio Libón ante los censores. Cuando, en la discusión, Pompeyo Magno criticó su bajo origen y su ancianidad, diciendo que le habían traído de los infiernos para lanzar su acusación, Helvio replicó: «No mientes, Pompeyo, pues vengo realmente de los infiernos para acusar a Libón. Pero, mientras estuve allí, vi a Gneo Domicio Enobarbo ensangrentado y llorando porque, a pesar de tener un noble origen, una vida modélica y defender su patria como nadie, había sido asesinado en la flor de la juventud por orden tuya.

---

[20] Gneo Cornelio Léntulo Marcelino había sido legado, propretor y defensor de Cicerón en el senado. Los hechos mencionados en este capítulo sucedieron en el 56 a. C., el año de su consulado. Marcelino siempre favoreció a César en su lucha contra Pompeyo, tal como vemos en el ejemplo de Valerio, pero murió pronto (en el 47 a. C.). Cf. VALERIO MÁXIMO, IV 2, 3; CICERÓN, *Cartas a Ático* IV 2-5; *Cartas a su hermano Quinto* 2, 1; PLUTARCO, *Pompeyo* LI 4; DIÓN CASIO, XXXIX 27-30.

[21] Favonio era muy amigo de Catón, el personaje mencionado en el ejemplo anterior. Fue edil, pretor y parece que pasó de ser enemigo de Pompeyo a ser su defensor. Cf. VELEYO, II 53; VALERIO MÁXIMO, II 10, 8.

Vi también a Marco Bruto, de nobleza semejante, herido y quejándose de que su desgracia se debía, primero, a tu traición y, por último, a tu crueldad.

Vi a Gneo Carbón, ese que, durante su tercer consulado, defendió con mucho ahínco el bienestar de tu niñez y los bienes de tu padre, atado con las cadenas con las que tú habías ordenado que le cargaran, y jurando que él, que ocupaba la máxima magistratura, había sido ejecutado por ti, un caballero romano, sin que te importara nada ni lo lícito ni lo ilícito.

Con un aspecto semejante y semejantes quejas vi al antiguo pretor Perpenna maldiciendo tu crueldad. Y lo mismo hacía todo un grupo de personas, indignadas igualmente porque, sin haber sido condenados, habían perecido siendo tú, un joven aún, su verdugo».

A este ciudadano de un municipio, que desprendía aún el olor de la esclavitud de su padre, a este ciudadano de irrefrenable osadía, de espíritu intolerante, se le permitió renovar impunemente las terribles heridas de las guerras civiles, cerradas ya por cicatrices antiguas.

Como vemos, en esos días, el maldecir a Gneo Pompeyo era muestra de un valor enorme, y además no comportaba riesgo alguno[22].

La fortuna del siguiente personaje, algo más humilde, nos impide continuar con estos lamentos.

9 Cuando el tragediógrafo Dífilo estaba actuando en los juegos Apolinares, al llegar a ese verso en el que se dice: «para desgracia nuestra es grande», lo pronunció con las manos dirigidas hacia Pompeyo Magno. Entonces, tras ser

[22] PLUTARCO, *Pompeyo* 11, 16, 20; EUTROPIO, V 9, 1. Todos los ataques a Pompeyo suponen el apoyo a César y, en consecuencia, a la familia Julio-Claudia, es decir a Tiberio.

incitado por el pueblo, sin vacilación alguna, acusó una y otra vez con su gesto a Pompeyo de su poder excesivo e intolerante. Y ese mismo descaro lo demostró también en la parte que dice: «ya llegará la hora en que lamentes profundamente ese valor»[23].

También Marco Castricio hizo gala de un espíritu indo- 10
mable, pues mientras ejercía una magistratura en Piacenza[24], al ordenarle el cónsul Gneo Carbón que se promulgara un decreto por el que le entregara a unos rehenes piacentinos, ni obedeció esta orden suprema, ni cedió un ápice a pesar de las presiones. Incluso, cuando Carbón le dijo que tenía muchas espadas, Marco Castricio respondió: «y yo años».

Muchas legiones quedaron estupefactas al ver la enorme fuerza que conservaba ese anciano. Por otra parte, la furia de Carbón, viendo que no podía infligir a Castricio un castigo muy duro, dada la poca vida que le restaba, se desvaneció[25].

Muy temeraria fue también la protesta de Servio Galba, 11
pues mientras el divino y victorioso Julio dictaba justicia en el foro, se atrevió a interrumpirle de este modo: «Gayo Julio César, durante el tercer consulado de Pompeyo Magno, que fue yerno tuyo, respondí por él de una cantidad de dinero por la que ahora se me apremia. ¿Qué debo hacer? ¿Pagarla?».

Si bien por estas críticas públicas y directas contra Julio César por haber vendido los bienes de Pompeyo, merecía Galba que se le sacase del tribunal, Julio César, con un co-

---

[23] Estos hechos acaecieron en el 59 a. C., aunque en realidad Pompeyo no estaba presente en el espectáculo. Cf. CICERÓN, *Cartas a Ático* II 19.

[24] Ciudad cercana a la confluencia del Po y del Trebia, colonia latina desde el 218 a. C.

[25] CICERÓN, *Cartas a Ático* II 7.

razón más tierno que la propia bondad, ordenó que las deudas de Pompeyo se pagasen de sus propios fondos[26].

12 En cuanto a Cascelio, una persona ilustre por sus conocimientos en derecho civil, ¡qué peligro encerraba su obstinación! Ni el favor, ni la autoridad de nadie pudieron forzarle a redactar una fórmula acerca de los bienes que habían donado los tribunos, creyendo que, con esta decisión, colocaba fuera de la ley todos los beneficios que ellos habían concedido. Además, como hablaba con demasiada libertad sobre la época de César, cuando sus amigos le aconsejaban que no lo hiciera, les respondió que él podía hacerlo gracias a los dos motivos que les parecen más amargos a los hombres, la vejez y el no tener descendencia[27].

Ejemplos extranjeros

2, 1 Entre tantos varones tan ilustres, encontramos ahora a una mujer extranjera que, al ser condenada injustamente por el rey Filipo, que estaba ebrio, gritó que quería apelar. Cuando el rey preguntó que ante quién pretendía apelar, replicó: «Ante Filipo, pero cuando esté sobrio».

Este coraje no sólo acabó con la borrachera del rey, sino que le obligó a reflexionar y a examinar el caso con más atención para dictar una sentencia más justa.

De este modo, le arrancó de las manos esa justicia que no había podido obtener por medios habituales, y consiguió más apoyo por un gesto de libertad que por su inocencia.

---

[26] Cicerón, *Familiares* VI 18; X 30; *Filípicas* XIII 14.

[27] Cicerón, *En defensa de Balbo* X 45; Horacio, *Arte poética* 371; Macrobio, *Saturnales* II 6, 1 y el propio Valerio Máximo, VIII 12, 1.

El ejemplo siguiente refleja una libertad no sólo valien- 2
te, sino también ingeniosa. Mientras todos anhelaban la desaparición del tirano Dionisio, debido a la dureza excesiva de sus costumbres y a sus impuestos insoportables, tan sólo cierta anciana de Siracusa, todas las mañanas, rogaba a los dioses que Dionisio siguiera sano y salvo.

Pues bien, cuando Dionisio se enteró de eso, admirando este gesto inmerecido de bondad hacia su persona, ordenó que llevaran ante él a la anciana y le preguntó la razón o el mérito que la empujaban a obrar así, ante lo cual ella dijo: «El motivo de mi comportamiento es claro: siendo yo una niña, padecí a un cruel tirano, de quien deseaba librarme. Pero cuando murió, el poder recayó en otro incluso peor. Nuevamente pedí que terminara esta tiranía. De este modo, en tercer lugar, comenzamos a padecerte a ti, un tirano incluso más cruel que los anteriores, Por eso, para evitar que te suceda otro peor, si tú desapareces, ofrezco mi cabeza a cambio de tu vida».

Y lo cierto es que Dionisio sintió vergüenza de castigar una audacia tan ingeniosa.

Estas mujeres pudieron compartir con Teodoro de Cire- 3
ne cierto espíritu animoso, de valor semejante, pero de distinta fortuna. Pues en una ocasión en que el rey Lisímaco amenazó de muerte a Teodoro, éste dijo: «Te ha sucedido algo fabuloso, porque has demostrado la fuerza de un insecto». Y cuando el rey, indignado por estas palabras, ordenó que le crucificaran, replicó: «Esa muerte sería terrible para tus cortesanos, pero a mí me da igual pudrirme en tierra o elevado sobre ella»[28].

[28] Teodoro fue discípulo de Aristipo, y obtuvo el sobrenombre de «el Ateo» por no creer en los dioses. Fue este hecho el que motivó que fuera crucificado o, según otros, exiliado por Lisímaco. Cf. Cicerón, *Tuscula-*

CAPÍTULO 3

Sobre la severidad

El ánimo debe armarse de dureza para narrar ejemplos de una severidad rígida y cruel, pues sólo así, una vez olvidado todo pensamiento benévolo, puede prestarse oído a asuntos terribles. Y es que se nos presentan ahora casos de venganza férrea e inexorable, diversos tipos de castigo que, si bien representan un instrumento útil para la justicia, difícilmente encuentran hueco junto a páginas amenas y agradables.

3, 1a Marco Manlio fue arrojado a un precipicio desde el mismo lugar desde donde él había rechazado a los galos. El motivo fue el intentar oprimir criminalmente esa misma libertad que antes había defendido con valor.

Los términos de esta justa condena fueron los siguientes: «Para mí eras Manlio cuando arrojabas a los senones, pero desde que intentaste imitarlos, te has convertido en uno de ellos».

A ese suplicio se le dio un carácter de validez eterna, ya que, después de ese caso, se estipuló por ley que ningún patricio habitase en la ciudadela o en el Capitolio, por el hecho de que Manlio tuvo su hogar allí, precisamente donde ahora vemos el templo de Juno Moneta[29].

---

nas I 43, 102; V 40, 117; *Sobre la naturaleza de los dioses* I 1, 2; SÉNECA, *Sobre la tranquilidad* XIV 3.

[29] Marco Manlio había sido cónsul en el 392 a. C. y, precisamente por su defensa del Capitolio, rechazando a los galos en el 390, obtuvo el sobrenombre de «Capitolino». Fue condenado por primera vez, debido a su soberbia, en el 385, pero el pueblo le perdonó, recayendo en su culpa y

Semejante fue también la indignación que se produjo en la ciudad contra Espurio Casio, a quien perjudicó más la sospecha de que anhelaba hacerse con el poder absoluto que lo que le beneficiaron sus tres magníficos consulados y sus dos gloriosos triunfos. Incluso, el senado y el pueblo romano, no contentos con que se le castigara con la pena capital, ordenaron que se derribase su casa sobre su cadáver, para que también sus penates recibieran su castigo. 1b

En ese lugar erigieron luego un templo en honor de la Tierra, de manera que, lo que antes había sido la residencia de un hombre de ambición desmesurada, es ahora testimonio de una severidad escrupulosa[30].

A Espurio Melio, que tenía pretensiones similares, le castigó también la patria con un final parecido. Y, de hecho, la zona donde estaba situado su hogar recibió el nombre de Equimelio, para que las generaciones posteriores fueran conscientes de la justicia del castigo aplicado[31]. 1c

De esta manera, las ruinas de las paredes y de los techos bajo los que vivieron los enemigos de la libertad de-

---

siendo condenado nuevamente, como relata Valerio Máximo. LIVIO, V 14 ss.; VI 14; PLINIO, *Historia Natural* XVI 4, 5; GELIO, XVII 21.

[30] CICERÓN, *Sobre su vuelta a casa* XXXVIII 102; LIVIO, II 41; DIONISIO DE HALICARNASO, VIII 77. Curiosamente Valerio Máximo se contradice aquí con lo que afirmó en 5, 8, 2, donde era su familia, en concreto su padre, Espurio Casio Vitelino, el que condenaba a Espurio Casio.

[31] Espurio Melio se había ganado el favor del pueblo distribuyendo trigo a bajo precio en un periodo de escasez (440 a. C.), pero, al descubrirse sus aspiraciones tiránicas, fue muerto por Servilio Ahala, y su casa fue destruida. El término *aequimelium* ha sido interpretado de formas distintas. Según algunos, está formado por *aequus* y *Maelius* (Melio igualado o justo); según VARRÓN, *La lengua latina* V 157, por *ab aequando* y *Maelius*. De cualquier modo, se refleja el intento de igualar a Melio con los demás. Cf. LIVIO, IV 13-16; CICERÓN, *Catilinarias* I 16, 1; *Filípicas* II 44; VALERIO MÁXIMO, V 3, 2; PLINIO, *Historia Natural* XVIII 3, 4; AURELIO VÍCTOR, *Hombres ilustres* III 17.

muestran el odio que contra ellos sentían nuestros antepasados. No es extraño, entonces, que haya habido que desenterrar de los cimientos los cadáveres de dos ciudadanos muy aficionados a la sedición: Marco Flaco y Lucio Saturnino[32].

Por lo demás, el solar que ocupó la vivienda de Flaco, después de permanecer vacío durante mucho tiempo, fue honrado por Quinto Cátulo con los despojos de la victoria contra los cimbrios.

1d Brillaron en nuestra ciudad la gran nobleza y las inmejorables condiciones de Tiberio y de Gayo Graco. Pero, después de que intentaran alterar la estabilidad de Roma, sus cadáveres yacieron insepultos, de manera que a pesar de ser hijos de los Graco y nietos del Africano, les faltó esa última muestra de honor que se le puede rendir a un hombre.

Por último, todos sus conocidos fueron arrojados por un precipicio desde la cárcel, para que nadie quisiese ser amigo de los enemigos del estado[33].

2 El tribuno de la plebe Publio Mucio se creyó en posesión de los mismos derechos que el senado y el pueblo romano. No en vano, quemó vivos a todos sus colegas porque éstos, siguiendo el consejo de Espurio Casio, habían puesto en peligro la libertad de todos, al no haber elegido a los magistrados[34].

Nada hay, pues, más prepotente que esa severidad suya, porque un solo tribuno ordenó que nueve colegas recibieran

---

[32] Parece que Marco Flaco fue castigado por sus pretensiones en el 121 a. C. y, en cuanto a L. Saturnino, su ejecución sería posterior, en el 100 a. C. Cf. Cicerón, *Sobre su vuelta a casa* XXXVIII 102; Plutarco, *Gayo Graco* 1.

[33] Tiberio Sempronio Graco fue asesinado en el 133 a. C., siendo arrojado su cadáver al Tíber. En cuanto a su hermano Gayo, murió en el 121 a. C. Cf. Plutarco, *Tiberio Graco* 19; *Gayo Graco* 17; Veleyo, II 3.

[34] Cf. Livio, II 41, 8.

un castigo que esos nueve colegas habrían detestado aplicar a uno solo.

Hasta ahora hemos analizado la severidad como guardiana y vengadora de la libertad. Pero también muestra su fuerza a la hora de defender la dignidad y la disciplina. Así, el senado entregó a Marco Claudio a los corsos, porque había firmado una paz vergonzosa con ellos. Y como no fue aceptado por los enemigos, los senadores ordenaron que fuera ejecutado en prisión. ¡De cuántas maneras y con cuánta tenacidad se vengaron de quien había perjudicado una vez al Imperio! Anularon sus decisiones, le quitaron la libertad, acabaron con su vida y mancillaron su cuerpo con la afrenta de la cárcel y con la vergüenza detestable de las escaleras Gemonias[35]. 3

Ciertamente, Marco Claudio había merecido la persecución del senado, pero Gneo Cornelio Escipión, hijo de Híspalo, la sufrió antes de llegar a merecerla, pues cuando le había tocado en suerte la provincia de Hispania, se decretó que no se dirigiera a ella, aduciendo la razón de que no sabía actuar correctamente. De este modo Cornelio, debido a una acción deshonrosa en su vida, sin haber llegado a desempeñar su cargo en la provincia, no sólo fue condenado por apropiación indebida, sino que decidieron condenarle a cadena perpetua[36].

La severidad del senado no descansó ni siquiera en el caso de Gayo Vetieno, que se cortó los dedos de la mano izquierda para no tener que luchar en la guerra itálica. De hecho, después de confiscar sus bienes, le condenaron a cadena perpetua y consiguieron que, quien no había querido

[35] El nombre de estas escaleras, o bien se debería a su inventor, o bien estaría relacionado con el verbo *gemere*. Eran las escaleras que descendían a la fosa donde se enterraba a los ejecutados.

[36] Cf. Valerio Máximo, I 4, 2.

perder su vida noblemente en la batalla, se consumiera vergonzosamente entre cadenas.

4 Imitando este comportamiento, el cónsul Manio Curio, como hubiese sido obligado a realizar un reclutamiento y como ninguno de los jóvenes se comprometía, hizo entrar en un sorteo a todas las tribus. Ordenó entonces que se citara el primer nombre salido de la urna de la tribu Polia, que era la primera que había salido en suerte. Pero, como nadie respondía, subastó los bienes del joven nombrado. Éste, al enterarse, corrió hacia el estrado del cónsul y apeló a los tribunos. Pero Manio Curio, alegando que la República no necesitaba a un ciudadano que no sabía obedecer, vendió no sólo los bienes sino también al propio joven[37].

5 No menos implacable fue la actuación de Lucio Domicio. Cuando gobernaba Sicilia en calidad de pretor, al recibir un jabalí de extraordinario tamaño, ordenó que llevaran ante él al pastor que lo había matado.

Le preguntó entonces cómo había conseguido cazarlo y, al saber que se había servido de un venablo, mandó que le crucificaran, porque él mismo, para acabar con los robos que estaban asolando esa provincia, había dispuesto que nadie tuviera armas[38].

Alguien podría decir que ese comportamiento refleja una crueldad y una severidad extremas, pero si se debate sobre este tema, puede llegarse a las dos conclusiones. No obstante, el hecho de que se tratara de una cuestión de esta-

---

[37] Cf. Manio Curio fue cónsul en el 290 y en el 274 a. C., de manera que el inicio de este capítulo, con el participio *imitatus*, no resulta apropiado, teniendo en cuenta que se nos relatan acontecimientos anteriores a los del capítulo anterior, que son los supuestamente «imitados».

[38] CICERÓN, *Verrinas* V 3, 7; QUINTILIANO, *Inst. orat.* IV 2, 17.

do, impide que consideremos al pretor como excesivamente duro.

Hemos visto casos en que se castigó con severidad a varones, pero tampoco se empleó menos dureza en el castigo a algunas mujeres. 6

Horacio, al resultar vencedor primero sobre los tres Curiacios en combate singular y, posteriormente, por los avatares de la lucha, sobre todos los albanos, al volver de esa ilustre batalla encontró a su hermana lamentando con más dolor del que su edad aconsejaba la muerte del Curiacio a quien estaba prometida, ante lo cual la mató con la misma espada que tan bien había manejado en favor de la patria. Y es que consideraba poco púdicas esas lágrimas derramadas por un amor excesivamente ardiente.

Cuando por este acto Horacio fue acusado ante el pueblo, le defendió su padre. De este modo, la hermana, demasiado propensa a recordar a su futuro esposo, tuvo en su hermano a un fiero vengador y en su padre a un rígido defensor de esa venganza[39].

Semejante fue la severidad que demostró el senado cuando encomendó a los cónsules Espurio Postumio Albino y Quinto Marcio Filipo que investigaran acerca de las mujeres que habían cometido incesto aprovechando los ritos de las Bacanales. De ellas, muchas fueron condenadas y ejecutadas en sus hogares por sus propios familiares, de manera que la vergüenza del delito, suficientemente conocida, fue remediada por la severidad del castigo. No en vano, todo el oprobio con que nuestras mujeres habían mancillado Roma 7

[39] DIONISIO, III 21, 2 ss.; VALERIO MÁXIMO, VI 3, 6; FLORO, *Epítome* I 3. Aparece como *sororicida* en VICTORINO, *A la «Invención Retórica» de Cicerón* I 30. Según LIVIO (I 26) y PLINIO *(Historia Natural* IV 14) Horacio fue absuelto de culpa por Rómulo.

por su vergonzosa acción se convirtió en alabanza por el duro castigo impuesto[40].

8 En cuanto a Publicia y a Licinia, que envenenaron a sus esposos, el cónsul Postumio Albino y Claudio Aselo, fueron estranguladas por decisión de sus familiares. Estos hombres severísimos pensaron que, ante un crimen tan evidente, no debían esperar el largo plazo de tiempo requerido por un juicio público.

De este modo, quienes hubieran sido sus defensores si ellas hubiesen sido inocentes, se convirtieron en vengadores inmediatos de su crimen.

9 Si la demostración de severidad en el caso anterior tuvo como motivo castigar un crimen terrible, la de Egnacio Mecenio tuvo una causa mucho más leve, ya que mató a palos a su mujer por haber bebido vino.

Además, este castigo no sólo no provocó una acusación, sino ni siquiera un reproche, porque todos pensaban que ella había pagado de un modo ejemplar la violación de la sobriedad. Y es cierto que toda mujer que se aficiona en demasía al vino, cierra sus puertas a todas las virtudes y se las abre a los vicios[41].

10 Horrible fue también el rigor como marido de Gayo Sulpicio Galo, que repudió a su mujer al enterarse de que había salido de casa con la cabeza descubierta. Este castigo fue duro, pero no carecía de razón, ya que, según sus palabras: «Es la ley la que determina que sólo mis ojos comprueben tu belleza. Arréglate, pues, para ellos; consigue que te vean

[40] Cf. Livio, XXXIX 18 ss.; y el propio Valerio Máximo, I 3, 1.

[41] Según Plinio (*Historia Natural* XIV 13, 14) Egnacio Mecenio vivió en época de Rómulo. Cf. Plutarco, *Rómulo* 29; Tertuliano, *Apología* 6; Servio, *Comentario a la «Eneida» de Virgilio* I 737; y el propio Valerio Máximo, II 1, 5.

bella y fíate sólo de su juicio. Pero si te dejas ver de forma demasiado provocativa, necesariamente caerás en sospecha y en culpa»[42].

No fueron distintos los sentimientos de Quinto Antistio 11
Vétere al repudiar a su esposa, porque la había visto en un lugar público hablando en secreto con una liberta. De este modo, y por así decirlo, se alteró ya con la posibilidad y con las sospechas de un delito, y no con el delito en sí, y más que vengar una ofensa, lo que hizo fue prevenirla.

Debo unir a estos ejemplos el caso de Publio Sempronio 12
Sofo, que repudió también a su esposa, simplemente porque, sin tener él conocimiento, había osado asistir a unos juegos. Y es que creían que, dando este trato a las mujeres, ellas se olvidarían de todo tipo de vicios[43].

Ejemplos extranjeros

Por lo demás, aunque los ejemplos romanos de severi- 3, 1
dad podrían instruir a toda la tierra, merecería la pena sin embargo conocer también brevemente algunos extranjeros.

Los lacedemonios ordenaron que los libros de Arquíloco fueran arrojados fuera de su ciudad, porque consideraban que su lectura era poco púdica y honesta. No quisieron, pues, que sus hijos fueran influidos por ella, y pensaron que el daño que podían producir a sus espíritus superaba a los beneficios que les reportarían.

---

[42] Plutarco, *Cuestiones romanas* 14.

[43] Publio Sempronio Sofo fue cónsul en el 269 a. C. y censor en el 257 junto a Marco Valerio Máximo, a quien algunos atribuyen el caso mencionado. Cf. Plutarco, *Cuestiones romanas* 14.

De este modo, castigaron con el exilio de sus obras al más insigne de los poetas —o cercano al menos a los mejores—, tan sólo porque había lanzado palabras obscenas contra una familia a la que odiaba[44].

2 Los atenienses, por su parte, condenaron a muerte a Timágoras porque, al saludar al rey Darío, le había adulado postrándose según las costumbres de su pueblo. Y es que no pudieron soportar que el orgullo de toda su ciudad se hubiese sometido al poder persa por los humildes halagos de un solo ciudadano.

3 Por último, Cambises dio muestras de una severidad inusitada cuando ordenó que despellejaran a un juez corrupto, y que extendieran su piel sobre la silla en la que se sentaría su hijo para impartir justicia.

Desde luego, este rey y bárbaro procuró con este castigo nuevo y atroz que ningún juez se dejara corromper en el futuro[45].

CAPÍTULO 4

Dichos y hechos solemnes

Los hombres ilustres se hacen merecedores de grandes e importantes elogios, gracias a hechos o palabras de peso que son recordadas eternamente por todos.

---

[44] Yambógrafo del siglo VII a. C. Parece que esos yambos injuriosos mencionados por Valerio los habría lanzado el poeta contra Licambes, un padre que no quiso que su hija se casase con Arquíloco. Cf. HORACIO, *Epodos* I 19, 23; *Arte Poética* 79. Sin embargo, según Plutarco, la prohibición de sus obras se debería a que había alabado la cobardía en sus versos.

[45] Cambises, hijo de Ciro, fue rey de Persia desde el 529 hasta el 522 a. C. y de él se han destacado siempre sus riquezas y su furia. Cf. HERÓDOTO, V 25; LUCANO, X 280; PLINIO, *Historia Natural* XXXVI 9, 14; SÉNECA, *Epístolas* 86; *Sobre la ira* 3, 14.

Ahora bien, del gran número de ejemplos de que disponemos, vamos a tomar, no con pluma demasiado parca, ni excesivamente ávida tampoco, aquellos que satisfagan nuestro deseo, pero sin producir hastío.

Abatida nuestra ciudad por el desastre de Cannas, cuan- 4, 1
do la salvación de la República pendía de un hilo muy delicado y estaba en manos de los aliados, en un intento por conseguir que éstos mantuvieran su lealtad al Imperio Romano, el senado, por mayoría, decidió que los líderes de los latinos pudieran formar parte del orden senatorial. Incluso, el campano Annio afirmaba que debía elegirse otro cónsul en Capua —tan débiles y necesitadas estaban las fuerzas del Imperio Romano—.

Entonces Manlio Torcuato, hijo de aquel que había derrotado a los latinos en la famosa batalla de Véseris[46], anunció con toda la claridad que pudo que, si algún aliado osaba expresar su opinión entre los senadores, lo mataría al instante.

Estas amenazas, pronunciadas por una sola persona, devolvieron su antiguo valor a los ánimos ya abatidos de los romanos, y no permitieron que los itálicos se levantaran para pedir un derecho de ciudadanía semejante al nuestro. Así pues, al igual que antes los latinos se sometieron al padre por las armas, en ese momento cedieron vencidos por las palabras del hijo[47].

Semejante fue la seriedad de aquel Manlio, que, al ser propuesto para el consulado por el acuerdo de todos, lo re-

---

[46] Véseris es un río de Campania junto al que el cónsul T. Manlio Torcuato derrotó y puso en fuga a los latinos en el 340 a. C.

[47] Si Manlio Torcuato, el padre, derrotó a los latinos en el 340 a. C., poco tiempo después su hijo se negó a que éstos formaran parte del senado. Cf. CICERÓN, *Sobre los deberes* III 31, 112; *Del supremo bien...* I 7, 23; II 19, 61; *Tusculanas* I 37, 89; LIVIO, XXIII 6; GELIO, IX 13.

chazó con la excusa de una enfermedad ocular y, cuando todos insistieron, les dijo: «Buscad a otro, Quirites, para concederle ese honor, ya que si me obligarais a desempeñarlo, ni yo podría tolerar vuestras costumbres, ni vosotros mi autoridad».

Estas palabras tan enjundiosas de un ciudadano particular ¡qué fasces de cónsul tan severas hubieran sido![48].

2 Y no menos serio se mostró Escipión Emiliano, tanto en sus actuaciones en la curia como en la asamblea. Y es que, como su colega en la censura, Mumio, era de origen noble pero de poco carácter, dijo ante la asamblea que él obraría en todo como correspondía a la majestad de la República, sin importar si los ciudadanos le habían atribuido o no un colega.

El mismo Escipión, cuando los cónsules Servio Sulpicio Galba y Aurelio disputaban en el senado acerca de cuál de los dos sería enviado a Hispania para combatir a Viriato, y no había acuerdo entre los senadores, esperando todos hacia dónde se inclinaría el parecer del senado, dijo: «Determino que ninguno de ellos sea enviado, porque el uno no tiene nada y, para el otro, nada es suficiente». Con ello, significó que tanto la pobreza como la avaricia son malas compañeras para un poder desmedido. Y lo cierto es que, con estas palabras, consiguió que ninguno de ellos fuese enviado a la provincia[49].

---

[48] LIVIO, XXXVI 22.

[49] Publio Cornelio Escipión Emiliano, el llamado «Africano Menor», después de su brillante actuación en la Tercera Guerra Púnica, fue censor junto a Lucio Mumio en el 142 a. C., y es mencionado siempre por su heroísmo, humildad (CICERÓN, *Sobre la amistad* XIX 69), seriedad (CICERÓN, *Sobre el orador* III 7, 28). En cuanto al Aurelio mencionado por Valerio Máximo en este capítulo, es Lucio Aurelio Cota, cónsul en el 144 a. C. Cf. VALERIO MÁXIMO, VI 5, 4; CICERÓN, *Bruto* 81; TÁCITO, *Anales* 66; OROSIO, *Historias* V 3.

En cuanto a Gayo Popilio, el senado le envió como mensajero ante Antíoco para ordenarle que dejara esa guerra con la que estaba provocando a Ptolomeo. Pero, cuando llegó ante él y Antíoco le tendió la mano con ánimo dispuesto y rostro afable, Popilio no quiso tenderle la suya, y simplemente le entregó las tablillas que contenían la decisión del senado. 3

El rey las leyó, y le comunicó que iba a hablar con sus amigos. Entonces Popilio, indignado, porque eso suponía cierta demora, tomó una vara, trazó en el suelo una línea en torno al rey, y le dijo: «Antes de que salgas de ese círculo, dame la respuesta que debo llevar al senado».

Se creería que no era un legado, sino la propia curia la que estaba en presencia de Antíoco. De hecho, al instante, el rey afirmó que Ptolomeo no tendría que dar más quejas sobre él. Entonces, por fin, Popilio tomó su mano reconociéndole como aliado. ¡Qué eficaces son la seriedad y la firmeza tanto en el carácter como en las palabras! Popilio, en un momento, hizo temblar todo el reino de Siria y aseguró el de Egipto[50].

En el caso de Publio Rutilio, no sé si valorar más sus palabras o sus acciones, pues poseía una fortaleza admirable que se reflejaba por igual en ambas. Por ejemplo, en una ocasión en que se oponía a una petición injusta de un amigo, cuando éste, indignado, le dijo: «¿De qué me sirve tu amistad si no haces lo que te pido?», él replicó: «¿Y de qué me sirve a mí la tuya si, por tu culpa, debo cometer un acto indigno?». 4

[50] Estos hechos acaecieron en el 168 a. C. Gayo Popilio Lenate fue cónsul en dos ocasiones, haciendo siempre gala de gran firmeza, ya que la energía que demuestra en el ejemplo mencionado *(vid.* Livio, XLV 12), la demostró también contra los rodios *(ibid.* XLV 10) y ante el propio senado *(ibid.* XLI 10).

Consecuentes con estas palabras fueron también sus acciones, porque, al ser acusado más por la envidia entre distintos órdenes que por un delito, no se puso ropa vulgar, ni se quitó las insignias de senador, ni se arrodilló suplicante tendiendo sus manos a los jueces, ni dijo nada que humillase el esplendor de sus años pasados, de manera que su peligrosa situación no supuso un obstáculo para su firmeza sino una demostración de ella.

Y cuando la victoria de Sila le ofreció la posibilidad de regresar a la patria, permaneció en el exilio para no cometer ninguna ilegalidad. Por eso, el sobrenombre de «Feliz» le correspondería con más justicia a una persona como ésta, de costumbres rectas, que a otra que alcanzó un poder desmesurado gracias a las armas. De hecho, lo que Sila se ganó por sus robos, Rutilio se lo mereció por sus actos[51].

5 Marco Bruto, asesino más de sus propias virtudes que del padre de la patria —pues con una sola acción las arrojó al abismo y cargó para siempre su nombre con la losa de ser abominado sin remedio—, cuando se disponía a marchar hacia su último combate, y algunos decían que no era conveniente el ataque, les dijo: «Marcho confiado a la batalla, porque hoy, o me sale todo bien, o no tendré que preocuparme de nada». Y es que sabía perfectamente que no podría vivir si no vencía, pero que no podría morir sin esa tranquilidad[52].

---

[51] Publio Rufo Rutilio fue orador, historiador y cónsul en el 105 a. C. Valerio Máximo lo menciona a propósito de sus tratados sobre las armas (II 1) y acerca de su moderación en el exilio (II 10, 5). Para más información sobre los hechos mencionados en este ejemplo, *vid.* Plinio, *Historia Natural* VII 44; XVIII 7; XXII 6; Quintiliano, *Inst. orat.* XII 1, 20; Séneca, *Sobre los beneficios* VI 37.

[52] Sabemos que Bruto vivió tan sólo dos años, dos años llenos de temores y luchas, tras el asesinato de César. Cf. Plutarco, *Bruto* 40.

Ejemplos extranjeros

La mención anterior me trae a la mente la enérgica respuesta que, según se dice, recibió Décimo Bruto en Hispania. Pues, cuando se le había entregado ya casi toda Lusitania y tan sólo la ciudad de Cinginia resistía tenaz en la lucha, los mensajeros de Bruto habían intentado comprar la libertad de los ciudadanos. Pero ellos, todos a una, les contestaron: «La única herencia que nos han dejado nuestros antepasados son armas con las que defender la ciudad, no oro con que comprar nuestra libertad a un general ambicioso». Sin duda hubiera sido mejor que estas palabras las hubiesen pronunciado nuestros compatriotas en vez de haber tenido que escucharlas. 4, 1

Fue su carácter lo que llevó a los lusitanos a seguir las 2
huellas de la firmeza. En cuanto a Sócrates, el más ilustre de los sabios griegos, durante su proceso en Atenas, al leerle Lisias el discurso que había preparado para defenderle en el juicio, un discurso humilde y suplicante, acomodado a las circunstancias que le acuciaban, Sócrates replicó: «Llévatelo, pues si me convencieran para que lo leyera en el más alejado desierto de Escitia, admitiría que debo ser condenado a muerte».

No quiso seguir con vida si, para ello, tenía que perder su coraje, y prefirió que Sócrates muriera antes que sobrevivir como Lisias[53].

---

[53] Diógenes Laercio, *Sócrates* 18-20; Cicerón, *Sobre el orador* I 54, 231.

3 Si estas palabras las pronunció un sabio insigne, no desmerecen las que pronunció un ilustre militar: Alejandro. En efecto, cuando Darío había experimentado ya su valor en más de un combate y, precisamente por eso, le prometió la parte de su reino que se extendía hasta el monte Tauro, la mano de su hija y una dote de un millón de talentos, habiendo dicho Parmenión que si él fuera Alejandro, aceptaría esas condiciones, Alejandro respondió: «Yo también las aceptaría si fuera Parmenión».

El que pronunció estas palabras había obtenido ya dos victorias, pero merecía una tercera, como realmente sucedió[54].

4 Estas palabras fueron pronunciadas por un hombre de espíritu noble y por un triunfador, pero aquellas con las que los mensajeros lacedemonios quisieron demostrar su miserable valor ante el padre de Alejandro son más gloriosas que deseables. Y es que cuando Filipo oprimía su ciudad con impuestos insoportables, le aseguraron que, si seguía imponiéndoles una carga peor que la muerte, optarían por morir[55].

5 No fueron despreciables las palabras de un espartano que, a pesar de destacar por su nobleza y su honestidad, fue derrotado en una elección, hecho que le llevó a proclamar que estaba muy contento, porque algunos de sus compatriotas eran mejores que él. Lo cierto es que, con estas palabras, convirtió su derrota en una demostración de honor.

---

[54] Parmenión, general ya con Filipo, había acompañado a Alejandro en todas sus empresas, aunque finalmente murió ejecutado por orden del rey. *Vid.* Valerio Máximo, III 8, ext. 6; Curcio Rufo, *Historia de Alejandro* IV 11, 14.

[55] Cicerón, *Tusculanas* V 14, 42; Frontino, *Estratagemas* IV 5, 12.

CAPÍTULO 5

Sobre la justicia

Ha llegado el momento de penetrar en la sede sagrada de la justicia, donde reside, con escrupulosa religiosidad, el respeto por lo justo y lo honrado, y donde se intenta alcanzar la moderación. Además, como en ella, la pasión cede ante el pudor, y el placer ante la razón, no se considera útil nada que pueda parecer poco honesto.

Pues bien, nuestra ciudad es un ejemplo conspicuo y sobresaliente de justicia para todos los pueblos.

Cuando el cónsul Camilo asediaba Falerios, un maestro 5, 1
sacó de la ciudad a muchos niños de origen noble, como si fueran a dar un paseo, y los condujo al campamento romano. Una vez capturados, nadie dudaba que los faliscos depondrían su empuje en la guerra y que se entregarían a nuestro general. Pero el senado decretó que los niños fueran devueltos a su patria y que llevaran a golpes y encadenado al maestro.

Con esta demostración de justicia, cautivamos el corazón de ese pueblo cuyas murallas no habíamos podido atravesar, y los faliscos, derrotados más por la fuerza de nuestro gesto que por las armas, abrieron sus puertas a los romanos[56].

Esta misma ciudad se rebeló luego en algunas ocasiones y, como siempre caía derrotada, se vio obligada al fin a rendirse ante el cónsul Quinto Lutacio. A pesar de que los ro-

---

[56] Estos hechos se produjeron en el año 445 a. C. Cf. Livio, V 27; Plutarco, *Camilo* 10.

manos estaban deseosos de venganza, después de enterarse por el escrito de rendición, redactado por Papirio y dictado por el cónsul, de que los faliscos se habían entregado buscando no el poder, sino la lealtad de nuestro pueblo, cambiaron toda su ira por un sentimiento más pacífico y, para no faltar a la justicia, se enfrentaron tanto a los impulsos de odio, que son difícilmente controlables, como a las celebraciones de victoria, que suelen arrastrar a un comportamiento descontrolado[57].

En otra ocasión, cuando Publio Claudio subastó a los camertinos cautivados gracias a sus órdenes y a sus auspicios, a pesar de que los romanos eran conscientes de que el erario se había enriquecido y de que habían aumentado nuestros territorios, sin embargo, como pensaban que el general se había comportado de forma poco leal, buscaron afanosamente a los camertinos, los redimieron, les concedieron un lugar para vivir en el Aventino y les devolvieron sus bienes.

Además, asignaron una cantidad de dinero para construir no sólo una curia, sino también templos donde hacer sus sacrificios. De este modo, con un comportamiento tan justo, consiguieron que los camertinos se alegraran de su exilio y que pensaran que habían vuelto a nacer.

Los ejemplos narrados hasta el momento se conocieron en nuestra ciudad y en regiones cercanas, pero lo que aparece a continuación se extendió por todo el orbe: Timócares de Ambracia prometió al cónsul Fabricio que se serviría del hijo de Pirro, que era el encargado de servirle las bebidas, para envenenar al padre. Pero, cuando los senadores se enteraron de esta cuestión, enviaron a unos mensajeros para advertirle a Pirro que estuviera atento a las insidias de este ti-

---

[57] Quinto Lutacio Cercón fue cónsul en el 241 a. C. Acerca de su guerra contra los faliscos, *vid.* EUTROPIO, II 28.

po, pues no olvidaron que la ciudad fundada por un hijo de Marte debía solventar sus guerras con las armas y no con venenos.

Ahora bien, no mencionaron el nombre de Timócares, de manera que su actuación fue justa en un doble sentido, porque no quisieron derrotar a un enemigo con prácticas malsanas, y porque tampoco tuvieron intención de traicionar a alguien que había pretendido realizar una acción beneficiosa para Roma[58].

También pudo verse en la misma época una demostra- 2
ción de justicia suma en la actuación de cuatro tribunos, pues cuando su colega Lucio Hortensio[59] citó judicialmente ante el pueblo a Atratino —bajo cuyas órdenes nuestro ejército comenzó siendo derrotado en la batalla de Verrugo contra los volscos, aunque luego se recuperó gracias a su coraje y al apoyo de la caballería—, ellos juraron ante la tribuna que estarían de luto mientras su general estuviera acusado.

Estos jóvenes de gran nobleza no consintieron, pues, asistir con sus insignias de poder a la muerte de un ciudadano a quien, cuando eran soldados, habían defendido sin pensar en sus heridas y en su propia sangre. La asamblea, conmovida ante esta muestra de justicia, obligó a Hortensio a desistir[60].

Y no muy distinto es el hecho que viene a continuación.

Cuando Tiberio Graco y Gayo Claudio tenían ya en su 3
contra a la mayor parte de la ciudad, por desempeñar su censura de forma excesivamente severa, el tribuno de la plebe Publio Popilio les acusó de alta traición ante el pue-

---

[58] Cf. Gelio, II 8, que remite a la historia de Valerio Anciate.

[59] No se llama Lucio sino Gayo. Cf. Livio, IV 42; Valerio Máximo, III 8, 2.

[60] Livio, IV 42; Valerio Máximo, III 2, 8.

blo. Y es que, aparte de la indignación que todos sentían, él se había enojado también por motivos personales, ya que le habían ordenado a su amigo Rutilio que demoliera un muro de un lugar público.

En este juicio muchas centurias de la primera clase condenaban abiertamente a Claudio, aunque todas parecían estar de acuerdo en la absolución de Graco.

Pero entonces éste juró con voz bien perceptible que, si se tomaba una decisión condenatoria respecto a su colega, marcharía junto con él al exilio, ya que habían actuado de común acuerdo. Gracias a esta demostración de justicia, se alejó de sus fortunas y de sus cabezas toda aquella tempestad. De hecho, el pueblo absolvió a Claudio y Popilio retiró la acusación contra Graco[61].

4 Grandes elogios mereció también aquel colegio de tribunos que, en una ocasión en que uno de ellos, Lucio Cota, confiado en el carácter sagrado de su cargo, no quiso pagar sus deudas, decretaron que, si no satisfacía esa cantidad o no designaba a un fiador, colaborarían con los acreedores que así lo solicitasen. Para ellos, era injusto que una magistratura pública sirviese para favorecer la perfidia de un particular. De este modo, la justicia de los tribunos expulsó a Cota, que se escondía en el tribunado como en un sagrario[62].

5 Para pasar a otro acto de justicia igualmente ilustre, diremos que el tribuno de la plebe Gneo Domicio citó en un juicio ante el pueblo a Marco Escauro, personalidad en la Roma de la época. Su objetivo era que, si le ayudaba la fortuna, obtendría algo de gloria, pero si no lograba acabar con

---

[61] Cf. Livio, XLIII 16.

[62] Curiosamente, Lucio Aurelio Cota llegó a ser cónsul diez años después. Cicerón, *Bruto* 82; Valerio Máximo, VI 4, 2; y Tácito, *Anales* 66.

él, sí al menos perjudicaría con su calumnia a un hombre de pro. Cuando más deseos sentía de llevar a cabo su taimado plan, se le presentó durante la noche un esclavo de Escauro que le prometió ofrecerle numerosas y graves acusaciones contra su señor.

Así pues, en una sola persona encontramos al verdadero Domicio y al que odiaba a Escauro, que tenían opiniones contrarias en ese nefasto juicio. Pero al fin la justicia se impuso sobre el odio, porque Domicio no quiso escuchar las palabras del delator, y ordenó que fuera conducido ante su señor.

¡Cuán digno de alabanza, por no decir de estima, es este acusador incluso para el acusado! El pueblo, agradecido a Domicio no sólo por sus otras virtudes, sino también por este caso, lo nombró cónsul, censor y pontífice máximo[63].

También Lucio Craso se comportó de forma similar en 6
un proceso judicial de este tipo, pues a pesar de que consideraba a Gneo Carbón como el peor de sus enemigos, cuando un siervo de éste le presentó una caja con numerosas pruebas contra su señor, devolvió a Carbón la caja sellada tal como la había recibido y al esclavo encadenado. ¡Qué fuerza no tendría entonces la justicia entre amigos, cuando incluso entre acusadores y acusados tenía todo ese poder![64].

En cuanto a Lucio Sila, no le importaba en nada su pro- 7
pia vida con tal de causar la ruina de Sulpicio Rufo, el tri-

---

[63] Gneo Domicio Enobarbo citó ante el pueblo no sólo a Escauro sino también al consular Marco Junio Silano. CICERÓN, *En defensa del rey Deyótaro* XI 31; *Verrinas* II 47, 118; *Escauro* 1. Posteriormente, como indica Valerio Máximo, fue nombrado pontífice máximo por decisión popular y en el año 96 a. C. fue cónsul, pasando a la censura en el 92.

[64] CICERÓN, *Sobre el orador* III 10; *Sobre las leyes* III 19, 42; *Bruto* 223.

buno que le había perseguido afanosamente y sin tregua. Pero, cuando se enteró de que Sulpicio había huido y que, después de esconderse en una villa, había sido traicionado por un esclavo, manumitió al parricida, tal como había prometido en un edicto, pero ordenó que le precipitaran rápidamente desde la roca Tarpeya, cubierto, eso sí, con el píleo conseguido por su traición. De ese modo, este vencedor bastante altanero se mostró también con esta orden como el más justo de los hombres[65].

Ejemplos extranjeros

5, 1 Pero, que no parezca que nos olvidamos de las demostraciones de justicia de los extranjeros: Pítaco de Mitilene, a cuyos méritos debieron sus conciudadanos tanto como confiaron en sus acciones, y ello hasta el punto de concederle la tiranía con sus propios votos, mantuvo ese poder durante todo el tiempo que duró la guerra con los atenienses por la posesión del Sigeo. Sin embargo, después de que se logró la paz gracias a su victoria, aunque los habitantes de Mitilene le pedían que continuase como tirano, abandonó el poder, para no permanecer en él más de lo que reclamaban las necesidades del estado. Además, aunque, por acuerdo unánime, le ofrecieron la mitad del territorio recuperado, lo rechazó, pues consideraba indigno que, por este regalo, y debido a la grandeza del botín, disminuyese su gloria[66].

---

[65] El orador Publio Sulpicio Rufo había nacido en el 121 a. C. y en realidad era odiado por todos los partidarios de Sila.

[66] Pítaco había nacido en el 650 a. C. y fue uno de los Siete Sabios de Grecia. Después de expulsar a Melancro, tirano en Lesbos, fue elegido para encabezar las tropas de Mitilene en su lucha con los atenienses por

En esta ocasión, para que salga a la luz la justicia de un 2
personaje, debemos mencionar la prudencia de otro. Cuando Temístocles, con sabia decisión, empujó a los atenienses a que se embarcaran, para así, una vez expulsados de Grecia el rey Jerjes y sus tropas, transformar de nuevo las ruinas de la patria en el esplendor pasado y cuando, en su interior, planeaba obtener el liderazgo de toda Grecia, dijo en la asamblea que tenía ciertas previsiones y que, si la fortuna le permitía llevar a cabo sus planes, no habría nadie mayor o más poderoso que el pueblo ateniense. Ahora bien, como no convenía divulgar su plan, pidió que se presentara alguien a quien confiárselo en secreto.

El elegido fue Aristides. Pero al conocer éste que el proyecto consistía en quemar la flota de los lacedemonios, que estaba toda anclada junto al Giteo, para que, sin esta oposición, el poder del mar pasase a los atenienses, se presentó ante los ciudadanos y anunció que el plan que meditaba Temístocles, si bien era útil, no era justo en absoluto. Al punto, la asamblea en pleno proclamó que lo que no parecía justo no era provechoso, por lo cual ordenaron a Temístocles que desistiera al punto de su intento[67].

No hemos encontrado otros ejemplos de justicia supe- 3
riores a los siguientes. Una vez que Zaleuco logró proteger la ciudad de Locros gracias a la aplicación de unas leyes muy útiles y positivas, cuando su hijo fue condenado por

el promontorio de Sigeo, lucha que duró diez años. Parece que murió en el 569 y tuvo fama siempre de filósofo justo y prudente. Cf. Diógenes Laercio, I 79.

[67] No es extraño que Aristides obtuviese el sobrenombre de «Justo». Cf. Cicerón, *Sobre los deberes* III 2, 49; III 34, 16; *Tusculanas* V 36, 105; *En defensa de Sestio* LXVII 141; Plutarco, *Arístides* 22; *Temístocles* 20.

adulterio y, de acuerdo con esas leyes establecidas por el padre, debía perder ambos ojos, toda la ciudad expresó su deseo de perdonar este castigo del joven en honor al padre.

Zaleuco se opuso durante algún tiempo, pero al fin, vencido por las súplicas del pueblo, permitió que le sacaran primero un ojo a él y, luego, otro a su hijo, con lo cual los dos conservaron la visión. De este modo, aplicó el castigo exigido por la ley y, con admirable equidad, demostró ser a la vez un padre misericorde y un justo legislador[68].

4 Algo más brusca y más tajante fue la demostración de justicia de Carondas de Turio. Éste había conseguido calmar unas asambleas de ciudadanos que, por su violencia, se habían vuelto sangrientas y crueles. Y lo había conseguido gracias a una ley mediante la cual, si alguien entraba armado en la asamblea, sería ejecutado al instante. Pero, después de algún tiempo, al volver un día a casa desde un campo lejano provisto de una espada, se convocó de improviso una asamblea y entró en ella tal como estaba, de manera que, cuando el que estaba junto a él le advirtió que había infringido su propia ley, dijo: «Yo mismo haré que se cumpla». Y, sin decir nada más, se arrojó sobre la espada que llevaba desenfundada. Realmente, aunque hubiera podido esconderla o excusarse debido a las circunstancias, sin embargo, prefirió aplicar el castigo, para que no se produjera ningún fraude contra la justicia[69].

---

[68] Zaleuco había sido discípulo de Pitágoras. Cf. Cicerón, *Sobre las leyes* I 22, 57; II 16, 14; Diógenes Laercio, *Pitágoras* XV 16.

[69] Aunque Valerio Máximo nos habla de los turios, otros autores afirman que Carondas dio leyes a los catinenses. Cf. Cicerón, *Sobre las leyes* I 22, 57; II 6, 14; Aristóteles, *Política* II 12.

CAPÍTULO 6

Sobre la lealtad pública

Una vez puesta la imagen de la justicia ante los ojos, muestra ahora su mano protectora el numen venerable de la lealtad, la prenda más segura para la salvación humana. Todos los pueblos han experimentado su fuerza en nuestra ciudad, una fuerza que nosotros vamos a demostrar con unos pocos ejemplos.

Cuando el rey Ptolomeo nombró al pueblo romano tutor 6, 1
de su hijo, el senado decretó enviar a Alejandría a Marco Emilio Lépido, pontífice máximo y dos veces cónsul, para que se encargara de la tutela del niño. Con ello, prefirió que este hombre noble e íntegro como nadie, que había demostrado su honradez tanto en tareas públicas como religiosas, se dedicase a esa misión en el extranjero, para que nadie pudiera pensar que se demandaba en vano la lealtad de nuestra ciudad. El hecho de que la descendencia regia fuese asegurada y engrandecida gracias al favor de Lépido hizo dudar al joven Ptolomeo de si debía gloriarse más de la fortuna de su padre o de la majestad de sus tutores[70].

La lealtad romana destacó también en el ejemplo que si- 2
gue. Una vez derrotada la imponente flota cartaginesa junto a Sicilia, sus generales, desesperados, estaban pensando pedir la paz. Pero uno de ellos, Amílcar, confesó que no se atrevía a presentarse ante los cónsules, pues temía ser apresado del mismo modo en el que ellos mismos habían apresado

[70] Parece que la petición de ayuda a los romanos no procedió tanto del propio rey Ptolomeo V como de su pueblo.

a Cornelio Asina. En cambio Hannón, mucho más confiado en la nobleza de los romanos, pensó que no había nada que temer y marchó al encuentro de los nuestros sin vacilación alguna. En ese encuentro, cuando se trataba acerca del final de la guerra y un tribuno militar le indicó que podía ocurrirle lo mismo que le había sucedido a Cornelio, los dos cónsules ordenaron al tribuno que se callara y dijeron: «La lealtad romana, Hannón, te libra de ese temor».

De este modo, si los cónsules habían logrado ya la gloria sólo por haber tenido la oportunidad de apresar a un gran general enemigo, obtuvieron incluso más gloria por no haber querido hacerlo[71].

3 También el senado, garantizando el buen trato a los embajadores, demostró una lealtad similar ante esos mismos enemigos. Pues, siendo cónsules Marco Emilio Lépido y Lucio Flaminio, ordenó al pretor Marco Claudio que, a través de los feciales, hiciera entrega de Lucio Minucio y Lucio Manlio a los embajadores de los cartagineses, a los que habían maltratado. En este caso, el senado tuvo más en cuenta su propia dignidad que la de aquellos a los que estaba encomendada esta tarea[72].

4 Siguiendo con ejemplos similares, en una ocasión en que el Africano el Mayor se hizo con una nave repleta de cartagineses ilustres, los devolvió sin hacerles mal alguno, porque decían que habían sido enviados como embajadores ante él, aunque era evidente que habían inventado esa falsa misión de legados para evitar el peligro que les acuciaba. No es extraño, pues, que desde entonces se piense que la

---

[71] Polibio, I 21; VI 16, 5.

[72] Marco Emilio Lépido y Gayo Flaminio (no Lucio Flaminio) fueron cónsules en el 187 a. C. y, en cuanto a la tarea encargada a los feciales, eran éstos los encargados de las misiones de embajada y de diplomacia romanas. Cf. Livio, XXVIII 27.

lealtad de un general romano puede ser burlada, pero no implorada en vano[73].

Recordemos también aquella actuación del senado que, 5
de ningún modo, ha de quedar en el olvido: los antiguos ediles Quinto Fabio y Gneo Apronio, al surgir una discusión, maltrataron a los embajadores enviados a Roma desde la ciudad de Apolonia.

Cuando los senadores se enteraron de este hecho, entregaron a Fabio y a Apronio a esos embajadores a través de los feciales, y ordenaron además a un cuestor que fuera con ellos a Brindis para que no sufrieran en el camino ningún ataque de los amigos de los prisioneros. ¿Quién habría dicho entonces que aquella Curia era una asamblea de mortales y no un templo en honor a la Lealtad?.

Ahora bien, si esta cualidad ha destacado siempre como don admirable de nuestra ciudad, hemos de reconocer que también los aliados han dado muestra de ella.

Ejemplos extranjeros

Después de la calamitosa pérdida de los dos Escipiones 6, 1
y de otros tantos ejércitos romanos en Hispania, los saguntinos se vieron forzados por los soldados victoriosos de Aníbal a refugiarse dentro de su ciudad, donde sin poder contener ya durante más tiempo el violento empuje de los cartagineses, llevaron a la plaza las cosas más preciadas para ellos y, rodeándose por todas partes con material inflamable, pren-

[73] Valerio Máximo recrea aquí el tópico de la perfidia púnica. LIVIO, XXX 25.

dieron fuego y se lanzaron a esa pira común, para no tener que abandonar nuestra alianza.

Pienso que, incluso, la propia Lealtad, que observa los asuntos humanos, se entristeció al ver que tan fieles servidores suyos perecieron con una muerte tan cruel y una fortuna tan desgraciada[74].

2 Los petelinos, con un comportamiento similar, merecieron también estos mismos elogios, ya que en una ocasión en que fueron asediados por Aníbal por no haber querido faltar a su alianza con Roma, enviaron mensajeros suplicantes al senado para rogar ayuda. Pero como, a causa de la reciente derrota en Cannas, no pudimos socorrerles, se les dio libertad para que actuaran de la forma que les pareciera más beneficiosa para su salvación.

Así pues, hubieran podido unirse libremente a los cartagineses, y, sin embargo, después de hacer salir de la ciudad a sus mujeres y a los que, por su edad, no podían luchar, se encerraron con gran valor en la ciudad, ya desabastecida, para aguantar armados el asedio durante el mayor tiempo posible, y prefirieron morir todos antes que faltar en ningún momento a su tratado con Roma.

Por ello, Aníbal consiguió tomar, no la ciudad de Petelia, sino su fiel sepulcro[75].

---

[74] Es sabido que estos hechos acaecieron en el 219 a. C., en los inicios de la Segunda Guerra Púnica, cuando aún no habían fallecido los Escipiones —que murieron en el 211 a. C.—. Parece, pues, que estamos ante un error cronológico de Valerio Máximo, por haber querido reunir en un mismo caso dos hechos desgraciados para Roma. Sin embargo, algunos editores han sustituido el *post* que abre este capítulo por *ante*, con lo cual la traducción quedaría: «Antes de la calamitosa...».

[75] Petelia era una ciudad de la Magna Grecia fundada, según se decía, por Filoctetes después de la Guerra de Troya. Había estado en poder de los lucanos, pero fue recuperada por los romanos, y sólo cayó en poder de los cartagineses en el 216 a. C. después de un asedio durísimo, que es

CAPÍTULO 7

Sobre la fidelidad de las mujeres para con sus maridos

Para tratar también el tema de la fidelidad de las esposas, diremos que Tercia Emilia, esposa del Africano Mayor y madre de Cornelia, madre a su vez de los Gracos, fue tan delicada y complaciente que, al enterarse de que una de sus esclavas era del agrado de su marido, disimuló para evitar que el gran Africano, dominador del mundo, fuera acusado por una mujer de no poder contener sus impulsos. Y tan lejos estuvo de su cabeza la idea de la venganza que, después de la muerte de su marido, concedió la libertad a esa esclava y se la dio en matrimonio a un liberto suyo. 7, 1

A Quinto Lucrecio, que había sido proscrito por los triúnviros, su mujer, Turia, con la ayuda de una esclava, le salvó de la muerte inminente escondiéndole entre la techumbre de su cuarto, sin pensar en el grave peligro que corría. Y lo hizo con tal lealtad que, mientras los demás proscritos apenas podían sobrevivir en regiones extrañas y hostiles, en medio de terribles sufrimientos tanto físicos como morales, Quinto Lucrecio, sin embargo, salvó su vida en su propio cuarto y en el regazo de su mujer[76]. 2

En cuanto a Sulpicia, aunque Julia, su madre, la vigilaba atentamente para impedirle que siguiera hasta Sicilia a su esposo, Léntulo Cruscelión, quien había sido proscrito por 3

---

mencionado por Livio, XXIII 30; Plinio, *Historia Natural* V 10, 11; Virgilio, *Eneida* III 402.

[76] Si estos hechos acaecieron en el 43 a. C., Quinto Lucrecio Vespilo incluso llegó a obtener luego el perdón gracias a las súplicas de sus amigos, y fue cónsul en el 19 a. C.

los triúnviros, tomó sin embargo ropa servil y, acompañada por dos esclavas y otros tantos esclavos, logró huir y reunirse con su marido. No le importó ser proscrita ella también, con tal de demostrar su fidelidad hacia su proscrito esposo[77].

CAPÍTULO 8

Sobre la lealtad de los esclavos

Resta que tratemos también la lealtad de los esclavos hacia sus señores, una lealtad que, por ser poco esperada, merece aún más elogios.

8, 1 Marco Antonio, el más ilustre orador de la época de nuestros abuelos, fue acusado de incesto. Pues bien, en el juicio, sus acusadores pidieron con gran tenacidad que prestara testimonio el esclavo que, según ellos, le había guiado con un farol cuando iba a mantener esas relaciones ilícitas.

Este esclavo era todavía imberbe, pero a pesar de que era consciente de que, si asistía al juicio, podría ser torturado, no intentó evitarlo. Incluso, cuando llegaron a su casa, aconsejó a Antonio, que estaba aturdido por la acusación y muy preocupado, que permitiera que le entregaran a los jueces para que lo torturaran, afirmando que no saldría de su boca ninguna palabra que pudiera perjudicarle. Y lo cierto es que mantuvo su palabra con fortaleza extraordinaria. No en vano, a pesar de recibir innumerables latigazos y de ser colocado sobre el potro de tortura, a pesar de ser también

[77] Según otras fuentes, el esposo se llamaba Lucio Cornelio Léntulo Crus.

abrasado con láminas incandescentes, aguantó todo ese sufrimiento y salvó la vida del acusado.

En este caso, tal vez podríamos criticar a la fortuna por haber concedido este espíritu tan leal y valeroso a un esclavo[78].

Después que el cónsul Gayo Mario, a quien le había 2
caído en suerte el miserable final del asedio de Preneste, cuando intentaba escapar en vano por unas galerías secretas, fue herido ligeramente por Telesino, a quien había encomendado que le diera muerte, uno de sus esclavos, para evitar que su señor sufriera la crueldad de Sila, le mató atravesándole con su espada, aunque era consciente de que, si le entregaba a los vencedores, obtendría una importante recompensa[79].

La importancia de esa tarea tan oportuna no es inferior en absoluto al comportamiento de aquellos que protegen la vida de sus señores, puesto que, en esa ocasión, a Mario se le prestaba un mejor servicio dándole la muerte que la vida.

Tan memorable como lo anterior es lo que sigue: Gayo 3
Graco dio orden a su siervo Filócrates de que le decapitara antes de permitir que cayera en poder de los enemigos. El esclavo, después de cumplir esa orden con rápido golpe, se atravesó las entrañas con la espada empapada aún por la sangre de su señor. Hay quien piensa que el nombre del esclavo era Euporo. No me importa el nombre, simplemente quiero mostrar mi admiración por la lealtad de su actuación. Y lo cierto es que, si su generoso amo hubiese imitado su

[78] Cf. Cicerón, *En defensa de Milón* XV 40.

[79] Gayo Mario era hijo del célebre Mario. Fue cónsul en el 82 a. C., y había tenido que huir hasta África muriendo finalmente como nos relatan Valerio Máximo, VI 8, 2 y VII 6, 4; Eutropio, V 8; Cicerón, *Sobre las leyes* III 2; *Filípicas* XIII 1; Plinio, *Historia Natural* XXXIII 1, 5.

fortaleza de ánimo, habría evitado él mismo, y no con la mediación de un siervo, el suplicio que sobre él se cernía. En cambio, lo que consiguió es que el cadáver de Filócrates yaciese con más gloria que el del propio Graco[80].

4 La nobleza que describimos a continuación es distinta, distinto es el furor, pero ejemplifica una lealtad semejante. Píndaro, que había sido manumitido por Gayo Casio, al ser éste derrotado en la batalla de Filipos ordenó que le decapitaran siguiendo instrucciones del propio Casio, librándole así de las injurias de los enemigos. Poco después, Píndaro se suicidó, desapareciendo sin que nadie pudiera encontrar su cadáver. ¿Qué dios, vengador de los delitos más graves, pudo embotar una mano que había llegado a matar al padre de la patria, como para que abrazara temblando las piernas de Píndaro, y para que no pagara tal como merecía, según pensaba el piadoso vencedor, el castigo debido por ese parricidio público? Fue entonces cuando tú, divino Julio, obtuviste la venganza que reclamaban tus heridas, pues obligaste a ese individuo, tan pérfido contigo, a suplicar una sórdida ayuda y a padecer un trastorno tal que no se atrevía ni a seguir con vida ni a quitársela con su propia mano[81].

5 A muertes como ésa se suma también la de Gneo Plocio Planco, hermano de Munacio Planco, antiguo cónsul y censor. Pues, cuando fue proscrito por los triúnviros, se ocultó en la región de Salerno, pero su forma de vida relajada y el fuerte olor de sus perfumes descubrieron el escondite que le mantenía a salvo. Y es que la sagaz persecución de aquellos

---

[80] El nombre mencionado de Euporo aparece en la versión de Veleyo Patérculo (II 6). En cambio Macrobio utiliza también el nombre de Filócrates *(Saturnales* I 11, 25).

[81] Cf. Plutarco, *Bruto* 43; el propio Valerio Máximo, I 8, 8; Veleyo, II 70.

que acosaban a estos infelices, guiada por esos datos, adivinó el lugar donde se ocultaba el acusado.

Cogidos, entonces, sus esclavos, a pesar de recibir una larga tortura, una y otra vez negaron conocer el paradero de su señor. Pero Planco no pudo tolerar que unos esclavos tan fieles fueran torturados durante más tiempo, de manera que salió de su escondite y ofreció su cuello a las espadas de los soldados dispuesto a morir.

Esta rivalidad a la hora de mostrar el cariño hace que resulte difícil saber quién había hecho más merecimientos, si Planco, que llegó a provocar una demostración tan leal y constante en los esclavos, o los esclavos, que fueron librados de tan cruel castigo por la justa compasión de su dueño[82].

¿Y qué decir del esclavo de Urbino Panapión? ¡Qué leal- 6
tad tan admirable! Habiéndose enterado de que unos soldados, guiados por la delación de otros sirvientes, habían llegado a la villa de Reate para ejecutar a su señor, que había sido proscrito, intercambiando con él las ropas y el anillo le hizo salir a escondidas por la puerta de atrás, después de lo cual entró él en el dormitorio, se echó en el lecho y dejó que le mataran como si fuera Panapión.

La narración de este caso ocupa poco espacio, pero ofrece un ejemplo merecedor de no poca alabanza, pues si alguien osase representar la súbita llegada de los soldados, los candados de las puertas arrancados, los gritos amenazadores, los rostros fieros o las armas refulgentes, podrá valorar el hecho en su justa medida y se dará cuenta de que, si bien alguien puede decir rápidamente que está dispuesto a morir por otro, no es tan fácil que esto suceda.

---

[82] Plinio (*Historia Natural* XIII 5, 1) relata también este caso, aunque habla de Lucio Plocio en lugar de Gneo Plocio.

Panapión, por su parte, demostró cuánto debía a su esclavo erigiendo en su honor un gran monumento, en el que colocó una inscripción que testimoniaba su gratitud por aquella acción.

7 Me hubiera contentado con los ejemplos anteriores si mi admiración por la hazaña que sigue no me hubiera inducido a narrarla también. Ancio Restión, al ser proscrito por los triúnviros y ver que todos sus sirvientes intentaban rapiñar y conseguir algún botín, salió de su casa en plena noche de la forma más sigilosa que pudo. Pero esta huida fue observada por un esclavo que había sido encadenado por orden de su señor y marcado de forma indeleble y vergonzosa en el rostro. Pues bien, el esclavo siguió con buenas intenciones los pasos dubitativos de su amo y se unió voluntariamente a él como acompañante.

Sólo con ese comportamiento tan extraordinario y arriesgado, había sobrepasado todos los límites de la integridad, porque mientras que aquellos que habían disfrutado de mejor condición en la casa se dedicaban a buscar alguna ganancia, él, que no era más que una sombra y la muestra evidente del sufrimiento, pensó que su mejor recompensa sería salvar a aquel por quien había sido castigado tan cruelmente, y cuando tenía motivos sobrados para estallar llevado por su resentimiento, prefirió demostrar su bondad.

Además, su benevolencia no quedó aquí, sino que demostró un ingenio extraordinario para salvarle, ya que, cuando advirtió que les acechaban soldados sedientos de sangre, hizo que su señor se alejara, levantó una pira, atrapó a un mendigo ya anciano, lo mató y lo arrojó sobre ella.

Posteriormente, ante las preguntas de los soldados acerca del paradero de Ancio, señalando la pira con la mano, respondió que ardía allí para expiar las crueles acciones que había cometido. Y como sus palabras eran verosímiles, fue

creído al instante, de manera que Ancio encontró una manera segura de seguir con vida[83].

CAPÍTULO 9

Sobre el cambio de costumbres y de fortuna

El hecho de conocer cómo cambiaron las costumbres o la fortuna de hombres ilustres, al compararlo con nuestra situación o con la de nuestros allegados, puede infundir mucha confianza o quitar graves preocupaciones a nuestros espíritus. Y es que, si examinamos las fortunas de los demás y vemos de qué modo surgieron de una condición abyecta y despreciable para llegar a la luz, ¿por qué no podemos pensar que esa mejoría va a tocarnos también a nosotros? ¿Es que no es estúpido condenarse a un infortunio perpetuo y transformar en desesperación total una esperanza que, aunque no sea completamente firme, sí tiene cierta base?

Lucio Manlio, un hombre sumamente ilustre, consideró 9, 1
a su hijo Manlio Torcuato tan débil y de espíritu tan endeble en su primera juventud, que le relegó al campo para fatigarle en labores agrestes, ya que le parecía inútil para tareas tanto públicas como privadas. Sin embargo, con el paso del tiempo, Torcuato libró a su padre cuando éste fue acusado en un juicio; golpeó con un hacha a su propio hijo, porque, contra una orden suya, había entablado combate con el enemigo, aunque había resultado vencedor; y durante la guerra contra los latinos consiguió un triunfo maravilloso para la patria, que estaba ya exhausta. Creo, pues, que, por un ines-

[83] Cf. CICERÓN, *Cartas a Ático* IV 16; MACROBIO, *Saturnales* I 11, 19.

crutable designio de la fortuna, Torcuato fue despreciado en su juventud para poder brillar más durante su vejez.

2 En cuanto a Escipión Africano el Viejo, cuyo nacimiento fue propiciado por los dioses para que existiera un hombre en el que los demás pudieran contemplar el valor en todos sus grados, se dice que tuvo una juventud bastante disoluta, ciertamente alejada de la lujuria, pero no preparada en absoluto para derrotar y someter a Cartago con sus victorias en las Guerras Púnicas.

3 También Gayo Valerio Flaco, en la época de la Segunda Guerra Punica, pasó los inicios de su juventud arrastrado por los placeres. Pero cuando fue nombrado flamen por el pontífice máximo Publio Licinio, decidió ocuparse de los ritos y ceremonias sagradas, tarea que le permitió abandonar con más facilidad los vicios del pasado, ya que utilizó la religión como acicate de la frugalidad. De este modo, si antes había sido un ejemplo de derroche, se convirtió luego en imagen de moderación y de virtud[84].

4 Nada más infame podemos encontrar que la juventud de Quinto Fabio Máximo, a pesar de que, con su victoria sobre los galos, obtuvo para sí mismo y sus descendientes el sobrenombre de «Alobrógico»[85] y a pesar de que, en su vejez, no hubo en aquellos días en nuestra ciudad nada más honroso o más noble que él.

5 ¿Quién ignora que la autoridad de Quinto Cátulo destacó como ninguna otra entre los hombres más ilustres de su época? Ahora bien, si analizáramos su vida anterior, encontraríamos muchos placeres y diversión, lo que no le impidió, sin embargo, convertirse en príncipe de la patria, ni que su

---

[84] De hecho, posteriormente fue edil curul. Cf. Livio, XXXII 7.

[85] Este sobrenombre hace alusión a los alóbroges, pueblo de la Galia Narbonense, derrotado por Quinto Fabio Máximo en el 118 a. C.

nombre brillara sobre el Capitolio, ni que se apagara, gracias a su valor, una incipiente guerra civil que amenazaba con graves cambios.

Por su parte, Lucio Sila, hasta las elecciones a cuestor, 6
tuvo una vida viciada por los placeres, el vino y el ambiente de los teatros. No es extraño entonces que el cónsul Gayo Mario viera con malos ojos el que, mientras estaba dirigiendo una guerra terrible en África, le hubiese tocado en suerte un cuestor tan refinado. Pero Sila, gracias a su valor, después de liberarse y de romper esas ataduras de los placeres que le tenían aprisionado, encadenó a Jugurta, apaciguó a Mitridates, calmó el oleaje de guerra social y, no sólo acabó con la tiranía de Cinna, sino que, a pesar de que Mario le había rechazado como cuestor en África, le desterró precisamente a esa provincia, donde le obligó a vivir como proscrito.

Ciertamente, si alguien quisiera examinar y comparar con atención estos dos comportamientos tan distintos e incluso contrarios entre sí, pensaría que ese hombre ocultaba en realidad a dos Silas, por una parte un joven miserable y, por otra, un hombre valeroso diría yo, o, como él mismo se consideró, «Feliz»[86].

Si hemos invitado a los nobles a examinar su actuación 7
con ánimo de arrepentimiento, ofrezcamos también junto a ellos ejemplos de personas que osaron buscar metas más altas de las que les correspondían. Así, Tito Aufidio, después de haber obtenido el gobierno de una parte diminuta de Asia, la gobernó posteriormente casi por entero en calidad de procónsul.

---

[86] Para algunos, Sila recibió este sobrenombre, pero no fue realmente *felix*.

Realmente, sus aliados no se indignaron por tener que obedecer las fasces de aquel a quien habían visto postrarse ante otros magistrados. Y lo cierto es que se comportó de la forma más noble e íntegra. De este modo, demostró que su responsabilidad anterior era imputable a la fortuna, pero su ascenso debía imputarse a sus propias costumbres.

8 Publio Rupilio, por su parte, no actuó como recaudador de impuestos en Sicilia, sino que trabajó al servicio de éstos, y sobrellevó su extrema pobreza ofreciendo sus servicios a los aliados. Posteriormente, una vez convertido en cónsul, todos los sicilianos aceptaron sus leyes y fueron liberados por él de una guerra terrible contra ladrones y fugitivos. De este modo, si los objetos inanimados tienen algún sentimiento, pienso que hasta los puertos se admirarían de que se produjera ese cambio tan radical, y de que a un hombre a quien habían visto buscando la pesca de cada día, le vieran luego dictando leyes y rigiendo flotas y ejércitos[87].

9 Si en el ejemplo anterior se produjo una mutación de fortuna destacable, voy a mencionar otra incluso mayor. Una vez capturada Áscoli, Gneo Pompeyo, el padre del Magno, en la celebración de su triunfo mostró ante el pueblo a Publio Ventidio, que todavía era un niño. Pues este mismo Ventidio, posteriormente, celebró en Roma su triunfo sobre los partos y, a costa de éstos, vengó el cadáver de Craso, que yacía miserablemente en suelo extranjero. Así, quien como cautivo había sentido pavor a la cárcel, como vencedor llenó de alegría el Capitolio. Además, en él se dio el he-

---

[87] Publio Rupilio llegó a ser cónsul en el 132 a. C., luchó en Sicilia (CICERÓN, *Verrinas* III 54, 125) y promulgó una ley acerca de la sentencia dictada sobre diez legados sicilianos.

cho excepcional de ser elegido pretor y cónsul en el mismo año[88].

Fijémonos ahora en actuaciones caprichosas de la fortu- 10
na. El consular Lucio Léntulo, después de haber sido acusado de cohecho en virtud de la ley Cecilia[89], fue nombrado censor junto a Lucio Censorino. De este modo, la fortuna, con sus vaivenes, le concedió honores y deshonores, pues pasó del consulado a la condena y, de la condena, a la censura, sin que pudiera, ni disfrutar de un bienestar duradero, ni tampoco lamentar una calamidad perpetua.

De forma similar se comportó la fortuna en el caso de 11
Gneo Cornelio Escipión Asina: durante su consulado, al ser hecho prisionero por los cartagineses junto a Lípari, lo perdió todo según decretaba el derecho de guerra. Después, la fortuna le mostró su rostro más amable, y pudo recuperarlo todo, ya que fue nombrado cónsul de nuevo. ¿Quién hubiera creído que iba a pasar de las doce segures consulares a las cadenas de los cartagineses? Pero, ¿quién hubiera asegurado que, de esa prisión púnica, iba a llegar de nuevo a la magistratura suprema de la República? Así pues, de cónsul pasó a prisionero, y de prisionero a cónsul[90].

¿Y qué? ¿Acaso la magnitud de su fortuna no dio a Cra- 12
so el sobrenombre de «Rico»? Sin embargo, poco después,

---

[88] Publio Baso Ventidio es destacado siempre por su fortuna (Gelio, I 15, 4), ya que habiendo tenido un origen humilde y siendo prisionero en su niñez, en la adolescencia alcanzó el favor de Julio César, que le llevó con él a la Galia. Aquí, sus méritos le valieron el ser nombrado tribuno de la plebe, pretor y cónsul.

[89] No se trata de la ley Cecilia, sino de la ley Calpurnia *de repetundis*.

[90] Fue cónsul por vez primera en el 260 a. C. Después de ser derrotado por los cartagineses, tomó Aleria y otros puntos fuertes de Córcega, se apoderó de Olbia, y derrotó al general cartaginés Hannón, siendo elegido cónsul de nuevo en el 254. Además dejó dos hijos ilustres, Gneo y Publio Cornelio Escipión.

sus penurias hicieron que llevara grabada la vergonzosa consideración de «derrochador», y sus acreedores tuvieron que vender sus bienes, ya que no podía hacer frente a las deudas. De este modo, se dio la amarga ironía de que, mientras paseaba como un pordiosero, la gente le saludaba como «Rico»[91].

13 Pero Quinto Cepión superó a Craso por la crueldad de su destino. En efecto, después de haber conseguido que se le considerase defensor del senado gracias al esplendor de su pretura, a la importancia de su triunfo, a los logros de su consulado y a su actuación como pontífice máximo, murió en la cárcel y su cuerpo, no sólo fue torturado por las funestas manos del verdugo, sino que, luego, quedó tendido en las escaleras Gemonias y causó el horror de todos en el foro romano[92].

14 Y ya Gayo Mario supone el enfrentamiento más encarnizado con la fortuna. De hecho, aguantó lleno de valor sus embates con gran fortaleza tanto anímica como física. Después de no ser considerado apto para aspirar a los honores en Arpino, osó aspirar a la cuestura en Roma. Pero tuvo un comportamiento tal ante sus fracasos que, más que llegar a la curia, irrumpió en ella. En sus aspiraciones a tribuno y a edil, obtuvo un resultado similar, tras lo cual intentó alcanzar la pretura, siendo nominado en último lugar. A pesar de ello, obtuvo esa magistratura, aunque corrió serios peligros. No en vano, fue acusado de fraude y, a duras penas, consiguió la absolución de los jueces.

De aquel Mario tan humilde en Arpino, tan innoble en Roma, de aquel candidato tan rechazado, pasamos a ese Ma-

---

[91] Cf. PLINIO, *Historia Natural* XXI 4.

[92] VALERIO MÁXIMO nos había contado en IV 7, 3 que Cepión fue condenado sólo al exilio. Tal vez hay un error o, tal vez, fue apresado de nuevo y condenado a muerte.

rio que sometió África, que hizo caminar al rey Jugurta delante de su carro triunfal, que derrotó a los ejércitos de los teutones y de los cimbrios, que gozó de dos fiestas triunfales en la ciudad, que cuenta con siete consulados en los fastos y que, después de su propio exilio, fue nombrado cónsul y debió ordenar para los demás la proscripción que él mismo había sufrido.

¿Qué hay, pues, más inconstante o más variable que la condición de Mario? Si le incluyes entre los desgraciados, los supera a todos y, si lo haces entre los afortunados, será a su vez el más afortunado.

En cuanto a Gayo César, poseedor de unas cualidades 15
que le permitieron alcanzar el cielo, en su primera juventud viajó a Asia como un ciudadano más y, como fue apresado por unos piratas junto a la isla Farmacusa, tuvo que comprar su libertad por cincuenta talentos. Quiso, pues, la fortuna que el astro más brillante del firmamento fuese comprado entonces en un bergantín pirata por una suma irrisoria. ¿Cómo nos quejaremos entonces nosotros de ella, si ni siquiera siente reparos ante los que comparten su divinidad? Pero este dios se vengó de la injuria recibida porque, al poco tiempo, capturó a sus raptores y les condenó a morir en la cruz[93].

Ejemplos extranjeros

Hemos expuesto cuidadosamente ejemplos romanos. Pa- 9, 1
semos ahora, aunque con menos detalle, a ejemplos extranjeros: un joven y depravado ateniense llamado Polemón,

[93] Cf. PLUTARCO, *César* 2; SUETONIO, *César* 4; VELEYO, II 43, 3 ss.

que gozaba tanto con los placeres como con su mala reputación, al volver a casa de un banquete, no a la puesta de sol, sino bien entrada la mañana, vio abierta la puerta del filósofo Jenócrates. Y tal como estaba, ebrio por el vino, perfumado con ungüentos, con la cabeza coronada de guirnaldas, cubierto con ropas transparentes, entró en esa academia repleta de hombres sabios.

No contento con esta entrada tan vergonzosa, tomó asiento para molestar con sus lascivias de borracho el sabio debate y las prudentes enseñanzas que allí se impartían.

Como era lógico, todos se indignaron; pero Jenócrates, sin alterar en absoluto su expresión, dejó a un lado el asunto sobre el que se estaba tratando y comenzó a hablar sobre la modestia y la templanza.

Polemón, forzado a volver en sí ante la seriedad de estas palabras, cortó la guirnalda que rodeaba su cabeza y la arrojó al suelo. Poco después, ocultó los brazos dentro de su manto griego, y borró de su cara la sonrisa de borracho, para, finalmente, abandonar todos sus desmanes. De este modo, curado con la más eficaz de las medicinas, la palabra, dejó de ser un infame libertino para convertirse en un ilustre filósofo[94].

Su espíritu, pues, se había paseado entre la maldad, pero no se impregnó de ella.

2 Me avergüenza mencionar cómo fue la juventud de Temístocles, pues soy consciente de que llevó a su padre a repudiarle y obligó a su madre a ahorcarse avergonzada por el mal comportamiento de su hijo. Sin embargo, después se convirtió en el más ilustre de todos los griegos y en motivo

[94] Tuvo como discípulos, incluso, a Arquesilao y a Zenón, pero no hemos conservado ningún escrito suyo. Cf. CICERÓN, *Del supremo bien...* VI 11; *Académicos* II 42, 131.

de esperanza o desesperación entre Europa y Asia, ya que si aquélla encontró en él a su salvador, ésta lo reconoció como el garante de su victoria[95].

También los primeros años de la vida de Cimón llevaron 3
a que se le llamase «necio». Sin embargo, los atenienses comprobaron lo provechoso de su mandato cuando fue adulto. De este modo forzó a que se consideraran torpes aquellos mismos que le habían considerado torpe a él.

Alcibíades tuvo, por así decirlo, dos fortunas: una le con- 4
cedió una eximia nobleza, riquezas abundantes, una prestancia sin igual, el apoyo incondicional de los ciudadanos, gran poder, una autoridad desmedida y un ingenio brillantísimo. La otra le produjo una condena, el exilio, la pérdida de sus bienes, la pobreza, el odio de su patria y una muerte violenta. Y estas circunstancias no sucedieron primero unas y luego las otras, sino intercaladas como la marea y las olas del mar.

El éxito de la vida de Polícrates, tirano de Samos, llegó 5
a provocar envidia debido a sus grandes logros, y no sin motivos, porque todos sus proyectos se desarrollaban conforme a sus propósitos y todas sus esperanzas alcanzaban el fruto deseado. Tan pronto como expresaba un deseo, lo veía realizado, de manera que, para él, querer y poder eran una misma cosa. Tan sólo una vez alteró su rostro, cubriéndolo con una breve y tenue expresión de tristeza. Precisamente cuando arrojó adrede al mar un anillo muy querido para él con la intención de no ser totalmente ajeno a la desgracia. Sin embargo, recuperó su anillo al ser capturado el pez que se lo había tragado.

Pero a este Polícrates, cuya vida había encontrado siempre vientos favorables, Orontes, sátrapa del rey Darío, lo

---

[95] Es sabido que Temístocles salvó a Grecia, es decir a Europa, de los persas, pero exiliado después por los griegos, fue acogido por Artajerjes, el rey persa, quien lo puso al frente de su ejército. Nepote, *Temístocles* 2.

crucificó en la cima más alta del promontorio de Mícala, donde los samios pudieron contemplar libre y felizmente su cuerpo corrupto, sus miembros manando una sangre pestilente y, sin vida ya, aquella mano a la que Neptuno había devuelto el anillo por obra de un pescador.

6 Por su parte, Dionisio, que había recibido como herencia de su padre la tiranía de Siracusa y de casi toda Sicilia, que había sido dueño de riquezas extraordinarias, general del ejército, y que había estado al mando de la flota y de la caballería, debido a su pobreza, tuvo que enseñar las primeras letras a los niños de Corinto y, convertido así de tirano en maestro, con el súbito cambio de su fortuna, enseñó a nuestros antepasados a no fiarse en demasía de la fortuna.

7 El ejemplo que sigue trata sobre el rey Sífax, que soportó una iniquidad similar de la fortuna, pues, por una parte los romanos a través de Escipión y, por otra, los cartagineses a través de Asdrúbal fueron a buscarle a su patria en calidad de amigo. Y si llegó a tal grado de importancia como para ser prácticamente el árbitro de la victoria entre estos dos pueblos tan poderosos, lo cierto es que, poco después, el mensajero Lelio lo condujo encadenado ante el general Escipión, a cuyas piernas se abrazó suplicante aquel que antes, sentado en su trono regio, le había dado la mano con arrogancia.

Excesivamente efímeras, frágiles y semejantes a sonajeros infantiles son eso que consideramos fuerzas y riquezas humanas. Se presentan de repente, súbitamente desaparecen y no se asientan con estabilidad en ningún lugar ni persona alguna, sino que, empujadas de acá para allá por el soplo inconstante de la fortuna, a los que veíamos elevados por un golpe repentino, acaban luego arrojados irremediablemente al abismo de las desgracias. Por ello, no deben considerarse ni llamarse bienes aquellas cosas que duplican la angustia de la desgracia sufrida cuando se las echa de menos.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
INTRODUCCIÓN	7
I. La literatura y la historiografía Julio-Claudia.	7
II. Valerio Máximo	16
1. Aproximación biográfica, 16. — 2. Los nueve libros de *Hechos y dichos memorables*. El sentido de los *exempla*, 19.	
III. Lengua y estilo	51
IV. Pervivencia	55
1. Tradición manuscrita y pervivencia en la Edad Media, 57. — 2. Desde el Renacimiento a nuestros días, 61. — 3. Valerio Máximo en España, 64.	
V. Nuestra traducción	71
BIBLIOGRAFÍA	73
SINOPSIS DE LOS LIBROS I-VI	81
LIBRO I	85
LIBRO II	139
LIBRO III	199

Págs.

LIBRO IV 259
LIBRO V 331
LIBRO VI.. 401